

María Eliana Vega Soto



Nuestros días en el Estadio

Septiembre 1973 - Enero 1974



50983



MARÍA ELIANA VEGA SOTO,
periodista titulada de la
Pontificia Universidad
Católica (1983). Estudió en
la Escuela de Niñas y en el
Liceo de Coelemu.

Ha desarrollado gran parte de su quehacer profesional en la prensa escrita como reportera en diario Crónica de Concepción y corresponsal de diario La Nación y también en el suplemento Gaceta del Bio Bio de diario El Sur.

El trabajo que marcó su vida y profesión fue en la Pastoral de Derechos Humanos del Arzobispado de Concepción, donde estuvo a cargo de la unidad de comunicaciones (1985-1989), asumiendo un fuerte compromiso con la defensa y promoción de los derechos humanos que persiste hasta hoy.

Ha escrito y publicado varios libros. Entre ellos: "Identidad y Cultura Minera" (1994); "Nunca me imagine" (1995); "No Hay dolor inútil" (1999) que recoge los principales casos de violaciones a los derechos humanos ocurridos en la zona durante la dictadura. Ese mismo año publica "Cuando la luz se apaga. El día en que se cerró la mina de Lota".

Durante 2007 participó como co ejecutora de la investigación que dio origen al libro "Entre gredas y adobes", que rescata historias de oficios ya casi extinguidos en Coelemu y Quillón.

En 2008, editó el libro "Viaje a la Memoria", sobre el viaje realizado por ex prisioneros políticos a la Isla Quiriquina el 2007. En 2009 realizó la publicación "Mujeres de Mar" y el 2012, escribió "Jorge Matute: Una historia de compromiso sindical".

Durante 2015, participó junto a dos jóvenes profesionales, en el proyecto Memoria Visual de la lucha callejera de los 80 en Concepción, que originó el libro Resistencia en Blanco y Negro, que recoge numerosas fotografías captadas en los 80 en Concepción, gran parte de las cuales son de su autoría.

Desde 2015, forma parte de la Corporación Memorias del Bio Bio, que busca rescatar el patrimonio de Lota, principalmente en el área de derechos humanos.

También dirige el periódico electrónico www.tribunadelbiobio.cl donde ha desarrollado otros proyectos vinculados a los derechos humanos como Relatos de Nuestra Memoria Reciente.

365.450983

VEG

num

2012

c.2

AHC

María Eliana Vega Soto

Nuestros días en el Estadio

Septiembre 1973 - Enero 1974



1108

Dec 14, 2017

Dono con Embon

no. ind.: 26528

Agradecimientos

A los hombres y mujeres que con gran generosidad y valentía compartieron su testimonio para hacer posible este libro.

A los "chacabucanos" de Concepción que fueron el origen de esta iniciativa de memoria.

Y de forma muy especial, a mi amigo Gabriel Reyes Arriagada, por su compromiso y valioso aporte, que contribuyó en gran medida a que este proyecto se hiciera realidad.

Nuestros días en el Estadio
Septiembre 1973 - Enero 1974

Autor:

María Eliana Vega Soto

I.S.B.N.: 978-956-393-069-6

Registro de Propiedad Intelectual:

Nº 283.113

Fotografías:

María Eliana Vega S.

Archivo personal

Archivos de entrevistados

Corrección de textos:

Pedro Ruiz Villegas

Diseño y Diagramación:

Guillermo Delgado Moreno

Fotografía de portada:

René Orellana, publicada en

Diario Crónica, del 3 de octubre de 1973

Impresión:

Trama Impresores S.A.

(quien sólo actúa como impresora)

Primera Edición.

Concepción, Chile, octubre de 2017.

Índice

Presentación	7
Del dolor a la esperanza	10
Prólogo	12
Los primeros en llegar al Estadio	15
La historia del matrimonio Benavente Jaque	19
El tormentoso encierro de Fedor Carrillo	27
La angustiante espera a las afueras del Estadio	35
De las aulas a la prisión	43
El arquitecto que escribió un libro en el Estadio para no volverse loco	53
La familia comunista de Nonguén	59
Memorias de mujeres	67
Muralito	87
Por un viejo fusil Máuser	93
Las mediáticas acusaciones en contra del abogado Pedro Enriquez	101
El sueño de los trabajadores	107
La mano amiga del Padre Camilo	129
Fin de año, entre la incertidumbre y la espera	135
De las últimas en llegar	139
El Estadio Municipal como centro de detención en el relato de la prensa local de la época	143
Del Estadio Regional al Campo de Prisioneros de Chacabuco	155
Liberan a detenidos del Estadio	187
Volver al Estadio Regional 30 años después	191
Reinstalaron placa que recuerda que Estadio Municipal de Concepción fue centro de detención y tortura	195
Chacabucanos revivieron recuerdos en emotivo acto en teatro de la ex oficina salitrera	199
El memorial vivo levantado en Chacabuco para reencontrarse con el pasado vivido hace 40 años	203
La historia del documento enterrado en el ex campo de prisioneros de Chacabuco por casi 40 años	205
Recuerdos de un reencuentro con la memoria en el campo de Chacabuco hace un año	209
Compartieron su testimonio	213
Fuentes consultadas	214

Presentación

*“La vida no es lo que uno vivió, sino lo que uno recuerda
y cómo lo recuerda para contarlo”.*

(Gabriel García Márquez)

De los 159 centros de detención y tortura que hubo en la región del Bío Bío a partir del 11 de septiembre de 1973- reconocidos en el Informe Valech- uno de los más masivos fue el Estadio Regional de Concepción.

A pocas horas de haberse consumado el golpe de Estado en contra del Presidente Salvador Allende, el recinto deportivo cambió su uso habitual y se convirtió en lugar de detención. En los primeros días, fue más bien como un sitio de paso, de distribución de los cientos de detenidos que empezaron a llegar. Trabajadores y estudiantes fueron los primeros. Muchos fueron apresados por vulnerar el toque de queda o porque se encontraban en un lugar que fue allanado o caían en alguna redada.

Si bien no se ha podido establecer con exactitud la fecha en que el Estadio Regional se transformó en un centro de prisión política con permanencia más prolongada de quienes allí fueron trasladados, se estima que ello ocurrió a partir del 19 de septiembre de 1973. Sus instalaciones permanecieron ocupadas hasta el 21 de enero de 1974, cuando los últimos prisioneros fueron evacuados a otros lugares.

Tampoco hay cifras claras acerca de cuántos hombres y mujeres, y también algunos niños, permanecieron reclusos allí. Los datos más concretos que han circulado son los proporcionados por la Cruz Roja, que indican que a octubre de 1973 había 589 detenidos en el recinto, 44 de los cuales eran mujeres.

Y también antecedentes aparecidos en la prensa escrita, como diario Crónica, que en una publicación del 6 de octubre de 1973, indicaba la existencia de 370 hombres y 40 mujeres presos en el Estadio. Quizás el documento público más valioso en ese sentido, es la lista de prisioneros/as que fueron autorizados a recibir visitas un par de días antes de Pascua, en diciembre de 1973, donde figuran los nombres de 272 personas.

Con gran generosidad, casi medio centenar de personas -incluyendo algunos familiares-, aceptaron compartir parte de sus vivencias en esos inciertos, angustiantes y agobiantes días en el Estadio. Relatos llenos de sinceridad, con momentos intensos, donde los recuerdos apretaban el alma y provocaron lágrimas en más de un protagonista de esos días de desasosiego y temor.

Revisar la prensa de los cuatro primeros meses después del golpe militar, fue otro desafío sorprendente. Esos registros gráficos y escritos sobre la prisión política en el Estadio y en la Isla Quiriquina - los dos principales centros de detención de la zona en esos momentos-, se convierten hoy en valiosas piezas documentales que aportan algo más a la comprensión de lo que entonces se vivía.

Rescatar las historias individuales y colectivas de este grupo de hombres y mujeres, era necesario. En ese andar por la memoria, varios de ellos se quedaron en el camino. Especial mención quiero hacer de tres personas con quienes tuve el privilegio de conversar y captar parte de lo que les tocó vivir en ese periodo. Eduardo Godoy Plaza, fallecido el 1 de marzo de 2014; Emilio Cisternas Peña, que partió el 14 de marzo de 2017 y Silvia Cerda Rodríguez, cuyo deceso se produjo el 21 de agosto de 2017.

“Nuestros días en el Estadio” rescata pasajes de una memoria reciente que se resiste a desaparecer, de esa memoria pertinaz, que no se doblega, que se asoma entre los velos del olvido, que lucha a diario por no quedar sepultada y oculta, que hoy nos trae al presente hechos de nuestro pasado reciente, no solo para que no se olviden, sino también para proyectar un futuro distinto.

Lo que se quedó en la mente de cada una de las personas que entregaron su testimonio, aquello que conservaron, muchas veces escondido en los laberintos de la memoria, detalles que quizás ni ellos pensaron que recordaban o habían vivido, emergieron con gran fuerza durante las conversaciones que sostuvimos para este libro.

Las circunstancias de la detención, esas primeras horas de incertidumbre, el temor frente a la tortura, la crudeza de la incomunicación... pero también la palabra amable, el gesto de fraternidad de otro prisionero, el mensaje de cariño escrito en un pedazo de papel, el libro leído y releído que circuló de mano en mano, las visitas del padre Camilo Vial, los alimentos compartidos, el abrazo consolador... todo eso y más se reflejan en estos relatos de vida que quedaron plasmados en estas páginas.

Ya lo dijo en algún momento el humanista español, Emilio Lledó: “Somos memoria”, y eso es precisamente el eje central de este texto: la memoria de quienes en algún momento de sus existencias, por pensar distinto, por suscribir una ideología, por querer aportar a un mundo mejor, sufrieron la prisión y la tortura en el Estadio Regional de Concepción.

Que sus historias permitan contribuir a ese urgente y cada vez más necesario “No al olvido” que nos sigue animando 44 años después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

María Eliana Vega Soto
Periodista

Del dolor a la esperanza

Tras terminar la construcción de nuestro Estadio Municipal Ester Roa Rebolledo, concretando un sueño truncado hace más de 50 años, legamos a Concepción un ícono de gran valor para la ciudad y sus habitantes.

Así como asumimos con el apoyo del gobierno de la Presidenta Michelle Bachelet la tremenda responsabilidad de sacar adelante un proyecto casi perdido, cumplimos nuestro compromiso, junto a la Agrupación de ex Presos Políticos y dirigentes de agrupaciones vinculadas a los Derechos Humanos, de reinstalar una placa conmemorativa que completa el significado adquirido por este lugar, primero como un recinto deportivo y, en una época negra de nuestra historia, como un centro de detención y tortura.

Creemos que cada suceso histórico, para bien o para mal, deja una huella que no debemos borrar, porque incluso lo abominable debe ser recordado para que no ocurra nuevamente y para que nunca más se imponga el odio entre los chilenos. Es por eso que desde el municipio además concretamos la construcción de un Memorial en el Cementerio General de Concepción y estamos involucrados en el proyecto del Museo de la Memoria.

Así también, a través del Fondo de Apoyo a Iniciativas Culturales Comunes (FAICC) hemos dado nuestro respaldo a este libro, que surgió del proyecto "De campo deportivo a centro de detención política. Relatos de sobrevivencia en el Estadio Municipal de Concepción".

En estas páginas encontramos testimonios de hombres y mujeres que fueron recluidos en este recinto en calidad de prisioneros políticos, desde el 11 de septiembre de 1973 hasta mediados de enero de 1974. Algunas de sus vivencias se conocían en forma oral, pero hasta ahora no habían sido sistematizadas en una publicación que recogiera su dimensión individual y sobre todo colectiva.

Este libro es principalmente testimonial, y ahí está su valor, pues recoge relatos de protagonistas directos –algunos de los cuales ya fallecieron- y que permitirán conocer más de cerca lo que muchas familias vivieron y padecieron en los primeros meses de la dictadura militar en Chile.

De ahí su importancia y la razón de nuestro apoyo, confiando en que del dolor surja la comprensión y que del duro pasado rescatemos un futuro más esperanzador.

Alvaro Ortíz Vera
Alcalde de Concepción

Prólogo

Una historia necesaria

A comienzos del año 2013, con motivo de la conmemoración de los 40 años del golpe de Estado en Chile, María Eliana Vega Soto, reconocida periodista penquista, ex trabajadora de la Pastoral de Derechos Humanos de Concepción y actual Presidenta del Colegio de Periodistas de la Región del Bío Bío, comprometida además en y con la recuperación de la memoria regional y la defensa de los derechos humanos, nos planteó a los ex prisioneros políticos de Chacabuco, la idea de escribir un libro que recogiera testimonios de las personas de lo que podemos llamar la primera “relegación” masiva de presos políticos desde Concepción a la oficina salitrera de Chacabuco, ubicada en pleno Desierto de Atacama y a más de 1.500 kilómetros de Concepción.

Fue así como, a través de conversaciones colectivas e individuales, dimos inicio a un proyecto de rescate testimonial que con el tiempo amplió sus objetivos para convertirse en una publicación que recoge vivencias de hombres y mujeres que un día estuvieron detenidos en el Estadio Regional de Concepción, en el periodo septiembre de 1973 a enero de 1974.

Gracias al respaldo del Fondo de Iniciativas Culturales Comunes de la Municipalidad de Concepción 2016, lo que partió como una idea y un deseo, se transformó en el libro “Nuestros días en el Estadio”.

Acciones por la memoria se habían impulsado antes con el fin de reconocer el principal centro deportivo de Concepción como un recinto de prisión política y tortura tras el golpe militar. En enero de 2004, los ex prisioneros de Chacabuco, a raíz de cumplirse 30 años desde el momento en que fueron enviados desde el Estadio Regional a la oficina salitrera de Chacabuco, instalaron una placa de mármol en que se hacía mención al hecho de que ese lugar había sido centro de detención de hombres y mujeres de la zona.

En el año 2015, con motivo de la remodelación-ampliación del campo deportivo, esta placa fue retirada con el compromiso municipal de volverla a su lugar el día de la inauguración de sus nuevas y modernas instalaciones. El 20 febrero de 2016, junto a centenares de ex prisioneros/as políticos, la Municipalidad de Concepción, no sólo reinstaló ese letrero, sino que en un gesto que la ennoblece, agregó una placa institucional reconociendo que dicho recinto fue usado como campo de prisioneros políticos y sitio de tortura.

“Nuestros días en el Estadio” es un aporte más a la reconstitución de esa memoria colectiva e individual, que tanta falta nos hace cuando el olvido se empeña en cubrirnos con su oscuridad.

Acompañar a María Eliana Vega en esta tarea fue, sin duda, un privilegio. Escuchar casi todos los testimonios y facilitar la interlocución con la mayoría de los entrevistado/as fue a ratos duro, emocionante y, por qué no decirlo, a veces estresante. No es fácil reconstruir hechos sucedidos hace más de 40 años y no sentirse afectado. Las entrevistas a algunos familiares que durante días y semanas estuvieron en las afueras del Estadio tratando de saber de sus seres queridos, son conmovedoras, al igual que el testimonio del entonces sacerdote y posterior Obispo católico, Monseñor Camilo Vial Risopatrón.

Este libro es el resultado de intensos meses de trabajo, donde se obtuvieron cerca de cincuenta testimonios que permiten recrear diversas situaciones. La necesidad de reflejar la amplitud política y social de la represión obligó a buscar relatos no sólo de los militantes de la Unidad Popular y el MIR, sino también de trabajadores y pobladores que sin pertenecer a ninguna orgánica partidaria, fueron actores claves en el frustrado proceso de cambios iniciado por el Presidente Salvador Allende.

Esperamos que “Nuestros días en el Estadio” sea un aporte a la recuperación de la historia y memoria regional. En sus páginas no sólo podremos conocer la dureza de la represión, la separación obligada de los familiares, la incertidumbre después de haber perdido el trabajo, sino también la solidaridad nacida al calor del dolor común; la alegría de una carta con los avances de un hijo/a en su colegio o el respaldo de las Iglesias ante tanto atropello a la dignidad humana, la mano amiga de un soldado anónimo que regaló un cigarro o llevó clandestinamente un papelito con tres o cuatro líneas al familiar querido, las rutinas diarias, las esperanzas, ... en fin, todo aquello que es parte de la vida cotidiana de los llamados “prisioneros de guerra” queda plasmado en este libro de María Eliana Vega.

Gabriel Reyes Arriagada
Ex prisionero político

Los primeros en llegar al Estadio

Cuando llegaron al Estadio Municipal de Concepción, no había nadie. Sólo militares vigilando. Tito Gutiérrez Contreras recuerda haber ingresado como a la 9 de la mañana del 11 de septiembre de 1973, junto a otras cinco personas. Fueron los primeros detenidos políticos en el recinto deportivo, que por alrededor de cinco meses se convirtió en uno de los principales centros de detención y tortura de Concepción.

-Tito, hay golpe de Estado!

Tito Gutiérrez.



Fue lo que le dijeron sus compañeros de oficina de la Forestal Pilpilco donde trabajaba, cuando llegó a las dependencias ubicadas en la Galería Giacaman, frente a los Tribunales de Justicia.

Gutiérrez militaba en el MAPU y era Subgerente de Relaciones Laborales de dicha empresa que era una Sociedad Anónima Estatal. La mañana del 11, salió temprano de su casa en Lota. Para trasladarse a Concepción debió tomar el tren, ya que había huelga del transporte colectivo.

"Me bajé en la estación y caminé hacia la oficina por Barros Arana, al pasar por la Plaza de Armas me llamó la atención que afuera de la Intendencia hubiera tanquetas. Luego, al llegar a la oficina, encontré a un par de compañeros de trabajo escuchando la radio..."

La noticia del golpe lo inquietó. Como era dirigente del cordón industrial centro decidió salir para averiguar más.

-Voy a ir a la CUT (Central Única de Trabajadores en esa época) para saber noticias-, le dijo a sus compañeros y salió.

Pasó a la Inspección del Trabajo a buscar a María Teresa Aquevedo, que también era dirigente del cordón centro, y se dirigieron a la sede de la CUT, ubicada en Serrano con Barros Arana.

Llegaron al inmueble y rápidamente subieron la larga escalera de madera. Eran ya las 8:30 horas. "Había algunos dirigentes allí y preguntamos qué

pasaba”.

-No sabemos nada todavía, vayan a sus lugares de trabajo y estén atentos-, les dijeron.

Iban bajando la escalera para salir del recinto, cuando se percataron que llegaban dos grupos de civiles con metralleta en mano y que avanzaban corriendo hacia la sede.

“Nos dimos cuenta de que venían a allanar y con María Teresa volvimos a subir gritando: ¡Nos vienen a allanar!”.

En ese momento ingresaron los sujetos y los obligaron a bajar al primer piso con las manos en alto. De inmediato apareció una camioneta a la cual subieron a las seis personas que habían detenido.

“No nos preguntaron nada, nos amenazaron, y a gritos nos subieron a una camioneta y nos trasladaron derecho al Estadio, aunque nosotros no sabíamos a dónde nos llevaban”.

En el trayecto vieron muchas patrullas que circulaban por las calles y numerosos militares armados con metralletas. *“Para nosotros estaba claro que era un golpe”.*

Alrededor de la 9 de la mañana llegaron al Estadio. Los hicieron entrar y les ordenaron quedarse bajo el arco sur. Arriba, en la parte más alta del recinto, había militares fuertemente armados vigilando.

“Cuando llegamos no había nadie, fuimos los primeros”, recuerda Tito Gutiérrez y en sus ojos empiezan a aparecer los recuerdos de aquel día. Y reflexiona: “Yo tuve la impresión en ese minuto que el Estadio tenía que haber estado preparado el día antes, porque cuando nosotros llegamos estaba todo listo”.

No los revisaron ni les preguntaron sus nombres. Simplemente los dejaron ahí. A medida que pasaban los minutos, empezaron a llegar más detenidos que se iban juntando en el campo de juego.

Como a las 11 de la mañana, y cuando había unas 200 personas detenidas, los primeros que habían

llegado fueron conducidos a los camarines. Allí ocurrió un fenómeno que Tito Gutiérrez aún recuerda.

“Los compañeros que iban conmigo, seguramente muchos de ellos de la CUT, empezaron a vaciarse los bolsillos de timbres y papeles que fueron botando a las tazas de los baños, que empezaron a llenarse y se taponaron... Llegó un momento en que el camarín no daba más...”.

Gran parte de quienes estuvieron recluidos en el Estadio en esas primeras horas, llegaron por casualidad, mala suerte o por azar. Tito Gutiérrez menciona el caso de un tren que venía de Laja con destino a Concepción y que fue detenido en Hualqui. Todos los pasajeros fueron obligados a caminar hasta la ciudad penquista, pero en el camino se toparon con una patrulla que los detuvo y los trasladó al Estadio.

“Me acuerdo de un viejito que trabajaba en la Universidad de Concepción, operando el mimeógrafo. También recuerdo un hombre que llegó reclamando por su carretón. Nos contó que venía en su carretón y lo detuvieron frente al Estadio, y él quería saber dónde estaba su carretón y cada vez que los marinos abrían la puerta para echar gente adentro, él preguntaba por su carretón”.

El nulo control de identidad y la detención azarosa de muchas personas, ayudó a quienes sí tenían alguna filiación política, pues pudieron pasar inadvertidos, -al menos en ese momento-, ante los represores.

La hora avanzaba y los detenidos permanecían sin ingerir alimentos ni agua. Tampoco los interrogaban y mucho menos contaban con alguna información acerca de qué pasaría con ellos.

A la misma hora en que Tito Gutiérrez y sus compañeros “inauguraban” el Estadio como centro de detención, Juan Cisterna Oñate, 19 años, estudiante de Ingeniería Civil de la Universidad de Concepción y militante del MIR, partía junto a su grupo a buscar con qué defender al gobierno. El

día anterior, dice, anticipando la posibilidad de un golpe militar, habían planificado algunas acciones, pero las armas anunciadas no estaban.

Tras recorrer algunos puntos y no encontrar nada, partieron al barrio universitario para ver qué pasaba allí. Pero había militares rodeando el lugar y decidieron irse caminando por la Diagonal Pedro Aguirre Cerda. Al pasar frente a calle Ongolmo, donde se ubicaba el Hogar Estudiantil "Luciano Cruz", se encontraron con una compañera.

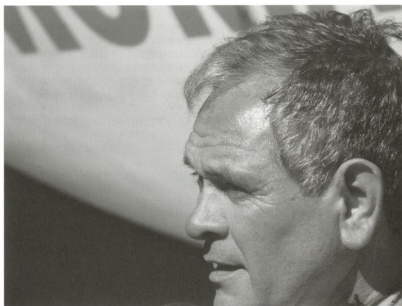
"Le preguntamos qué estaba haciendo y nos dijo que habían allanado el hogar y no tenía a dónde ir; le dijimos que la llevábamos a San Pedro y ella regresó a buscar un par de cosas y como demoraba, entramos a buscarla, cuando subíamos la escalera, llegaron los carabineros, nos agarraron, nos azotaron un poco y nos obligaron a entrar a una micro..."

Fueron siete los detenidos, que se sumaron a otros que ya estaban en el vehículo. Juan Cisternas recuerda que había por lo menos tres micros llenas. No les dijeron a dónde los llevaban. Sin embargo, pudo observar, sorprendido, que algunas personas salieron de sus casas e instalaron banderas chilenas.

La micro donde los trasladaron había pasado antes a recoger a trabajadores de la CCU (Compañía de Cervecerías Unidas, ubicada en avenida Pedro de Valdivia) y luego fueron a buscar a los siete estudiantes que habían sido detenidos cerca del hogar. No les pidieron documentos ni tampoco identificarse.

Al momento de su detención, a Juan Cisterna lo empezaron a golpear y él le reclamó a un oficial. *"Le dije que era estudiante e hice valer mis derechos, después ya no me pegaron más"*.

Tras subirlos a ellos, la micro con los detenidos se fue por Plaza Perú, y se desplazó rodeando la Universidad de Concepción, aparentemente buscaban a "un cura que se había robado un arma, es lo que escuché".



Juan Cisterna.

No recuerda bien la hora, pero estima que entre las 12 y las 13 horas llegaron al Estadio.

Los dejaron encerrados en los camarines, pero antes alcanzaron a ver a grupos de militares que vigilaban por la parte alta del recinto. A los camarines ingresaron hombres y mujeres, no hubo separación en esas primeras horas. Había trabajadores y estudiantes, no estaban los del hogar, pero sí había otros que Juan Cisterna identificó como tales.

En el camarín donde lo dejaron estima que había unas 30 a 40 personas. Por el fuerte ruido que se percibía, intuyó que seguían llegando detenidos.

Cisterna jamás pensó que los militares se tomarían el poder y más aún se sorprendió por el uso que se estaba dando al Estadio. *"En la inocencia de la juventud no pensé que los militares se podían tomar lo que quisieran, de hecho se suponía*

que era un campo deportivo y encontrarse de repente lleno de aparataje militar, los camarines se transformaron en celdas y ahí uno no tenía nada que hacer, estaba encerrado, era un espacio grande, y nos mirábamos, qué vamos a hacer aquí, cuánto tiempo nos van a tener, que nos van a hacer, yo diría que eso nos hacía abrir más las antenas, por la sobrevivencia y después cuando llegaron los milicos con su vestimenta, los rostros pintados, y agrediendo por cualquier cosa, ahí el asunto cambió...”

Sin ser interrogados, sin preguntarles por su identidad y menos por su filiación política, sin recibir agua ni alimentos, los primeros detenidos en el Estadio permanecieron gran parte del día 11 sin tener ninguna información acerca de qué pasaría con ellos.

Del sol radiante de la mañana ya poco quedaba. Hacia la tarde el cielo se había nublado y poco después empezó a llover.

Como a las cinco de la tarde, un grupo de militares ingresó al camarín donde se encontraba Tito Gutiérrez. Uno de ellos preguntó quiénes

habían sido los primeros en llegar y los sacaron para subirlos a un bus. Luego salieron de allí con destino a Talcahuano. A las 19 horas estaban en la Base Naval desde donde los trasladaron a la Isla Quiriquina, que también se convirtió en otro de los centros de detención y tortura de la dictadura en la zona.

Juan Cisterna tuvo el mismo destino. Como a las 16:30 horas, llegaron los militares con uniforme de combate, gritando y amenazando, habían apagado las luces de los pasillos y ahí recibieron las amenazas directas. *“Empezaron a llenar micros con los detenidos, por lo menos conté tres, en la que me tocó a mí me fui en la primera fila y eso me permitió visualizar varias cosas que los otros no veían y de ahí, serían como las cinco de la tarde, empezó a cambiar el tiempo. Salió la micro y no sabíamos a dónde íbamos, hasta que finalmente llegamos a la Base Naval...”*

En los días posteriores, el Estadio dejó de ser un lugar de paso y distribución de detenidos, y se convirtió en un recinto de detención política y tortura, condición que se prolongó hasta mediados de enero de 1974.

La historia del matrimonio Benavente Jaque

La noche del 10 de septiembre de 1973, Mario Benavente Paulsen, profesor, miembro del Comité Central del PC, estuvo reunido con el intendente de Concepción, Fernando Álvarez Castillo -también militante comunista- en el local del partido, en Caupolicán entre San Martín y O'Higgins. Tras una larga charla, se despidieron.

-Esta noche a lo mejor podemos dormir tranquilos, porque parece que se está controlando la posibilidad de un golpe-, le dijo Álvarez sin imaginar lo que vendría en las horas siguientes.

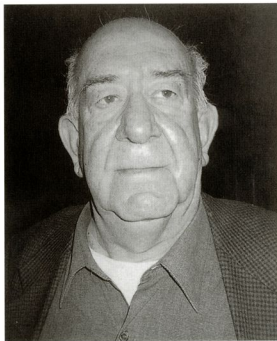
Ambos regresaron a sus hogares, debiendo haberse alojado en otro lugar. Álvarez le consultó a Mario Benavente sobre eso y éste le dijo: *"Desgraciadamente tú como intendente, tienes que estar en tu casa"*.

Se estaba aún afeitando la mañana siguiente antes de ir a dejar a su hijo Igor al liceo, cuando llegó corriendo a su casa Marcos, el hijo de Fernando Álvarez.

-Tata, los soldados pasaron a detener a mi papá- le dijo angustiado.

Eran las 7 de la mañana. Benavente, junto a su esposa Nimia Jaque y a su hijo Igor, salió de casa para ir a dejar al adolescente al Liceo de Hombres y a su esposa a la Universidad de Concepción, donde trabajaba.

Tras eso, debió asumir las responsabilidades del trabajo clandestino, lo que lo obligó a esconderse en distintos lugares. Tarea compleja, pues algunos compañeros que debían hacerse cargo de la



Mario Benavente.

protección de los dirigentes, no se atrevieron, con lo cual Mario Benavente y otros quedaron, de la noche a la mañana, sin ningún apoyo. De hecho un día, caminaba solo por la calle y un profesor primario que iba en auto junto a su esposa, lo llamó y le ofreció llevarlo a un lugar seguro, que resultó

resultó ser una casa de prostitución. Allí estubo algunos días, hasta que llegó el momento en que tanto él como el diputado comunista Tomás Solís Nova, que eran figuras muy conocidas en Concepción, debieron cesar sus responsabilidades. Pero los seguían buscando y el panorama se tornaba cada día más peligroso. Fue así como su suegra, la mamá de su esposa Nimia, encontró a una señora que vendía quesillos en la Vega en Concepción y ella lo mantuvo en su casa durante varios días, cerca de la línea férrea por Prat... Pero las consecuencias de su ocultamiento muy pronto repercutieron en su familia.

Detienen a Nimia

La madrugada del 20 de septiembre, una tropa de militares saltó la reja del jardín de la casa de los Benavente Jaque en Freire 1370, en Concepción, y con ropa de camuflaje y fuertemente armados, ingresaron a la vivienda.

-¿Dónde está Mario Benavente?- preguntó uno de ellos a la nana que los miraba aterrorizada.
-No... está, señor... -apenas balbuceó ella.

Fueron instantes de terror. Nimia protegía a René, su hijo menor, mientras la patrulla registraba la vivienda, destruyendo todo lo que encontraban.

-¿Dónde está su marido?- le preguntaron con voz inquisidora.
La amenazaron y la obligaron a acompañarlos, haciendo callar con fiereza al pequeño René que gritaba aterrorizado.

Nimia apenas alcanzó a tomar un chalón, algunos útiles de aseo, amarró un pañuelo en su cabeza y besó a su hijo, al salir le dijo a la nana que lo cuidara.

La subieron al camión que partió a recorrer la ciudad. Pasaron por varios domicilios, pero estaban vacíos. A las seis de la mañana la hicieron bajar en el patio interior de un regimiento, donde el capitán de turno la interrogó largamente sobre su marido. Pese a la angustia que la invadía, logró mantener su dominio.

Ya en la mañana del 21, la sacaron del regimiento, obligándola a taparse el rostro con el chal que llevaba puesto, y la subieron a un vehículo donde había otra detenida. No pudo mirarla porque no podía descubrirse la cara. Desde ahí pudo escuchar la encendida arenga que el comandante dirigía a sus soldados. Nimia no podía creer lo que pasaba. Le pareció estar en la Alemania nazi.

Cerca de las nueve de la mañana, las llevaron a la Cuarta Comisaría de Carabineros de Concepción - ubicada en Salas con San Martín- recién ahí pudo ver a la persona con la que había sido trasladada. Resultó ser una profesora conocida y pudieron conversar brevemente. Fueron interrogadas sobre sus actividades gremiales y políticas y les señalaron que habían sido detenidas por ser partidarias del Presidente Allende.

Durante todo el día permanecieron de pie en uno de los patios del recinto, sin comer ni beber nada, junto a centenares de personas. Por la noche, vivieron momentos de terror, cuando grupos de carabineros con las armas en ristre, empezaron a correr como locos por el lugar, insultando y golpeando a muchos de los prisioneros. Varias horas se prolongó esa tortura.

A las diez de la noche, con las manos en la nuca, los hicieron subir a buses y camiones militares, y los llevaron al Estadio Municipal de Concepción. Una vez allí, los hicieron bajar con golpes y puntapiés.

En la guardia debieron dejar sus objetos personales y sus cédulas de identidad, y luego fueron obligados a desnudarse y sus ropas fueron revisadas minuciosamente. Concluido ese proceso, a las mujeres las llevaron a la celda 8, que estaba cerrada con candado. Abrieron la puerta y las empujaron al interior.

“Una sola ampolleta iluminaba débilmente el piso de baldosas enteramente desnuda de todo mobiliario. No había banquetas ni camastrós. En la pared que daba al exterior del subterráneo, un largo ventanuco horizontal dejaba colarse ráfagas de viento helado y apenas permitía divisar una línea de cielo negro. Cuando el carcelero puso

el cerrojo sentíamos que caía una lápida sobre nuestros destinos”, relata Nimia Jaque en su libro “El árbol que florecía hijos”, donde cuenta algunos pasajes de su detención y lo que vivió mientras estuvo prisionera en el Estadio Regional.

Mario sigue clandestino

Mientras su esposa Nimia era detenida, Mario Benavente seguía en la clandestinidad. Recién lo supo cuatro días después. Nada podía hacer en ese momento, aunque tenía claro que con la detención de su mujer, las posibilidades de apoyo disminuían drásticamente.

Por esos días, el jefe de Investigaciones que vivía en Maipú con Janequeo, frente a una verdulería de la suegra de Benavente, le decía a ella que le pidiera que se entregara.

“Pero yo, ¡qué me iba a entregar! Y de hacerlo, pensaba ir a Carabineros”, reflexionaba. Pero el jefe de la Policía de Investigaciones le dijo a su suegra que por ningún motivo fuera a Carabineros, que si se entregaba debía hacerlo a Investigaciones, “porque ahí lo vamos a cuidar”.

En el intertanto, Mario le escribió una carta a Nimia que llegó a sus manos el 28 de septiembre:

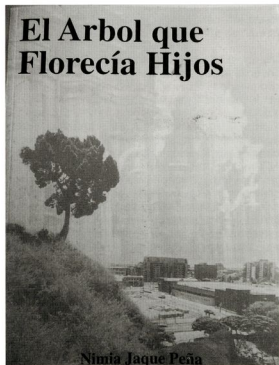
*“Amada Nimia:
Durante angustiosos cuatro días esperé verte o al menos recibir noticias tuyas y de mis hijos adorados. El lunes 24, a las 12, supe que habías sido detenida. ¡Cómo se desgarraba mi corazón! Creo que tú pronto serás dejada en libertad, ya que no tienes otro delito que haber sido la esposa de un admirable dirigente. Por doloroso que te haya sido, bien mío, debes sentir el orgullo de enfrentar la situación con la dignidad tan propia de ti. ¡Amada, es duro pero también muy bello, caer luchando por la concreción de nuestros ideales!”.*

Días en el Estadio

Sólo a través de su madre que se las arregló para hacerle llegar disimuladamente en un paquete de galletas, un mensaje de su marido, Nimia pudo



Nimia Jaque.



saber algo de él. Ya llevaba una semana detenida.

Fue ella también la que le empezó a enviar algunas cosas y notas contándole cómo estaba la familia. Y el padre Camilo Vial fue el receptor de aquellos mensajes que entregaba a Nimia. Ella lo conoció en el Estadio, en ese labor de visita y apoyo a los detenidos y también a los familiares.

"El guardaba la correspondencia porque a veces lo amenazaban y si lo pillaban lo iba a pasar muy mal y yo escondía las cartas en la paja de mi lecho y al día siguiente se las entregaba al sacerdote cuando ya no había peligro. Del padre Camilo tengo bellísimos recuerdos, fue un hombre extraordinario en la vida nuestra, de todos los prisioneros políticos".

Tras su detención, los hijos de Nimia y Mario quedaron al cuidado de su madre, después ella consiguió que una hermana que vivía en Santiago, los recibiera y así sacarlos de Concepción. De esa forma lo mantuvieron a salvo, en especial por el tiempo en que Mario aún era buscado.

Mientras, Nimia se esforzaba por enfrentar esa adversidad de la mejor forma posible, tarea compleja por las circunstancias de su detención y por el lúgubre lugar de su reclusión.

Pronto la rutina fue marcando los días. Por la mañana, un jarro de café —aunque para ella era un poco de agua turbia caliente— y un trozo de pan. Al almuerzo, un plato de incomibles porotos. A las 9 de la mañana podían salir de su encierro y permanecer en las graderías del Estadio hasta las 5 de la tarde, cuando volvían a encerrarlas. Todo era sórdido y desesperanzador, cruzado por el miedo y la incertidumbre ante la posibilidad de ser llamada a un interrogatorio, que por lo general implicaba malos tratos y tortura.

Jóvenes, trabajadoras, dueñas de casa, estudiantes, docentes... muchas fueron las mujeres que Nimia vio pasar por el camarín 8. También algunas extranjeras, principalmente esposas de docentes de la Universidad de Concepción donde ella también hacía clases.

Un día de esos, recuerda que se las quiso amedrentar con un falso fusilamiento. Se levantó un paredón de fardos detrás de uno de los arcos y se instalaron tres sillas delante de tres postes pintados de blanco. El mayor Miguel Sánchez, a cargo del campo de prisioneros, hizo el tenebroso anuncio: *"Al amanecer serán ejecutados allí los marxistas criminales que fueron detenidos anoche y no habrá sumario ni juicio previo..."*

Nimia se asustó. Tenía en sus manos la hoja de un periódico que un uniformado le había pasado para "que se entretuviera". Bajo el título de "Se Buscan", aparecían las fotos de cuatro dirigentes políticos de la provincia y ahí estaba el rostro de su marido.

La jornada fue larga. La espera insostenible. Una vez que las encerraron, las mujeres decidieron dejar vigias junto a la puerta y los ventanucos. Esa noche la pasaron en vela, sin escuchar nada anormal, salvo el ruido de los vehículos que circulaban por la carretera y el aullido de los perros. Ya por la mañana, cuando salieron del encierro, una de ellas las alertó. El supuesto cadalso había desaparecido y no quedaba ninguna huella. Todo había sido una puesta en escena para amedrentarlas psicológicamente.

Pasaban los días, y a Nimia no la llamaban a interrogatorios. Eso también la angustiaba porque lo único que anhelaba era salir pronto para retornar con su familia. Era profesora de Castellano y había ejercido la docencia en el Liceo Experimental de Concepción y en el Charles de Gaulle, entre otros. Cuando la detuvieron, trabajaba en el Departamento de Educación de la Universidad de Concepción y tenía 42 años.

Mario Benavente decide entregarse

El tiempo avanzaba y la situación seguía confusa e incierta. En ese escenario, Mario Benavente participa en una reunión en casa de su suegra el 12 de octubre, ya tenía tomada la decisión de entregarse. Le habían dicho que esa era la condición para que su esposa fuese liberada. Se había despedido antes de sus hijos Igor y René y

previamente, mientras estuvo oculto, se había sometido a un tratamiento psicológico para olvidar las responsabilidades que tenía.

Y partió al Cuartel de Investigaciones ubicado en calle Angol con Carrera. Allí le dieron buen trato y, al mismo tiempo, asegura, lo ayudaron a salvarse. Incluso tuvo la ocasión de contribuir a que un detective que una noche entró a contar a los prisioneros, se calmara. Se le había perdido un detenido y estaba muy preocupado. Como conocía al profesor Benavente, se dirigió a él. *"Le dije que estuviera tranquilo, que el prisionero debía estar ahí, que cómo se le iba a perder. Pero el detective estaba muy angustiado. "Me van a fusilar por esto", le insistió. Benavente lo hizo sentarse e, incluso, le convidó café de un termo que tenía. "Casa curiosa, él era el cuidador y yo lo estaba protegiendo".*

Pasaron algunos días, y este detective lo hizo afeitarse y cambiarse de ropa, porque había conseguido que sus hermanos le llevasen las prendas. Un día le dijo: -Encontré al prisionero, era un ebrio que se había metido en una celdilla y ahí estaba durmiendo la borrachera.

En otra ocasión, el detective le dijo: -Lo van a interrogar hoy. Pero no se preocupe, el que lo va a interrogar es muy torpe y usted sabe cómo manejar a esas personas.

Efectivamente, como a las 2 de la tarde lo llamaron. Era un tipo moreno, delgado, de bigotito, que lo hizo pasar a una sala, donde había un camastro metálico en el que se podía torturar y había otra litera al frente.

El profesor Benavente se sentó y su interrogador le empezó a decir que los comunistas se habían enriquecido, que Isidoro Carrillo era un hombre millonario habiendo sido obrero y cosas así.

Benavente le replicó, con calma, pero con firmeza y cuando le empezó a hablar de Salvador Allende, que lo habían pillado traficando armas, con tono duro, le dijo: -Mire, usted tiene que guardar respeto por nuestro Presidente. Y el sujeto de que quedó callado.



En Prefectura de Investigaciones

Se entregó

Mario Benavente

También se tuvo conocimiento que se encontraba detenido el profesor y miembro del Comité Central del proscribo Partido Comunista, Mario Benavente Paulsen.

En la detención, al igual que la de Quintana, Tomás Solís, Rafael Merino, y otros personajes de alta alcurnia del depósito regimien, se había encargado a todo el país.

El profesor y dirigente del organismo máximo del comunismo estallido, de acuerdo a las informaciones logradas por CRONICA, se presentó voluntariamente a la Prefectura de Investigaciones de Concepción, aunque no se precisó la fecha exacta. Esto habría ocurrido el viernes o sábado pasado. Actualmente se encuentra en el Estadio Regional o en la Isla Quiriquina, a la espera de que las autoridades resuelvan, si existen cargos que lo lleven a comparecer ante la Justicia Militar.

Días más tarde, fue llevado al Estadio Regional. A su ingreso, lo hicieron botarse al suelo, le pegaron con la culata de las armas y también recibió algunas patadas, pero al menos pudo encontrarse con algunos amigos y sentirse un poco más seguro.

Lo que en ese momento lo inquietaba era su esposa Nimia. Apenas llegó quiso ir a saludarla al sector donde estaban las mujeres, al otro lado del recinto, para mostrarle que estaba bien. Había llegado con traje limpio, afeitado, bien elegante, según sus palabras. Pero antes de que pudiera hacerlo, se acercó a él una gendarme que le dijo: *"Profesor, el teniente me pide que le diga que no se acerque a su señora porque lo están vigilando desde arriba, pero a la medianoche lo pasará a buscar para que se encuentre con ella después".*

Y así fue. A la medianoche, un teniente de apellido Toledo, lo fue a sacar de la celda, lo llevó por los

pasillos hasta que pudo encontrarse con Nimia. Se abrazaron después de más de un mes sin verse. Con cierto tino, el uniformado se alejó unos pasos y los dejó solos un rato. Ella apoyaba su cabeza en el pecho de Mario, que la consolaba con gran ternura.

En los primeros días de su permanencia en el Estadio, le llamó la atención que cuando pasaban lista, no lo nombraran. Recordó que cuando llegó, el capitán Sánchez había reclamado porque le llevaban "a dirigentes tan peligrados". Entonces, Benavente habló con algunos compañeros abogados que se entendían con Sánchez para remediar la situación. Su preocupación era que si no lo nombraban, algo se estuviera preparando en su contra, que incluso pudieran hacerlo desaparecer. Poco después, esa omisión se remedió.

La primera vez que lo llamaron a interrogatorio ocurrió un hecho que todavía recuerda. Antes que él entrara, habían interrogado a Nazich Pauluan, quien le dijo al pasar: "No te olvides que estos obedecen órdenes".

Entró a una pieza grande, hermética, donde había un tipo moreno y fornido, y un muchacho pálido y de bigote, que era teniente. Este lo empezó a interrogar, pero con mal trato. Entonces, Benavente, sin saber cómo, dejó caer el puño sobre la mesa.

-Señor, no se olvide que soy miembro del Comité Central del Partido Comunista de Chile y por tal motivo usted me debe respeto- le dijo. Y el tipo, con el torturador al lado que lo quedó mirando, empezó a tratarlo de profesor Benavente.

Terminado el interrogatorio, se dispuso su incomunicación. Afortunadamente, estaba con un chaquetón de castilla y la mitad de una naranja en el bolsillo. La celda era hermética, lo que le impedía ver la luz del día, tampoco sabía si era de día o de noche. Lo más terrible, no obstante, era que estaba obligado a orinar y defecar ahí mismo.

Por la mañana, comía un gajo de naranja y otro en la tarde. Así se alimentó durante el tiempo que estuvo allí. Un día, lo fueron a sacar de la celda y

El recuerdo de ese sueño, la certidumbre de que jamás había hecho mal a nadie; permitían que me sobrepusiera. "Madreccita, protegenos!" imploraba silenciosamente en cualquier lapso del interrogatorio. Eso me ayudaba a librarme de la herida amarga, el agobio y el estupor ante la injusta situación.

PRISIONERA

En la mañana del 21 de septiembre, con el rostro tapado con el chalón, me hicieron subir en un carro militar aparcado en el gran patio del regimiento. Me dijeron que en el había otra detenida, pero ambas debíamos permanecer con la cara cubierta y en absoluto silencio. ¡Ni una sola palabra!

Desde allí escuchábamos la arenga que un comandante dirigía a sus soldados diciéndoles que, "gracias a las fuerzas armadas, el país había sido liberado de la terrible amenaza que constituía para el país el gobierno de Salvador Allende. Los partidarios de este eran seres de mente torzosa que intentaban la destrucción de los valores nacionales, de la libertad, la religión, la propiedad privada. Incluso proyectaban asesinar a todos los soldados y a sus familiares. Les habló del Plan Z, según el cual, solo en Concepción, el 17 de septiembre, debían haber muerto seiscientos jefes de familia junto a sus esposas e hijos. Proyectaban matar a todos los jefes del cuartel general de la 3ª División del Ejército; a comandantes.

11

Página del libro "El árbol que florecía hijos"

lo llevaron a la oficina del capitán Sánchez, que por alguna razón ignorada por Benavente, no lo podía ver.

Estaba sentado en su escritorio, jugando con un habano. Al verlo entrar, lo hizo sentarse.

-¿Conoce esto? -le preguntó.

-No- le respondió.

-Es un habano de sus amigos cubanos. ¿Quiere?

-No -le dijo Benavente-. No fumo.

Como él le había dirigido la palabra, Mario le habló. -Capitán, quiero pedirle un gran favor.

-¿De qué se trata? - le preguntó.

-Usted sabe que a mí me van a sacar de acá y se me puede ocurrir escapar y si se me ocurre eso, me pueden disparar y quisiera despedirme de mi esposa.

- Permiso no concedido- le dijo.

De repente se levantó y salió de la oficina. Rato después volvió y le dijo: Su esposa lo está esperando.

La hizo entrar a la oficina y los dejó solos unos momentos.

"La Nimia no se acuerda de nada de esto. La consolé, le dije que había que enfrentar la situación y que había que cuidar a los hijos..."

Benavente fue sacado del Estadio y trasladado engrillado en una camioneta hasta las dependencias militares ubicadas en O'Higgins entre Castellón y Colo Colo, en Concepción. Allí lo dejaron de pie al lado de una muralla. Le sacaron los grilletes y lo hicieron entrar a una sala. Luego de un largo rato de espera, ingresó a la oficina del fiscal militar. Tras unos momentos, y luego de hacer salir al secretario, le entregó una carta de su hermana. En ella le decía que cualquier cosa que necesitara, acudiera al fiscal.

Mario Benavente le dijo: *"Por favor, no vuelva usted a hacer esto, porque pone en peligro su vida y la de su familia. Yo sé las responsabilidades que tengo, siempre lo supe desde que ingresé al Partido Comunista, usted no se preocupe por mí"*.

Mientras leía la carta, el fiscal lo dejó solo. Rato después volvió y le preguntó cómo había sido su permanencia en el Estadio. "Le conté que había estado sin comer durante diez días, sin agua, sin nada y pasado a estiércol".
- Lamentablemente su declaración no coincide con la otra, así que lo voy a mandar incomunicado a la cárcel, pero no se preocupe- agregó-, lo voy a sacar pronto.

No lo interrogó, sino que sólo le preguntó por el Estadio, algo que dio confianza a Benavente. Estuvo efectivamente unos días en la cárcel, y cuando regresó al Estadio llegó bañado y afeitado, algo que lo hizo sentirse mucho mejor.

Hacia fin del año, nuevamente Mario Benavente fue incomunicado. Pero esta vez hubo algunos matices diferentes a su anterior aislamiento. De partida la celda era distinta. El piso era de baldosas y contaba con un lavatorio. Además, la puerta tenía rejillas y daba hacia Puchacay, lo cual le permitía ver a la gente. No estuvo solo durante la incomunicación. Un muchacho, que no conocía y que supuestamente era del Mapu, fue enviado a la celda. Mario Benavente tuvo sospechas de él y prácticamente no le hablaba. Optó por concentrarse jugando ajedrez, mentalmente, en las baldosas.

Para la Pascua, sus compañeros de celda juntaron



unos chocolates y se los enviaron con el capitán Sánchez.

-¿Cómo está?- le preguntó el uniformado.

-Bien, capitán- le contestó escuetamente, pues le tenía recelo. Con todo, se atrevió a pedirle un favor.

-¿De qué se trata?—quiso saber el militar.

-Quiero que uno de estos chocolatitos que me ha traído, se lo lleve a mi esposa, porque estamos en Navidad.

Sánchez lo hizo. Al rato regresó.

-¿Se le ofrece algo?—le preguntó.

-No, capitán.

-¿Quiere fumar?

-Sí, capitán—le respondió Benavente.

Sánchez llamó a uno de los hombres que hacía el aseo y le dijo: "Vaya a comprarle cigarrillos al profesor", y le pasó el dinero. A partir de esos gestos, cambió la relación entre ambos.

Desde su encierro, recuerda que en algún momento escuchó a Pauluan dirigiendo el coro.

De repente, se abrió la puerta y entró un cabo que lo iba a buscar.

-¿A dónde me lleva?-preguntó receloso.

Pero el uniformado no le contestó.

-¿Me llevan a la tortura?—quiso saber Mario-, pero el gendarme se mantenía en silencio.

Lo condujo por los pasillos del Estadio, hasta que de pronto vio que su hermano mayor, Luis, lo estaba esperando debajo de un árbol. Fue un encuentro muy emotivo. Su hermano lloró, mientras Mario lo consolaba. "Mis hermanos se portaron muy bien".

Durante el tiempo de reclusión, Mario se las arregló para contactarse con Nimia. Había una llave donde lavaban la ropa y él aprovechaba para conversar con ella en ruso, no lo dominaban por completo, pero se hacían entender. Los cuidadores los escuchaban, pero no les decían nada.

Si bien nunca envió mensajes porque no quiso comprometer a nadie, sí recibió algunas cosas de la familia. Su cuñada se encargó de hacerle llegar, una vez a la semana, un cajón con bolsas llenas de jugos de frutas, que eran muy bienvenidas y que se repartían en el grupo. "¡Qué cosa más deliciosa el jugo de frutal!".

A pocos metros, Nimia vivía su detención junto al resto de las mujeres con las que compartía celda.

Cuando la Cruz Roja fue al Estadio, entregaron atención amable, pero fría y distante. "No éramos gratas, no para todas, tal vez había algunas que eran más de avanzada, pero más que nada eran señoras representantes de sus maridos y de una alta clase social, algo a lo cual somos totalmente ajenos y al fin y al cabo a ellas no les importaba lo que le pasara a los demás. En cambio, los amigos siempre estuvieron preocupados. Estar en contacto con una prisionera política no era un deleite".

El fin de año fue la fecha más dolorosa. Lejos de sus hijos, sin poder abrazar a su marido, pese que estaban cerca, encerrados, sin saber cuánto tiempo más permanecerían allí. Fueron momentos dolorosos y terribles.

Pero había que vencer el sufrimiento de algún modo, aunque fuese por algunas horas. Por eso, a fin de año se organizó un acto donde participaron todos los prisioneros, hombres y mujeres. Cantaron, recitaron, actuaron, todo en un ambiente de mucha solidaridad que amortiguó, en parte, la soledad y la lejanía forzosa de la familia.

Un incierto nuevo año

Ya en enero de 1974, la vida transcurría casi sin grandes variaciones para los presos en el Estadio. La incertidumbre se mantenía, en especial para quienes llevaban más de tres meses reclusos en el recinto. Fue a mediados de ese mes cuando se supo que algo se venía. Un grupo de prisioneros había sido separado del resto para ser trasladado a un lugar, hasta ese momento, desconocido. Pocos días antes, Mario había salido de la incomunicación, cuando llegó la orden de sacarlo de su celda y dejarlo en otro lugar junto a otros presos, varios de ellos conocidos. Cuando ya estaban a bordo del bus que los trasladaría, hicieron subir a cuatro mujeres. Una de ellas era Nimia.

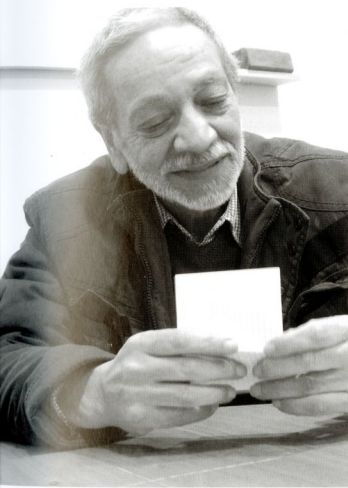
"A Lily Rivas y otras compañeras que no recuerdo, nos dijeron que preparáramos nuestras cosas porque nos iban a trasladar. No sabíamos a dónde, pero yo estaba feliz porque iría con mi marido, él no iba a estar tan solo a donde nos enviarán, pero a poco andar de la micro, nos hicieron bajar y nos devolvieron al Estadio. Sólo se llevaron a los hombres..."

"El 18 de enero, cuando nos iban a sacar del Estadio, hicieron subir al bus a Nimia, a la Lily Rivas y dos compañeras más. La Nimia se refugió en mí abrazada, creyendo que nos íbamos juntos. Pero al poco rato las hicieron bajar..."

Mario Benavente fue llevado junto a otros 58 prisioneros de la zona hasta el campo de concentración de Chacabuco, en la región de Antofagasta, donde estuvo hasta el 9 de octubre de 1974. Nimia Jaque fue trasladada hasta la cárcel pública de Chacabuco 70, donde permaneció hasta el 2 de marzo de 1974, cuando recuperó su libertad.

Pero la historia del matrimonio Benavente Jaque aún tenía varios capítulos más por escribir...

El tormentoso encierro de Fedor Carrillo



En un pequeño papel, Fedor Carrillo Nova, reconoció la letra de su madre, Isabel Nova.

-Hijo, ten mucha fuerza y paciencia.

Lo recibió durante una breve visita que le hiciera el sacerdote Pedro Campos Menchaca, quien pudo verlo pese a que estaba incomunicado. Fue la forma cómo se enteró que su padre, Isidoro Carrillo Tornería y otros tres compañeros, habían sido fusilados la madrugada del 22 de octubre de 1973.

Para entonces, Fedor llevaba un mes detenido en el Estadio Municipal. Gran parte de ese tiempo lo pasó incomunicado y torturado.

Todo partió apenas se produjo el golpe del 11 de septiembre. Si bien en las primeras horas en Lota no hubo detenciones masivas ni tampoco se vio una contundente presencia de las Fuerzas Armadas, sí había un potente contingente de carabineros con cascos y fusiles en las calles.

En ese escenario aún confuso, Fedor optó por quedarse en Lota. No tomó contacto con su padre, pues cada uno tenía sus obligaciones y responsabilidades. *"Yo me preocupé de hacer lo que me correspondía. Había que decidir qué íbamos a hacer. Yo estudiaba en el Liceo y mis contactos eran los estudiantes. Nosotros trabajábamos como Unidad Popular juvenil, con cabros socialistas y gente del Mapu, las primeras actividades las realizamos con ellos hacia afuera. Dentro de la Jota hicimos algunas acciones como empezar a eliminar documentación, recoger materiales, y otras cosas: en eso se nos fueron los primeros días del golpe".*

En ese panorama, se produjo su primera detención. Fue el 13 de septiembre y lo dejaron en libertad el 19. Esos primeros días fueron de gran caos. Tras ser detenido por carabineros en Lota lo trasladaron a Concepción. Lo llevaron a la Cuarta Comisaría, primero y luego a la Tercera División de Ejército y después a la Cárcel Pública, donde no lo aceptaron. Nadie se quiso responsabilizar de los detenidos políticos, así que lo enviaron de vuelta a la Comisaría, pasaron por el Estadio Municipal, sin que los dejaran allí, hasta que finalmente los subieron a un bus y partieron con destino a la Base Naval de Talcahuano, desde donde los trasladaron hasta la Isla Quiriquina.

Pocos días estuvo allí, hasta que lo dejaron libre. Retornó a Lota y se encontró con su padre en la calle, a quien no había visto desde el golpe. Este le dijo que se fuera a la casa y partió al sector Maule –en Coronel- donde vivía.

Isidoro Carrillo.



Por la tarde llegó su papá y hablaron algunas cosas. Un par de días después, a su padre lo llamaron para que pusiera su cargo –de gerente general de ENACAR- a disposición de la gobernación de Coronel donde habían designado a un militar. Decidió ir a presentarse y Fedor lo acompañó junto a la secretaria de la gerencia, Carmen Pinto. Estaban conversando, cuando llegaron tres carabineros de la Comisión Civil, a dos de ellos los conocía: el teniente Apablaza y a un carabinero de apellido Sandoval, que aparentemente tenían la misión de detener a Isidoro.

Su padre ya había conversado con el gobernador y antes de marcharse le preguntó si existía orden de detención en su contra. La autoridad designada le contestó que no.

-Bueno, pero afuera están los carabineros esperando para detenerme-, le replicó Carrillo.

-Yo respondo por el Ejército. Nosotros no tenemos orden de detención en su contra. Lo que haga Carabineros no está en mis manos -le dijo.

Cuando Isidoro Carrillo salió de la gobernación, su hijo Fedor y Carmen, evitaron que los carabineros que lo aguardaban lo detuvieran, subiéndolo al auto de un ingeniero que trabajaba en Enacar y que pasaba por el lugar.

En la noche, al llegar a su casa, Fedor se enteró de que su padre pensaba ir a la intendencia de Concepción para entregar su cargo.

-No vayas, porque de ahí no vas a salir, es un riesgo- le pidió Fedor.

-Yo no tengo nada qué temer ni qué ocultar, así que voy a entregar mi cargo- le respondió con tono firme.

El 22 de septiembre en la mañana, acompañado de su esposa e hijos, se presentó en la intendencia donde quedó detenido.

Esa misma noche, Fedor fue nuevamente apresado. Andaba con un amigo con el que había estado gran parte del día y no habían comido nada. Con algunas reticencias, Fedor aceptó pasar a la Sociedad de Socorros Mutuos, en Lota, a comprar

un par de sándwiches.

"Entramos, hicimos el pedido, yo tenía mi sándwich en la mano y le decía a mi amigo que se apurara cuando llegó un piquete de pacos. El local estaba lleno, pero eligieron a cuatro, dentro de ellos estábamos nosotros. Nos habían visto entrar y fueron a buscarnos, porque en ese lapso nadie había salido como para habernos delatado".

Hubo más detenidos en esa ocasión, según recuerda Fedor. Los acusaron de ser parte del famoso Plan Z.

Esta vez el destino directo fue el Estadio Municipal. Allí se encontró con su padre quien lo retó por haber desobedecido sus instrucciones.

"El me había insistido en que no me fuera a meter a Lota y yo, porfiado, igual fui y me agarraron. Por eso me retó".

En el camarín al que lo destinaron se encontró con su papá y varios conocidos de Lota: Omar y Manuel Sanhueza, Jorge Chamorro, Romilio Garcés... También había varios de Concepción como Galo Gómez, Nazich Pauluan, Jorge Peña, entre otros.

Compartieron hasta el 4 de octubre, día en que sacaron a su padre del Estadio. *"Hasta ese día, a mi papá no le habían preguntado ni el nombre, nunca lo interrogaron en el Estadio, soy testigo de eso. De ahí me parece que lo llevaron a la Cuarta Comisaría, luego a la isla Quiriquina y finalmente a la Cárcel Pública".*

A Fedor, en cambio, lo interrogaron en varias ocasiones y también estuvo incomunicado. Fueron días atroces, en que le preguntaban de muchas cosas, principalmente de las actividades de su padre.

Querían saber por la existencia de armas, por las personas con la cuales su padre se comunicaba, y cosas similares. En uno de esos interrogatorios, le preguntaron a Fedor por el mayor de Carabineros de Coronel, que supuestamente había estado en casa de los Carrillo Nova, oportunidad en que habría ofrecido armas de la Comisaría al Partido



Comunista. *"Eso nunca fue real. Yo lo conocía, porque en un par de ocasiones me había llevado desde las paralelas hasta Maule, pero más allá de eso, no tuve vínculos con él".*

Fusilados al amanecer

Fedor Carrillo se emociona hasta el llanto, cuando va recordando los momentos que le tocó vivir pocas semanas después del golpe. Ha viajado a Chile desde Alemania donde reside y en esta visita, se ha reencontrado con antiguos compañeros de partido, con familiares, con amigos a los que conoció y con quienes compartió su prisión política.

Con su hablar pausado, su mirada un tanto melancólica, con notorios quebres en su voz y algunos silencios, va narrando parte de su experiencia. El recuerdo de su padre es el que más lo atormenta.

Retrocedemos en el tiempo y nos situamos en las horas previas al fusilamiento de su progenitor y de otros tres compañeros de militancia.

Antes del fusilamiento, llegó al camarín un teniente de Gendarmería a quien apodaban "Ojo de buey". En el camarín donde permanecían, había una pieza grande y al lado de la puerta había un espacio más pequeño donde estaban Mario Benavente,



Nazich Pauluan, y unos estudiantes extranjeros. En ese momento, el “Ojo de buey” conversó con el profesor Mario Benavente y le dijo:
-Le salió humo a los cabros.

Eso, en lenguaje carcelario, significaba que los iban a fusilar. Por eso, de alguna forma, Fedor estaba preparado para lo peor.

Por lo general, el domingo no había interrogatorios. Pero el 21 de octubre el panorama fue distinto. Ese día, el capitán Sánchez apareció en la cancha y llamó a Fedor. Este lo ignoró y el llamado se repitió un par de veces. Después de varios minutos, Carrillo se presentó a la comandancia, donde lo encapucharon y lo llevaron a una celda. Allí permaneció el resto del día, sometido a tortura. Cerca de las 4 de la mañana lo dejaron tranquilo. Horas más tarde, escuchó que alguien estaba leyendo el diario afuera de la pieza donde permanecía encerrado. *“Esa persona leía una información donde se decía que en el día de hoy en los predios de Gendarmería habían fusilado a tales personas. Yo no creí, porque pocas horas antes me habían estado interrogando y torturando y pensé que era una provocación”.*

Efectivamente, la información del fusilamiento de los cuatro lotinos, Isidoro Carrillo Tornería, gerente general de Enacar; Danilo González Mardones, alcalde de Lota; Bernabé Cabrera Neira, dirigente sindical; y Vladimir Aranedá Contreras, profesor,

Ayuda brasileña: toneladas de medicamentos

CONSEJO DE GUERRA APLAZA LOS FALLOS

Iván Quintana a la Justicia Militar

Plebiscito para nueva Constitución Política
A UNIDAD DE LA CONSTITUCIÓN
Hoy pagan las bonificaciones

Crónica

fue publicada por el vespertino Crónica, el mismo 22 de octubre de 1973, bajo el título: “4 Fusilados al amanecer”.

La nota reproduce íntegramente un comunicado oficial del Departamento de Relaciones Públicas de la III División de Ejército, el cual en uno de sus párrafos señala que a los mencionados se les había condenado a muerte como autores de los delitos de “organización de grupos de combate armados con bombas explosivas; fabricación, almacenamiento y transporte ilegal de explosivos y de artefactos confeccionados con los mismos; y tenencia ilegal de explosivos y bombas, todos ellos perpetrados en tiempos de guerra”.

Un breve párrafo en la información indica que “Los reos condenados a pena capital fueron asistidos espiritualmente y ajusticiados a las 6 horas de hoy, 22 de octubre de 1973”.



Lo cierto es que en la propuesta de sentencia del fiscal militar del 15 de octubre de 1973, para ninguno de ellos se había sugerido pena de muerte, sólo condenas de privación de libertad. Fue en el fallo definitivo del Consejo de Guerra, redactado por su presidente, teniente coronel auditor de guerra, Gonzalo Urrejola Arrau, emitido el 18 de octubre, cuando se modificaron las penas para Carrillo, González, Araneda y Cabrera, siendo condenados a muerte.

La confirmación en un papelito

Como Fedor Carrillo estaba aislado, no supo oficialmente de la muerte de su padre, sino hasta unos días después, cuando lo fue a visitar el sacerdote Pedro Campos Menchaca, quien le llevó un paquetito, dos sándwiches y un papelito que le había enviado su madre. Ella le escribió brevemente: "Hijo, ten mucha fuerza y paciencia". Nada más. Bastó para que Fedor se convenciera de que a su padre lo habían matado. Luego, al conversar brevemente con el padre Campos, confirmó lo que había ocurrido.

La noticia lo dejó devastado. Una gran impotencia y un fuerte dolor se apoderó de él. Le costaba entender. En especial porque nunca hubo nada

concreto contra su padre. Todas las acusaciones que se hicieron en su contra en el Consejo de Guerra fueron sólo suposiciones.

Y aunque su padre ya estaba muerto, a Fedor lo siguieron interrogando y torturando, siempre en relación a él. *"En un momento me empezaron a preguntar cosas suponiendo que yo era el chofer de mi papá, lo que no era cierto. Querían saber a dónde iba, qué hacía, por qué andaba con una caja de cuero grande que era una caja de herramientas, pero suponían que servía de transporte para armas..."*

Pero también lo llamaban para preguntarle por otras situaciones que él considera sin sentido. Por ejemplo, en una ocasión le pegaron con mucha violencia para que dijera cuánto daba la orden para que los presos cantaran más alto la estrofa o el asilo contra la opresión de la Canción Nacional. *"Para hacerme esa pregunta me aplicaron corriente y me sacaron la cresta".*

Uno de los días en que el padre Camilo Vial estaba en el campo, le reclamó al capitán Sánchez por los malos tratos que recibía Fedor. Algo que Sánchez negó. Era un día de mucho sol y justo estaban conversando con el padre Camilo, cuando Fedor fue llamado a interrogatorio. No fueron más de 15 minutos y por primera vez lo golpearon en la cara, dejándolo bañado en sangre. Al dejarlo regresar a las graderías, lo vio el padre Camilo quien concurrió a la guardia para formular su reclamo. A raíz de eso le prohibieron el ingreso al Estadio durante una semana, lo cual hace pensar a Fedor que la escena de mal trato fue preparada para provocar al sacerdote y así restringir su acceso porque, *"ya les estaba molestando"*.

La rutina

El tiempo que no permanecía incomunicado, Fedor compartía con los demás prisioneros en sus rutinas habituales.

Se sentaban en las graderías más que nada a conversar, a leer el diario, a pasar el día. En ocasiones, podían disfrutar de algún libro que



Diario Crónica, 22 de octubre de 1973.

circulaba o bien escuchaban al "Muerto Padilla" que tocaba la guitarra.

También se preocupaban de los nuevos detenidos que llegaban o de quienes presentaban algún problema de salud o estaban muy agobiados. Como el caso de un muchacho que nunca se supo de dónde era, y que cuando estaba en las graderías de repente se desmayaba.

Otra situación que les inquietaba era el de un viejo carpintero de apellido Ramírez, quien no hablaba ni escuchaba. Era de Lota y cuando lo habían ido a detener, se disparó dos tiros en la sien, pero no murió, quedó con daño cerebral. Desde el Hospital Regional donde estuvo internado, lo habían llevado al Estadio.

Varios de los presos se preocupaban por él, en especial el dirigente sindical minero, Omar Sanhueza, quien lo cuidaba. Ramírez tenía muchas habilidades con la guitarra y cuando escuchaba al "Muerto Padilla", ponía atención. En cierta ocasión quiso tocar, para evitar que lo interrogaran, porque lo tenían en observación, Sanhueza le aconsejó que se hiciera el que no entendía nada, aunque se hubiese recuperado. Así fue como finalmente quedó libre.

FALLOS: Justicia para criminales del Plan 'Z'

4 FUSILADOS EN CONCEPCION

- Pena máxima: Danilo González
- Bernabé Cabrera
- Isidoro Carrillo
- Vladimír Aracena
- Tres absoluidos
- De tres años a presidio perpetuo para restantes

ronica

EN LA BUNIA
Investigan 4 crímenes

GUERRA ARABÍ: ISRAELI
Alto el fuego en el Levante

De los "Zettitas" también tiene recuerdos. Erán dos menores de apenas 14 años, que estuvieron detenidos y que fueron aislados del resto de los prisioneros por un buen tiempo.

Del trato de los gendarmes, no tiene reclamos. Con ellos tenían que relacionarse a diario y en ese sentido hubo buena convivencia. Había disposición a entregarles los paquetes que sus familiares les llevaban al Estadio. No estaba dentro de sus obligaciones, pero lo hacían por un sentido de humanidad. A veces les llevaban alguna carta, un par de panes o una fruta que les enviaban desde afuera.

Algunas historias un poco tragicómicas se le vienen a la mente también. Había un pirquinero de Curanilahue de apellido Carrillo, viejito. Un

día apareció el capitán Sánchez y dijo: “Todos los abogados a la cancha”. El viejito, al que apodaban “El Tata” se movió rápidamente ante este llamado. “Tata, ¿ y usted para dónde va?”, le preguntaron pero él no respondió. Atraídos por la curiosidad, varios de los presos se apegaron a la reja para ver qué pasaba.

—Y usted, Tata, ¿qué viene a hacer aquí? —le preguntó el capitán Sánchez-, si yo estoy llamando a los abogados.

—Claro —respondió El Tata-, si a mí casi me ahogaron estos tales por cuales en el Lago Lanalhue.

El día de visita

Su nombre apareció en la lista para recibir visita el 21 de diciembre de 1973. Su madre era la persona que acudiría a verlo.

Pero ese encuentro no estuvo exento de vicisitudes previas que a Fedor lo marcaron y que nunca ha olvidado.

Un par de días antes de que acudiera al Estadio, Isabel Nova fue informada que su hijo sería llevado a Consejo de Guerra bajo los mismos cargos por los que fusilaron a su esposo. Ella se desesperó y partió a la III División de Ejército para saber qué pasaba. Pero nadie la recibió. Sólo un funcionario de menor rango, al parecer, le dijo en tono amenazante: “¡Váyase , señora! ¡Cuidado! Ya matamos al perro, ahora hay que eliminar la leva”.

El jueves 20, Fedor fue llamado a interrogatorio. Fue una sesión muy dura y cruel. Le aplicaron corriente en la boca y en la lengua y lo dejaron con la boca muy hinchada, prácticamente no podía hablar. Fue desesperante.

Llegó el viernes 21 y a las 9 de la mañana se abrieron las rejas del Estadio para dejar entrar a los familiares del primer grupo de 37 presos autorizados a recibir visitas. Entre ellos estaba Fedor.

Se dispusieron unas bancas en el frontis del Estadio para que los prisioneros pudiesen conversar con sus parientes. Pero dos de esos asientos fueron

instalados aparte. En ellos Mario Benavente y Fedor Carrillo recibieron a sus visitas.

Estuvieron vigilados permanentemente por al menos tres de los efectivos que los habían interrogado, que estaban de pie, atentos a los gestos y reacciones que se produjeran durante el encuentro.

Cuando se encontró con su madre, Fedor poco pudo decir. Casi no podía modular con su lengua hinchada producto de la corriente, así que luego de advertirle que tuviera cuidado con su actitud porque los estaban vigilando, se dedicó a escucharla, porque quería saber cómo estaba ella y cómo estaban sus hermanos.

Traslado a Chacabuco

Ya en enero de 1974, la existencia se había tornado más rutinaria. Dejaron de torturar a Fedor y el tiempo transcurría sin grandes señales de cambio. Más de un centenar de prisioneros habían salido en libertad a fines de diciembre, pero los que permanecían encerrados seguían en la incertidumbre acerca de su destino. Fedor era uno de ellos.

Hacia mediados de mes, apareció en el Estadio un teniente de Ejército, boina negra, de baja estatura, a quien habían apodado como “Arbolito de Pascua”, pues siempre andaba lleno de insignias y medallas. En esa ocasión, llegó cargado con granadas, corvos y equipo de guerra. En medio de la cancha se puso a gritar a los presos frases que casi no se entendían. Desde lo alto del recinto, las ametralladoras se hicieron más visibles.

Este hecho, hizo que muchos pensaran que algo iba a ocurrir. Precisamente en esos días, por ahí por el 17 de enero, un grupo de presos fue sacado de sus camarines y trasladado a otro sector del Estadio, a una pieza oscura y sin ventanas donde pasaron la noche. Entre ellos estaba Fedor. Al día siguiente, los hicieron subir a un par de buses para trasladarlos a un lugar que, hasta ese momento, desconocían.



Diario Crónica, 23 de octubre de 1973.

“Había un suboficial mayor de Gendarmería que le pusimos el ‘Pata de Cocina’, que era chiquitito, gordito, que me recordaba al sargento García de El Zorro; andaba con un sable que le quedaba largo y se arrastraba en el piso, me acuerdo que él nos despidió llorando y lo único que nos decía era: cabras, vayan tranquilos no más. Me acuerdo que nos metieron a los buses y anduvimos recorriendo hasta que llegamos a Carriel Sur...”

Finalmente, el destino fue la ex oficina salitrera de Chacabuco -en la región de Antofagasta-, convertida en campo de prisioneros. La primera sensación que tuvo Fedor al llegar fue la de una terrible soledad, la del desierto con toda su vastedad, pero también la de la lejanía. Allí se sintió solo, algo que no había experimentando en el Estadio Municipal de Concepción.

Tras las gestiones realizadas por el padre Camilo Vial, en junio de ese año se concretó la primera visita de un grupo de familiares a los presos que habían llegado desde Concepción. Su madre hizo el largo y sacrificado viaje para verlo y abrazarlo. Fedor le planteó a su mamá que era mejor que saliera del país, ante la compleja situación por la que atravesaba. Ella se resistía, pero al final entendió que era la mejor opción para ella y sus hijos. Fue una despedida triste. Sin saber cuándo volverían a verse.

Le costó amoldarse a las nuevas condiciones de reclusión. Prefería leer y se marginaba de participar en otras actividades. A veces se dedicaba a observar las estrellas, impresionado por la claridad del cielo... También conversaba y tomaba mate con algún compañero de encierro. Finalmente, su madre se fue a Ucrania con diez de sus once hermanos, pues Vasili había salido poco antes del país, solo.

Después de varios meses de reclusión en Chacabuco, fue trasladado a Puchuncaví en la V región y de ahí lo llevaron a Tres Alamos, en Santiago. En 1975 su nombre apareció en una lista de personas que serían expulsadas a Panamá. Llegó allí y después de un tiempo representantes de la Cruz Roja Internacional, que lo andaban buscando, le ofrecieron la posibilidad de reunirse con su familia. Fue así como partió a la Unión Soviética, donde se encontró con su madre y sus hermanos menores, Wladimir, Galo y Lena, en Zaparoya. Los demás hermanos, Gorky, Lucy, Sonia, Edita, Isabel, Viola y Valentín, estudiaban internos en otra ciudad muy distante.

Estuvo poco tiempo en la URSS y después fue enviado a Cuba donde vivió cinco años. Regresó a la Unión Soviética donde se quedó estudiando durante cuatro años. Finalmente, se fue a Alemania, a la ciudad de Kotbus, de más de 100 mil habitantes, ubicada a 125 kilómetros de Berlín.

Si bien nunca pensó quedarse definitivamente en otro país, eso es lo que ha ocurrido. En 1989 viajó a Chile para ver posibilidad de retorno permanente junto a su familia. Ya de regreso a Alemania, la detección de un tumor cancerígeno lo obligó a quedarse para ser sometido a una operación. En 1990 cuando los restos de su padre fueron exhumados desde el Cementerio Municipal de Concepción, intentó viajar, pero el radiólogo fue claro y brutal: “Elija: o se va a Chile y se muere, o se queda y vive”. La decisión fue una sola. Por esos años también nacieron sus hijos, lo cual lo amarró aún más a Alemania. Así, la opción de retornar algún día a su país, ya dejó de ser una posibilidad, quedando sólo a nivel de sueño.

La angustiante espera en las afueras del Estadio



-¡Cristina! a Orlando lo detuvieron en la Escuela de Educación de la Universidad de Concepción- se escuchó al otro lado del teléfono.

La llamada inquietó a Cristina Pucheu Neira. Era la mañana del 11 de septiembre de 1973 y las noticias del golpe de Estado se sucedían, aumentando con ellas la angustia de los partidarios del gobierno del Presidente Salvador Allende.

Pero el miedo no la paralizó y salió de su casa en San Pedro -que entonces sólo era un barrio de la comuna de Concepción- a buscar a su esposo Orlando Retamal Montecinos, socialista, dirigente de los profesores y docente de la Escuela de Educación.

Recorrió los regimientos preguntando por él, pero en todos la respuesta era la misma: No había detenidos. Hasta que un guardia le dijo: -“Señora,

a toda la gente que tomaron se la llevaron a la Quiriquina”.

Pero se acercaba el toque de queda y no podía hacer nada más por ese día.

“Nosotros estábamos donde un amigo, Raúl Guerrero, ellos me ayudaron mucho, así que fui a buscar a mis hijos y me volví a San Pedro. En ese primer día no supe dónde estaba Orlando ni nada de él, por lo menos durante 15 días”.

Cristina incluso fue a ver al rector de la Universidad. - ¿Usted no va a hacer algo por la gente que está detenida?- le preguntó.

- No, le dijo, no podemos hacer nada.

Después de eso siguió su búsqueda incansable, sin que pudiera saber oficialmente dónde estaba su marido. Hasta que un día recibió una llamada de un abogado que había ido con una delegación de la Cruz Roja a la Isla Quiriquina a ver cómo estaban los prisioneros.

“Como lo conocía, se encontró con él y recién ahí supe dónde estaba y en qué condiciones”.

Algo de tranquilidad recuperó Cristina luego de ese llamado, pero de inmediato recordó que la última vez que lo vio saliendo rumbo a su trabajo, en la Universidad de Concepción, iba vestido muy formalmente, con terno y chaquetón. Por eso, decidió llevarle un paquete con ropa y útiles de aseo para dejarlo en Puerta Los Leones, acceso a la Base Naval, en Talcahuano.



Orlando Retamal y Cristina Pucheu.

Conducía su auto y al cruzar el Puente San Pedro sobre el río Bio Bio, la detuvieron efectivos de la policía militar. Le preguntaron a dónde iba y si podía llevar a dos personas que también iban a la Puerta Los Leones.

-No conozco nada por aquí y mi marido me tiene prohibido totalmente que lleve a otras personas en el auto, así que no los puedo llevar-, se excusó con ira contenida, Cristina.

Le pidieron su carné de identidad y luego de exhibirlo, la dejaron seguir. Llegó a la Puerta Los Leones, dejó el paquete, que fue revisado, pero no le proporcionaron ninguna información.

A su regreso, sus amigos le preguntaron si había tenido miedo, respondiendo que más bien había sentido rabia cuando la detuvieron y le pidieron que llevara a esos desconocidos.

Cristina siguió haciendo su vida en San Pedro. No quiso dejar su casa ni su barrio, ya que allí tenía amigos y entre todos se apoyaron. Eso le sirvió para sentirse un poco más protegida, pese a que igual hubo una división, ya que algunos vecinos celebraron con banderas y champaña el golpe de Estado.

Con todo, trató de mantener una vida más o menos estable, yendo a su trabajo, llevando a sus hijos al colegio, saliendo a cortar y regar el pasto. Todo hasta que en octubre dejaron libre a Orlando

y pudo volver a su hogar. Sin embargo, eso duró apenas una semana...

Me preguntaron por la gente del MAPU

En Lota, algunos kilómetros más al sur, Estela Rodríguez vivía la incertidumbre y el miedo. El 13 de septiembre, su marido Enrique Torres Zapata había sido detenido y ella lo supo el mismo día.

-¡Estela!, se llevaron a Enrique-, le fue a decir su comadre cuando ella estaba en el Hospital de Lota Bajo, en el control médico de su hija menor que se había quemado el pecho hacía un mes. En la tarde supo que a su marido lo habían trasladado a Arauco.

Al día siguiente, una amiga llegó llorando a la farmacia a contarle que habían allanado su casa. Estela no quería dejar su hogar, pero sus padres se pusieron firmes. "Ten por seguro que esta noche te toca a ti", le dijeron. Fue así como les pasó las llaves y ellos le pidieron a una vecina que prendiera el horno y quemara todos los documentos. La noche del 15, allanaron su casa, ubicada en la población Bannen.

Fue una experiencia terrible. Pero no estaba sola. Sus padres se quedaron con ella esa noche. Los militares actuaron enmascarados como para la guerra y le preguntaron por la lista de militantes del MAPU.

-Yo puedo asegurar lo que mi esposo hace de esta puerta para adentro, pero de lo que hace de la puerta para fuera, qué sé yo- les contestó ella.

Después que registraron su domicilio en el Pabellón 2 casa 33, su mamá la llevó junto a sus hijas a su domicilio, ubicado en Cousiño, donde estuvo un buen tiempo.

Estela estaba más dedicada a criar a sus tres hijas y si bien sabía que Enrique participaba activamente en política, no creía que "fuera tanto".

Por eso, cuando en su periplo por saber dónde estaba fue a la Isla Quiriquina a indagar por él, recuerda que uno de los marinos le hizo escuchar

una cassette con una grabación donde su marido hacía una arenga.

“Casi me caigo de espaldas. Su marido es un agitador social, me dijeron. Y yo pensé, ¡Dios mío!, cómo este hombre pudo meterse tanto, sin mirar que teníamos tres guaguas”.

Por una metralleta de plástico

A Teresa Macaya la vida le cambió radicalmente cuando su marido Einaldo Enrique Sanhueza Daroch fue detenido. Era la noche del 4 de octubre cuando el descanso de la familia fue bruscamente interrumpido por la arremetida de un grupo de carabineros, militares y algunos civiles que llegaron al hogar de los Sanhueza Macaya, en Chiguay con Manuel Rodríguez, en Chiguayante.

En un mueble del dormitorio, encontraron una metralleta de plástico, de uno de los hijos de Teresa y Einaldo, que un carabinero pensó que era un arma verdadera. Detuvieron al jefe de hogar, lo subieron en una camioneta y partieron con él rumbo a la Comisaría de Chiguayante.

Apenas se llevaron a su marido, Teresa junto a sus pequeños hijos, de 7, 6 y 2 años de edad, se refugió en la cama, esperando que llegara el día para decidir qué hacer. Tampoco sabía con claridad a dónde habían llevado a su esposo.

Pero fue su madre la que vio a Enrique y pudo contarle al otro día dónde estaba detenido. Ella vivía en los pabellones, muy cerca de la antigua Comisaría de Carabineros, donde actualmente se ubica el Juzgado de Garantía de Chiguayante. Salió de su casa y a escondidas se puso a mirar hacia las instalaciones, observando lo que pasaba. Vio a varios hombres que eran conducidos al interior del recinto y de repente se percató que entre ellos iba Enrique.

Pasó por lo menos dos noches sin dormir, atenta a cada ruido que proviniera de la calle y si un vehículo se detenía de inmediato pensaba: “Ahí viene, lo vienen a dejar o alguien lo trae”. Pero nada. La incertidumbre era muy alta. Para que

sus hijos no se vieran tan afectados, un primo de Teresa se ofreció a entretenerlos. En eso, siempre tuvo apoyo de familiares o amigos.

Después de algunos días y luego que le dijeran que a Enrique lo habían llevado al Estadio Municipal de Concepción, Teresa decidió ir. Allá encontró un panorama desolador. El primer día fue desesperante. Dar vueltas y vueltas sin que nadie les dijera nada. Allí se encontró con otras mujeres, principalmente, que buscaban a sus esposos, hijos, hermanos...

La nueva detención de Orlando

Apenas había transcurrido una semana desde que el profesor Orlando Retamal había recuperado su libertad, cuando nuevamente fue apresado.

Las primeras horas, Cristina no supo a dónde lo habían llevado. Poco después, alguien le avisó que estaba en el Estadio. Como sabía que si iba a preguntar por él no le darían ninguna información, se las ingenió para corroborar lo que le habían dicho.

Se acercó al acceso del Estadio, donde había gendarmes a cargo, que mostraban una actitud bastante más llana que los militares.

Teresa Macaya.



-Me dijeron que mi marido está aquí y necesito su firma en un cheque porque tengo que pagar varias cosas y no tengo dinero. ¿Le podrían llevar este cheque ustedes para que mi marido lo firme?. Se llama Orlando Retamal, -le dijo a quienes estaban de guardia.

Los gendarmes aceptaron y uno de ellos tomó el cheque y lo llevó al interior del recinto. Rato después volvió con el documento firmado. "Así pude confirmar que Orlando estaba ahí".

Fue así como empezó su periplo al centro deportivo convertido en campo de detención. No podía ir todos los días, porque tenía que trabajar en la escuela donde hacía clases y preocuparse de sus hijos, pero cada vez que podía, partía a ver si lograba tener alguna noticia de su marido.

A medida que pasaban los días, empezó a tener contactos con él a través de mensajes escritos que los familiares se las arreglaban para ingresar al Estadio. Envolvían pequeños papeles en plástico y los escondían entre la ensalada y otros alimentos que les iban a dejar al lugar de reclusión. *"Empezamos a enviarles comida porque lo que les daban era muy malo. Y en la ensalada metíamos los mensajes. Claro que los gendarmes revisaban, pero no veían lo que iba oculto. Una vez, me comentó Orlando, uno de los compañeros de celda se estaba comiendo el envoltorio donde estaba el mensaje, porque no se había dado cuenta".*

Papel fundamental para vincular a los detenidos con sus familiares cumplió el padre Camilo Vial, con quien hubo estrechos vínculos. Cristina lo conoció en unos encuentros que se realizaban camino a Santa Juana, en el santuario de Schönstatt.

Sólo una vez y de lejos vio a su marido en ese tiempo. Para año nuevo, fue con sus hijos, Valeria y Javier y se acercó a los gendarmes para pedirle que dejara que los niños vieran a su padre. El que estaba a cargo se sensibilizó y autorizó el ingreso bajo su responsabilidad. *"Así fue como Valeria y Javier vieron a su padre, fue la única vez mientras estuvo detenido".*

El apoyo necesario

Cuando supo que su marido había sido trasladado al Estadio, Estela se organizó para viajar a Concepción cada vez que podía. Había un grupo de mujeres que se hicieron muy unidas, principalmente de Lota, con quienes mantuvo un vínculo muy estrecho.

"De ninguna se me olvida la cara porque éramos achocolnadas, viajábamos juntas, éramos hartas. Íbamos cuando podíamos. Yo hacía mi caja temprano en la farmacia, como tenía las llaves mi compadre me decía que cerrara no más y luego de eso partíamos. Nos llevaba el padre Campos para que no pagáramos locomoción. De Lota éramos quince mujeres las que viajábamos".

Su madre fue un apoyo fundamental para ella en esos tiempos oscuros y complejos. Su carácter fuerte y decidido le permitió enfrentar situaciones difíciles. Los días previos a la Navidad de 1973, cerca de la una de la mañana su mamá fue al dormitorio donde Estela dormía con sus hijas y su hermana.

-Estela, estos desgraciados están en mi reja- le dijo.

Asustada, ella le respondió: ¡ Ay, mamá! ¿Qué vamos a hacer?

Su madre andaba con una escoba y su padre tenía un fierro en la mano. Ambos se instalaron en la puerta.

-Mira- le dijo su padre-, los militares están en la reja nuestra.

Estela miró por la ventana y los vio y de inmediato se le vino a la mente el día en que fueron allanados.

-Si te vienen a buscar a ti... - empezó a decirle su mamá.

-¿Pero por qué? Si nunca me he metido en ningún partido -contestó Estela-. No tengo idea de política.

...por Dios que los agarro a palos -le aseguró ella totalmente decidida-. Pero no los dejo entrar.

En ese momento, alguien tocó el timbre.

-¿Quién es?—preguntó el padre.
-Su yerno —le contestó una voz que no reconoció.
El Julio Müller-agregó.

Le abrieron la puerta, ya que Müller había pololeado con la hermana de Estela pero de repente había desaparecido. Le explicó muy brevemente lo que había pasado, pero que no podía dar más detalles. Su visita fue para dejarle a Estela un pase para que pudiese ingresar al Estadio a visitar a Enrique junto a sus hijas.

Un par de días después, en los diarios locales se publicó la lista de los detenidos que podrían recibir visitas y ahí estaba el nombre de su marido, autorizado para ser visitado el 22 de diciembre entre las 16:30 y las 18:30 horas.

Ese día fue Estela con las hijas y justo cuando la del medio lo vio, no se contuvo y le dijo en voz alta:
-Kike, no te preocupes, nosotros quemamos todo...

Estela Rodríguez.



Enrique Torres y Estela Rodríguez.

Rutina diaria

En sus viajes al Estadio, Teresa Macaya hizo buen vínculo con mujeres de Lota, mamás y hermanas, cuyos apellidos ya no recuerda, pero con quienes se apoyaban mutuamente.

Luego de dejar todo listo para que sus hijos fueran a la escuela y asegurarse que su hija menor quedara con su mamá o su suegra, Teresa partía a Concepción rumbo al Estadio. Era su rutina diaria mientras su marido estuvo preso. Allá se encontraba con María Valdés, con quien hizo buenas migas y juntas se acompañaban en la larga e insostenible espera, sin tener ninguna información de sus seres queridos.

Aferrada a la reja del Estadio

"Nos dábamos vueltas y mirábamos por entre los fierros para dentro y no veíamos nada y ahí se nos pasaba el día..." Cuando Estela recuerda esos momentos, sus ojos se nublan y es como si retrocediera 40 años en el tiempo y se viera de nuevo aferrada a esa reja, la vista atenta por si divisaba a Enrique...

"Me quedaba hasta que ya no podía más, allá nunca nadie nos dio nada, ni una pastilla, nada..."

Regresaba a su hogar, en Chiguayante, extenuada, desfallecida pero no tanto por el hambre, sino por la angustia, la pena, el dolor.

Y relata un hecho que se le quedó grabado y que entonces acentuaba su incertidumbre.

"Cuando estábamos ahí veíamos que llegaban esas camionetas Chevrolet con barandas, entraban y salían y las señoras corrían a mirar detrás de las camionetas y se fijaban si las personas que llevaban ahí tenían los pies hacia arriba o hacia abajo. Se veían los zapatos no más. No sé qué entendían con eso..."

Claro que tampoco podían acercarse mucho a esas camionetas porque los militares armados se los impedían.

"Hay días que no los recuerdo, porque el dolor me aplastaba mucho, me oprimía...", dice y su voz se quiebra.

Entonces Teresa tenía 27 años y su principal soporte era su suegra. Ella la esperaba, la orientaba, la hacía comer y tomar mate: "Toma matecito, hija", le decía. Así iba pasando esos días de angustia.

En su desesperación por saber de sus familiares, muchas de las mujeres que se congregaban a las afueras del Estadio se aferraban a las rejas para tratar de distinguir al marido, hermano o hijo... y en otros casos, a la mamá, la hija o la hermana...

En ocasiones, un preso sacaba una mano por la ventanilla de algún baño y agitaba un papel a modo de saludo. La distancia impedía distinguir claramente quién era, entonces alguien preguntaba: ¿Pablo? Y la mano decía no, hasta que algún nombre correspondía. Eran momentos angustiantes.

Como ella seguía sin ninguna certeza de que Enrique estuviera en el Estadio, se trataba de convencer de que lo veía. *"A veces metíamos la cabeza lo que más se podía entre las rejas y si se veía a alguien, una decía: "Es mi hijo". Y yo decía: "No, es Enrique, porque para mí lo era..."*

Fue entonces cuando un día, Enrique salió a barrer las graderías del Estadio junto a otros presos, con la idea de que los familiares que estaban afuera pudieran verlos.

"A mí me acompañó mi hermano y su señora, nunca pregunté nada, porque la cabeza no me funcionaba bien, ellos no más lo pudieron ver, yo no pude... No pude ver a Enrique arriba. No sé si está, decía yo. "Teresa, si está bien", me decía mi hermano, pero yo no lo pude ver, porque mis lágrimas me lo impidieron, vino el llanto y caí de rodillas, me fui cayendo, no sé qué me pasó..."

En esos días de oprimiente desesperación, Teresa a veces ni se acordaba de sus hijos, no se preguntaba cómo estarían o si la echarían de menos. Su mente se bloqueaba y sólo estaba pendiente de lo que ocurría con su marido.

En esas idas y venidas, también se encontró con el padre Camilo Vial, pero no alcanzaba a llegar donde él, porque eran muchas las personas que lo rodeaban y querían decirle algo.

"Yo me metí, y pude hablarle un par de veces para darle el nombre de Enrique y él anotaba en una libretita negra, y decía: "Mañana le voy a traer la respuesta". Pero al otro día, a veces no alcanzaba, eran tantas las mujeres y también hombres que querían saber y una llorando atrás. Pero una vez me dijo: Está bien, no se preocupe."

Hubo otra forma para tener noticias de quienes se encontraban detenidos: mensajes escritos en pequeños trozos de papel que pronto se convirtieron en un tesoro invaluable para quienes tuvieron el privilegio de recibirlos.

Teresa recibió varias cartas de Enrique que fue guardando con sumo cuidado. Eran mensajes breves donde Enrique preguntaba por ella, por sus hijos, nada comprometedor ni peligroso. No tiene claro quién le entregaba esas misivas, pero de alguna forma fueron un consuelo para los duros momentos que vivía.

Esos pequeños papeles los conservó en una vieja

cartera que luego escondió en la casa de su suegra. Pasaron los años y se olvidó de esos recuerdos. Hasta que un día un sobrino de Enrique encontró la cartera y salió a la calle a jugar con ella. De pronto ella vio un papelito en el suelo y al recogerlo reconoció la letra de Enrique. *"Me di cuenta que eran las cartas que me había escrito, rescaté hartas y se las pasé a mi hijo Nelson. Estaban bastante viejas. Le di una a cada uno de mis hijos y yo no conservé ninguna"*.

Los hijos de Teresa y Enrique sufrieron fuertemente la detención del padre, hecho que conocieron desde el principio. Lo extrañaban y eso lo notó ella claramente cuando un día el profesor jefe de su segundo hijo, Nelson, que cursaba segundo básico, la envió a buscar. *"Me preguntó qué pasaba con él, porque era un excelente alumno, pero estaba muy triste. Le expliqué al profesor lo que pasaba, que mi marido era un preso político y que estaba en el Estadio. En esos tiempos tener a alguien detenido era como la peste, pero el profesor le brindó mucho apoyo a mi hijo, lo ayudó y lo apañó"*.

Cuando Teresa volvía a casa después de todo un día de espera por saber noticias de Enrique, sus hijos ya estaban acostados. Ella se instalaba al medio de ellos para acompañarlos. Su hija menor dormía en su cuna. Pero no había forma de alegrarles la vida a los niños, que por lo general se quedaban un buen rato con la vista fija en el techo. El mayor no demostraba su pena, pero tampoco ocultaba que su papá estaba preso.

Alguna vez Teresa fue con su pequeña hija a la visita diaria que hacía al Estadio por si sabía algo de su marido. Ella se agarraba de las rejas y gritaba: *"Papito, papito..." Y cuando pasaba un militar, decía: "Me tienen a mi papito" y lo retaba en su lenguaje. Ella tenía poco más de un año y medio y ya hablaba. "Cuando mi hija llamaba desesperada a su papá y quería sacudir los fierros, yo lloraba. Ella era muy regalona de Enrique"*.

Luego de eso, Teresa no quiso volver a llevar a Milay al Estadio para evitarle un mayor sufrimiento por la ausencia de su papá. Con ello buscó evitar que le quedara un trauma, aunque como era tan

Visita a Detenidos En Estadio Regional

El Comandante en Jefe de la III División de Ejército ha autorizado para que los detenidos en el Estadio Regional de Concepción sean visitados por sus familiares, y para lo cual se dispone lo siguiente:

- 1.—Podrán ser visitados por una sola persona y por un tiempo de (dos) 2 horas.
- 2.—La lista de los detenidos que podrán ser visitados, será colocada en la puerta del Estadio Regional, el día Jueves 20 del presente.
- 3.—Las instrucciones para la visita estarán impresas en las listas de detenidos que recibirán visita.
- 4.—El horario será el viernes 21 y sábado 22 de diciembre entre las 9 y 11 horas en la mañana y desde las 14,30 a 18,30 horas en la tarde, por turnos.

Diario El Sur.

chiquita, pensó que con el tiempo lo olvidaría. Así que siguió yendo sola al recinto, sin decirle a ella ni a su hermano Nelson a dónde iba. Sólo el mayor sabía, porque Teresa le pedía que cuidara a sus hermanos.

Durante el tiempo que duró la detención de Enrique, nunca le faltó nada. Su suegra se encargó de eso y también los hermanos de su marido, que se preocupaban de sacar a pasear a los sobrinos para distraerlos. Teresa reconoce que nunca se dio cuenta del dolor que debe haber sufrido su suegra al tener detenido a uno de sus hijos. Creía que el padecimiento era sólo de ella.

Tampoco tuvo problemas con el pago del sueldo de su marido, que siempre se lo entregaron cuando iba a la empresa a buscarlo.

Previo a la Pascua, por fin pudo ver a Enrique. Su nombre apareció en la nómina de presos que podían recibir visitas el 22 de diciembre. Casi nada recuerda Teresa de ese momento. Sólo se le viene a la mente que estaban sentados, que en la parte de arriba del Estadio había militares con ametralladoras, pero no recuerda cuánto tiempo estuvo con él.

Muchas veces Teresa no sabía si había comido, cómo se había acostado o cómo se había levantado. Vivía con pena. Salía de su casa llorando y regresaba con los ojos llenos de lágrimas. Eso es lo que recuerda, porque hay otros momentos que se le borraron de la mente.

Al campo de prisioneros de Chacabuco

El tiempo fue transcurriendo. Hacia la segunda quincena de enero de 1974, un día Sonia Oyarce —esposa del doctor Carlos Hinrichs, también detenido en el Estadio— le avisó a Cristina que un grupo de presos había sido separado del resto y que Orlando, su marido, estaba ahí.

Cristina partió al Estadio para saber más. No se pudieron acercar a los prisioneros, aunque comprobaron que al menos unos cincuenta habían sido separados de los demás. No sabían si los iban a dejar en libertad o los iban a trasladar a otro lado. Ante eso, optó por quedarse esa noche en casa de una amiga que vivía cerca del Barrio Universitario, mientras pensaba qué podía llevarle. Temprano al día siguiente ya estaban en las afueras del Estadio esperando saber a dónde los podrían llevar. De improviso, un par de buses salió del recinto y partió con destino desconocido.

"Tengo un hermano que es bien católico y tenía un contacto que le dijo que los llevaban a Antofagasta. Él se comunicó con alguien allá y me llamaron por teléfono a través del Colegio La Providencia porque el cura de Antofagasta había enviado un mensaje a las monjas para que me avisaran que Orlando estaba en Chacabuco. Así supe que estaba allá".

La misma suerte corrió Enrique Torres, quien también fue parte del grupo trasladado al norte. Tampoco Estela lo supo de inmediato, la confirmación se la dieron cuando ya los habían sacado del recinto. Solo varios meses después, en junio de ese año, volvió a verlo cuando se concretó el primer viaje de familiares de la región al campamento de prisioneros de Chacabuco.

A Chacabuco 70

Enrique Sanhueza no estuvo en el grupo de los penquista que trasladaron al campo de prisioneros de la ex oficina salitrera de Chacabuco, en la región de Antofagasta. Su destino fue la Cárcel Pública de Concepción, curiosamente ubicada entonces en Chacabuco 70.

Un gran operativo se armó el día que los evacuaron del Estadio. Era de noche y aunque Teresa no tiene clara la fecha, lo cierto es que debe haber ocurrido antes del fin de semana del 25 de enero.

Todo el sector del Estadio estaba acordonado y nadie sabía quiénes serían sacados ni a dónde los llevarían. Muchas mujeres aguardaban inquietas, había también algunos hombres, aunque Teresa dice no recordarlo. Se habían ocultado detrás del Hospital Siquiátrico, cuando vieron pasar un bus. Sólo eso. Imposible saber quiénes iban en su interior. Muchas mujeres salieron corriendo detrás del vehículo llorando y gritando. Del bus empezaron a caer claveles con el nombre de la persona que iba allí.

"Yo corrí mucho, no sé cuánto, tampoco sé hasta dónde llegué, hubo un momento en que estábamos todas amontonadas porque íbamos cayendo por el camino". Algunas alcanzaron a recoger las flores e iban diciendo los nombres que tenían escritos en un papel... Fue así como Enrique llegó a la cárcel pública a continuar su prisión política.

La vida de estas tres mujeres se mantuvo sujeta a la situación de sus maridos por un buen tiempo más. Cristina y Estela, preocupadas por las condiciones en que estarían en Chacabuco sus maridos, a más de 1.500 kilómetros de distancia de sus hogares. Teresa tenía a su esposo más cerca y eso alivió en algo la tensión a la que había estado sometida en los últimos meses de 1973.

De las aulas a la prisión

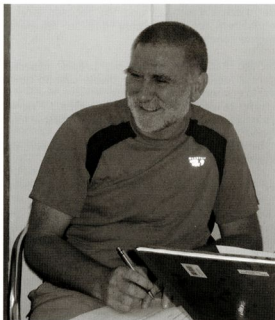
Cientos de estudiantes estuvieron detenidos en el Estadio, universitarios y de enseñanza media. La mayoría militaba en algún partido de izquierda y participaba activamente en sus organizaciones. Las historias de Raúl Gutiérrez, Víctor Briones y Freddy Cabrera, son una pincelada de lo que vivieron esos adolescentes, algunos con apenas 14 años.

Tenía sólo 17 años, cuando a fines de septiembre fue sacado violentamente de la sala en el Liceo Coeducacional de Coronel donde estudiaba. Raúl Hernán Gutiérrez Córdova militaba en las Juventudes Comunistas y participaba activamente en la organización de estudiantes del carbón.

Fueron unos ocho a diez militares los que irrumpieron en el establecimiento y a rastras se llevaron a Raúl, también a su hermano mayor que era un activo dirigente político. "Lo único que hubiese querido es que pasara piola", confidencia, al recordar que sus compañeros de curso fueron testigos de ese hecho, también el rector y el inspector que intentaron evitar la detención, mientras no se garantizara su dignidad, además de la integridad de sus vidas.

Los sacaron a la fuerza, los vendaron y los trasladaron con rumbo desconocido. "Nunca supe a dónde fuimos a parar".

Varios días antes, el 11 de septiembre, la familia se vio conmovionada con el golpe militar. El jefe de hogar, Raúl Hernán Gutiérrez Bustos, era secretario general del Partido Comunista en Coronel y, por



Raúl Gutiérrez.

tanto, bastante conocido. No sólo él, sino también varios de sus hijos que militaban en la Jota y tenían cierta figuración política. "Nuestro origen familiar no era desconocido y cuando llegamos a la región, nos indicaban con el dedo, estos son los comunistas, porque era una época compleja. Tuve compañeros de colegio a los que no les permitían juntarse con nosotros por el origen social y político

que teníamos, en ese tiempo los comunistas éramos los come guaguas, así que la carga era muy grande...”

No fue raro, entonces, que una vez confirmado el golpe de Estado, se produjera la “estampida familiar”. El padre pasó a la clandestinidad y los hijos tuvieron que esconderse también. Sólo quedó en el hogar la madre, a quien iban a ver cada vez que la situación se les permitía y cuando sentían que ella estaba muy a la deriva.

En ese periodo, tuvieron el apoyo solidario de muchas personas que los recibían por la noche en sus casas, para que se refugiaran momentáneamente.

Incluso Raúl tuvo ayuda del propio inspector general del liceo donde estudiaba, cuando cierto día lo encontró en esos afanes.

-Tú no te vas a ninguna parte-le dijo. Te vienes conmigo y te voy tener en mi casa hasta que haya mayor tranquilidad.

Y así fue. Quince días estuvo en el domicilio del inspector.

En el intertanto, como el Partido Comunista no tenía ni la logística ni la estructura para sostenerlo, dejaron que el papá regresara a su casa. El hermano mayor había caído detenido el 13 de septiembre y estuvo 20 días preso. Cuando recuperó su libertad estaba aterrado por todo lo que le había tocado vivir, incluyendo un simulacro de fusilamiento. Lo único que quería era que sacaran a Raúl de Coronel porque lo estaban buscando.

Hasta que finalmente lo apresaron en el Liceo, a vista y paciencia de compañeros y profesores.

Junto con él, detuvieron a su hermano y a un amigo. A los tres los condujeron a una comisaría por calle Lautaro, en Coronel, que tenía un patio gigantesco.

“A mi hermano se lo llevaron a una termoelectrica donde los milicos habían montado su cuartel de campaña. Lo encerraron en una pieza muy chica. Éramos tres o cuatro personas. Nos tuvieron hasta cuando nos reunieron. Durante ese periodo a mi



Victor Briones.

me interrogaron, nos pegaban por pegarnos, nos sacaban en la noche y después nos metían para recuperarnos. Recuerdo que una vez entraron a buscarme y preguntaron: ¿Dónde está el huevón del liceo? Yo me paré y los milicos me tiraron para el lado y me dijeron: “Vos no soy, huevón, soy muy grande”. Y tomaron al otro que era más viejo que yo, pero de menor estatura. Ese joven era de apellido Medina y hasta hoy se acuerda: “Te acordai que me estuvieron toda la noche dando por culpa tuya y no pude convencer a los milicos que nada tenía que ver...”

Al menos diez días permanecieron detenidos en ese lugar y después los trasladaron al retén ubicado en el acceso a Schwager, en lo que se conoce como Las Paralelas. Permanecieron allí dos días, hasta que los fue a buscar personal del Servicio de Inteligencia Militar. “Nos tiraron a una camioneta, nos golpearon y nos lanzaron una encima del otro y nos llevaron a Concepción, a la Cuarta Comisaría, donde estuvimos unos tres días”.

Allí vivieron una situación que para Raúl tenía tintes de surrealista. Por aquellos días, era frecuente que se informara de la aparición de barretines con armas. Por ello el patio de la Cuarta Comisaría estaba lleno de fusiles y ametralladoras. “De repente nos pescaron y nos tomaron fotografías con ese armamento. Fue la primera vez que nos leyeron los cargos, lo mínimo era haber asaltado un retén, éramos extremistas peligrosos. En un momento nos permitieron ir al baño y un

compañero nos dijo: "Cabros no se asusten, porque esto es lo que nos leen a todos, es la justificación que tienen".

De los cuatro jóvenes que formaban este grupo, a dos se los llevaron primero. A Raúl y su hermano los sacaron al tercer o cuarto día, con rumbo al Estadio Municipal. Para ellos fue un respiro. Sabían que se encontrarían con gente conocida y eso, de alguna forma, los aliviaba. La fecha de llegada al Estadio no la tiene muy clara, pero calcula que debe haber sido alrededor del 10 de octubre.

"Altamente peligroso..."

La noche del 10 de septiembre, Víctor Briones Poza, 16 años de edad, había ido al Cine Romano de Concepción junto a Eduardo Godoy para ver la película "Liberación". Regresaron tarde a Chiguayante porque no había locomoción. Briones cursaba primero medio en el Liceo de Chiguayante, pero había suspendido por un año sus estudios para dedicarse exclusivamente a su militancia en el MIR. Había ingresado al FER primero, pero a los tres meses se convirtió en militante.

La mañana del martes 11 lo despertó el ruido de los aviones Hucker Hunter que salían del aeródromo Carriel Sur, los mismos que participaron después en el bombardeo al Palacio de La Moneda, en Santiago.

Después de eso llegó a la casa de Víctor un compañero del MIR a buscarlo. Unas doce personas se reunieron en Chiguayante aguardando órdenes superiores que nunca llegaron.

Cada cual se retiró a su hogar a esperar que alguien los citara nuevamente para alguna reunión, pero eso tampoco ocurrió.

A Víctor lo contactaron para entregarle un armamento que se llevó a casa, pero un día antes de su detención tuvo la idea de trasladarlo a otro lugar. "Yo tenía preparación militar", confidencia.

Pasaron los días, sin que se produjera ningún hecho llamativo. Igual había que estar atento. Todo

marchó así hasta que en la noche de un sábado de octubre —cree que puede haber sido la del 13— llegaron a su casa a detenerlo. Primero lo llevaron a la Comisaría de Chiguayante; en la madrugada lo trasladaron al Regimiento Guías y lo echaron arriba de un camión donde se encontró con varios compañeros.

Ya en el recinto, los encerraron en un calabozo y después los sacaron a un patio y en una pared que daba hacia la calle Collao, los hicieron permanecer con los brazos y piernas abiertas hasta que se iniciaron los interrogatorios. Eran unos quince y todos se conocían. Víctor tenía personas a su cargo, pero dice que para protegerlas se acopló a otro grupo.

Estando en el Regimiento, en algún momento apareció un capitán con un bolso que usaba su madre. Se sorprendió.

-¿Quién es Víctor Briones?- preguntó.

-Yo —le contestó.

-Andaba una vieja flaca, debe ser tu mamá. Le recibí esto, no le digas a nadie porque me puede costar la cabeza- le dijo el militar y le entregó el bolso.

Luego lo empezó a retar porque se había "metido en esto", ya que lo podían matar pues llegaría gente de Santiago.

El interrogatorio fue duro. Le preguntaron qué había hecho después del 11 y contestó que nada. Lo torturaron para que hablara, le apretaron la tráquea y le patearon los testículos. No le vendaron la vista, pero no fue necesario ya que no conocía a nadie, sólo vio a hombres de civil, aunque presume que deben haber sido militares. Mantuvo su historia en cuanto a su pertenencia al grupo de Dagoberto Reyes, para que no lo siguieran apremiando y así no decir lo que en realidad sabía.

No habían comido ni bebido agua en todo el día. Al terminar el interrogatorio, uno de los sujetos que participó en éste, le preguntó si quería fumar. Aceptó y le pasó un cigarrillo. Pero no fue solo eso. -Destapa una cerveza y se la pasas a este cabro que tiene sed- le dijo a otro hombre que estaba en el lugar-. Gente como este cabro nos hace falta. Le



dimos duro y no largó nada.

Víctor dice que para enfrentar el interrogatorio le sirvió mucho haber leído un libro llamado Devuelvan a Irlanda a los irlandeses, “ahí se señalaba que si uno largaba una cosa, después tenía que largar todo”.

Un par de días después –presumiblemente un lunes- los sacaron del Regimiento y los llevaron a la Cuarta Comisaría de Concepción. Siempre el mismo grupo. Los dejaron en un calabozo donde había unos cincuenta detenidos. Permanecieron allí unos cuatro días.

En su caso, el trato no fue tan fuerte. El que sí lo pasó muy mal fue Eduardo Godoy, que también era del FER y vivía en Chiguayante. “Al Negro le dieron duro, le quebraron cuatro costillas”.

Después de eso, los sacaron de la Comisaría y los llevaron al Estadio Municipal. En la hoja que usaron para identificarlo, decía que era un “extremista mirista, altamente peligroso”.

“¡Chiquillos, me vienen a buscar!”

En 1973, Freddy Cabrera Campos tenía 19 años y estudiaba Instrumentación Industrial en horario vespertino en la Universidad Técnica del Estado. Militaba en el Partido Comunista y era vicepresidente de Centro de Alumnos de las carreras

vespertas, donde había 1.500 estudiantes. Vivía en Collao 1387, frente a la universidad y también era dirigente de un club deportivo del barrio.

El martes 11 de septiembre, como parte de la directiva del club, tenían que efectuar un trámite para instalar una ramada para las Fiestas Patrias. En la mañana escucharon en la radio que algo pasaba y luego un amigo que había ido temprano a la universidad, lo alertó.

-Freddy, está tomada la universidad, están los militares y en la lista aparecen tú- le dijo y agregó: En la cancha tienen a los académicos, estudiantes y funcionarios. Así que evita ir allá- le avisó.

Freddy acogió la advertencia. Salió de su domicilio y partió a Hualqui donde tenía una casa de seguridad. Al día siguiente retornó a Concepción y se dirigió a la universidad para reunirse con unos dirigentes en el sector donde estaba la piscina, cerca del Valle Nonguén. Como encargado de organización de la Juventud Comunista, quería ver qué podían hacer, qué medidas podían adoptar.

Los días transcurrieron monitoreando lo que pasaba y en la madrugada del sábado 20 de octubre, Freddy decidió volver a su casa en Collao. Arriesgadamente, caminó por lo que hoy es la avenida General Bonilla, que en ese tiempo eran sólo potreros. Le preocupaba entregar la llave de la sede del club deportivo para que los demás dirigentes se hicieran cargo. Se había contactado telefónicamente y acordaron reunirse a las 4 de la tarde en el lugar. Llegó a su hogar como a las 2 de la mañana. Freddy era casado y tenía una hija de un año y medio. Su mujer estaba preocupada, porque ya habían ido uniformados a buscarlo.

Por la tarde, fue al club, pero un vecino lo vio entrar y lo denunció. Influyó el hecho que Cabrera también integraba la JAP –Junta de Abastecimientos y Control de Precios- del sector.

Como a las 5 de la tarde, llegó una patrulla. Adentro, Cabrera y otros dirigentes estaban ordenando la biblioteca que tenían en el recinto.

Por la ventana vio llegar el móvil de Carabineros.

-Chiquillos, me vienen a buscar-les dijo a los demás-. En esta situación no puedo seguir acá, hay que cuidar todo el esfuerzo que hemos hecho –les explicó.

En eso, se escucharon golpes en la puerta. Antes de abrir, Freddy les pidió a sus compañeros que le avisaran a su hermano que lo llevarían detenido. Vestía liviano. Era un lindo día de sol.

-Ando en busca de Freddy Cabrera –le dijo el carabiniero apenas abrió la puerta.

-Yo soy- le contestó Cabrera, quien en ese tiempo tenía el pelo largo y barba.

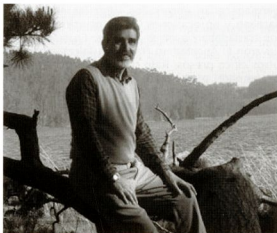
De inmediato lo detuvieron y lo subieron arriba de un camión con el que andaban. Intentó sentarse, pero no lo dejaron y tuvo que quedarse botado en el piso del vehículo.

La patrulla estaba integrada por unos diez carabineros, con metralletas y cascos. No había otro detenido en ese momento. Frente al Estadio Atlético, en el callejón Puchacay, detuvieron a un joven, a quien subieron al camión con gran violencia.

Los llevaron a la Cuarta Comisaría, donde los dejaron un rato en el patio y luego los ingresaron a un calabozo pequeño, donde había unas 15 personas. Cabrera reconoció a algunos, como el presidente del Sindicato de Lota, Omar Sanhueza, quien no podía sostenerse en pie producto de los golpes. En la noche, empezaron a sacar a algunos detenidos, les ponían un capuchón y los llevaban a una sala de tortura, situada en el primero o segundo piso.

Cuando le tocó el turno, lo condujeron a una pieza en el primer piso y de inmediato el interrogatorio fue con aplicación de corriente y golpes. Le preguntaron quiénes eran los que manejaban las armas en la universidad. Cabrera insistió que era un simple estudiante y que también trabajaba. Que era militante de la Juventud Comunista y que había sido vicepresidente del Centro de Alumnos.

Después de un largo rato, lo llevaron al segundo piso donde lo dejaron como una hora. Era de noche. Al día siguiente, como a las 11 de la mañana, lo



Freddy Cabrera.

sacaron de la Cuarta Comisaría y lo subieron a un vehículo station en el cual lo trasladaron hasta el Estado Municipal...

Los primeros días en el Estadio

Raúl y su hermano llegaron al Estadio la tarde del 10 de octubre, junto a otros cuatro detenidos. De inmediato los incomunicaron por dos días. Cuando pudieron reunirse con el resto de la población, se dio cuenta que había alrededor de 600 prisioneros, de los cuales al menos a la mitad conocía o ubicaba.

Compartió la celda 1 con su hermano, pieza a la cual llegaron después los dirigentes del carbón Juan Bravo, Juan Alarcón y Omar Sanhueza.

"Sentimos que teníamos papás adoptivos, porque cada uno de ellos se sentía responsable de nosotros y eso nos ayudó, nos alimentamos de algo distinto, para poder soportar la reclusión, porque era una situación de incertidumbre..."

Los interrogatorios continuaron, sumándose a la ignorancia de no saber cuánto tiempo

permanecerían encerrados. Por las noches los sacaban y en ocasiones, como ocurrió con Raúl, los trasladaban a otros recintos. En su caso, lo llevaron al Apostadero Naval, en Talcahuano, con otros cinco presos. Raúl cree que hubo un error de nombre, pues como se llamaba igual que su padre, otra persona al ser torturado lo mencionó y por eso el maltrato. "Nunca quise decirle eso a mi papá, para él fue mucho riesgo".

Al menos dos veces estuvo incomunicado por la decisión de los interrogadores.

Nombres de compañeros, direcciones, armas, explosivos y todo lo que permitiera justificar la detención, les preguntaban, sobre todo a quienes como Raúl eran reconocidos públicamente por su militancia y participación.

También a Víctor Briones lo incomunicaron cuando llegó al Estadio. Lo encerraron junto a otros tres en unas piezas que estaban cerca de la entrada. Fueron varios los que permanecieron aislados en esas condiciones. Recuerda a Enrique Sanhueza, "el Sapito" y a Eduardo Godoy, "el Negro", entre ellos. Al frente de su celda, dice que estaba el abogado Pedro Enriquez.

Los sacaban para interrogarlos y las preguntas eran las mismas. Querían saber de la armas.

Hay un episodio que Víctor no puede dejar de comentar. Tenía un hermano que cumplía el Servicio Militar en el Regimiento Chacabuco. Hasta allá llevaron, en algún momento, al Negro Godoy. Su hermano, que lo conocía, se arriesgó y le llevó un vaso de agua, un par de aspirinas y un capote porque estaba desnudo y muy maltratado. "El me decía, siempre me voy a acordar de tu hermano..."

Después que le levantaron el aislamiento, Víctor se integró al resto de los detenidos.

Freddy Cabrera llegó al Estadio el mismo día en que habían sido fusilados Isidoro Carrillo, Danilo González, Bernabé Cabrera y Wladimir Arana, el 22 de octubre. Había un ambiente de tristeza, de conmoción; varios de los compañeros con los que

se encontró permanecían en silencio.

Al ingresar al recinto, fue empadronado en la guardia. Arriba, en el tablero marcador estaban militares con ametralladoras punto 30; también en el cabezal del lado sur y hacia el sector del río Andulíen, había por lo menos tres ametralladoras apuntando a los detenidos, recuerda Freddy.

Lo destinaron a la celda 1, que era la primera a mano izquierda en el inicio del túnel. Era una bodega donde la Municipalidad de Concepción guardaba materiales. Tenía baldosas en el piso y no contaba con instalaciones sanitarias, sólo estaban los hoyos. En la guardia le entregaron dos frazadas, con una de ellas se cubría y con la otra debía envolver la viruta que se usaba como colchón.

A la hora que llegó no había nadie en la celda. Todos los detenidos estaban en la cancha o en las galerías. Había como 76 en esa pieza, que era la más grande. Luego de dejar sus cosas, lo condujeron a la cancha, donde se encontró con varios compañeros. El secretario de la Federación de Estudiantes de la UTE, Julio Muñoz y el periodista Gustavo Sáez, entre ellos. También con un compañero de universidad que estaba en muy malas condiciones. La cancha la dividieron en dos por unas rejas: al lado sur estaban los hombres y al norte, las mujeres. Calcula que había unos 800 detenidos en ese momento.

Apenas había transcurrido una semana de su llegada al Estadio, cuando fue llevado a uno de los calabozos de aislamiento ubicados hacia el sector de la tribuna oficial, en unas bodegas. La pieza tenía puerta metálica y el único espacio de luz era un pequeño cuadrado en ella. La comida se la dejaban en la puerta y por la mañana le daban un pan, más un café con leche muy aguado.

Fue sometido a un duro hostigamiento, lo colgaron y lo golpearon tan intensamente que perdió el conocimiento; cuando despertó estaba en el suelo y no podía levantarse. Las preguntas eran sobre lo mismo: las armas y personas como el intendente Fernando Álvarez. En su aislamiento, en una oportunidad un soldado lo fue a ver, le tiró un plato

de latón y le dio un poco de agua que aplacó la sed que sentía. Dormía en el suelo, en un poco de viruta que había en la pieza, donde también tenía que orinar y defecar, salvo que lo sacaran al baño.

En la noche del quinto día regresó a su celda, bastante maltratado. Cuando anochecía llevaban a los presos a los interrogatorios. Era un momento de incertidumbre, de temor... *"A los que sacaban, les deseábamos suerte, algunos no volvían y otros retornaban en muy malas condiciones..."*

El día a día

La permanencia en el Estadio pronto se hizo rutinaria. Había que sobrevivir y aguantar el encierro de la mejor forma posible. Así empezaron a surgir las actividades para distraer la mente y liberar energías. Raúl Gutiérrez recuerda que inventaron torneos de fútbol, ya que en algunas ocasiones les permitieron jugar. También hacían campeonatos de brisca y de ajedrez, varios de ellos aprendieron allí.

Trataban de leer lo poco que tenían. Un ejemplar del Nuevo Testamento que andaba por ahí. No podían leer diarios, aunque en algún momento empezaron a llegar. Fue de esa forma como supieron que habían fusilado a los cuatros lotinos el 22 de octubre. Después consiguieron autorización para permitirles ingresar aparatos de radio portátiles. *"A la hora de noticias, se sintonizaban todos en un mismo dial para que todos los presos pudieran escuchar..."*

En ocasiones, un pastor evangélico iba a predicar "a las ovejas descarriadas", al principio muchos participaban en esos servicios, pero poco a poco se alejaron y optaron por las misas que oficiaba el padre Camilo Vial.

Víctor Briones estuvo en la celda 4, al lado del camarín donde estaban recluidas las mujeres. Ricardo Torres, un periodista que no conocía, le enseñó a jugar ajedrez. Se hizo un campeonato y el alumno eliminó al maestro. Iba ganando, cuando lo dejaron en libertad...

Todos los días debían salir a la cancha a formarse y cantar el himno patrio. *"Nos hacían cantar esa estrofa de los "Valientes soldados", pero la que más fuerte cantábamos era "El asilo contra la opresión".*

Los prontos que le daban al almuerzo los lavaba primero y después se los comía. *"Venían con algo blanco abajo, así que los lavaba, porque pensaba que podía ser algún medicamento. Eran maldadosos esos caballeros..."*

Víctor también recuerda que con Alexei Jaccard (desaparecido en la Operación Cóndor) se entretenían observando a quienes se hacían señas con las jóvenes que estaban detenidas. *"Nosotros inventábamos las cartas y en eso nos divertíamos. Era como una terapia para distraernos. Ellas estaban a unos diez metros, y permanecían enjauladas buena parte del día, pocas veces las sacaban..."*

No le afligía mayormente la alimentación, aceptaba lo que le daban porque tampoco tenía mucho apetito. *"A veces me llegaba alguna que otra cosa de la casa. Cuando uno está afligido el apetito disminuye. Yo no era casado ni tenía hijos en ese tiempo, así que si me pasaba algo pocos me iban a echar de menos, pensaba yo..."*

Igual Víctor recibía paquetitos con cosas que sus vecinas se encargaban de hacerle llegar: queso, pollo cocido, cecinas... *"Me querían harto..."*

Cuando estaban en la cancha, llegaba el desayuno. El café con leche aguada –que muchos desayudaban y un pan. Freddy Cabrera acota que como una forma de ayudar a los que estaban complicados de salud o producto de la tortura, y que no podían salir a alimentarse, hacían turnos por celda para bajar los canastos con pan que llevaban al Estadio desde el Regimiento y en el traslado, sacaban un pan extra que se guardaban en los bolsillos para después llevarlo a los que estaban con problemas.

Cuando llegaba el almuerzo para el personal militar y de gendarmería, que era distinto al de los presos, *"se conversaba con los gendarmes, que*

eran los más cercanos a nosotros, porque a veces sobraba comida en los fondos aunque fuese el caldo, y eso se nos entregaba para los que estaban en peores condiciones”.

Cuando el padre Camilo gestionó que se permitiera que los familiares pudieran llevarles un paquete con alimentos a los presos, la comida mejoró. “Yo pedía leche y harina tostada”.

La ropa la lavaban ellos mismos; debajo del tablero marcador, había unos lavamanos que usaban para esa tarea y luego tendían sus prendas en la reja del lado sur.

La angustia de la espera se mataba leyendo un libro, jugando ajedrez o dando vueltas por la cancha. Se formaban grupos por afinidad política o por amistades previas. Freddy Cabrera tenía una carreta con Julio Muñoz, Pedro Umaña y otros que eran de la UTE, no con todos compartían celda, pero se juntaban en las galerías o en la cancha y se distribuían lo que sus familiares les podían enviar y conversaban o tomaban sol.

Contacto con la familia

Encontrar una forma de comunicarse con sus familiares, era algo que también inquietaba a quienes permanecían encerrados en el Estadio. Por eso se las ingeniaron para que, al menos, quienes iban a diario a las puertas del recinto pudieran tener alguna noticia de ellos, hacerles saber que estaban vivos.

Raúl Gutiérrez recuerda que hubo dos formas que permitieron que varios de ellos fuesen vistos, a lo lejos, por padres, madres, esposas, hermanos, hijos, que aguardaban inquietos por alguna información.

Se formó una cuadrilla con voluntarios para arreglar algunos sectores del Estadio, específicamente cambiar algunas graderías, que estaba a cargo de unos de ellos, Gaspar Toro. Ese grupo se iba a la parte más alta de las galerías y eso permitía que de lejos sus familiares pudieran divisarlos. “Al comienzo era la misma cuadrilla, pero después

surgió la idea de ir cambiando los integrantes, así más compañeros pudieron ser vistos”.

El otro sistema fue turnarse para salir a buscar los fondos del rancho que llegaban en camiones del Ejército hasta el Estadio. “Nos peleábamos para hacer esa tarea, porque eso nos permitía cruzar la reja por unos minutos y así la familia nos veía. Esa era nuestra vida, una situación entre terrible, pero también alentadora en el sentido de estar en un lugar donde el infortunio compartido con más desgraciados produce este fenómeno raro que ayuda a sobrellevar, que atenúa el sufrimiento, porque todos vivíamos una situación incierta...”

En la memoria de Freddy Cabrera también se quedaron esos intentos por hacer saber a los familiares que estaban allí y con vida. Había una celda, que era la más inhóspita del Estadio, porque tenía piso de tierra y daba hacia calle Tegualda, donde también se congregaba un importante número de personas que esperaban noticias.

Con ingenio, una buena dosis de paciencia, además de la ayuda de un trozo de fierro y una lima para las uñas, idearon un sistema para enviar papeletos con mensajes a quienes estaban al otro lado del Estadio. Vigilaban al soldado que los custodiaba en el patio y cuando miraba hacia otro lado, sacaban el tubo por la ventana y lanzaban los mensajes hacia la calle. Eran breves y por lo general daban cuenta de la condición en que se encontraba un detenido. Así pudieron mantener más informados a sus familiares. Y, mejor aún, no los descubrieron.

“Lo más directo para nosotros fue la relación con el padre Camilo, quien era el cordón que nos permitía la comunicación con nuestros familiares...”

Preocupados por saber quiénes llegaban y quiénes se iban, un día se les ocurrió aprovechar que la puerta de la celda tenía una chapa antigua, de esas que usaban una llave de cañón. Se propusieron sacarle la manilla para que quedara un orificio de una dimensión adecuada que les permitiera mirar lo que ocurría al otro lado. Misión importante porque estaban frente a la guardia. Así que hacían turnos, en especial en la noche, para ver quiénes

ingresaban y quiénes salían. *“Teníamos la visión y podíamos saber si alguno de los que llamaban a interrogatorio lo dejaban salir o no, teníamos el registro visual de ello”.*

Victor Briones recuerda otro hecho que le tocó vivir en el Estadio: cuando una delegación de la Cruz Roja concurrió hasta el recinto para verificar en qué condiciones se encontraban los prisioneros.

Ese día los sacaron a tomar el sol hacia el lado del Regimiento Silva Renard. Estaban allí cuando llegó la Cruz Roja. Atilio Suazo, uno de los presos, aprovechó la oportunidad para decirles a los representantes de la organización que él no debía estar allí, porque era más derechista que izquierdista. *“Así que nosotros también planteamos nuestras quejas. Nos tomaron los datos. Nos daba seguridad que un organismo internacional los tuviera. Quizás pudo habernos ayudado a sobrevivir”.*

El día de visita

Su nombre apareció en la primera lista para recibir visitas el 21 de diciembre de 1973, entre las 9 y la 11 de la mañana. Fue así como Víctor pudo encontrarse con su mamá. No fue mucho lo que le pudo decir, más bien tranquilizarla contándole que estaba bien. *“Ella me preguntaba cómo estaban las cosas y yo le explicaba que no eran graves, que estuviera tranquila, pero no sabía cuánto tiempo iba a estar encerrado”.*

La visita fue corta. Siempre muy vigilados, no había tiempo ni espacio para decirse mucho. Lo importante era verse. A Víctor le interesa saber cómo estaban su madre y sus hermanos. Dos mayores que él y tres menores.

También tuvo visita Freddy Cabrera. Su nombre apareció en la segunda lista del mismo día, con derecho a ser visitado por una sola persona, a partir de las 14:30 horas y hasta las 16:30.

Hacia el sector donde se situaba el Regimiento Silva Renard, se instaló una hilera de bancas para recibir a las visitas y cada preso era llamado según

la lista publicada en los diarios locales. Fue así como Freddy pudo encontrarse con su madre después de tres meses sin verse.

“Conversamos unos diez minutos, con el temor y la angustia, pero mi vieja madre tenía una gran templanza y me dio fuerza. Uno trataba de dar las menos señales posibles para que nuestros familiares se fueran tranquilos. Ella se dio cuenta que estaba bien y que tenía la esperanza de poder salir libre. Eso nos fortalecía y le daba la esperanza de irse sabiendo que estaba ahí. Fue un momento importante, aunque hayan sido diez minutos. Fue reconfortante para nosotros y las familias”.

Raúl Gutiérrez no figuró en la lista para recibir visitas en esa ocasión.

Los días finales

El mismo día que su mamá lo fue a visitar, el 21 de diciembre, Víctor Briones quedó en libertad. Faltaba un par de horas para el toque de queda, cuando los empezaron a llamar. La incertidumbre crecía entre los nombrados pues no sabían a dónde los llevarían. La duda se empezó a disipar cuando los dijeron que quedarían libres. Pero Víctor no lo creyó hasta que abrieron las rejas y pudo salir. Su madre le había llevado algunas cosas que dejó a sus compañeros, sólo se comió un plátano. Fue el único del grupo con el que había llegado, que recuperó su libertad.

No recuerda bien hasta dónde caminó. Cree que llegó hasta la Diagonal y que ahí abordó una micro para Chiguayante. Llegó unos cinco minutos antes del toque queda y en la calle se encontró con su padre.

Después de esa experiencia, no tuvo más detenciones, pero tampoco volvió a estudiar. Estuvo trabajando un tiempo en la construcción, pero no duraba más allá de dos meses por sus antecedentes. Se puso a trabajar por cuenta propia, lo que le permitió sobrevivir. Nunca se casó, convivió con su mujer por casi 30 años. Tiene tres hijos, dos hombres y una mujer.

Más larga fue la espera para Freddy Cabrera, quien recién el 21 de enero de 1974 salió del Estadio, pero no quedó en libertad sino que fue trasladado hasta la Cárcel Pública, ubicada en Chacabuco 70.

“Venía un torneo de fútbol y había que desocupar el Estadio convertido en campo de concentración. A un grupo lo enviaron al norte, al centro de detención de Chacabuco. Lo único que sabíamos era que nos iban a sacar, pero no sabíamos para dónde. Así fue como nos empezaron a llamar por los parlantes que estaban en la tribuna oficial, donde existía el centro de operaciones, y ahí uno tenía que presentarse”.

Fue así como del Estadio pasó a la cárcel de donde finalmente salió libre el día de su cumpleaños, el 12 de febrero del 74. No tenía ni un peso en el bolsillo. Tenía un bolso y una frazada y con ellos a la espalda, caminé hasta Salas con Barros Arana. Allí hizo parar un taxibús. Estaba barbudo y con el pelo largo.

“Le pedí al chofer que me llevara”.

-¿A dónde va? -le preguntó.
-Soy un ex preso político y acabo de salir. ¿Me puede llevar hasta la UTE?- le pidió Cabrera.
Gran sorpresa se llevó su familia al verlo llegar cerca del mediodía. Nadie pensaba que iba a salir en libertad tan pronto.

Debió buscar empleo y empezó a trabajar como secretario de administración en el Programa de Empleo Mínimo (PEM), instaurado por el régimen del general Pinochet. Por esas cosas de la vida, le tocó trabajar en el mismo Estadio donde unos años antes había estado recluso.

En cambio, el destino de Raúl Gutiérrez fue distinto. No quedó libre de inmediato ni fue enviado a la cárcel.

El 17 o 18 de enero se produjo un movimiento anormal en el Estadio. De repente, empezaron a llamar a varios de los detenidos. Unos quince por lo menos, grupo en el cual estaba él, Juan Alarcón, Carlos Hinrichs, Galo Gómez y otros.

“Nos llamaron y todo el mundo pensó que íbamos en libertad y empezaron a escribir cartas para que las lleváramos. Yo tenía cartas para la gente de Lota, Coronel, San Pedro...”

Pero en la tarde el panorama empezó a cambiar. Uno de los presos lo llamó y le advirtió que no saldría en libertad, que se preparara porque los enviarían a otro lugar. Pero nadie sabía a dónde. Empezaron a llamar al resto, totalizando unos 50, que fueron separados de los demás.

Todo ese extraño movimiento fue percibido por sus familiares que aguardaban en la afueras del recinto. Su mamá llegó con dos de sus hermanos. Y ocurrió algo sorpresivo. Le permitieron encontrarse con él para despedirse. *“Fue un gesto de humanidad de los milicos. Nunca he vivido un cuadro más desgarrador, primero no sabíamos qué pasaba y la tristeza de mi mamá fundida con la mía y la incertidumbre fue algo terrible. Serían unos cinco minutos, cuando a mí me fueron a buscar mi mamá no me quería soltar...”*

Por la mañana los sacaron en unos buses con destino al aeródromo Carriel Sur. Incertidumbre e impaciencia reinaba entre los detenidos. Había temor también al subirse al avión que los trasladaría -hasta ese momento no sabían a dónde- pues pensaban que los podían lanzar desde arriba.

“Fue un viaje de miedo, veíamos que en cualquier momento nos agarraban y nos empezaban a tirar para abajo. Cuando llegamos al aeropuerto Cerro Moreno de Antofagasta, nos bajaron y nos encontramos con otro grupo de prisioneros que se iba y allí estaba Angel Parra, nosotros íbamos entrando y él se iba, tampoco sabíamos a dónde íbamos...”

Pero para Raúl la situación se hizo, por momentos, más confusa, pues al leer la lista de los detenidos que habían llegado, su nombre no figuraba. Quedó por unos minutos a la deriva, los uniformados lo miraban sin saber qué hacer con él, hasta que finalmente lo subieron al bus y partió con los demás rumbo a lo que había sido la oficina salitrera de Chacabuco, en ese tiempo convertida en campo de detención, donde viviría una nueva experiencia.

El arquitecto que escribió un libro en el Estadio para no volverse loco

Hacia poco más de un mes que el arquitecto Osvaldo Cáceres González había llegado al Estadio Municipal en calidad de detenido. Tenía 48 años y su salud mental se estaba deteriorando. A veces se deprimía, en otras ocasiones se enojaba, lo cierto es que su carácter se tornaba cada vez más irascible, algo que también resentían sus compañeros de celda.

Fue cuando decidió que tenía que hacer algo para calmarse y concentrar su mente en otra cosa, que le permitiera enfrentar mejor el tormento del encierro.

Así fue como un día de esos, otros prisioneros lo vieron subir hasta el lugar más alto de la galería, instalarse en uno de los asientos y empezar a escribir. Muy pronto esa imagen se tornaría cotidiana. Osvaldo Cáceres empezó su propia terapia escribiendo a mano un libro. No era cualquier texto. Ni siquiera un escrito de sus vivencias. Era un libro sobre la historia de la arquitectura chilena. Buen desafío que le permitió abordar por otra vía la obligada reclusión que vivió entre octubre de 1973 y enero de 1974 en el Estadio Municipal de Concepción.

En septiembre de 2016, cumplió 90 años. Pero su mente se mantiene ágil y sus recuerdos afloran con facilidad. En su casa-oficina, ubicada en pleno centro de Los Ángeles, Osvaldo Cáceres desgrana



sus recuerdos y vivencias de esos oscuros tiempos posteriores al golpe de Estado.

Estantes llenos de libros y carpetas nos rodean. También fotografías que se descuelgan de las paredes. Sigue plenamente activo, dictando conferencias y participando en proyectos de arquitectura. Pero también escribe y mucho.

Hasta el 11 de septiembre de 1973, Osvaldo Cáceres era el director de la Corporación de Mejoramiento Urbano, CORMU, en Concepción. Ese día, lo citaron a la Intendencia a una reunión que se realizaría a las 16:00 horas. Como jefe de servicio, le habían dicho que debía estar.

-No tengo ganas de presentarme-, le dijo Cáceres a uno de los abogados de la CORMU.

Su reticencia obedecía a que en su calidad de jefe de servicio se había vuelto muy visible, pero también porque participaba activamente en manifestaciones, siempre con una bandera de la Unidad Popular en alto. Algo que le granjeó varias enemistades.

En ese panorama, no concurrió a la citación que le hicieron y tampoco regresó a su hogar. Al menos durante una semana se alojó en la oficina de un abogado amigo, cerca de la Plaza Perú. Pero no podía seguir allí indefinidamente, así que tuvo que irse. Decidió partir a Santiago. Ya estaba con vacaciones en la CORMU y funcionarios de la institución lo llevaron en camioneta hasta Chillán para abordar el tren.

Llegó a la capital con toque de queda, así que debió quedarse en el tren hasta que los pasajeros fueron autorizados a bajar. Cáceres partió a la casa de su hermana y trató de averiguar qué pasaba.

"Me fueron a ver algunos amigos que estaban en el aire, habían entregado los cargos y decían que si pasaba algo se iban a meter en alguna embajada y es lo que hizo el vicepresidente de la CORMU, que era un arquitecto socialista, pero no había claridad de nada. Yo tenía dos hijos, mi mujer era viuda y tenía otros dos, y juntos habíamos tenido tres, o sea en total teníamos siete, así que dije me voy..."

Tras una semana en Santiago, regresó a Concepción, aunque el panorama seguía muy incierto y complejo.

Al volver, decidió que lo mejor era presentarse ante los militares, para que no lo siguieran buscando y evitar así afectar a su familia. Concurrió a una

oficina del Departamento de Sanidad del Ejército, desde donde lo llevaron a la Tercera División y luego a la Policía de Investigaciones.

Allí permaneció alrededor de una semana. Y todo seguía enredado y confuso. Lo interrogaron preguntándole por las armas.

-¿Qué armas? -contestaba y agregaba:- Nunca he visto ninguna arma.

Pero sus inquisidores le insistían que debía haberlas visto, porque en la CORMU habían recibido unas cajas recientemente y esas, según ellos, contenían armas. Efectivamente, habían llegado unas cajas en los días anteriores, pero correspondían a un pedido de materiales y artículos de oficina que habían hecho quince días antes.

-No tengo idea cómo se maneja un arma. Tampoco hice el servicio militar -insistía Cáceres a sus interrogadores.

Luego de algunos días en el cuartel de Investigaciones, lo llevaron al Estadio Municipal. Llegó una tarde de octubre, y se encontró con muchos conocidos. Lo hicieron pasar a las galerías y presume que había unas 900 personas en ese momento.

Pronto se corrió la voz sobre su llegada al recinto. -¡Viene el Cáceres! -decían algunos de los prisioneros que lo reconocieron.

Cercanos como el poeta Floridor Pérez, el abogado Octavio Jara y otros, se fue encontrando en ese tiempo. También había muchos jóvenes que no conocía. En algún momento alguien le recomendó que "no hablara con ellos porque están muy cargados", con muchas acusaciones en contra y no era conveniente. "Pero yo hablaba igual", dice Cáceres.

No recuerda con exactitud en qué camarín-celda estuvo, sí que había unos 60 prisioneros de diversa militancia, socialistas, miristas, comunistas, jóvenes y viejos, lo cual tornó difícil la convivencia.

Uno de los episodios que se le quedó grabado con fuerza, fue la aparición de encapuchados. "Llevaban a un tipo y no se sabía quién era, ponían en fila a la gente y ese sujeto iba mostrando a los



Osvaldo Cáceres.

que conocía para que los interrogaran y qué sé yo lo que pasaba con ellos. Esa gente no volvía más. Era una situación bastante inestable”.

También fue aislado e interrogado, pero no le pasó nada. *“Por lo menos no me pegaron”.*

Sus recuerdos en el Estadio se centran en algo que le llamó la atención junto a otros compañeros de reclusión. Cáceres también era secretario de los funcionarios de CORMU que integraban el cordón centro, iniciativa que surgió en la zona y que posteriormente se replicó en Santiago.

Supieron que el general Sergio Arellano estaba pasando por distintas ciudades, sacando gente que estaba detenida de la cual no se volvía a tener noticias. Lo que más les preocupaba era que se trataba de personas que habían estado al frente de los cordones que se habían organizado en distintos lugares. *“Nos dimos cuenta que casi toda la gente que estaba en el cordón centro había llegado al Estadio, algunos eran funcionarios de la CORMU, otros profesores, había un buen grupo. El presidente del cordón, que decía que era del MIR, pero estaba infiltrado, fue el único que no apareció, después lo vieron en Chillán, vestido de militar. Estábamos preocupados, porque éramos parte del cordón y Arellano venía metiendo presos*

y fusilando a quienes integraban los cordones. En ese momento no teníamos mucha claridad, aunque finalmente no pasó nada”.

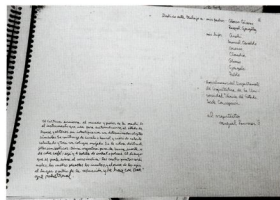
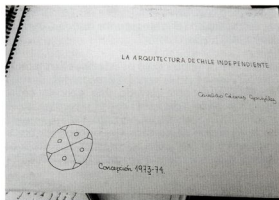
La misma noche que llegó al Estadio, el arquitecto Cáceres conoció al padre Camilo Vial. Incluso recuerda que había llevado una película sobre Jesucristo. Al otro día habló con el sacerdote quien le consultó si tenía algún encargo que hacerle. Le dio la dirección de su casa en Concepción, por si podía ir. *“Y él fue, así que también le entregaba algunos papeletos para mi mujer y él los llevaba”.*

Fue el mismo padre Camilo quien les comentó, posteriormente, que Arellano no había dejado su huella en la zona porque el general Washington Carrasco se lo había impedido, pues ya no se necesitaba hacer más escarmiento, luego del fusilamiento de los cuatro lotinos. *“Así que se tuvo que volver porque no le entregó a nadie”.*

Para Cáceres fue interesante la relación con el padre Camilo; también recuerda la presencia de un pastor evangélico que llegaba, juntaba a su gente y hacía sus cultos, mientras el padre Camilo hacía sus misas. *“A veces yo asistía porque entre estar escuchando todo el tiempo las mismas cosas, prefería la misa, al menos hablaban de la Biblia y cosas así. Una vez me descuadré porque a la hora de las peticiones se me ocurrió pedir que no sacaran más gente de ahí, porque los sacaban y no volvían o bien volvían machucados y torturados...”*

“Escribí para no volverme loco”

Su permanencia en el Estadio lo tenía inquieto y perturbado. No podía ser menos, estaba alejado de su familia y su trabajo, pero también le molestaban las arbitrariedades. Una forma de calmarse fue leyendo. Llegó al recinto de detención con la Biblia, las obras completas de Oscar Wilde y las de Shakespeare. Después pidió que le llevaran otros libros. Leía todo lo que caía en sus manos, pero luego de un mes de leer los libros que tenía y los que se conseguía, *“tenía la cabeza como papa, además cuando uno está en esa situación tan inestable, con siete hijos, yo sabía que en la casa había necesidades , todo lo que tenía se lo*



di en un cheque para que lo llevaran a la casa, pero sabía que con eso no iban a poder vivir, pero mis hermanos de Santiago empezaron a ayudar a venían todos los fines de semana”.

Como leer ya no lo tranquilizaba, decidió buscar otra forma de distraerse y no pensar tanto en lo que lo afligía. Fue así como decidió escribir su propio libro o más bien continuar con un escrito que ya había iniciado. Era una idea que tenía hacía tiempo, así se dispuso a concretarla.

No era un texto cualquiera. Se trataba nada menos que de la historia de la arquitectura de Chile independiente. Tenía unos borradores en su casa y le pidió al padre Camilo que se los llevara. Así fue como se concentró en su nueva ocupación. Diariamente se instalaba en la parte más alta de las galerías del Estadio y ahí se sentaba a escribir a mano. Se consiguió unos trozos de madera con los cuales improvisó un tablero que le permitiera acomodar el papel para redactar.

Fue un trabajo largo y bien acucioso. Su buena memoria lo ayudó mucho. Tenía bastantes antecedentes para escribir la obra y cuando necesitaba un texto, lo mandaba a pedir. Los borradores los hacía llegar a su mujer a través del padre Camilo. Ella sacaba una copia que le remitía al Estadio para que siguiera escribiendo.

Nunca lo molestaron por lo que hacía. Al contrario, lo dejaron en paz, algo que le ayudó a enfrentar mejor la reclusión. *“Me liberaba escribiendo...”.*

Mientras revive ese episodio de su reclusión, se levanta de su silla y busca entre sus armarios el libro. Es un ejemplar tamaño oficio en formato vertical o apaisado, donde se destaca su letra redonda, casi de escolar, pulcra y clara. “La arquitectura de Chile independiente” es el título de la obra, fechada en Concepción 1973-1974, que también contiene una serie de dibujos ilustrativos, gran parte de ellos de su autoría y que abarca desde el periodo prehispánico hasta 1975.

Al revisar el texto, uno no puede dejar de asombrarse. Resulta increíble imaginar que haya sido escrito en el Estadio, bajo la reclusión, en un ambiente adverso e incierto. Pero el resultado es una obra de incalculable valor de la cual, y con la ayuda de alumnos de la Escuela de Arquitectura de la UTE, se hicieron dos copias tal como fue escrita, es decir a mano. Uno de esos facsímiles circuló por muchos años de mano en mano. Fue fuente obligada de consulta para tesis, seminaristas e investigadores de la arquitectura.

El original está en calidad de préstamo en el Museo de la Memoria de Santiago y una copia anillada, la tiene el propio Cáceres en su oficina. La obra



está dedicada a sus padres, a sus siete hijos y a sus alumnos de Arquitectura. Pudo terminarlo en la Cárcel Pública, a donde lo trasladaron a mediados de enero de 1974. Allí se la arregló para, con la ayuda de Juanita Gutiérrez, otra prisionera política, pasar en limpio el texto que ella le iba dictando.

Recién 33 años después, este escrito surgido en la reclusión, que permitió a su autor sobrellevar la adversidad, fue publicado por Ediciones de la Universidad del Bío Bío. La idea inicial fue publicar el texto tal como fue escrito, a mano y en forma bastante artesanal, aunque no por ello menos documentada. Pero fue complicado hacerlo de ese modo, así que finalmente se digitaron los textos y en el año 2007 la Universidad del Bío Bío imprimió 500 ejemplares. Son 400 páginas, de las cuales la mitad corresponde a ilustraciones.

Pablo Fuentes, editor de ese texto de noviembre de 2007, escribió en la presentación: *“La soledad, la desesperanza, acaso el miedo son apenas un esbozo de los motivos que Osvaldo Cáceres tuvo para comenzar a escribir, a veces sobre los papeles de las cajetillas de cigarros que los prisioneros tiraban al suelo, lo que hoy viene a ser la primera historia de la arquitectura en Chile. Una misión absurda, un trabajo insensato en la espera de la muerte. Como mínimo, una apuesta ciega”.*



El 15 de noviembre de ese año, en una ceremonia cargada de emotividad, se realizó la presentación de esta obra, que tardó más de tres décadas en ser publicada.

Haber escrito ese libro fue un alivio para el arquitecto Cáceres. *“Escribí para no volverme loco...”*, dice y no se puede más que creerle. Pudo concentrar su mente en otra cosa y dejar de pensar y sentirse agobiado por la reclusión que vivía.

“No me voy a Chacabuco”

Otro episodio crítico vivió cuando a mediados de enero de 1974, se inició la evacuación de los prisioneros desde el Estadio a otros recintos. Aunque no sabía con precisión a dónde se llevarían a un grupo de más de 50, en algún momento circuló la versión que los trasladarían al centro de detención de Chacabuco, en la región de Antofagasta.

Cuando supo la noticia, se deprimió mucho. Si bien nadie le había dicho nada oficialmente, supuso que estaría dentro de los elegidos para ser trasladado al norte y eso lo angustió en extremo. Lloraba y se descargaba pateando las paredes. “No me voy a Chacabuco, muerto me llevarán porque yo no voy”, recuerda que gritaba.

Finalmente, lo enviaron a la cárcel que, coincidentemente, estaba ubicada en la calle Chacabuco 70, en Concepción. Tras siete meses de detención, en total, recuperó su libertad a mediados de 1974.

Difícil fue reinsertarse laboralmente tras esa dura experiencia. Se quedó en Concepción con unos colegas, trabajando en la dirección de las obras de dos edificios ubicados en el centro de la ciudad y que estaban sin terminar. Sin embargo, el cambio del dólar decretado por Pinochet, paralizó la construcción y como se quedó sin ingresos y con una familia grande que mantener, aceptó la oferta de un colega que lo invitó a trabajar a Los Ángeles, a donde se trasladó en 1975 y donde aún reside.

Le gusta la docencia, pero sus retornos han sido puntuales. “Dicen que estoy muy viejo”, comenta y ríe con entusiasmo. Para quien fuera uno de los fundadores de la Escuela de Arquitectura de la entonces Universidad Técnica del Estado, en 1970, la docencia es una de sus pasiones, lo mismo que la escritura. Y no está en sus planes retirarse. “De ninguna manera”, dice con convicción.

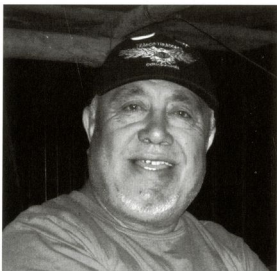
La familia comunista de Nonguén

La familia Umaña era comunista y vivía en Nonguén. Sus integrantes eran reconocidos como militantes con activa participación partidaria. Quizás por eso no fue tan sorprendente que siete de sus familiares fueran detenidos tras el golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

Pedro Umaña Larenas estudiaba Arquitectura en la Universidad Técnica del Estado y tenía 22 años. Pero luego del “Tanquetazo” del 29 de junio de 1973, había dejado los estudios—con oposición de su padre, que era el patriarca de los comunistas de la familia— para dedicarse de lleno al trabajo político y, desde ahí, tratar de frenar una posible guerra civil que pensaban podía desatarse.

Para ese tiempo, Pedro había salido de la casa familiar para convivir con su compañera. Como encargado de organización de las Juventudes Comunistas, participaba en reuniones diarias todas las mañanas con el fin de analizar la situación que se vivía. El 11 se reunió con otros compañeros, como era habitual, y juntos se dirigieron al local de la Jota, en Serrano al llegar a Maipú. Por el camino vieron vehículos militares y personal armado saliendo de uno de los regimientos, algo que no era habitual. Recién cuando llegaron a la sede y se encontraron con otros militantes, supieron lo que estaba pasando. Eran poco más de las 9:30 de la mañana.

Lo primero que hicieron fue tratar de sacar *“unas cosas comprometedoras que había y en mi condición de dirigente de organización salí a recorrer las bases de la Jota, un poco para prevenir*



Pedro Umaña.

a los compañeros, señalar la situación en la que estábamos y que de alguna forma tomaría contacto con ellos más tarde, para que se abstuvieran de cualquier cosa mientras no hubiera claridad”.

En la tarde regresó a su casa, aunque su familia se había ido a un lugar más seguro, algo que poco después también tuvo que hacer Pedro; a partir de entonces no pudo volver a su hogar porque lo estaban buscando.



Parte de la familia Umaña.

A pocos días de ocurrido el golpe, lo expulsaron de la Universidad, pues su nombre apareció en unas listas, algo que lo sorprendió pues nunca fue dirigente universitario, ya que había privilegiado el trabajo político poblacional.

Como no lo encontraban, su familia empezó a ser acosada, especialmente su padre, que estaba enfermo, pero también su compañera, con quien tenía su primer hijo de menos de un año de edad. Si bien formalmente nunca la detuvieron, la iban a buscar a su casa, la llevaban al Regimiento y la sometían a tortura psicológica. *"En reiteradas oportunidades pescaban a mi hijo mayor de los brazos de su madre y le ponían el fusil en la cabeza para que ella dijera dónde estaba yo; pero ella no tenía idea..."*

Todo eso se prolongó hasta mediados de octubre cuando se descubrió un supuesto plan de defensa que habrían armado los partidos de la UP en el cual a la Jota le asignaban ciertas responsabilidades. Pedro dice que supo posteriormente, estando detenido, que le correspondía a la gente de la Universidad Técnica y de Nonguén cortar el puente

ubicado en Collao, y generar problemas con la bomba de bencina. *"En ese tiempo, decir Villa Nonguén era decir Umaña, por tanto había que ir a buscar a los Umaña..."*

Para entonces, él había encontrado lo que consideraba una "buena chapa" que le permitía llegar fácilmente a los lugares que como encargado orgánico le correspondía visitar. Se había ido a vivir a Boca Sur, a la Villa Candelaria que estaba en formación, y la persona que lo acogió era su padrino de bautizo; trabajaba con un carretón distribuyendo productos que los comerciantes compraban en CODINA.

"Había una bodega grande que traía abarrotes y como él vivió antes en Barrio Norte, ahí estaba toda su gente. Yo andaba todo el día en el carretón con él, así que entraba a todos los negocios y ya me ubicaban y me esperaban, pero así también me esperaban los carabineros una mañana que llegamos en el carretón..."

La fecha exacta no la tiene clara, pero estima que debe haber sido el 17 de octubre cuando lo detuvieron carabineros, éstos lo condujeron a la Cuarta Comisaría. Ahí se encontró con su padre.

-Mira p'allá, ¿conocis al viejo que está botado al fondo?-le preguntó el sargento Mauricio Cares.
-Sí, le contestó Pedro-. Ese es mi papá.
-Sí, pu'h -le dijo Cares-. Yo trabajaba en la Intendencia y ese es el viejo que iba a retirar las armas y las desparramaba por las poblaciones.
-Yo no tenía idea- le contestó Pedro.

Después que lo detuvieron, salieron a buscar al resto de su familia: a sus hermanos y primos.

Carmen

Carmen Sanhueza Umaña tenía 17 años y estudiaba en el Liceo 4, recién había empezado a pololear y también era militante de la Jota.

Para el golpe militar, estaba con su familia en Villarrica, en el matrimonio de su hermano mayor.

La tarde del día en que detuvieron a Pedro Umaña, Carmen estaba en su casa en Villa Nonguen junto a su pololo, Hugo, y su hermano. De pronto llegó un vehículo militar. Un grupo de uniformados entró al domicilio y les dijeron que debían irse con ellos, que en la noche volverían a la casa, así que no llevaran frazadas ni nada. Al otro día llegaron sus hermanos Mercedes y Luis Miguel, a quienes también detuvieron.

"La primera noche la pasé sola en la Comisaría, en un patio chiquitito, sin techo ni nada, al otro lado estaba mi tío con mis primos y mi hermano mayor".

Al día siguiente, los sacaron de ese lugar y los pusieron contra la pared con amenazas para que no se dieran vuelta so pena de matarlos. A Mercedes, su hermana, le dejaron una nota en la casa conminándola a que se entregara. Aún le vienen a la mente los gritos de ella cuando la llevaron a la Comisaría y empezaron a torturarla. *"Le pegaron mucho y luego la dejaron con nosotros muy maltratada y sin poder hacer nada para ayudarla..."*

En la Cuarta Comisaría se juntaron Rosa, Nelson y Pedro Umaña Larenas, además de Carmen, Mercedes, Luis Miguel y Maximiliano Sanhueza Umaña, y Hugo Carriel Luengo, pololo de Carmen. Todos militantes de las Juventudes Comunistas. Fueron interrogados, principalmente para saber de las armas que tendrían en su poder. Permanecieron en el recinto dos o tres días.

Antes de sacarlos de la Comisaría, los juntaron para que se despidieran como familia, porque supuestamente no se iban a ver nunca más. Pero sólo era parte de la tortura psicológica con que buscaban quebrarlos, porque finalmente todos fueron trasladados al Estadio Municipal de Concepción.

La llegada al Estadio

Anochecía, el 19 o 20 de octubre, cuando hermanos y primos fueron sacados de la Comisaría y subidos a una micro. *"Nos dejaron incomunicados del resto, los hombres quedamos juntos y las mujeres*

en otro lugar, por alrededor de un par de semanas, no recuerdo bien el tiempo", dice Pedro.

En cambio, Carmen es más precisa: *"Llegamos al Estadio y estuvimos como nueve días incomunicadas. Nos sacaban sólo al baño, nos daban un plato de porotos, no teníamos luz, frazadas, nada, había paja en la pieza y en eso teníamos que dormir. Estuve ahí con mi hermana y mi prima, por lo menos estábamos las tres..."*

Pero el mayor drama estaba por venir, cuando las empezaron a sacar, de a una, para los interrogatorios. Primero a su hermana, luego a su prima y al final a ella. La llevaron a una pieza y le pusieron un gorro de goma con el que le tapan la cara. Con miedo sintió que le empezaban a sacar la ropa y se desesperó.

-Mátenme, prefiero mil veces que me maten- les gritó intentando impedir que la violaran. Sintió en su sien la frialdad del metal de la pistola, pero la bala nunca salió. Carmen recuerda que fue tanta la tensión, que se desmayó.

Rato después, no sabe cuánto, al parecer la habían dejado sola, apareció otro tipo que le preguntó qué le había pasado.

Indignada, Carmen le respondió: -Qué se viene a hacer usted, si estaba aquí. Y si quieren me matan, yo no sé nada. Me preguntan por armas y cosas que en mi vida vi -le dijo al individuo sin saber quién era.

Después de esa traumática experiencia, Carmen volvió a la celda donde se reencontró con su hermana y su prima. Las tres lloraron abrazadas, pero nunca se contaron lo que les había pasado.

En su afán por sobrevivir en el infierno en que estaban, Carmen, Mercedes y Rosa empezaron a elaborar pequeñas figuras con las pajas que usaban como colchón, también con las migas del pan que les daban al desayuno. Las pegaban en la pared y así trataban de hacer algo menos dura su reclusión, pero también les permitió marcar los días de encierro. Eso causaba asombro en la gardeme que a diario las sacaba de la celda para

llevarlas al baño. Ella no entendía cómo “teníamos cabeza para eso”.

“En ningún momento me puse a llorar, me nació una fuerza interior y me decía: voy a salir de acá...”

En la celda donde las incomunicaron no tenían agua. Y en una oportunidad comenzó a caer una gotita desde una esquina del techo. Como tenían tanta sed, empezaron a beberla sin saber de dónde provenía.

En su intento por hacerse fuertes y evitar que las doblegaran, a Carmen y su prima Rosa se les ocurrió empezar a golpearse mutuamente para ver cuánto podían resistir. *“Mi hermana nos miraba y nos decía: ¿Para qué hacen eso? Mi prima era menor y yo, aunque tenía 17 años, era como cabra chica porque jugaba con muñecas, era una niña, pololeaba es cierto, pero era mi primer pololo y ni siquiera era muy en serio porque estábamos recién empezando...”*

Trataron que el tiempo pasara y que no les quitaran las ganas de seguir viviendo. Era fácil desesperarse estando encerradas en una pieza chica, sin luz, sin ventanas... pero ellas trataban de que ese sentimiento no las aplastara. Había un orificio en la pared y por ahí Carmen hablaba a los militares cuando sentía pasos. Les pedía que les llevaran comida, pero ellos le respondían que no podían.

También cantaban y muchas veces lo hacían tan alto que las iban a hacer callar. Todo eso Carmen lo vivió sin que le importara mucho, no como una adulta, sino como una niña. Por eso cantaba no más, aunque la retaran, porque no medía las consecuencias.

No supieron dónde estaban sus compañeros incomunicados. Sólo tenían alguna noticia por la señora que les llevaba la comida y que les contaba que había hombres en la misma situación que ellas. Pero tampoco les decía mucho, sólo hablaba lo justo.

“Pero nosotras éramos aguijas y preguntábamos por nuestras familias, por mis hermanos, por mi

pololo y ella nos decía: tranquilas, están igual que ustedes”.

Así fueron pasando esos largos días, hasta que al noveno las sacaron de la incomunicación y las llevaron a los camarines, donde estaban las demás mujeres recluidas en el Estadio. *“Ahí fue más humano, al poder estar con más personas...”*

Esperando que cayera la espada

Pedro Umaña no recuerda haber sufrido tortura en el Estadio. Ni tampoco cuánto tiempo permanecieron incomunicados, hasta que los incorporaron con el resto de los detenidos.

Eso sí tiene en su mente cierto día en la tarde, en que llegaron unos militares y los llevaron a la Quinta Comisaría de Carabineros, también llamada “Termas de Brasil”, ubicada en la esquina de Brasil con Ongolmo, en Concepción.

Habían detenido nuevamente al padre y también a la compañera de Pedro, pero cuando ellos llegaron al recinto, los liberaron, así que no alcanzaron a verlos. El interrogatorio fue duro. Querían saber por las supuestas armas que tenía el Partido Comunista. Los golpearon mucho, principalmente en la planta de los pies, hasta que perdían la conciencia. Cuando los llevaron de vuelta al Estadio, no estaban en condiciones de caminar.

Lo más complejo de su permanencia en el recinto fue la eterna espera de una posible tortura, porque sabían que en cualquier momento aparecería un uniformado que los llamaba y todos estaban pendientes. *“Era como estar esperando que la espada cayera sobre uno”.*

Con las mujeres

Cuando Carmen, su hermana y su prima llegaron al camarín de las mujeres, no ubicaban a ninguna. Pero la acogida que les dieron fue muy cariñosa y emotiva, como si se hubiesen conocido de toda la vida. Era de diferente militancia y también edades, pero eso no las separó, al contrario. *“Fue una unión muy linda la que se dio”*, recuerda.

Como ya se sabía que el pololo de Carmen también estaba en el Estadio, en la mañana cuando preguntaban entre los presos quién quería llevar la leche que les daban al desayuno, Hugo era el primero en levantar la mano. Y cuando llegaba a la celda de las mujeres, la gendarme que las cuidaba les decía: "Ya, conversen un poquito". Ellos eran los novios del Estadio.

Buscaban formas para que el tiempo pasara más rápido, para distraerse un poco de la incertidumbre del encierro. Se sentaban en las graderías del Estadio y las más amigas o cercanas, conversaban, haciendo hora para el almuerzo. No recuerda que hicieran grandes cosas, a veces jugaban algún juego de salón.

Lo que las angustiaba -como al resto de los detenidos- era el llamado a interrogatorio. A Carmen la llevaron dos veces y también recuerda cuando llamaron a su amiga Elizabeth Segura. *"Una sufría esperando para ver cómo salía. Todas salíamos llorando, pero más allá no nos contábamos, teníamos hasta temor de decir lo que nos hacían, era algo para una"*. A lo lejos se veían con los hermanos y primos, que estaban en la parte de abajo del Estadio.

Si bien en el camarín todas compartían, Carmen, Mercedes y Rosa hicieron grupo con Elizabeth Segura, Mary y Marlene Báez, que eran las más jóvenes entre las prisioneras. A veces llegaban otras menores de edad, pero permanecían poco tiempo. Carmen recuerda que al menos un par de veces vieron a unas jovencitas que llegaron muy maltratadas y por la noche las habían sacado para llevarlas con destino desconocido. *"Nunca decían nada, imagino que por temor. Lo único que escuché de una de ellas fue que un día las habían sumergido en unos tambores con agua, no pudiendo respirar ... Estuvieron dos días, no más que eso y se las volvieron a llevar. Estuvieron muy mal esas niñas, no hablaban casi nada. Creo que eso fue antes de Navidad..."*

En lo cotidiano, también se organizaban. Al principio se turnaban para lavar la ropa a todas. Como les habían permitido ingresar sábanas y otras

prendas, cada una mantenía su cama ordenada y limpia, claro que el colchón seguía siendo de paja. Lavaban la ropa en los baños del camarín y luego bajaban para tenderla en la reja. Tampoco era mucho ya que cada una apenas tenían dos mudas de ropa.

Un día, Carmen conversaba con Elizabeth en las graderías, luego que ella había vuelto de un interrogatorio. Eso estaba prohibido. Justo en ese momento el capitán Sánchez la descubrió.

-¡Baja, inmediatamente!- le ordenó.

-Es que estoy sin ropa-le replicó Carmen, porque ese día habían lavado y ella estaba sin pantalones y se había cubierto con una frazada.

-¡Baja!- insistió Sánchez.

No le quedó otra opción que bajar y pasar por la cancha con la frazada bien apretada para que no se le cayera. En esas condiciones llegó a la guardia.

-No tienes que conversar con nadie. ¿Qué estabas preguntando?- le reprochó el uniformado.

-Le estaba preguntando qué le habían hecho- le contestó ella.

-Por chorita, te vas comunicada- la amenazó Sánchez.

-¿Por qué me a mandar comunicada si no he hecho nada malo?- le replicó Carmen.

Pero al final Sánchez la hizo volver a donde estaba sin comunicarla.

A diario debían formarse y cantar el himno patrio, pero muchas veces los castigaban porque se negaban a cantar la estrofa de "Los valientes soldados" o bien porque entonaban a gritos aquella parte de "o la tumba serás de los libres..." Carmen dice que a su hermano le pegaron una vez por esta osadía.

Por lo menos dos de las gendarmes que las cuidaban, las trataron bien y no "hicieron el papel de malas". Incluso, dice Carmen, lloraron cuando ellas se fueron.

A la mente de Pedro Umaña acude el recuerdo de un gendarme, que los ayudó mucho y que era hermano de un antiguo militante comunista. *"Cuando nos mandaban alimentos o cigarrillos, siempre se hacían poco, y era ese angelito que*



teníamos allí, el que nos ayudó mucho". No fue el único, hubo otro que fue carabinero de la comisión civil, de apellido Muñoz, que también era del barrio de los Umaña, que "se portó bien".

Se hizo frecuente entre ellas y los presos escribirse mensajes prácticamente todos los días. Eran unos papелitos dirigidos a alguien en particular, que a escondidas los militares más jóvenes portaban y entregaban a los destinatarios. "Todos llevaban los papелitos y nos traían las respuestas. Y si llegaba alguna revista, se las mandábamos o ellos a nosotras"-

Al exterior también se enviaban mensajes, pero con mayores resguardos, principalmente a través del padre Camilo Vial, porque eso estaba prohibido. La disposición del sacerdote fue vital para que muchos familiares pudieran comunicarse o saber de los suyos después de una larga espera.

"El padre Camilo llevaba las cartas para que los familiares que estaban afuera supieran de nosotros".

Y es que todos los días, frente al Estadio, se congregaban cientos de personas esperando alguna noticia. A veces, las mujeres que los veían de lejos sacaban un pañuelo por entremedio de la puerta de hierro y lo agitaban para que quienes estaban a frente supieran que había alguien ahí. El gesto era devuelto con otro signo que indicaba que allí estaban, acompañando.

Una vez a la semana les llegaban algunas cosas y eso lo compartían. "Todo era de todas, no el paquete de una no más".

Entre las 14:30 y las 16:30 del sábado 22 de diciembre de 1973, los hermanos Sanhueza Umaña recibieron su primera visita desde que habían sido detenidos. La madre que se encontraba en Arica, no alcanzó a viajar así que vieron a su padre —el matrimonio estaba separado—, lo cual de alguna forma fue sorpresivo para ellos. No fueron más de treinta minutos en que se dijeron poco. Había una fuerte vigilancia, en especial en el sector alto del Estadio, donde había militares con ametralladoras.

El encuentro se realizó en el frontis del Estadio pudiendo ingresar un visitante por prisionero. Los restantes familiares pudieron ver a sus seres queridos a través de las rejas.

A Pedro, Nelson y Rosa, les tocó visita ese mismo día, pero a partir de las 16:30 horas. Fueron su mamá, su papá y un sobrino. El día anterior a Pedro lo habían llevado a interrogación y tenía la espalda muy dolorida. Lo recuerda y se ríe: *"Tenía la espalda como una palta y mi mamá llegó y me abrazó..."*

Ya en vísperas de Navidad, Carmen no tiene recuerdos de que se haya hecho algo especial. Piensa que seguramente trataron de pasar ese momento lo mejor posible. Sólo le viene a la memoria que Hugo, su pololo, le regaló un ramillete pequeño que armó con pastito del Estadio.

En cambio Pedro, recuerda que se hizo un show y que el doctor Carlos Hinrichs tocó la trompeta. *"Era algo extraordinario dentro de todo el dolor", no puede dejar de recalcar.*

Más difusos son sus recuerdos para la víspera de Año Nuevo. No tiene claro que hayan llorado o que realizaran algo muy distinto a los otros días. Pero sí menciona que el 2 de enero en la mañana, después de entonar la Canción Nacional, les dieron permiso como hermanos para darse un abrazo. Fue sólo un rato, pero importante para ellos.

Un nuevo año había llegado, los hermanos y primos, así como otro número importante de hombres y algunas mujeres, seguían detenidos en el Estadio Municipal, sin que tuvieran indicios de alguna liberación o juicio justo.

Fue a mediados de enero cuando trasladarón al primer grupo de penquisas al Campo de Detención de Chacabuco, en la región de Antofagasta, que empezaron a vislumbrar que vendría un cambio de escenario. O los dejaban libres o los enviaban a otro lugar.

Peró ellos fueron llevados a la Cárcel Pública. Allí el sistema cambió un poco y pudieron hacer cosas

que en el Estadio les negaban y también pudieron estar más cerca, ya que sólo estaban separados por una alta reja, lo cual les permitía verse todos los días.

Cuando Carmen, su prima y su hermana quedaron libres, la madre de la primera, finalmente vendió lo que tenía y se fueron a Arica. Al quedar libre Hugo también viajó a Arica y se casó con Carmen; tuvieron cuatro hijos. Fueron cinco o seis meses los que permaneció detenida, sin que finalmente le hubiesen formulado cargo alguno.

A Pedro le ocurrió algo similar. Le habían dicho que estaba sometido a un Consejo de Guerra, porque cuando ellos cayeron se empezó a desarmar una madeja, pues fueron detenidos varios miembros del Partido Comunista, entre ellos el secretario regional, Alfonso Padilla, a quien apodaban "El Muerto". Claro que Pedro reconoce que ellos, los de la familia, pasaron casi inadvertidos, pero eran dirigentes con sus responsabilidades claras. Todos tenían algún cargo. *"Pero pasamos como simples pollitos y nunca nos pudieron colgar nada ni acusar concretamente de algo, porque actuamos de manera inteligente"*.

Pedro fue de los últimos Umaña en salir en libertad. El 17 de mayo de 1974, dejó la cárcel sin ningún cargo en su contra. Después de algunos años, se incorporó nuevamente a la organización. Con el paso del tiempo, mantiene los lazos con quienes fueron compañeros de infortunios, pero también de sueños y proyectos, como las hermanas Báez, Guillermo Delgado, y otros, que pertenecieron a las Juventudes Comunistas. *"En la Jota éramos una familia, yo pertenecía a los más viejos de la Jota porque había otros más jóvenes..."* Es por esos vínculos que se mantienen en el tiempo, que aún se reúnen a celebrar sus cumpleaños y, como dice Pedro, "a hacernos cariño". No olvida que compartieron un ideal común que, en algún momento, los hizo "tocar el cielo con las manos..."

Memorias de mujeres

Según un informe del Comité Internacional de la Cruz Roja, en octubre de 1973 había 589 personas detenidas en el Estadio Regional de Concepción, de las cuales 44 eran mujeres. Los presos estaban alojados en siete camarines del recinto, los más grandes tenían 12x18 metros y los más reducidos alcanzaban a 12x8 metros.

Es lo que se consigna en el Tomo I del Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Lo cierto es que esos datos son los más concretos que se han difundido en cuanto a número de prisioneros políticos en el Estadio y, específicamente, sobre las mujeres.

En este último caso, nunca se ha podido precisar cuántas fueron las presas que, en algún momento, estuvieron recluidas en dicho centro deportivo. Lo que sí parece mediamente claro es que el número no superó las 60, que en distintas etapas permanecieron un buen periodo encerradas en el Estadio Regional.

Sí, se ha establecido que todas estuvieron en una sola celda, específicamente en el camarín N° 8 ubicado en el subterráneo. Y que estaban separadas de los varones por una reja que se instaló en medio de la cancha.

Mujeres muy jóvenes y otras de mayor edad compartieron sus dolores y angustias en ese espacio. Estudiantes, profesionales, trabajadoras, mujeres militantes, la mayoría sin cargo político o mayor responsabilidad partidaria. Sin embargo, fueron detenidas, muchas de ellas torturadas,



Prisioneras del Estadio,
foto Diario El Sur, 5 de octubre de 1973.

vejadas y recluidas en el recinto deportivo de avenida Collao, en Concepción.

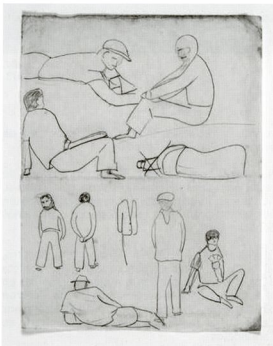
No todas compartieron el mismo tiempo de reclusión. Varias de ellas no se conocían entre sí. Aunque así hubiera sido, por seguridad y también por temor, prefirieron no reconocerse, al menos públicamente.

Lily Rivas, María Eugenia Aguayo, Rita Navarro, Silvia Cerda, Elizabeth Segura y María Antonieta Báez, fueron algunas de las mujeres detenidas en el Estadio Regional de Concepción. No llegaron directamente. Su periplo previo incluyó, en algunos casos, la Isla Quiriquina y la Cuarta Comisaría de Carabineros



Lily Rivas.

Dibujo de Lily Rivas en prisión.



A Lily Rivas Labbé, profesora de Historia y Geografía, con labor docente en liceos públicos de Concepción y en la Universidad Técnica del Estado, integrante del MIR, la detuvieron el mismo 11 de septiembre.

Como activa militante, hacía vida partidaria interna, pero también promovía e incentivaba -mediante talleres- la participación de los estudiantes.

La mañana del martes 11, la profesora Lily Rivas había ido caminando desde su casa en el centro de la ciudad hasta el Liceo Experimental, donde impartía clases. Ya en el trayecto se encontró con situaciones que le parecieron anormales, como las calles despejadas. Al pasar frente a las dependencias de la IV Zona de Carabineros, situadas en calle Castellón esquina O'Higgins, le preguntó al uniformado de guardia qué estaba pasando.

-Señora, vuélvase a su casa corriendo- le contestó. Algo que ella ignoró y prosiguió su caminata, percatándose de la profusa presencia de camiones militares que circulaban con detenidos y efectivos fuertemente armados.

Al llegar al liceo, se encontró con algunos funcionarios escuchando radio y se dio cuenta que el golpe de Estado era una realidad.

Las escasas profesoras que habían arribado al establecimiento se juntaron con la directora decidiendo, en conjunto, enviar de vuelta a sus hogares a las alumnas, que se presentaron a clases. Cuando eso ocurrió, ellas también se retiraron a sus casas.

Pocos minutos después de su retorno, Lily escuchó golpes en la puerta. Era un grupo de carabineros que ingresó a su domicilio para detenerla. El oficial a cargo le dijo que debía acompañarlos y que mejor fuera abrigada.

"Salí con ellos, andaban en una camioneta de Carabineros y pensé que me iban a subir atrás, donde había harta gente: "No señora, usted, adelante, me dijo un oficial y me subieron entre el

chofer y el ayudante”.

Se dirigieron al Estadio Regional, sin ingresar al recinto. Sólo hicieron bajar a los detenidos y les ordenaron subir a unos buses que esperaban en las afueras del campo deportivo. Ya pasaba el mediodía y los vehículos enfilaron por Carrera: *“Había pocas personas en las calles y las que circulaban lo hacían con expresión de perplejidad. Ese día no almorcé, pero tampoco lo eché de menos”.*

Partieron con rumbo a Talcahuano por avenida Colón y una vez en el puerto, los llevaron directamente al Molo 500 en el Apostadero Naval.

A las mujeres las separaron de los varones, eran unas diez. Antes de embarcarlas a la Isla Quiriquina las revisaron. En una barcaza antigua, de fierro, las trasladaron al improvisado centro de detención, establecido en la ínsula. Tras un viaje de no más de quince minutos, las hicieron desembarcar y dirigirse al gimnasio, que a Lily le pareció inmenso.

“Ahí había más gente, estaban los primeros tenidos, los trabajadores de Asmar, de Petrox, Huachipato y de todas las grandes empresas que existían entre San Vicente y Hualpencillo. Las mujeres éramos pocas. Ahí estuvimos todo el día, la puerta se abría y entraba gente y todos con una cara de pregunta, dónde estoy, cómo es esto. Trabajadores, estudiantes, mucha gente joven, la mayoría hombres. En una de esas llegó Juana Gutiérrez que era una militante comunista emblemática: - Ay, Juana te estaba esperando, le dije. Mira dónde te vine a encontrar”.

Como a las 11 de la mañana les dieron un vaso de café con leche y un pan. A medida que pasaba el tiempo, se reconocían y empezaron a ordenarse por grupo social, no por militancia. Después de la comida, a las mujeres que eran unas 35, las llevaron a un lugar donde se albergaban los profesores de la Escuela de Grumetes. Había cocina, baño con ducha y un espacio para dormir. Lily quedó al lado de una muchacha brasileña, quien se encontraba aterrada e insistía en que esa situación, ya la había vivido antes.

Al día siguiente nuevamente las llevaron al gimnasio, donde los hombres les preguntaron qué les había pasado y dónde estaban. *“Llegaba más gente y nadie se iba. En algún momento llegó el tipo a cargo, y dijo: vamos a hacer un interrogatorio, a cada uno para saber quiénes tienen delitos y quiénes no. Primero las mujeres”.*

Todas corrieron porque podía ser la oportunidad de quedar libres y eso pareció, pues no regresaron. Hacía las 5 de la tarde, sólo quedaban Lily Rivas y otra detenida. *“Nos llevaron a una sala de clases, donde había tres oficiales y unos civiles detrás con unos cuadernos, a una la sentaban en un banquito de tres patas”.*

-Señora, nosotros sabemos quién es usted...
-El MIR dice que el Ejército se va a dividir. ¿Y usted por qué cree que pasa eso? – le preguntaron, entre otras cosas.
Y Lily contestaba: - El ejército ruso se dividió en la época de la revolución soviética, unos estuvieron al lado del pueblo y otros no...
Sus respuestas tenían que ver con su formación como profesora de Historia.

“Mis pecados políticos eran cosa de chiste”, recuerda con una sonrisa.

-Señora, lo lamentamos mucho, pero se va a quedar con nosotros- le anunciaron luego de unos diez minutos de interrogatorio.

Regresó al gimnasio y al abrir la puerta, los detenidos que allí estaban la miraron con cara de asombro. Avanzó un poco asustada. Los que habían estado con ella, le decían *¿Qué pasó? “Me dijeron que tenía que estar aquí por más tiempo”, les contestó”.*

Esa noche le tocó dormir sola en el mismo lugar donde habían estado la noche anterior. La condujo un oficial de mayor edad, muy deferente y amable.

-Señora-le dijo- no es mucho lo que le podemos ofrecer, pero tenga la certeza que aquí no le va a pasar nada. ¿Qué le puedo traer?

-Una toalla para bañarme y algo para leer, le contestó Lily.

El oficial regresó con un ejemplar de la Revista O'Crucero de 1960 y una toalla sucia.

-Perdone no encontré otra- le dijo.

Así se fueron sucediendo los días en la Quiriquina. El número de recluidos aumentaba, a esa altura ya eran más de 400.

Lily pasó el resto de septiembre prisionera en la isla, especulando acerca de la suerte que correría.

Alrededor del 2 de octubre, vio que había entrado una mujer que ella conocía: Delia Fuentes, con sus ojos azules llorosos y una tremenda bolsa.

Trató de acercarse, pero quienes la acompañaban le gritaron que no podía hacerlo. Igual Delia le alcanzó a decir algo inquietante: -Todos los interrogatorios que me han hecho se refieren a ti. Sin que Lily pudiera decirle nada, le pasó la frazada que sostenía en sus manos: -La puedes necesitar- le dijo.

Y efectivamente, poco después Lily Rivas fue evacuada de la Isla Quiriquina y trasladada hasta el Estadio Regional, en Concepción.

Las hermanas Báez

De Porvenir, la familia de María Antonieta Báez Suárez se había trasladado a Concepción, donde ella ingresó a quinto básico en la Escuela N°12. Fueron años intensos los que vinieron después, durante el gobierno de la Unidad Popular, en que Mary se integró a las Juventudes Comunistas y empezó a estudiar Educación Parvularia.

Según sus palabras, *"todo iba muy bien hasta que el imperialismo no soportó más el avance ideológico que hacía peligrar su poder en nuestra tierra, y el 11 de septiembre de 1973, de un manotazo arrasó con todas nuestras conquistas"*.

Su vida sufrió un vuelco profundo cuando el 8 de octubre uniformados llegaron a buscarla a su hogar, en calle Maipú, en Concepción. Era alrededor de las 20:00 horas. Los fuertes golpes en la puerta "nos hicieron traer el corazón a la boca". Al abrir, preguntaron por ella y su hermana Marlene, que entonces tenía 15 años de edad. Mary se presentó y le dijeron que se abrigara y que debía acompañarlos. Se la llevaron a la Cuarta Comisaría de Carabineros.

Con el fin de evitar que encontraran a Marlene, le envió a decir que se fuera a otra ciudad, que ella estaba bien. Pero su hermana tuvo miedo y se quedó. Al día siguiente también fue detenida.

Cinco días estuvieron en el recinto policial. Las dejaron sentadas en una escalera, sin proporcionales alimentos ni abrigo. No podían asearse y menos cambiarse de ropa. La madre de las hermanas Báez les llevaba el desayuno y algo para almorzar y entre la ropa que les iba a dejar, ponía algunos chocolates, nueces o frutas. Fueron interrogadas y golpeadas. Fueron días y noches eternas, sin saber qué les podía ocurrir.

En su mente evoca la figura del abogado Pedro Enriquez, del MIR, a quien vio en la comisaría, colgado de las manos, sin agua ni comida. Cuando lo bajaron, le hicieron llegar unos chocolates y naranjas que habían recibido.

Mary Báez.



Dos vecinos de su población también estuvieron detenidos en el recinto. En el patio los interrogaron y torturaron. Uno de ellos quedó en muy mal estado.

Un momento de alto riesgo vivieron el 11 de octubre, al cumplirse el primer mes del golpe militar. Ese día, los carabineros a cargo lo celebraron comiendo y bebiendo. Ya en la noche, uno de ellos la tomó del brazo y la arrastró al segundo piso con la clara intención de violarla. Mary estaba aterrorizada, pero no se atrevió a gritar. Afortunadamente para ella, en ese momento llegó un carabenero del tránsito y ella le pidió ayuda. Le dijo que si no la protegía y algo le pasaba, lo responsabilizaría a él y al otro uniformado. El efectivo avisó a la guardia para que sacaran al agresor.

Después de vivir momentos de mucha tensión y también peligro para su integridad física, el 13 de octubre fueron trasladadas hasta el Estadio Regional. Recién allí pudieron bañarse y cambiar de ropa.

Elizabeth, la rebelde

Elizabeth Segura Basualto tenía 16 años, cursaba tercero medio en el Liceo de Niñas y militaba en la Jota. Era estimada por sus compañeras de curso, aunque las que provenían de familias de derecha la empezaron a ver como una "upelienta". Su familia vivía en la población Agüita de la Perdiz lo cual también la marcó, pues algunas la llamaban la "Torrante de la Agüita".

El 11 de septiembre de 1973, a las 9 de la mañana, Elizabeth estaba en clases, según lo que recuerda. Se sentaba al lado de la ventana que daba hacia calle Lincoyán. En un momento ella miró hacia afuera y vio a muchos carabineros. En su mente algo se gatilló, no pudiendo evitar exclamar ¡Golpe de Estado!

Algunas de sus compañeras en vez de asustarse le dijeron: "Hasta aquí te llegó". Elizabeth optó por esconderse junto a su amiga Carmen Lía, hija de Tomás Solís.

"A varias nos buscaban porque el centro de alumnas era de izquierda, yo era delegada del curso y la Carmen Lía era dirigente, éramos yuntas. Alguien nos escondió, creo que fueron unos profesores, los papás nos fueron a buscar y logramos salir todos y llegamos a la casa..."

Pasaron varios días antes que sus padres decidieron enviarla nuevamente a clases. Finalmente, lo hicieron alrededor del 11 de octubre. Sus recuerdos en esta parte de la historia se difuminan y confunden un poco. Estaba en la sala de clases cuando de repente irrumpió un grupo de carabineros para detenerla. Varias alumnas y un par de profesores fueron sacados del establecimiento en esa ocasión.

En una camioneta roja, que tenía unas bancas de madera en la parte de atrás, las trasladaron a la Cuarta Comisaría. Debe haber sido alrededor de la 11 de la mañana y había un fuerte sol. Elizabeth vestía uniforme de liceana y tuvo que quedarse en el patio junto a otros detenidos. Estuvo allí todo el día, sin comer ni tomar agua.

Cuando oscureció, a ella y otra niña las llevaron a un calabozo chico, de cemento, que estaba hediondo a excrementos. Fue allí donde Elizabeth vivió momentos duros y recibió ayuda de un joven carabenero quien la escondió en un baúl por varias horas para evitar que fuera violada.

Elizabeth Segura.



-Niña, tienes que confiar en alguien –le dijo ese carabinero, de nombre Jaime.

-No- le gritó Elizabeth-, no confío en nadie. Ustedes son unos asesinos.

-No- le replicó -, aquí vas a tener que confiar en alguien. Yo tengo una hermanita de la edad tuya y me duele esto que está pasando.

Luego de un par de horas, su compañera de encierro fue sacada del lugar y el carabinero llegó desesperado a pedirle que confiara en él. La sacó de la pieza y la hizo entrar a un baúl que había en un pasillo. No sabe cuánto tiempo estuvo ahí. Por unos orificios filtraba algo de luz y eso la tranquilizó un poco. Escuchó ruido de golpes y gritos cerca del lugar donde estaba. trató de averiguar quién andaba ahí y pudo divisar a una persona vendada. Alguien preguntó: ¿Quién es ese? La respuesta fue: el doctor Peña.

Después de un buen rato, escuchó unos golpecitos en el baúl, como una señal para que estuviera tranquila. Sin tener mucha certeza de la hora, recuerda que en un momento el carabinero le llevó café y le dijo que se lo tomara en silencio y rápido, advirtiéndole que estaban todos curados.

Cuando regresó, la sacó del baúl y la volvió a llevar al calabozo. Elizabeth recordó que su papá, que había sido boxeador, le había contado que en la Cuarta Comisaría trabajaba un amigo suyo de nombre Juan Cerna, así que cada vez que alguien se le acercaba le preguntaba: ¿Usted es Juan Cerna? Hasta que uno de ellos le dijo que sí.

-Soy hija de Lorenzo Segura, que peleó con el pavo Cerna- le explicó rápidamente.

Cerna le hizo un gesto y consiguió que le permitieran bañarse.

-Yo te voy a sacar de aquí- le aseguró.

Y así fue. No tiene claro si la fueron a dejar o llegó sola, el hecho es que volvió a su casa.

Poco alcanzó a disfrutar de la libertad. Pues nuevamente llegaron carabineros a su hogar, esta vez buscando a su padre. Elizabeth estaba con sus hermanos y su mamá y ya era de noche.

De pronto se escucharon fuertes golpes en la

puerta. La hermana menor de Elizabeth, de solo 10 años, se asustó.

-¡Vienen los pacos! –gritó-. Nos van a matar.

Temerosa, su madre abrió la puerta.

-Venimos a buscar a don Lorenzo Segura –le dijo un carabinero de voz ronca y áspera.

-No está, anda trabajando –le respondió ella.

El padre de Elizabeth pintaba automóviles en un lugar ubicado frente a la sede del Partido Comunista en ese tiempo. Pero no era militante.

Cuando los uniformados se iban, uno de ellos se fijó en una fotografía donde aparecían los tres hijos, pero más pequeños. Le preguntaron quiénes eran y qué edad tenían. La madre les contestó que la mayor tenía 16 años.

-Que ella se levante ahora –le dijeron.

Elizabeth tuvo que obedecer y al momento de salir de la casa con ella detenida, le dijeron a su madre: "La vamos a devolver cuando se entregue su esposo".

Volvieron a conducirla a la Cuarta Comisaría, pero esta vez no se encontró con el carabinero Cerna, así que no tuvo ayuda. Pero sólo permaneció un par de días, pues muy pronto sería trasladada hasta el Estadio Regional.

La lista de la UTE

Cuando ocurrió el golpe militar, Silvia Cerda Rodríguez trabajaba en la Universidad Técnica del Estado en la carrera de Arquitectura. Llevaba menos de tres años. En 1970 se había titulado de asistente social, en la Universidad de Concepción, justo el año en que un grupo de jóvenes que quería estudiar Arquitectura, presentó un proyecto a la UTE para que se creara la carrera, siendo aceptada la petición. Era simpatizante del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, aunque no formó parte de sus filas oficialmente.

Su familia era de izquierda, de hecho su padre fue fundador del Partido Socialista en Mulchén, donde vivieron hasta 1964 cuando se trasladaron a

Concepción. En 1965, Silvia ingresó a la Universidad de Concepción a estudiar Servicio Social y se vinculó con los integrantes del naciente MIR.

El 11 de septiembre, Silvia junto a su marido salieron de su casa en San Pedro de la Paz, como era habitual, para dirigirse a sus trabajos. Dejaron a los hijos mayores en el liceo, en tanto, la menor con un familiar y cada uno se fue a sus labores.

Cuando llegó a la UTE no había nadie. Los edificios se veían vacíos. Llegó su colega Helia Hernández y se encontraron con el secretario del rector, quien les dijo que se fueran porque seguramente el recinto sería allanado por militares.

Con Helia fueron a ver los hogares estudiantiles, que habían sido organizados y creados con ayuda del arquitecto Alejandro Rodríguez (en la actualidad detenido desaparecido).

Pero cuando llegaron se encontraron con que ya habían sido allanados. Todo estaba destrozado en su interior.

Silvia retornó a su hogar y sólo volvió a la sede universitaria cuando reabrió sus puertas, los primeros días de octubre.

Pero cuando llegó, junto con otra colega Laura Inzunza- que también era docente en la casa de estudios- encontraron que el acceso estaba cerrado. Poco antes un contingente de militares había allanado el recinto, sólo alcanzaron a ver a un camión que salía llevando detenidos. Entre ellos se encontraban Helia Hernández y una prima de Silvia, que era profesora de Matemáticas, además de otros docentes y estudiantes.

Cuando pudieron ingresar al plantel, Silvia y Laura hablaron con el rector en un pasillo, quien les advirtió que sus nombres estaban en una lista y que las andaban buscando para detenerlas, por ello les aconsejó que era mejor que se presentaran voluntariamente, evitando así que fueran a sus domicilios.

Silvia está convencida que esa nómina fue elaborada por el rector y el vicerector, pues



Silvia Cerda.

tiempo después, cuando ya estaba detenida, su marido a través de un contacto pudo ver la lista con la firma de ambas autoridades universitarias.

"Yo encontré razonable evitar el alboroto en la casa, así que con Laurita fuimos al Regimiento Guías, donde debíamos presentarnos".

Esperaron un rato, hasta que un oficial las atendió y con amabilidad les dijo: *"Miren, llevaron a un grupo para la comisaría y ustedes no van a ir sino hasta la tarde así que, mejor vayanse y vuelvan después".*

Regresaron a la universidad donde almorzaron. Allí se encontraron con unos estudiantes que pensaron que las habían detenido, al verlas se acercaron y cuando supieron que debían regresar al regimiento, les llevaron algo de ropa y unos calcetines para que no pasaran frío. Silvia también alcanzó a ir al laboratorio donde trabajaba su marido para avisarle lo que pensaba hacer.

Por la tarde retornaron al recinto militar, de allí las llevaron a la comisaría donde pasaron la noche. *"Nos interrogaron y nos tomaron fotografías. Llovía a cántaras y nos hicieron pararnos al medio del patio para tomarnos las fotos".*

Pasaron la noche en el cuartel, abrigándose como podían y tratando de proteger a unas jóvenes que estaban allí, *"porque había un teniente que las rondaba mucho y quería sacarlas. Nosotras no se lo permitimos".*

A la medianoche las encerraron en un calabozo chico, donde dejaban a los ebrios. El lugar era espantoso. Hedía a excrementos porque al medio había un tubo de cemento que se usaba como wáter. *"Fue terrible. Estábamos parados en medio de esa hediondez, aguantando como podíamos. Yo trataba de levitar, de elevarme, para mantenerme de pie entre esa porquería".*

No sabe cuánto tiempo estuvieron ahí, hasta que finalmente las sacaron y las encerraron en otra pieza, donde al menos pudieron sentarse en el suelo y pasar el resto de la noche.

En la mañana las autorizaron a ir al baño en el segundo piso, donde algunos carabineros se estaban duchando. Regresaron a su encierro y cerca del mediodía llegó una micro a la cual las subieron para llevarlas rumbo al Estadio Regional.

Detenida por una delación

María Eugenia Aguayo junto con estudiar Pedagogía en Historia y Geografía en la Universidad de Concepción, en su tiempo libre hacía clases en el Instituto Comercial de Talcahuano y en el Comercial Femenino de Concepción. Era la encargada de educación política de la directiva comunal Concepción del Mapu, en ese rol trabajaba con pobladores y cordones industriales en los sectores de Puchacay y Villa Nonguén. Vivía en Palomares.

En su labor de propaganda política, había estado trabajando junto a otros compañeros en el cordón industrial de Barrio Norte. Salían temprano a



María Eugenia Aguayo.

repartir propaganda y hacían pequeñas reuniones en las mañanas al inicio de la jornada laboral.

"Eso lo hacíamos con un equipo de compañeros del Mapu de la universidad, en conjunto con compañeros socialistas y del MIR que trabajaban en el cordón. En ese momento los cordones industriales eran espacios muy importantes".

Para coordinar esas actividades estaban en la casa de una compañera, donde la mañana de ese 11 de septiembre supieron que se había iniciado el golpe militar. Salieron con la idea de cumplir las directrices que ya les habían señalado en caso de que esto se produjera. Tenían que ir a sus lugares de trabajo político para coordinarse con los dirigentes del cordón y ver cómo iban a actuar.

A las 8 de la mañana ya habían tomado contacto con compañeros de Madesal, pero al llegar a la empresa se encontraron con que llevaban detenidos a los dirigentes y a los trabajadores, así que debieron irse.

Recorrieron otras empresas que estaban cerca, tuvieron algunas reuniones con los dirigentes que

encontraron, para ver qué podían hacer mientras esperaban la llegada de algunas armas prometidas para la defensa de los cordones, algo que nunca se concretó. Hasta las 3 de la tarde se movilizaron de un cordón a otro, organizando reuniones en las industrias y preparando la fuga de algunos dirigentes que estaban siendo buscados.

Después de esta tarea, María Eugenia participó en una reunión de la directiva comunal del Mapu, para entregar la responsabilidad a los que debían seguir el trabajo, porque ellos debían pasar a la clandestinidad. Luego de eso, se fueron a una casa de seguridad.

En los días siguientes, siguieron trabajando para ver qué ocurría con quienes habían caído detenidos y estaban en la Isla Quiriquina o en el Estadio Regional. También se dedicaron a asegurar recursos para algunos compañeros que debían irse y entregarles algo a sus familias para su mantención.

En eso estaban concentrados, hasta que el 22 de octubre María Eugenia cayó detenida.

Había tomado la decisión de salir de la ciudad, pero quiso obtener un certificado de antecedentes antes de marcharse y fue así como la encontraron en su casa. *“Cay por una delación en el marco del interrogatorio de un compañero. Me fue a buscar una patrulla del Servicio de Inteligencia de Carabineros, Sicar”.*

La llevaron a la Cuarta Comisaría de Carabineros, donde permaneció toda la tarde. Previamente habían registrado su casa, donde vivía con su madre y su hermana.

En el cuartel policial fue torturada y pasó la noche en el baño del recinto junto a otros detenidos. La dependencia estaba llena, hombres, mujeres, jóvenes y adultos muy maltratados.

Amanecieron allí y estuvieron en ese lugar todo ese día, hasta que en la noche del día siguiente María Eugenia fue llevada sola al Estadio Regional.

¡Rita, hay golpe de Estado!

Rita Navarro cursaba tercer año de Economía en la Universidad de Concepción en 1973. Provenía de una familia con vida política. Su padre era radical y su madre, si bien no pertenecía a un partido, había participado en la campaña de Salvador Allende. Rita militaba en el Mapu, aunque no ocupaba cargos dirigenciales. *“Yo era rebelde, incluso dentro del partido y era famosa porque nadie me mandaba. Era un poco más libertaria que lo tradicional”.*

El 11 de septiembre de 1973 había huelga en la universidad y Rita estaba en su casa, ya que además se levantaba tarde. *“Mi mamá siempre me decía que cuando venga la revolución los milicos me iban a pillar en la cama y así fue”.*

Era el día del profesor y su madre, que era orientadora, había salido temprano a la peluquería. Cuando regresó a su casa, cerca de las 9, le dijo: - ¡Rita, hay golpe de Estado!
- ¿Qué hago? - se preguntó Rita. Siempre le habían dicho que se quedara en su casa y que si la necesitaban me iban a avisar.

En aquel tiempo, vivía en la Remodelación Paicaví. Había huelga de locomoción colectiva y en la esquina de Paicaví con Carrera se juntaba mucha gente que iba para Talcahuano. Rita salió a mirar y

Rita Navarro.



se encontró con el dirigente poblacional del Mapu, Enrique Perelli y con Manuel Sanhueza, otro dirigente. En ese momento, vio que el presidente del Partido Socialista llegaba para hablar con un vecino.

Rita le dijo a Perelli: - Oye, el presidente del PS está al lado de mi casa-. Y Perelli fue y habló con él, algo que ella considera que fue la causa de su posterior detención.

Eso ocurrió mucho tiempo después. En diciembre, poco antes de Pascua, época en que detuvieron a varios dirigentes del Mapu.

La detención ocurrió en su casa, en horas de la mañana, mientras ella preparaba un examen y estudiaba el ramo de Investigaciones de Operaciones.

Los efectivos de Carabineros que allanaron su hogar, revisaron todos los libros. Después que le llevaron, sus papás no se atrevían a hablar porque pensaban que podían haber dejado micrófonos, así que se hablaban al oído entre ellos.

La llevaron a la Cuarta Comisaría junto a otros compañeros. Allá los interrogaron y les aplicaron electricidad. Los tenían vendados durante la tortura. En un momento, uno de los uniformados dijo: "Vamos sacándonos los trapitos".

Y Rita hizo literalmente lo que le pedían. Tomó el trapo que le habían puesto en los ojos y corriéndolo pudo ver a quienes estaban allí. La reacción fue inmediata. Le metieron los dedos a los ojos y la amarraron, pero no la desnudaron.

El interrogatorio versó sobre si conocía a la dirigencia del PS y dónde estaban los dirigentes del Mapu, algo de lo cual Rita no tenía idea.

Al otro día, ya después del atardecer, a un grupo de seis o siete detenidos les dijeron que se fueran, mientras que a otros cuatro, entre los que estaba Rita, los dejaron en la puerta de la Comisaría, donde había una señora esperando tener noticias de su marido que también estaba detenido.

-Por favor, avise a mi casa que nos están sacando- le dijo Rita y ella anotó su datos y posteriormente le comunicó su familia que habían llevado a Rita al Estadio Regional.

En el Estadio

El ingreso al Estadio, fue muy parecido en todos los casos, aunque con algunos matices.

Lily Rivas llegó casi de noche. Fue la única mujer en el grupo que trasladaron. Apenas ingresó, el capitán Sánchez le dijo: "*Señora, usted para acá. Tengo órdenes de incomunicarla, pero no se asuste que no le va a pasar nada*".

Y luego agregó: - Le voy a prestar un libro para que no se aburra.

Le pasó una edición de Aguilar de los cuentos de Guy de Maupassant que le sirvió mucho para los 5 días que estuvo incomunicada.

Una gendarme la condujo al segundo piso y la dejó en un cuartito ubicado debajo de las galerías. Medía 4 por 2 metros y tenía una puerta al medio. No había ventanas, sólo una mirilla en la puerta metálica que se corría desde afuera.

Había un montón de viruta en el piso que le serviría como colchón. Le pasaron una frazada y con la que le había entregado Delia, armó la cama y se acostó. Durmió toda la noche y al día siguiente despertó temprano. Le llevaron desayuno y la sacaron al servicio higiénico. Lily no sabía cuánto tiempo permanecería aislada, así que decidió organizarse. Caminaba de un lado a otro, hacía flexiones, leía el libro de cuentos media hora y descansaba.

Después le llegó una bolsa con cosas enviadas por su familia, incluyendo algunos libros.

Pero hubo una ocasión en que la angustia y el miedo la empezaron a invadir. Qué le podrían hacer, de qué la estarían acusando, qué tenía ella que ver... Fue como media hora o más en que el temor la agobió, hasta que decidió meterse a la cama y dormir. Cuando despertó al día siguiente, ya no sentía miedo. Esa fue su forma de evitar los

pensamientos oscuros y las sensaciones de horror.

Uno de esos días, el capitán Sánchez la sacó a tomar el sol a las tribunas, muy cerca de donde estaba el resto de las prisioneras. *“No recuerdo haber conocido a ninguna en particular, pero todas estaban preocupadas por esta otra mujer que estaba al lado en calidad de incomunicada”.* Sánchez la dejaba estar afuera un par de horas y aprovechaba de conversar con ella.

Fueron cinco días en que su principal compañía fueron los libros. El Maupassant que le pasó el capitán y otros que le enviaron de su casa. “Los hombres del maíz” de Miguel Ángel Asturias y otro de temas esotéricos, que le permitieron alternar la lectura.

Un día, la puerta se abrió asomando un gendarme quien le dijo: “Señora, salga”. Le llevaron a la celda donde estaban las demás presas, con quienes vivió hasta que las sacaron del Estadio.

Lily Rivas llevaba poco más de una semana recluida en el Estadio y hacía pocos días que le habían levantado la incomunicación, cuando Mary y su hermana Marlene llegaron al centro de detención. Era el 13 de octubre. Las prisioneras, unas cuarenta en ese momento, ya habían almorzado, pero igual no faltó algo para convalidarlas.

Durante las primeras horas de su arribo al centro de detención, Mary Báez estaba muy asustada y nerviosa. No podía dormir y eso la angustiaba en extremo. Una de las prisioneras se hizo cargo de ella porque la conocía, pues era la madre de un compañero.

“Ella se acercaba, apoyaba mi cabeza en su regazo y me hacía cariño. Cantaba y conversaba y se quedaba a mi lado hasta que cerraba los ojos. Después de algunas noches, logré que me relajara y recuperara mi capacidad de dormir”.

La primera vez que la interrogaron, la hicieron desnudarse, la esposaron, le vendaron los ojos y la pusieron contra la pared, bajo la amenaza de matarla. Le tironearon las uñas y le pusieron armas

en la espalda y la cabeza. Fue un interrogatorio duro y prolongado, tras el cual la dejaron en libre plástica. Pudo regresar a la celda junto a las demás prisioneras.

Pero Mary sufría un fuerte dolor de muelas y pidió que le vieran, pensando que si le extraían la pieza que le molestaba, la dejarían unos días en paz. No fue así. Nuevamente la interrogaron. Al principio fue sólo una conversación, sin embargo, de pronto ingresó uno de los torturadores empujando con violencia la puerta de fierro y simuló que se había tropezado, golpeando con fuerza la silla en que ella estaba sentada. Tanto que la quebró y Mary cayó al suelo. Ese día la incomunicaron. Como la muela no dejaba de sangrar, llamaron nuevamente al médico que se la había sacado, quien le abrió la herida sin anestesia y le puso algo así como un rollito de papel para frenar la hemorragia. Después de ese extraño procedimiento, la devolvieron a la celda de aislamiento.

Mary intentaba sobrellevar el encierro de la mejor forma posible. Y para ello recurrió a su ingenio. Así, ocupó las servilletas de papel en que se envolvían los sándwiches que recibía, para crear adornos. Sus manos dieron vida a flores que colgaba en unos cuadros de paja que ella misma entrelazaba. Cuando la sacaron del aislamiento, los gendarmes no podían creer lo que veían: la celda de Mary decorada con sus creaciones en papel.

En un nuevo interrogatorio, le insistieron en que hablara todo lo que sabía sobre un par de cajas selladas que habían llegado a su población, donde supuestamente había treinta metralletas nuevas y que ella debía guardar. Querían que les dijera dónde estaban enterradas. *“Se negaban a aceptar que lo único que alguna vez tuvimos fueron tres o cuatro revólveres hechizos, que ni siquiera funcionaban”.* Como no pudo entregarles la respuesta que esperaban, volvieron a aislarla.

Durante uno de esos interrogatorios, intentaron manipularla con su pequeña hija, Lorena, tratando de hacerle creer que la habían detenido y la estaban torturando.

En uno de esos días, el pastor Rodolfo Jofré consiguió autorización para que su hija, de sólo tres años, la fuera a ver. Fue una sorpresa para ella y en un intento para que Lorena no se afligiera más por su ausencia, disimuló y le hizo creer que estaba bien, aunque por dentro se sentía agobiada.

A Elizabeth la llevaron al Estadio en una camioneta, custodiada por cinco carabineros. Al momento de ingresar al recinto, uno de ellos hizo un comentario grosero sobre ella y justo apareció el capitán Sánchez quien le respondió con tono enérgico: *"Ahora ella está en mi territorio y más vale que se vayan bien rapidito"*.

Pero la memoria de Elizabeth se confunde por momentos. Recuerda que al llegar la revisó una gendarme y que luego la dejaron en un quiosco chico donde dice "como que perdí la vida". La tuvieron a pan y yaguy y debía hacer sus necesidades, ahí mismo. Y si bien llegó de día, pareciera que nadie la vio. *"Una vez una ex prisionera me dijo que yo nunca estuve en el Estadio"*.

En medio de ese laberinto de su mente, tiene claro que lo que vivió fue horrible. *"Estaba en una edad en que no me importaba lo que me hicieran, los del SIM (Servicio de Inteligencia Militar) se dieron cuenta, me pusieron pistola y yo decía "mátenme", y ellos me replicaban: "Pero tienes que pedir un deseo". Y yo les respondía: "¿toquenme la Internacional y tráiganme claveles rojos"*.

Pero también se dieron cuenta que su debilidad estaba en lo que le ocurriera a los demás y con eso la torturaron. *"Me llevaron a ver cómo le pegaban a Pedro Acuña y a Adrián Fuentes, eso me dolía mucho, me llevaron a verlos cómo comían caca..."*

Durante el tiempo que estuvo aislada, que calcula en unos 15 días, marcaba el tiempo con unos nudos en un trapo que rompió. Cuando la interrogaban, le preguntaban sobre quiénes eran sus amigos. Pero como, de alguna forma, yo los habían preparado para no recordar nombres, ella no decía nada. Apenas mencionaba algunos apodos y entonces les pegaban. "Tú sabes", le decían.

-La Marlene dijo que tú eras amiga de los amigos de ella- le insistían.

-¿Cuál Marlene? No conozco a ninguna Marlene- respondía Elizabeth.

Volvían a golpearla, porque ambas eran compañeras de liceo.

"Querían saber dónde teníamos las armas, qué pensábamos hacer... Yo era una niña, no sabía dónde estaba metida. Militaba en la Jota, pero no era dirigente ni nada".

Un día cualquiera la sacaron de la celda y había mucho sol, por lo que perdió la visión por un rato. Lloraba porque no podía ver. La hicieron avanzar y la llevaron a un lugar donde recuerda que caía una gota. Le vendaron la vista y le amarraron las manos y la dejaron allí un buen rato. Escuchó distintas voces, de personas de edad, jóvenes... en un momento le dijeron: "Ahora vas saber lo que es bueno, te vamos a violar". Y ella respondió: "Ya, violenme, pero piensen que soy su madre o una de sus hijas". Le pegaron con violencia y la dejaron botada en el suelo. Dejó de escuchar las voces y los pasos. No recuerda cuánto tiempo estuvo ahí.

En su mente tampoco quedó registrado en qué momento llegó a la celda donde estaban las mujeres. No rememora haberlas saludado o abrazado. Pero Mary Báez, cada vez que se encuentra con ella la abraza y le dice: "Chiquitita, no puedo olvidar el primer día que llegaste allá" y se pone a llorar. Elizabeth le pregunta pero ella sólo repite: "No puedo, te veo como niña, nunca vas a crecer para mí".

Lo que rememora es que en cierta ocasión, estando en las graderías, escuchó su nombre por los parlantes.

-Elizabeth Segura, a interrogación.

La vendaron y le preguntaron a quién conocía, qué pretendían...

De repente escuchó una voz.

-Está bonita ¿Por qué no me la dejan a mí? - Le respondieron que sí y lo dejaron con ella.

-Niña, le dijo, te voy a tener que pegar porque ellos tienen que creer...

Así lo hizo... Luego, Elizabeth volvió al camarín y

sus compañeras la miraron por lo maltratada que estaba. Le dieron agua y unos calmantes.

De su tiempo de encierro, se le viene a la memoria la presencia de una niña de no más de 13 años, que había llegado desde Los Ángeles. Siempre estaba en una esquina, agachada, no hablaba con nadie y no quería comer. Permaneció varios días en el lugar y de repente empezó a tener vómitos. Algunas de las presas mayores pensaron que podía estar embarazada. Cuando logró articular palabra, dijo que la habían violado en Los Ángeles, en un regimiento. Una noche la fueron a buscar y no volvieron a saber de ella.

Para Silvia la llegada al Estadio fue menos traumática. Bajaron del camión que las transportaba y les indicaron dónde debían quedarse. Les entregaron un par de frazadas color marenjo y las mismas prisioneras que allí había -unas veinte- les explicaron que debían rellenar una de la cobijas con viruta para que les sirviera de colchón y así pasar la noche. Por la mañana había que juntar ese aserrín y dejarlo tapado con la frazada.

Pasaban el día sentadas en las graderías y en la tarde volvían a entrar a su celda. A Silvia no la volvieron a

Rita Navarro, María Teresa Aquevedo,
Lily Rivas y María Eugenia Aguayo.



interrogar. A ella ya le habían preguntado algunas cosas, así que al parecer no había más que les interesara. Lo mismo ocurrió con su amiga Laura. Tampoco fue torturada en el recinto.

Había profesores y estudiantes, pero los llevaron a otro lado. Las mujeres no podían hablar con ellos. Para comunicarse con los presos, por lo general cantaban, hasta que ellos les contestaban. Todo duraba hasta que los militares los hacían callar.

En una oportunidad fue a una sala donde había médicos y personal de la Cruz Roja, porque contaban con cajas con toallas higiénicas para las mujeres y como a Silvia le había llegado la regla fue al lugar. Además, y gracias a que se lo prestaron, pudo hablar por teléfono con su marido.

En el camarín donde estaban podían acceder a agua caliente en el baño, así que Silvia se levantaba temprano y se duchaba, porque el agua se iba enfriando a medida que avanzaba la mañana.

Pocas veces se comía los porotos "llenos de gorgojos", que les daban. Los rechazaba más bien por una capa de orégano que le ponían encima. A veces, había más agua en el plato que legumbres. Algunas recibían cosas de sus familias, que se compartían entre todas.

Distinta experiencia vivió María Eugenia Aguayo en los primeros días, luego de su llegada al Estadio. *"Fue un tiempo bien complicado. Una se encuentra con compañeras con las cuales había tenido relaciones políticas y personales anteriormente; dormíamos sobre unos colchones de paja que nosotras arreglábamos con diarios y las frazadas que nos pasaba el Ejército. Nadie nos podría haber contenido mejor que las mismas compañeras que llegábamos..."*

En lo personal, fue complejo para ella esa convivencia entre la angustia, la desinformación, la falta de perspectiva, el no saber qué iba a pasar. *"No sabíamos qué suerte tendríamos cada una de nosotras. De las mujeres que habíamos ahí, sólo tres o cinco íbamos a tener Consejo de Guerra..."*

A sus 24 años, María Eugenia sentía que le habían truncado la posibilidad de proyectarse; su carrera había quedado incompleta por un tiempo que ignoraba. También le afectaba la soledad en que se sintieron, tras comprobar que sólo algunos estaban dispuestos, realmente, a defender al depuesto gobierno del Presidente Salvador Allende.

En medio de todo eso, fue aterrizando que el compromiso que había asumido llegaba hasta las últimas consecuencias, pero sin saber lo que eso significaba en verdad.

En ese tiempo, no estaba casada ni tenía hijos, pero sufría por su familia, y se ponía en la situación de aquellas mujeres que eran madres y que estaban expuestas a tremendos chantajes para que confesaran o dijeran cosas. Y a eso ella estaba alerta, intentando comprender y no condenar. *"Fue un proceso de madurez hecho a presión".*

Sufrió interrogatorios intensos por parte de efectivos del Servicio de Inteligencia de Carabineros, Sicar. Fue difícil porque le preguntaban sobre hechos concretos, aunque lo más complejo lo vivió con un equipo de Santiago, mucho más especializado, con interrogatorios y torturas más sofisticadas.

"Enfrentar todo diciembre con este tipo de interrogatorio mañana y tarde fue más agotador... Uno veía salir a los compañeros y compañeras muy destruidos, con los oídos destrozados, además no podían ver, era un cuadro de todos los días, muy fuerte".

Quien les acompañaba en ese proceso fue el padre Camilo Vial, que a esas alturas padecía el horror de lo que ocurría tanto como los directamente afectados. *"El se sensibilizó mucho con lo que estaba pasando".*

En esa etapa de incertidumbre, de desconcierto, de sentirse perdiendo de un hilo, hubo hechos que se quedaron en la retina de quienes los presenciaron. Para María Eugenia uno de ellos fue la presencia de un encapuchado que apareció en el Estadio poco antes de Navidad.

Era una situación muy tétrica, macabra también, pues los militares hacían que este hombre se paseara mirando las galerías, seguramente con la misión de reconocer a alguien. Algo que, por cierto, creaba gran temor entre los prisioneros, pues además de ignorar quién estaba detrás de esa capucha, no sabían a quién iba a identificar y mucho menos, qué relación podría tener con alguno de ellos. *"Eso generó mucho terror, porque uno no sabía si era un personaje real o inventado. Fueron momentos muy terribles, que se repitieron un par de veces".*

Pero también rememora algo que vivió el mismo día que llegó al Estadio. En la celda de las mujeres, había cuatro liceanas de Los Ángeles, que incluso estaban con su uniforme. No tendrían más de 14 años, las habían detenido en su establecimiento educacional. Las llevaron a Concepción hasta el Estadio, en un camión militar. Las habían ultrajado y violado. Se encontraban aterrorizadas. El resto

Acto en memoria de las mujeres detenidas.



de las prisioneras hizo lo que pudo para darles cariño y un poco de tranquilidad. Trataron de que hablaran, que contaran lo que les había pasado, pero fue difícil. Después de unos días, las sacaron de allí y se las llevaron. Nunca más volvieron a saber de ellas.

Al igual que sus compañeras de reclusión, apenas llegó al Estadio Rita Navarro fue revisada e luego enviada al camarín de las mujeres. Allí se encontró con muchas conocidas, en especial recuerda a las profesoras Nimia Jaque y Lily Rivas. También menciona a Haydeé Araya y a Marcela Ávila, esta última consiguió que un equipo de salud fuera a desinfectar el lugar donde permanecían “porque estaba lleno de pulgas”.

Rita llegó mal al Estadio. Lloraba mucho, aunque ella no tiene una noción tan clara de eso, sino más bien por lo que han contado después. Escribía una carta a su mamá y se la leía a Nimia Jaque y terminaba llorando. Entonces ella le decía: “-Rita, no llores y si tienes ganas de llorar, no leas”.

Cuando la interrogaban, le preguntaban más o menos lo mismo: a quién conocía, dónde estaban ciertas personas, como Carlos Pulgar, Luis Amigo, Iván Salazar... siempre hombres, nunca la interrogaron por una mujer. “Criterios machistas”, dice ella.

En lo doméstico trataron de arreglárselas con lo que había. Se consiguieron un par de tientos para remojar su ropa en la mañana y lavarla por la tarde. Se agruparon en carretas de tres o cuatro, juntaban los alimentos que les llegaban y los compartían. Por lo general, las mayores dormían siesta, mientras las más jóvenes salían a las graderas o a la cancha.

Rita tenía un primo militar que consiguió que dejaran de interrogarla y así pudo estar un tiempo más tranquila.

También Lily Rivas trató de hacer lo más llevadera posible la vida de encierro a medida que pasaba el tiempo y nada se sabía aún de qué pasaría con ella ni las demás prisioneras. Ya para entonces,

la mayoría recibía paquetes de sus familias o de amigos que querían ayudar de alguna forma y les enviaban comida.

“Dentro del grupo los alimentos se repartían, para que todas tocaran algo. Hubo mucha solidaridad entre nosotras, pero cada una en su reducto y los grupos estaban asociados por identidad política, por ejemplo, no hicimos relación con la Nimia Jaque, en circunstancias que la Marcela Ávila y yo fuimos compañeras en el Liceo Experimental. Ella estaba con las niñas del PC, que eran cabras de 18 años o menos, que iban para un lado y otro...”

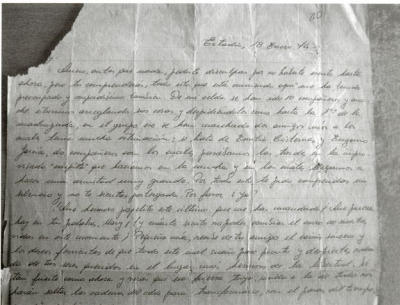
Se organizaron para mantener limpio el espacio donde vivían, incluyendo los servicios higiénicos, tarea de la cual Marcela Ávila, que era salubrista, se hizo responsable, revisando los baños y haciendo presente a las demás cuando algo no estaba bien.

Por las mañanas, trataban de hacer ejercicios, porque en las galerías permanecían sentadas, así que se turnaban para caminar por el pasillo de la tribuna. Pocas veces les permitieron estar en la cancha, espacio que estaba reservado a los varones.

Fue en esos menesteres, que un día una mujer la vio escribiendo y le llevó un lápiz, así empezó a hacer dibujos en los papeles que tenía a mano, incluso los que se usaban para envolver regalos. Al menos un par de ellos logró rescatarlos y ahora están en el Museo de la Memoria de Santiago.

Al revés de lo que le ocurría cuando estuvo incomunicada, a Lily le costaba concentrarse para leer. A veces, leía el diario, pero los libros los fue dejando.

A su memoria acude un episodio que vivió durante los primeros días de su reclusión con el resto de las prisioneras. Había allí una mujer que era la esposa de Edgardo Neira, un militante del MIR conocido por Lily. Un día les llevaron el diario y ella se puso a leer. Grande fue su conmoción cuando leyó que Neira había muerto en el Fuerte Borgoño, en Talcahuano, durante una sesión de tortura.



Carta de un detenido a una prisionera.

"Yo me quedé callada, al poco rato fueron a buscarla y se la llevaron, fue un episodio muy duro. Porque, además, nunca quisimos reconocer los lazos personales que teníamos entre nosotras, nos conocíamos porque fuimos compañeras en el liceo, porque vivía en el mismo edificio. Yo me reconocía como integrante del Frente de Trabajadores Revolucionarios de la Educación y a Neira no tenía por qué conocerlo, él era un funcionario de la Sidga Kopper".

Mensajes de amor

Aunque estaban separados por una reja, hombres y mujeres siempre tuvieron alguna forma de comunicarse, en especial quienes se conocieron en

el encierro y establecieron una conexión que les ayudó a sobrevivir.

Mary Báez vivió su historia de amor con uno de los prisioneros. Se llamaba Tito, se comunicaban por miradas cuando estaban en las graderías y también por mensajes escritos. Esas cartas nacidas del encierro, de la necesidad de apego y cariño, de no dejarse aplastar por la soledad, dieron otro sentido a la existencia de Mary. *"Ya podía pasarme cualquier cosa: tenía el amor conmigo".*

Esos pololeos a distancia, esos amores platónicos, ese intercambio de misivas fue parte vital de la lucha por la sobrevivencia que dieron especialmente las reclusas más jóvenes. Aunque todo se reducía a miradas y palabras escritas...

Elizabeth Segura también recibió amorosas misivas. El amor no estaba ajeno a la tragedia, dice. Fue de repente cuando apareció una carta que alguien deslizó por debajo de la puerta de la celda de las mujeres.

-¡Ha llegado carta! – anunciaba Elizabeth.

-¿Para quién? –le preguntaban sus compañeras.

-Para Rosita Umaña- contestaba ella y así iban entregando las cartas.

A la hora del encierro, aparecían los mensajes de amor. La mayoría tenía admiradores que les dirigían algunas palabras, aunque sólo fuese para preguntar cómo estaban. No eran declaraciones políticas, en estricto rigor tampoco de amor, eran más bien expresiones de afecto. Todas las cartas tenían destinataria. Cada una contestaba y se preocupaba de que llegara a destino.

"Había una reja entre la gradería y la cancha, cuando hacía calor íbamos a mojarnos a una llave cercana y ahí aprovechábamos para tomarnos de la mano un ratito y también entregábamos las cartas".

A Elizabeth le empezó a gustar uno de los prisioneros y le enviaba cartas, pero no sentimentales. Le contaba cosas cotidianas, le preguntaba otras. El contestaba en similares términos. *"Yo no más*

sabía. Me gustaba esa persona”.

Rita también vivió esos momentos de arrobó que ayudaban a sobrellevar la angustia.

“Todas terminamos enamorándonos de algún preso, porque lo encontrábamos bonito. Pedíamos a nuestras familias que nos enviaran chocolates y en el papel escribíamos una cartita, lo cerrábamos y le pedíamos a un gendarme que se lo llevara a tal persona. Esa parte es una debilidad emocional, no creo que a todas, pero a muchas nos pasó, éramos todos jóvenes y la necesidad de la sobrevivencia era grande. Fue un mecanismo de defensa de la naturaleza y a los chiquillos también les tiene que haber pasado”.

Lo cotidiano

Las mañanas eran, por lo general, muy parecidas. Levantarse, ducharse, formarse para la lista y cantar el himno nacional, y luego tomar desayuno. Cuando había mucho sol, las enviaban a las graderías; si llovía, debían quedarse encerradas. *“Recuerdo el olor a tierra mojada que nos llegaba...”*

Para entretenerse y acortar el tiempo, algunas jugaban al naipes. Elizabeth nunca aprendió, así que prefería escribir poemas y se imaginaba cómo salir libre. *“Pero veía que no había escapatoria, así que era preferible seguir ahí. El problema era hasta cuándo, qué iba a pasar... me daba miedo no ver nunca más a mis hermanos, sentía como que nos estábamos muriendo en vida”.*

Por eso, y para evitar seguir angustiándose, Elizabeth cantaba y bailaba. Y cuando estaban en la cancha, corría y motivaba a las demás a seguirla. *“Pensaba que había que hacer algo para no volvernos locas o no caer en depresión...”*

A María Eugenia también le preocupaba la estabilidad emocional. Caminar, hacer un poco de gimnasia, practicar algún deporte, ayudaba a eso, aunque no siempre les fue permitido.

La convivencia no siempre fue fácil. A medida que iba pasando el tiempo, las relaciones diarias se afectaban. *“Quiénes estuvimos tanto tiempo*

en esta situación, quedamos con secuelas para el resto de la vida. Enfrentar la soledad o volver a comunicarse, cuesta. Es complejo volver a pararse como si aquí no hubiese pasado nada”.

A eso se sumaba la incomunicación y los interrogatorios a que eran sometidos varios de los detenidos. *“Había compañeros y compañeras que sabíamos que estaban aislados, como el caso de la Rita que la veíamos que pasaba de un lado a otro, pero sin saber por qué la estaban maltratando tanto, por qué a algunos compañeros los torturaban más que a otros... Escuchábamos sus gritos y nos pasábamos la tarde cantando cerca de la celda de los incomunicados por lo menos para entregarles un poco de alegría, para que supieran que ahí estábamos. De algunos no sabíamos quiénes eran ni cuánto tiempo llevaban incomunicados”.*

A María Eugenia no la aislaron. Se lo prometieron en varias ocasiones, pero tras interrogarla, la dejaban en libre plática. Nunca supo por qué.

Día de visita

Un par de días antes de Navidad, un grupo importante de prisioneros tuvo derecho a recibir visita.

Cuando les avisaron que podrían ir a verlas a su encierro, y que además podrían decidir a quién querían ver, se generó una disyuntiva. Cada una debía optar y eso ya era una complicación. Lily Rivas nunca exigió a sus padres que la fueran a visitar porque ellos vivían en el campo, cerca de Cañete. Ellos tenían noticias de su hija a través de una prima y de la mamá de una amiga que le llevaba algunas cosas.

A ella la fue a visitar un prima 14 años menor, que era muy querida por sus padres y demás parientes. Como apenas podrían compartir durante media hora, Lily intentó centrarse en aquello que consideraba más importante. *“Fue una preparación práctica, porque uno sabe que la emoción va a salir. Todas teníamos nuestra lista con las cinco cosas que era conveniente abordar en esta visita”.*

También tiene claro en sus recuerdos, que los tres días previos al encuentro, lo pasaron arreglándose.

La recepción de las visitas se hizo en la parte externa del Estadio. Se dispusieron algunas bancas en el patio para una mayor comodidad. Eso sí que todos estaban fuertemente vigilados. *"Me acuerdo haber visto a mi prima, era una mujer muy bonita, con sus ojos azules y el pelo rizado, muy dama. Llegó y me preguntó: ¿Cómo te va?, ¿cómo estás? Yo creo que miré hacia el lado y vi que no todas tenían visita, en algunos casos vi una persona adulta y un par de niños. Como éramos muchas, en algún momento alguien dijo: "Se terminó la media hora", así que nos enviaban adentro, mientras otro lote de detenidas salía. Me llamó la atención verlas tan emocionadas y calladas. Lo importante es que nuestros familiares pudieron vernos".*

María Eugenia pareciera haber borrado de su memoria ese instante vivido. Sabe que hubo visitas, pero sus recuerdos desaparecieron. *"Tengo totalmente borrado ese momento".*

Después de la visita, hubo una masiva liberación de prisioneros del Estadio, algo que si bien, por una parte las alegró, por otra, fue un golpe fuerte para personas como María Eugenia, que sabía que su libertad no vendría pronto. *"Las que nos quedábamos, nos fuimos cobijando entre nosotros..."*

Rita no tuvo visita. Ella llegó al Estadio el primer día que se permitió el acceso de familiares a los presos. Además, apenas ingresó al centro de detención, la incomunicaron.

A Elizabeth la fue a visitar su abuelita. Ella la eligió. *"Podían ir dos personas y opté por mi abuelita y mi papá. Y eso me penó hasta ahora con mi mamá. Mi abuelita era el ser que más amaba, por eso la elegí".*

Fue un día importante, pero muy fuerte en lo emocional. El encuentro fue una mezcla de alegría y angustia. No era mucho lo que se podían decir, más bien se abrazaban y se miraban. Había estrecha vigilancia, lo cual limitó cualquier intento

de contarse más cosas. Pero en esas circunstancias, lo fundamental era verse.

Silvia ya no se encontraba en el Estadio en esa fecha. Su permanencia fue más breve. Estuvo una semana detenida. El 9 de octubre pudo salir en libertad. Fue al mediodía y se sorprendió. Tras cruzar la puerta del recinto, atravesó la avenida Collao hacia el servicentro ubicado al frente. Se acercó a un dependiente y le solicitó que le prestara el teléfono para llamar a su marido. Estaba temerosa. Pensaba que en cualquier momento podían arrepentirse de haberla dejado libre y detenerla nuevamente. Finalmente, nada de eso ocurrió y pudo reencontrarse con su familia. Esta experiencia, que si bien fue breve, le dejó profundas huellas, que la acompañaron siempre.

Por esas cosas de la vida, en 1974 Silvia empezó a trabajar en el Comité Pro Paz, organismo ecuménico creado el 6 de octubre de 1973, integrado por las Iglesias Católica, Evangélica Luterana, Metodista, Ortodoxa, Pentecostal y la Comunidad Hebrea.

Una de sus labores en ese tiempo fue visitar a los presos políticos en las cárceles. Una experiencia de vida que nunca olvidó.

Un nuevo año

Comenzó enero de 1974 y Lily Rivas se sentía agobiada. Iniciar un nuevo año pensando en que posiblemente pasaría otro mes encerrada, le causaba pesar. Al padre Camilo le pidieron que les consiguiera crema para la cara, para atenuar el efecto del sol, que estaban obligadas a soportar cuando permanecían en las graderías.

Hasta que a mediados del mes un movimiento inusual las alertó. Varias de ellas fueron llamadas por los parlantes a presentarse con sus cosas en la entrada. Era un día en la tarde, posiblemente el 18 de enero —aunque no lo tiene completamente claro—. A las seis mujeres que nombraron las separaron del resto y las llevaron a otro sector del Estadio a pasar la noche. A la mañana siguiente, les informaron que serían trasladadas a otro lugar.

"Llegaron unos buses y nos comenzaron a subir, no recuerdo cuántos eran. Me tocó una de los últimos. Cerraron las puertas y al medio minuto, detuvieron a los buses, y por los parlantes se escuchó: "Las mujeres abajo".

Tuvieron que bajar y nuevamente se cerraron las puertas y los buses partieron.
-Ya señoras, vuelvan al lugar donde estaban- les ordenaron.

Después supieron, a través del padre Camilo, que la idea inicial era llevarlas al norte, al campo de concentración de Chacabuco, un lugar donde solamente había prisioneros varones.

No pasó mucho tiempo, hasta que nuevamente las llamaron y con un gran despliegue, las subieron a buses y furgones de Gendarmería y avanzaron por avenida Collao, Roosevelt y Chacabuco, hasta que llegaron a la Cárcel Pública de Concepción, ubicada en Chacabuco 70.

Allí, Lily inició una nueva experiencia que se prolongó hasta mayo de ese año cuando la trasladaron al centro de reclusión femenino el Buen Pastor. Pasó todo el invierno allí y el 11 de septiembre la fueron a buscar junto a Juana Gutiérrez y las llevaron a la Cuarta Comisaría donde alojaron, para al día siguiente llevarlas al recinto de detención de Tres Álamos, en Santiago. Allí estuvo hasta junio de 1975, cuando salió expulsada a Suecia. Vivió poco tiempo en ese país, luego se fue a Gran Bretaña, posteriormente a Costa Rica, Cuba, Argentina y Uruguay. Estaba allí cuando el 23 de diciembre de 1987, la autorizaron a retornar a Chile.

A Elizabeth Segura también la llevaron a la Cárcel Pública el mismo día que desocuparon el Estadio. Pero sólo estuvo hasta el 20 de febrero, por lo que recuerda. Después de eso intentó retomar su vida. Terminó su enseñanza media en el liceo vespertino que funcionaba en el Enrique Molina. Después estuvo trabajando en el Programa de Empleo Mínimo, PEM, pero por un breve periodo ya que "le rebatía todo al encargado del programa". Rebeldía que la acompaña hasta hoy...

Rita Navarro también fue a la Cárcel Pública a terminar su detención, sin que se le hubiesen formulado cargos.

María Eugenia Aguayo estaba en el mismo grupo que fue trasladado a Chacabuco 70. El momento previo fue tenso. Había poca información sobre su destino. No se sabía a dónde las llevarían. Se dijo que los varones iban al centro de detención de Chacabuco y que las mujeres serían enviadas al sur, a una isla. Sus familiares también estaban angustiados y corrían para entregarles frazadas y abrigos. Fueron como tres días de incertidumbre, de desconcierto total. Adentro, las mujeres se preparaban para partir a donde fuera, hasta que de repente las llamaron y en un furgón las llevaron a la cárcel. Era de noche. *"Llegamos a un lugar horrible, lleno de ratones y con un baño inmundado".*

A fines de abril, lo mismo que a Lily, la llevaron al Buen Pastor. Cuando salió en libertad, se fue a Los Ángeles, a la casa de su suegro, donde dice que fue



como seguir presa porque permanecía encerrada todo el día, por temor. Hasta que en junio de 1975 se fue del país. Estuvo en Suecia, donde nunca pudo terminar su carrera por la barrera idiomática. Cuando regresó a Chile en los '90 intentó completar lo que le faltaba, pero se le hizo imposible. Así que quedó con la tarea pendiente de completar Historia.

Mary y Marlene Báez también llegaron a la Cárcel Pública y después al Centro de Reclusión de Mujeres El Buen Pastor. Estuvieron allí varios meses, sometidas a un Consejo de Guerra del cual fueron, finalmente, absueltas.

Lily Rivas, Mary Báez, Silvia Cerda, Elizabeth Segura, Rita Navarro y María Eugenia Aguayo compartieron el encierro en el Estadio, tuvieron vivencias comunes y otras particulares, pero a cada una de ellas este oscuro episodio marcó sus vidas para siempre.

"Muralito"

Fue el prisionero más joven del Estadio Municipal. Guillermo Delgado Moreno tenía sólo 14 años cuando en octubre de 1973 llegó al centro de detención, donde permaneció hasta fines de noviembre de ese año.

Cuando cursaba primer año medio en el Liceo 5 -establecimiento habilitado para los estudiantes que quedaban sin matrícula en otros colegios- se integró a las Juventudes Comunistas, y por sus habilidades artísticas formó parte de la Brigada Ramona Parra de Concepción. Fue conocido como "Muralito" pues estaba encargado de los murales que se pintaban en la ciudad.

Guillermo había estudiado en el Colegio Salesiano, pero como quería seguir la línea humanista quedó sin matrícula, algo que también ocurrió en otros liceos. La solución fue estudiar en el Liceo 5: *"La gracia es que era como un liceo de pueblo, incluso construido en madera. Era mixto y había alumnos de distintas posiciones sociales, cabros que eran muy pobres y otros que eran pudientes. Eso fue muy valioso"*.

Vivía en el barrio ferroviario, cerca de la Plaza Cruz, y con sus amigos se juntaban en ese espacio público a jugar o en la casa de alguno de ellos a ver televisión o hablar por teléfono. Fue una época distinta que Guillermo evoca con alegría. Sus padres estaban separados y tenía dos hermanos, Eduardo y Myriam, menores que él. Su papá, militante comunista, era coordinador de educación, algo así como el seremi de aquel tiempo, por ese cargo le correspondió habilitar el Liceo 5; su mamá era

asistente social, simpatizante socialista y trabajaba en el departamento de Salud Pública de la Escuela de Medicina de la Universidad de Concepción.

El martes 11 de septiembre se celebraba el Día del Profesor. Guillermo junto a un compañero caminaban por la Plaza de la Independencia con una caja de bebidas que debían llevar al liceo para celebrar con sus maestros. Desde la Intendencia se escuchaba una radio que transmitía y en ese momento se emitían los primeros bandos. En su

Guillermo Delgado afuera del Liceo 5, 1973.



caminar escucharon que alguien decía: "¡Hay golpe de Estado!". Dejaron botadas las bebidas y fueron a la sede de la Jota, en Serrano entre Freire y Maipú. Por la misma calle, pero en la esquina con Barros Arana, se situaba la Central Única de Trabajadores.

Las dependencias de las Juventudes Comunistas estaban cerradas. Tampoco había alguien cerca. Guillermo fue donde María Antonieta Báez, también militante de la Jota, que vivía en las inmediaciones. *"Conversamos y dijimos hay que hacer algo. Las instrucciones que recibimos más tarde eran juntarnos en la cancha de la población Pedro del Río, porque se suponía que ahí íbamos a dar la resistencia... Con mi compañera Carmen del liceo llegamos al lugar, pensando que iba a haber una masa de gente con la intención de defender al gobierno, pero no pasó nada. Nos separamos y no volvimos a vernos por un tiempo..."*

"Un par de días después, al anochecer, entré al local de la Jota. Estaba todo desordenado, me di cuenta que habían intentado descerrajar los escritorios ya que habían marcas de bayonetas. Como pude los abrí y me encontré con decenas de credenciales de militantes jotosos que se iban a entregar en una próxima ceremonia. Con eso y otros documentos, fui donde Mary a quemarlos."



A fines de septiembre, regresó al liceo. Los militares llegaron un día y lo sacaron de la sala de clases frente a todos sus compañeros. Lo llevaron al Regimiento Chacabuco y lo tuvieron encerrado durante unos tres días en un cuartito del segundo piso. El maltrato fue más bien psicológico, con privación de sueño y simulacros de fusilamiento. Lo interrogaron sólo una vez. Vio pocos militares, le extrañó la presencia de civiles que fueron los que le hicieron preguntas. *"Querían saber el nombre real de varios compañeros, pero yo los conocía por otros nombres, ni siquiera sabía los apellidos. Ya sabían lo de la reunión en la cancha de Pedro del Río, pero igual negué todo"*.

Aunque su padre era un personaje público, durante el golpe militar no le pasó nada. Como tenía buenos vínculos, hizo gestiones para que al hijo lo dejaran libre. Incluso ofreció canjearse por él, pero eso ni siquiera fue considerado. El hecho es que, finalmente, Guillermo recuperó su libertad.

Y si bien le recomendaron que no se metiera en nada, igual se movió por diversos lugares. Todo hasta que fines de la primera quincena de octubre una patrulla de militares, carabineros y civiles allanó su casa siendo detenido nuevamente. Pero en esa ocasión lo llevaron a la Cuarta Comisaría de Carabineros. En el vehículo militar también iba su amigo Carlos Gómez Santa María, de su misma edad.

Varios días los tuvieron en el patio del recinto de Carabineros. Los interrogaron y torturaron en varias oportunidades, siempre vendados, y los fotografiaron junto a unas armas, imagen que el 12 de octubre apareció en el diario El Sur ilustrando una información titulada: "Cayó Comando Suicida".

"A poder de la Fiscalía Militar pasarán Nelson del Carmen Carrasco Tapia, 30 años, obrero; Martín Luciano Enríquez Viveros, 18 años, estudiante; Ignacio Eduardo Enríquez Viveros, 17 años, obrero; Eduardo Nicanor Rojas Rivera, 21 años, estudiante universitario; Pedro Alfonso Acuña Anabalón, 21 años, sin oficio; Carlos Eugenio Gómez Santa María, 14 años, estudiante; Guillermo Alirio Delgado Moreno, 14 años, estudiante; y Eugenio

Cayó Comando Suicida



Fuente Suia

En el momento mismo de su asesinato, el jefe de la célula, Alfonso Padilla Silva, secretario regional de la Juventud Comunista, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.

El comando suicida fue formado por Padilla Silva y otros miembros de la célula. El comando se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.

El comando suicida fue formado por Padilla Silva y otros miembros de la célula. El comando se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.

El comando suicida fue formado por Padilla Silva y otros miembros de la célula. El comando se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.

El comando suicida fue formado por Padilla Silva y otros miembros de la célula. El comando se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.

El comando suicida fue formado por Padilla Silva y otros miembros de la célula. El comando se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.

El comando suicida fue formado por Padilla Silva y otros miembros de la célula. El comando se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.



Alfonso Padilla Silva, secretario regional de la Juventud Comunista, fue detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.



Alfonso Padilla Silva, secretario regional de la Juventud Comunista, fue detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.

El comando suicida fue formado por Padilla Silva y otros miembros de la célula. El comando se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.

El comando suicida fue formado por Padilla Silva y otros miembros de la célula. El comando se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido. Padilla Silva, de 35 años, era un militante activo y había sido detenido en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto. Su madre, María Baez, se encontraba en la Comisaría de la Policía, donde se encontraba detenido.



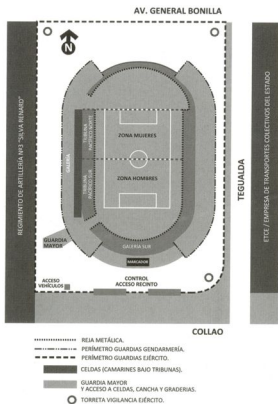
Alfonso Padilla Silva y María Baez, madre del comando que se suicidó en la Comisaría de la Policía el día 10 de agosto.

Alfonso Padilla Silva, secretario regional de la Juventud Comunista, funcionario a sueldo de la proscrita agrupación política. Junto a ellos fueron detenidas las hermanas Marlene y María Baez...

Durante el tiempo que permanecieron en la Comisaría, que Guillermo estimó en una semana aproximadamente, dividió a otros militantes comunistas como Julio Muñoz. "En el día eran horas interminables de estar en posición manos a la pared y piernas separadas; y por la noche, en una celda atochada de detenidos y con la incertidumbre que te sacaran a interrogatorio". Una de esas mañanas, su madre acudió al cuartel y le dejó ropa.

Sobreviviendo en el Estadio

Hasta que uno de esos días los sacaron de la Comisaría, los subieron a un bus y los trasladaron al Estadio Municipal. Apenas ingresaron, los chequearon, Guillermo y Carlos quedaron incomunicados en una pieza ubicada debajo del tablero marcador. Había unos fardos de paja que les sirvieron como cama. Por la mañana los dejaban salir y se instalaban en las graderías, pero apartados del resto de los presos. Desde allí vieron que una reja dividía a la cancha en dos. Por un lado estaban los varones y en el otro las mujeres.



Luego de unos diez días de aislamiento, los enviaron a la celda 1, situada cerca de la guardia. De los reclusos, reconoció al profesor Mario Benavente y a Fedor Carrillo, entre otros. Por las mañanas se instalaban en la galería a pasar el tiempo. Hasta que a Guillermo se le ocurrió ofrecerle para barrer las graderías, pues pensaba que eso le daría cierta libertad. Así que alrededor de las siete de la tarde, cuando ya todos los presos estaban encerrados, Guillermo tomaba la escoba y hacía el aseo. Demoraba alrededor de una hora y estaba solo en esa tarea.

Su decisión de “meterme en lugares donde no todos querían estar” le dio la posibilidad de observar hechos que en condición de aislado era imposible. Esas mismas ganas de hacer algo le permitieron generar algunos vínculos que le ayudaron a mantener contacto con su familia.

“En esa labor tuve la oportunidad de conversar con varios gendarmes, y de escribir algunos papellitos que enviaba a mi mamá para decirle que estaba bien y que si tenía la posibilidad me enviara fruta”.

También se ofreció para buscar el rancho. Cuando llegaba el camión militar que transportaba los fondos con la comida para los reclusos, Guillermo era uno de los voluntarios que trasladaban los recipientes al interior del Estadio. Eso le permitía salir unos minutos y ser visto por los familiares que aguardaban, desesperadamente, saber algo de lo que ocurría con los prisioneros.

“Esas acciones me dieron la posibilidad de informar a mi familia que me encontraba ahí y que estaba bien. También con esas salidas tuve la oportunidad de ver salir a mucha gente, venían camionetas y se los llevaban y algunos volvían después de ser torturados. Era un efecto psicológico. Eso fue lo más fuerte”. Lo que observaba en esas ocasiones, más tarde se lo contaba a sus compañeros de celda.

Como otras personas que estuvieron detenidas en el Estadio, Guillermo también destaca a los gendarmes como los más cercanos a ellos. En su trato, en su conducta, en sus palabras. Los sentían como seres comunes y corrientes, que de alguna forma también estaban presos. *“Creo que para los gendarmes era una carga fuerte estar ahí y se iban a sus hogares con eso en la mente”.*

En su caso, no tuvo inconvenientes. Quizás influyó que fuera menor, “un cabro chico, en realidad”, por tanto actuaban con cierta relajación con él.

“Nunca tuve problemas y hay que considerar que para ellos era un riesgo que los vieran conversando con alguno de nosotros. Mientras barra, había un gendarme que me seguía y ahí hablábamos. Claro que la entrega del papellito no era algo directo, lo

dejaba en un lugar y seguía barriendo". Un método similar se usaba cuando a Guillermo le llegaba algún mensaje escrito de su familia.

De los momentos complejos, rememora los conatos de fusilamiento. En varias oportunidades, vio militares armando un patíbulo. Más tarde se escuchaban disparos, algo que tensionaba a los detenidos y si se estaba muy débil emocionalmente, era fácil quebrarse. Era otra forma de tortura psicológica.

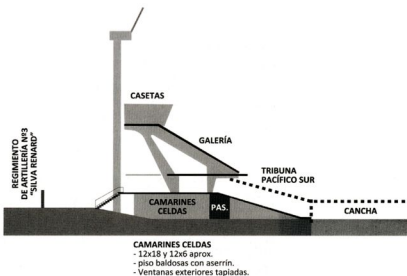
El amedrentamiento se expresaba de distintas formas. La instalación de una ametralladora punto 30, fue una de ellas. Era parte de la vigilancia establecida por los militares en lo alto del Estadio y el perímetro externo.

Algo que recuerda también fue que los demás prisioneros lo bautizaron a él, y a su compañero Carlos, como "Los Zetitas", por el llamado Plan Zeta, creación del régimen militar para justificar detenciones y ejecuciones.

"Con el tiempo supe que nos habían puesto así. Los otros detenidos nos veían de lejos, que éramos dos pendejitos que estábamos presos".

Durante su permanencia en el Estadio no lo interrogaron. Eso sí le tocó presenciar la salida de varios detenidos a otros lugares. *"Llegaba una camioneta con civiles y subían a los compañeros como sacos de papas y los traían de vuelta en un estado muy calamitoso, apenas caminaban. Después, era muy fuerte escuchar sus relatos. Uno se daba cuenta que esa persona quería contar su experiencia, pero eso también generaba temor entre nosotros".*

En medio de la angustia que producía el encierro, había que ingeniárselas para hacer un poco más llevadera la existencia. En ese menester fue clave la decisión de algunos prisioneros de inventar shows y otras actividades para pasar el rato. Así, algunos cantaban y otros recitaban. Entre los más creativos sobresalía el profesor Benavente quien se dedicaba a "hipnotizar" a sus compañeros de celda.



"Si no hubiese tenido a mi familia..."

Los días fueron pasando, hasta que a fines de noviembre, lo fueron a buscar, aunque sin decirle para qué. Lo hicieron reunir sus cosas y lo sacaron junto a otros presos. No recuerda con precisión en qué transporte los trasladaron, sólo que llegaron a la Tercera División de Ejército, donde se encontró con su madre a quien pudo abrazar después de un mes y medio encerrado. Pasaron a la oficina del general Washington Carrasco Fernández, quien lo retó mucho. *"Me dijo que no quería verme nunca más en esas actividades, con amenazas de por medio también".*

Con todas esas recomendaciones, lo dejaron en libertad, y con esas advertencias dándole vueltas en la cabeza, Guillermo optó por cerrar el capítulo y abstenerse de participar. *"Sabía que no me iba a meter en nada, porque estaba todo desarticulado, pero principalmente por mi mamá y mis hermanos, porque me dolió que mi familia se hubiese visto afectada por esto".*

En el proceso que se le siguió a Guillermo y Carlos, junto a otros militantes del PC, por infracción a la Ley 17.798 sobre Control de Armas y Explosivos, los menores fueron absueltos por su edad y entregados a sus padres “atendida su inimputabilidad”.

Además, tenía que retomar su vida de estudiante, pues estaba en primer medio. Al cerrar ese episodio, Guillermo decidió también no contar detalles de lo que había sido su experiencia como recluso en el Estadio Municipal, guardándose por muchos años ese episodio de su vida lo que de algún modo moldeó su personalidad, sobre todo en los duros primeros años de dictadura. Recién hace unos cinco años se decidió a compartir algo de lo que había vivido, lo que de cierta forma fue un descanso para él.

Antes que eso, hizo su vida: estudió, empezó a trabajar y se marginó de toda actividad pública. Recién en el plebiscito de 1988 se decidió a usar una chapita del NO y unos años antes a hacer propaganda callejera anónima por las calles de Chillán donde estudiaba diseño gráfico.

Durante el gobierno de la Unidad Popular dice que se sentía feliz. *“Participé de una etapa especial de mi país donde se hicieron muchas cosas para el pueblo, recuerdos memorables de los trabajos voluntarios donde en algún sector rural se ayudaba a plantar o a cosechar, o en alguna población se alfabetizaba; y que de repente se hubiese producido el golpe militar fue doloroso y traumático”*. Se generaron las desconfianzas y el miedo, en especial entre quienes como él, se convirtieron en prisioneros políticos.

Lo que permitió a Guillermo enfrentar esa etapa de su vida con menos angustia fue el apoyo de su familia. *“Si eso no está, colapsas y si tampoco tienes la fuerza mental, te mueres”*. Fue eso mismo lo que le hizo optar por quedarse en Chile, cuando en un momento su padre le propuso irse. *“Le dije que no, que me quedaba, tenía mi familia y eso me salvaba. Si no hubiese tenido la familia que tengo, me habría ido. Pero era como provinciano, esos cariños no los iba a perder”*.

Con el grupo con que cayó preso y otros compañeros de aquella Jota, se reencontró después de muchos años de sobrevivencia y lucha en dictadura, para celebrar sus cumpleaños, compartir recuerdos y experiencias, y reconstruir parte de sus comunes historias.

“Para algunos, yo quedé marcado como que yo había sido un soplón, pero un compañero que me conocía sabía que había negado todo. Y cuando me preguntaban, yo me quejaba, no me quebré con la tortura, pero sí usé el llanto y el teatro para que no me siguieran hueveando, yo era un artista que sólo salía a rayar y no sabía nada más”. Un ejemplo más de los rumores, desconfianzas, dudas e incertidumbres que sufrieron muchos prisioneros de la dictadura.

Lo más complejo de enfrentar fue la presión psicológica, por eso decidió hacer cosas para evitar darle vueltas a lo que estaba viviendo. *“Salir a barrer, conversar, ver el cielo, el pasto, me ayudó mucho. No he sido débil, pero sí sensible, aunque no me he bajoneado. Hice mi proceso solo, si no me habría muerto de miedo. Los golpes duelen, pero pasan, lo que se queda es lo otro; lo que uno vivió y sintió, te acompaña siempre”*.

Por un viejo fusil Máuser

Erán amigos y compartían la pasión por el teatro. Uno militaba en la Juventudes Comunistas y el otro era "requetecontra de izquierda", así que tenían similares ideales políticos.

Pero a Gustavo Sáez Sáez y Julio Muñoz Vinet los unió algo más que eso después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973. También estuvieron juntos como prisioneros políticos en el Estadio Municipal de Concepción.

En septiembre de 1973 Julio Muñoz tenía 22 años, era dirigente estudiantil y cursaba ingeniería en la Universidad Técnica del Estado. Sin embargo, estaba realizando trámites para rendir la Prueba de Aptitud Académica para cambiarse a Licenciatura en Español en la Universidad de Concepción. Le gustaba el teatro y participaba en el grupo de la universidad y también era militante comunista.

Dividía su tiempo entre la política, el teatro y los estudios. Era encargado de finanzas de la Federación de Estudiantes, en un rol más bien político. En todo eso estaba cuando se produjo el golpe de Estado. No cayó detenido entonces, aunque estuvo en la Universidad Técnica y también en la de Concepción, para ver qué ocurría. Fueron días de mucho movimiento, buscando también dónde refugiarse porque no podía quedarse en su casa por el peligro que revestía. *"Estábamos muy conmovidos con esta situación y buscábamos qué se podía hacer"*.

Pero hubo otro hecho que concentró su atención en ese periodo. En la casa donde se encontraba



Julio Muñoz y Gustavo Sáez.

había preocupación por un arma que allí había y la familia le planteó el problema para ver qué podían hacer.

Julio les dijo que hablaría con alguien para que se hiciera cargo, un hombre al que llamaban "El Viejo".

"El me dijo: voy a mandar a dos personas para que vayan a buscarla". Se trataba de un antiguo fusil

Máuser, que estaba oxidado y tenía algunas balas pequeñas. Lo sacaron de la casa de los amigos de Julio y cuando parecía que el asunto estaba olvidado, el 10 de octubre, llegó a buscarlo el capitán de carabineros Sergio Arévalo de la Cuarta Comisaría junto a cuatro personas más.

Como se conocían, el trato fue deferente.

-Adelante, compañero, pase- le dijo Julio.

-Venimos por el arma- le contestó Arévalo, sin mayores preámbulos.

Julio se puso pálido. En ese momento, el oficial hizo pasar a las personas que venían con él, entre ellas Marlene Báez, militante de la Jota y quien se había llevado el arma.

Los llevaron a la Cuarta Comisaría, donde se encontraron con el "Muerto" Padilla y Adrian Fuentes, a quienes también estaban acusando de ser parte de un supuesto "Comando Suicida"

"Pero eso fue una tontería porque no había organización militar ni nada. El cargo que me formularon fue de traslado ilegal de arma, que era muy pesado para la época, era para consejo de guerra".

Los dejaron en un calabozo muy pequeño, hediondísimo, donde había un poco de paja en el suelo, pero como no les daban permiso para salir a orinar, tenían que hacerlo ahí mismo, así que el hedor era espantoso. Ahí también debían dormir. Fueron cuatro días los que estuvieron en ese lugar y luego los trasladaron al Estadio Municipal.

Gustavo Sáez

El periodista Gustavo Sáez, tenía 36 años y había asumido como jefe de Extensión y Comunicaciones de la UTE en junio de 1973, pero como también era jefe de prensa de la Radio de la Universidad de Concepción debió pedir permiso sin goce de sueldo. No militaba, pero participó activamente en la campaña de Salvador Allende. *"Había un grupo de periodistas que éramos requetecontra de izquierda y desde ahí participábamos".*



Gustavo Sáez.

La mañana del 11 de septiembre, Gustavo escuchó por la radio que había golpe militar. Igual decidió ir a la UTE y se presentó ante el rector, quien le dijo que había que trabajar normalmente, cada uno en su puesto.

"El teatro de la Técnica iba a estrenar ese día una obra que se llamaba "Sopa de Pollos". Que trataba un poco el tema de la intervención de los militares en la política y por cierto no se estrenó".

Los días siguientes pasaron sin mayores novedades, aunque siempre atentos a lo que pudiera ocurrir. La intervención militar en la UTE no fue inmediata. Habían pasado unos veinte días, cuando la casa de estudios fue allanada. En la cancha de fútbol juntaron a estudiantes, dirigentes, funcionarios, académicos, que fueron llamados con lista en mano. Varios quedaron detenidos. No fue el caso de Gustavo.

Alrededor del 10 de octubre, según recuerda, llegaron carabineros a su casa en Ormpello con Freire, para dejarle una citación para que se presentara a la Cuarta Comisaría. En ese momento, estaba en su trabajo así que cuando regresó se encontró con la novedad. No lo pensó mucho, se abrigó bien y partió al cuartel.

-Usted profesor, se va a tener que quedar aquí-le dijeron.

Se encontró con algunos conocidos, como Julio Muñoz, Alfonso Padilla, y algunos militantes socialistas y dirigentes de sindicatos.

"Me acusaban de participar en un grupo del Plan Z. Revisaron mi casa y no encontraron nada".

Su mujer, la actriz Ximena Ramírez tenía un retrato de su padre y sus hermanos, todos marinos, eso inhibió un poco a los funcionarios cuando lo vieron. El capitán Arévalo llamó a unos que estaban trajinando y les dijo que no siguieran.

Desde su casa fue que se sacó el viejo Máuser de propiedad de su suegro, que lo conservaba como una reliquia.

"Luego del golpe, había que sacar esa arma, era un riesgo conservarla. El problema era cómo y quién. Julio, que era dirigente de la Jota, se ofreció para conseguir a alguien. Llegaron unas cabritas y se llevaron el fusil con el compromiso de hacerlo desaparecer y al parecer no lo hicieron y las pillaron".

Gustavo y su familia se habían olvidado del asunto, hasta que llegó la citación. Por eso decidió concurrir a la comisaría. Allí lo interrogaron un par de veces. Esa misma noche, los trasladaron al Estadio Regional.

En el estadio

Julio Muñoz recuerda que llegó al Estadio hacia el anochecer. Los instalaron en la celda 1, donde había un gran número de presos. Pero fue transitorio. Al otro día los trasladaron a la 8, ubicada hacia calle Tegualda, frente a la entonces Empresa de Transportes Colectivos del Estado ETCE, donde

actualmente se emplaza el terminal de buses.

Sus familiares supieron que estaban ahí y por las tardes iban para cerciorarse de que siguieran allí, porque continuamente se sacaba gente del Estadio.

Lo más terrible para todos era cuando llegaban los torturados. Eso causaba gran temor entre los detenidos. *"Uno pensaba: en qué momento me va a tocar a mí. Y eso se mantuvo durante todo el tiempo de reclusión".*

Todos los días en la mañana, después del desayuno, aparecía un tipo alto, moreno y con una lista llamaba a los prisioneros.

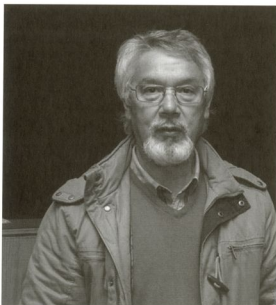
"Perelli era uno de los que más llamaban y decíamos: ah, les tocó a los del Mapu y uno respiraba... Cuando veíamos a algún compañero retraído, le decíamos: Venga para acá compañero, no tome caldo de cabeza y hagamos algo distinto. Llegó una vez un grupo de Los Ángeles, fue terrible porque estaban muy maltratados, les habían dado muy fuerte y era difícil acercarse a consolar, qué se les podía decir. No había palabras".

Uno de los momentos complejos que se le viene a la memoria fue el vivido cuando supieron que habían fusilado a los cuatro compañeros comunistas de Lota. Se produjo una tremenda consternación apenas la noticia empezó a circular por el Estadio. Hubo un silencio estremecedor. Muchos lloraron.

Gustavo también recuerda que llegaron de noche y que los dejaron en una celda grande, donde había unos 40 o más detenidos. Después los cambiaron a una celda más chica, hacia el lado de la calle Tegualda, junto con Julio Muñoz y otros prisioneros.

En las galerías, hacia el lado donde estaban las casetas de transmisión, permanecían las mujeres. Recuerda a Lily Rivas y Nimia Jaque, principalmente. Sólo las podía distinguir de lejos.

En ocasiones, cuando aparecían los "boinas negras", por lo general en las noches, los mandaban



Julio Muñoz.

a hacer ejercicios, recorriendo todo el Estadio.

Un par de veces fue llamado a interrogatorio al sector en que estaban las casetas de transmisión. El motivo era el Plan Z. Julio también fue llevado.

Un día los empezaron a llamar, lo que provocó sobresalto entre ellos. No sabían qué esperar de todo eso. Tras ser consultado por lo mismo, lo incomunicaron. Lo que pasó, según supo después, fue que Ximena, la esposa de Gustavo, había hecho algunas gestiones y fue a conversar con el Comandante en Jefe de la III División de Ejército, para decirle que la situación era injusta y explicarle lo que había ocurrido. El militar pidió que se averiguara de qué se trataba todo el asunto.

La situación producida en torno al fusil Máuser caía dentro de los hechos sancionados en el estado de guerra, pero ésta se había declarado a partir del 13 de septiembre y el retiro del arma fue el 12, sin

embargo algunos de los detenidos habrían dicho que ocurrió el 14, lo cual generó contradicciones.

Pese a todo, el interrogatorio al que sometieron a Julio no fue duro como el que sufrieron otros de sus compañeros.

"Me preguntaban quién es usted, qué hace, ese tipo de cosas. Había un tipo que las oficiaba de bueno y otro de malo, intentaban humillarte, pero a mí no me colgaron de un palo ni nada. No era necesario. ¿Qué más me iban a sacar? Pero caí en contradicciones con la fecha y por eso me incomunicaron".

Estuvo en un calabozo hacia el lado de avenida Collao, lleno de paja, hediendo a orines y con muchas pulgas. La primera noche pasó mucho frío. Al día siguiente, un gendarme le hizo llegar, a través de una pequeña ventana, un recado que le enviarían las mujeres que estaban prisioneras. Le decían que se mantuviera firme. Eran palabras de aliento. Luego de leerlo, rompió el papel y se lo comió.

Pasó aislado sólo una noche, al mediodía del día siguiente lo sacaron. Lo que más recuerda de esos momentos es la sensación de miedo y lo que costaba vencerlo. *"Cuando alguno de nosotros no volvía, le preguntábamos a algún militar o gendarme de confianza, qué había pasado y él averiguaba y después nos contaba".*

La convivencia

Pero como había que sobreponerse a la angustia del encierro y el incierto futuro, los prisioneros buscaban la forma de que los días pasaran más rápido.

Julio habla de las largas conversaciones que tuvo con Eugenio García y de la lectura de algunos libros que empezaron a circular por el Estadio. Había un ejemplar de "Cien años de soledad" que estaba muy ajado. "Una hoja en la tormenta" de Lyn Yutang lo aportó él mismo, así como "El Padrino" y "Papillón".

“Lo que nos salvaba mucho era la conversación franca y abierta acerca de qué nos había pasado, todavía estaba muy politizado todo, manteníamos una fidelidad a los partidos, a los ideales. Eso quedaba todavía, pero había momentos en que nos abrimos más y uno preguntaba qué habría pasado si el famoso plebiscito de Allende se hubiera hecho, ahí empezábamos a elucubrar. Pese a todo, eran buenos momentos”.

Para entretenerse y pasar el rato, según Gustavo, se organizó un grupo donde estaba el “Muerto” Padilla que era músico y Julio Muñoz que tocaba la guitarra. Padilla hizo una batería con todos los artefactos donde llegaba la comida y así se armaban unos shows cada sábado por un par de horas y al final terminaban todos cantando.

También se hacían algunas pichangas y participaban en las misas oficiadas por el padre Camilo, cada domingo en la cancha.

La relación que se estableció con los gendarmes fue otro factor que ayudó a que la estancia en el recinto no fuera tan dura.

Sáez relata un pasaje de lo que fue su experiencia. Un día cualquiera, cuando ya estaban encerrados, un gendarme abrió la puerta de la celda.

-Gustavo Sáez -llamó el uniformado.

Sin saber de qué se trataba y un poco temeroso, Gustavo salió al pasillo. Sin decirle ni una palabra lo condujeron por el pasillo unos veinte metros hasta una esquina donde se juntaban dos galerías. El gendarme seguía sin hablar, sólo le hizo señas con la vista para que mirara al rincón. Allí había una bolsa grande.

-Es para usted- le dijo escuetamente.

Gustavo la tomó y emprendió el camino de regreso a la celda.

-¡Buenas noches! Que lo pase bien-le deseó el gendarme al cerrar la puerta.

En el encierro, Gustavo abrió la bolsa y encontró comestibles y ropa que le habían enviado desde su hogar. *“Esa fue una paletaada de un sargento que era conocido de mi padre que había conseguido que me la hicieran llegar”.*



Ximena Ramírez, Julio Muñoz
y Gustavo Sáez.

Su esposa Ximena iba casi todos los días al Estadio para tratar de saber algo de Gustavo. Allí se encontraba con otras señoras, entre ellas Isabel Nova, madre de Fedor Carrillo que seguía detenido tras el fusilamiento de Isidoro, el jefe de familia.

Tanto Julio como Gustavo recibieron visitas en los días previos a la Navidad. A ambos les correspondió el sábado 22 de diciembre. Julio Muñoz recibió en la mañana a una amiga, ya que su familia vivía en Angol. En la tarde, Gustavo Sáez fue visitado por su mujer.

Llegó el año 1974. Ambos seguían encerrados sin mucha claridad acerca de su destino.

A mediados de enero, se produjo la evacuación del Estadio. Julio y Gustavo fueron enviados a la Cárcel Pública, porque iban a ser sometidos a Consejo de Guerra. Así fue, con fecha 6 de febrero de 1974 se instruyó la causa por el delito de “formación

de un grupo armado ilegal", donde aparecieron implicados Gustavo Sáez, Julio Muñoz y otros.

Gustavo Sáez estuvo poco tiempo en la cárcel. Ya en febrero lo dejaron en libertad condicional, pero debía concurrir a la Fiscalía Militar a firmar, primero todos los días y después una vez a la semana.

Nunca tuvo claridad si el famoso fusil Máuser que lo llevó a convertirse en prisionero político, funcionaba. En su defensa, Ximena le pidió a su hermano que era oficial de la Armada, que viajara a Concepción para preguntar qué pasaba con él y certificar que el arma incautada era una reliquia de la familia que no tenía ningún uso operativo. En algún momento, en la Fiscalía le dijeron a Gustavo que se lo podían devolver, pero no quiso.

Julio Muñoz debió esperar un tiempo más largo ya que el Consejo de Guerra lo condenó a 541 días de prisión. Esto pese a que *"lo que se había descubierto no era una estructura militar, sino una mata gatos..."*

Una vez en libertad, se fue a Santiago ya que en la zona le hicieron seguimientos. Un amigo le consiguió trabajo como obrero de la construcción en la capital y después se convirtió en vendedor de libros de Editorial Planeta. Hasta que a fines de 1976 regresó a Concepción para integrarse al Grupo de Teatro Caracol.

Gustavo Sáez, en cambio, se quedó en Concepción. Le costó reinsertarse laboralmente. Incluso debió trabajar editando una revista para la CMPC hasta que pudo ingresar a Diario El Sur a la sección de Espectáculos. Actualmente, a sus 80 años, está dedicado completamente al teatro en el Grupo El Rostro.

El dictamen

El 6 de febrero de 1974 se instruyó la causa rol 203-74 por el delito de formación de un Grupo Armado Ilegal, en contra de Gustavo Sáez Sáez, Julio Muñoz Vinet, Adrián del Carmen Fuentes Hermosilla, Martín Luciano Henríquez Viveros, Ignacio Eduardo Henríquez Viveros, Sergio Nicanor Rojas Rivera, Pedro Alfonso Acuña Anabalón, María Antonieta Báez Suárez, Margarita Marlene Báez Suárez y Alfonso Antonio Padilla Silva.

El dictamen de este proceso fue emitido el 29 de noviembre de 1974.

En sus considerando señala:

1.- Que se encuentra comprobado en autos que las personas anteriormente señaladas, todas militantes de las Juventudes Comunistas, mantenían un grupo armado para lo cual contaban con un fusil Máuser calibre 7mm, capacidad de 5 tiros, en buen estado de funcionamiento y menciona, además, dos revólveres y dos pistolas.

2.- Que las personas indicadas en la parte expositiva de este dictamen, salvo las excepciones estipuladas en la misma, el día 12 de septiembre de 1973, programaron dar un contra golpe para lo cual planearon el asalto a los retenes de Carabineros "Chillancito" y "Pedro del Río Zañartu", como asimismo incendiar cinco bombas bencineras de la ciudad de Concepción, con el fin de producir un apagón en todo el sector de la Costanera, para lo cual debían tomarse la planta termoelectrónica ubicada en la población Pedro del Río de Concepción, que se encontraba a cargo de fuerzas militares, que según los organizadores eran solamente cuatro, los que serían distraídos por algunas chiquillas, y que los integrantes del grupo los conminarían a rendirse.

Para el mismo día 12 de septiembre consideraron la posibilidad de traer unos 3.000 mineros del carbón, conjuntamente con la paralización de las faenas en las empresas de la zona, lo que no pudo concretarse debido a que los dirigentes de los mineros estimaron improcedente esta determinación y que ello significaría un fracaso total.

3.- Que del contexto de los antecedentes acumulados en el proceso, se desprende clara e indefectiblemente que el principal organizador, gestor e impulsor intelectual de los delitos contra las personas civiles y del fuero militar que se proyectaba cometer el 12 de septiembre de 1973, es el ex secretario general de las JJCC y miembro del Comité Central del ex Partido Comunista, Alfonso Antonio Padilla Silva, sin perjuicio de la responsabilidad delictual y penal, que separadamente corresponde a cada uno de los integrantes de este grupo armado.

4.- Que Alfonso Antonio Padilla Silva era funcionario rentado del ex Partido Comunista, y en su calidad de tal, efectuó viajes al extranjero a países de la órbita marxista para perfeccionar sus conocimientos sobre marxismo, todo esto durante el gobierno de la ex Unidad Popular.

5.- Que ha quedado comprobado en autos que la responsabilidad que afecta en esta causa a Gustavo Sáez Sáez es la de tenencia de arma sin inscripción, ya que tenía en su domicilio el fusil Máuser, calibre 7 mm, con capacidad para cinco tiros, el que pertenecía a su suegro que fue oficial ingeniero de la Armada Nacional...

6.- Que ha quedado, asimismo, establecido en autos, que no tuvo participación en los hechos investigados Ignacio Eduardo Henríquez Viveros, ya que sólo fue detenido por la responsabilidad que podría afectarle, debido a la comprometida actuación de su hermano Martín Luciano Henríquez Viveros en este grupo armado.

7.- En lo que respecta a Carlos Segundo Gómez Santa María y Guillermo Aliro Delgado Moreno, por tratarse de menores de edad penal, estos fueron entregados a sus padres atendida su inimputabilidad.

8.- Que se ha comprobado en autos que además del armamento señalado en el considerando 1°, este Grupo de Combate disponía de explosivos, elementos que fueron encontrados y recuperados en casa de Muñoz y

9.- Que la organización de este Grupo de Combate fue en tiempo de paz.

Por lo anteriormente señalado, esta Fiscalía solicita US. Que las personas que a continuación se indican sean sometidas a Consejo de Guerra y se condenen en definitiva a las penas que se señalan:

Alfonso Antonio Padilla Silva, a tres años de presidio menor en su grado medio por ser el principal organizador, instigador gestor del Grupo de Combate que se refiere la presente causa, cuya misión era tomarse Retenes de Carabineros, incendiar cinco bombas de bencina de la ciudad de Concepción, traer a esta ciudad 3.000 mineros del carbón con el objeto de producir el caos en la ciudad, al día siguiente del pronunciamiento militar del 11 de septiembre de 1973 y finalmente producir un apagón para el mejor logro de sus siniestros planes, para cuyo efecto se tomarían la planta termoeléctrica ubicada en la población Pedro del Río, para lo cual distraerían a los militares que estaban a cargo de este servicio de utilidad pública a los que deberían dar muerte, contando para ello con las armas y explosivos ya enumerados en este dictamen. Si ello no se realizó, fue por causas ajenas a la voluntad de este dirigente comunista, como fue el gran movimiento de tropa que notaron en el sector a la hora concertada...

Julio Muñoz Vinet, Adrián del Carmen Fuentes Hermosilla, Martín Luciano Henríquez Viveros, Eduardo Nicanor Rojas Rivera y Pedro Alfonso Acuña Anabalón, todos militantes de las ex JJCC, a la pena de dos años de presidio menor en su grado medio, por la responsabilidad que les afecta como integrantes del Grupo de Combate y haber participado en la reunión de la cancha de la Población Pedro del Río con el fin de producir un apagón en la planta termoeléctrica para dar comienzo a un sinnúmero de desmanes...

María Antonieta Báez Suanes y Margarita Marlene Báez Suanes, a quinientos cuarenta y un días de presidio menor en su grado mínimo, por la participación que les cupo en este grupo armado en tiempo de paz. Se ha tenido en cuenta que la segunda de las nombradas fue declarada con discernimiento.

Gustavo Sáez Sáez a 61 días de presidio menor en su grado mínimo como autor del delito de tenencia de arma sin inscripción (...)

Esta pena debe dársele por cumplida con el tiempo que permaneció privado de libertad desde el 10 de octubre de 1973 hasta el 20 de febrero de 1974.

Sobreseer definitivamente en esta causa a Ignacio Eduardo Henríquez Viveros, por no haberse comprobado participación culpable en los hechos materia de este proceso...

Sobreseer definitivamente en la causa a Carlos Segundo Gómez Santa María y Guillermo Aliro Delgado Moreno, por carecer de imputabilidad penal...

Las mediáticas acusaciones en contra del abogado Pedro Enríquez

Con especial habilidad y maña se zafaría de un Consejo de Guerra, el ex secretario general del extremismo de izquierda, Pedro Enríquez Barra. Actualmente se encuentra detenido en una unidad cuya ubicación no se conoce... fue detenido el sábado último en la localidad de Chiguayante por efectivos del Ejército, luego que su paradero fuera denunciado a las autoridades por ciudadanos que están deseosos de librarse de uno de los mayores males que se abatieron sobre el país: el extremismo criminal de la izquierda.

Bajo el título de "Pedro Enríquez: Un escurrizado..." esta publicación de Diario El Sur, del martes 9 de octubre de 1973, pintaba al abogado Pedro Enríquez como un personaje nefasto en el acontecer local. A 44 años de ocurridos los hechos, su reacción al recordar estos pasajes de su vida se limita a una sonrisa, a una mirada aguda, pero en la que no se advierte rencor.

Para el 11 de septiembre de 1973, Pedro Enríquez ejercía su profesión, estaba casado y tenía dos hijos de 11 y 12 años de edad.

Al momento de producirse el golpe militar, se encontraba aún en su domicilio, en el centro de Concepción y mientras se aseaba en el baño escuchó en la radio lo que había ocurrido.

Se preparó para salir de su hogar "porque presentía que nada bueno podría salir para mí". En eso



Pedro Enríquez.

estaba cuando llegó un amigo, propietario de un aserradero en Chiguayante.

-Pedro ¿qué está pasando? -le preguntó inquieto-. He visto las calles llenas de carabineros.

-Se ha producido un golpe de Estado, las radios lo acaban de decir- le contestó y de inmediato le pidió: ¡Por favor!, llévame a Chiguayante porque no puedo quedarme aquí.

Aunque desde 1969 no ocupaba el cargo de secretario regional del MIR, integraba el Comité Regional y era una figura pública, por lo que era un hecho que lo buscarían.

Partió a Chiguayante donde se mantuvo escondido en distintas casas de personas amigas, hasta que

Explican Plan "Z" desde la "A"

Instructores de guerrillas dictan cátedra ante el SIM



Pedro Enriquez

DEFUNCIÓN

† Falleció el 20 de octubre de 1973, a las 10:30 hs. en su domicilio particular, a los 55 años de edad, don

LAFERIA GAITIVA
VIA DE MENDOZA
(R.P.)

Se concierne al señor

Don Narciso

Comercio, 25 de mayo

de 1973

MARISTO

PARA VENDER Y

COMPRAR

TELÉFONO 22

PARQUE AL SOL

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

TELÉFONO 22

un día alguien lo delató. Permaneció oculto 24 días. El sábado 6 de octubre fue detenido.

Un grupo de militares encabezado por un abogado que había sido llamado a la filas porque había estado en la Escuela Militar, y a quien conocía, llegó al domicilio donde estaba. Apenas vio a Pedro Enriquez, lo reconoció.

-¿Usted? -preguntó con un tono de extrañeza.
-Sí -le contestó simplemente.
-Colega, me basta su palabra -le dijo-. ¿Usted tiene armas?
-No - le dijo Enriquez- ninguna arma.
-Me basta su palabra - le reiteró. Y Y se volvió a los militares y les dijo: El es un detenido, pero es un caballero, así que trátenlo como tal.

Lo condujeron al Regimiento Chacabuco, donde al amable abogado se fue con la excusa que iba a buscar una taza de café. "Seguramente él no tenía clara lo que podía pasar conmigo, pero yo sí lo sabía bien".

De pronto apareció un capitán de Ejército, con una pistola en la mano y con tono amenazante le dijo:
-Si dependiera de mí, te mataba de inmediato

como un perro, desgraciadamente no puedo- le dijo con rabia. Y llamó a otro uniformado.
-Apúntale -le ordenó-, y al menor movimiento, lo mata.
Lo dejó vigilado y se retiró. Pero Pedro Enriquez permaneció poco tiempo en el Regimiento Chacabuco.

Horas después lo condujeron a la Cuarta Comisaría, donde comenzaron los interrogatorios. Mientras tanto el colega que participó en su detención había avisado a su casa y su esposa le envió algunas cosas al recinto militar, entre ellas una chomba que los represores usaron para taparle la cabeza.

Durante el trayecto, trataron de despistarlo dando varias vueltas en el vehículo donde lo llevaban. Pero el abogado Enriquez conocía perfectamente la Cuarta Comisaría, por su labor profesional, así que supo de inmediato dónde se encontraba.

En el recinto lo mantuvieron con la vista tapada y aislado. Llegó un equipo integrado por personal de Investigaciones, Carabineros y Ejército, para interrogarlo. El paradero de las armas, era la pregunta principal.

"La cosa era complicada porque no eran tonos muy suaves precisamente, así que para no continuar las flagelaciones, les dije que efectivamente había oído hablar de las armas y que sabía que había algunas ocultas en el cementerio, en la torre de la Estación y en un fundo intervenido en la provincia de Malleco donde se fabricaban conservas. Con eso me dejaron tranquilo por un rato".

Sobre la detención de Pedro Enriquez, se publicaron algunas informaciones. Una de ellas, particularmente virulenta en su contra, apareció en Diario Crónica del 19 de octubre de 1973.

"Pedro Enriquez Barra, abogado, secretario regional del Movimiento de Izquierda Revolucionaria y uno de los ideólogos del MIR, fue uno de los instructores en la escuela de guerrilleros que estuvo funcionando por temporadas en las cercanías de Curanilahue".

Pedro Enriquez Fue Denunciado por un Poblador

A intensos interrogatorios ha sido sometido en los últimos días el secretario regional del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR), abogado Pedro Enriquez Barra, quien aparece hasta ahora como el gestor de una serie de acciones violentistas que tenían planeado efectuar en la zona peligrosos elementos de extrema izquierda.

Pedro Enriquez Barra, que había logrado eludir la acción de las Fuerzas Armadas y Carabineros, escondiéndose en diversos lugares de la región, fue detenido finalmente en horas de la tarde del sábado 17 de septiembre en la casa ubicada en el sector de "Manquiñavita", en el camino a Chipayavita y a escasos metros de las margenes del río Bio Bio.

La aprehensión del profesional, que además de secretario regional del MIR, las oficinas de abogado oficial de este movimiento extremista, fue posible gracias a la denuncia de un vecino del sector en que permanecía de uno de los personajes más buscados en la zona y de inmediato puso sobre aviso a los efectivos militares y de Carabineros,

los que se movilizaron rápidamente logrando su detención. Con ello quedó en claro una vez más, que la ciudadanía está dispuesta a colaborar con las Fuerzas Armadas y Carabineros y que está respondiendo en gran medida al llamado hecho por las autoridades en el sentido que todos los extremistas que continúan profugos deben ser denunciados apenas sean detectados. Para ello se garantiza la absoluta reserva del nombre de la persona que proporciona el dato.

SE DESENREDA I. A. MADEJA

Ya en poder de las Fuerzas Armadas y sometido a los primeros interrogatorios, Pedro Enriquez Barra, reveló saludos antecedentes, que permitieron la detención de otros cinco elementos ultristas, en cuyo poder fue encontrada gran cantidad de explosivos, que estaban siendo preparados para intentar un ataque a la Tenencia de San Pedro, a los cabezales de los puentes sobre el río Bio Bio, viejo y nuevo; a las bombas beniceras y a las viviendas de todos los elementos antimarxistas. El plan debía ser ejecutado el 17 de septiembre. Los extremistas, en estos momentos en-

carcelados y sometidos también a diversos interrogatorios, fueron identificados como Pedro Arnoldo Irija Aivalos, 34 años, obrero de la Empresa Maderera RALCO, domiciliado en la población Michachube s/n; José Pérez Seguel, 31 años, domiciliado en calle Los Pensamientos s/n de la Villa San Pedro, subsector 1 de la Empresa RALCO; Rafael Muñoz Gacitúa, 28 años, obrero de la misma industria anterior, con residencia en la población Michachube s/n; José Rodríguez Poblete, 28 años, obrero, también con domicilio en la población Michachube s/n; Segundo Muñoz Reyes, 31 años, obrero, domiciliado en el fundo Pinaros, y Pablo Villarroel Rojas, 40 años, obrero, también con domicilio en el fundo Pinaros. Junto con la aprehensión de los anteriormente nombrados, los efectivos de Carabineros y del Ejército se incautaron de 154 cartuchos de diámetro 280 metros de guía y 30 fulminantes, que según sus primeras declaraciones, esperaban instrucciones para volar el cabezal sur del puente nuevo sobre el río Bio Bio, la bomba benicera de San Pedro y las viviendas de numerosas personas, cuyos antecedentes les serían proporcionados por representantes del Partido Comunista y del MIR.

"Instructores de guerrillas dictan cátedra ante el SIM", se lee en el titular, aludiendo a que tanto Enriquez como otros dos detenidos, estaban entregando mucha información en estos interrogatorios.

En el párrafo referido a Pedro Enriquez se lee:

"Crónica logró importantes antecedentes sobre el individuo conocido como "Pedro", que estuvo concurriendo a la escuela de guerrilleros de Tres Pinos para impartir instrucciones teóricas a los "aventajados alumnos" que concurrían a las mismas... Entre los instructores más aventajados se encontraba el tal "Pedro" que, posteriormente, en confesiones entregadas por algunos de los "alumnos" implicados y detenidos por Carabineros, habían identificado a Pedro Enriquez Barra, el abogado, ideólogo y secretario regional del MIR en Concepción. "Pedro" fue el instructor teórico. Enseña la forma cómo debía de actuarse en los ataques contra los cuarteles policiales y militares, como se tenía proyectado y la manera de atacar por sorpresa.

De dichas publicaciones, por cierto, el abogado Enriquez no supo nada en ese momento. Sólo más adelante se enteró de lo que se decía en su contra.

"No supe nada de eso. Me identificaban con el seudónimo de Pedro, lo cual era muy loco, hay que estar demente para hacer eso".

También en Diario Color se informaba de la detención y de los interrogatorios a que era sometido Enriquez, señalándose que habría sido un poblador el que lo había delatado.

"A intensos interrogatorios ha sido sometido en los últimos días el secretario regional del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, abogada Pedro Enriquez Barra, quien aparece hasta ahora como el gestor de una serie de acciones violentistas que tenían planeado efectuar en la zona peligrosos elementos de extrema izquierda".

Pedro Enriquez Barra que había logrado eludir la acción de las Fuerzas Armadas y de Carabineros,

escondiéndose en diversos lugares de la región, fue detenido en horas de la tarde del sábado último, en una casa ubicada en el sector de Manquimávida, en el camino a Chiguayante, a escasos metros del río Bio Bio.

La aprehensión del profesional, que además de secretario regional del MIR las oficiaba de abogado oficial de este movimiento extremista, fue posible gracias a la denuncia de un vecino del sector en que permanecía oculto. Este advirtió la presencia de uno de los personajes más buscados en la zona y de inmediato puso sobre aviso a los efectivos militares y de Carabineros, los que se movilizaron rápidamente logrando su detención.

Pero la publicación de diario El Sur, del 12 octubre de ese año, fue más allá y lo situó en el plano de delator, al involucrarlo en la caída de un supuesto "Comando Suicida".

Pedro Enríquez Barra, autor de numerosas folletos de instrucción paramilitar, especialmente en lo relativo a materias de orden legal que pudieran favorecer a los extremistas en caso de caer en manos de la policía, y en cuanto fueran puestos a disposición de la justicia, se olvidó de todas aquellas instrucciones.

Lejos de mantener sus labios herméticamente cerrados, optó por dar a conocer lugares de escondites del extremismo, traicionando los principios que tantas veces dijo defender. Así fue como la policía logró la detención en la localidad de San Pedro, de seis extremistas involucrados en planes que contemplaban la voladura de puentes y el asesinato de vecinos de la localidad vastamente conocidos por su oposición al régimen marxista.

Además, dio a conocer la existencia de un comando "suicida" que había organizado con el ex diputado Tomás Solís, recluso para ese cometido a elementos juveniles del ex Partido Comunista".

Las denuncias e historias que aparecieron en la prensa por esos días, hoy solo le provocan una sonrisa o le hacen mover la cabeza.



Durante su reclusión en la Cuarta Comisaría estuvo en condiciones degradantes e indignas de las cuales prefiere no hablar. Una semana lo tuvieron encerrado e incomunicado, sometido a vejámenes y torturas. Esposado con las manos a la espalda, lo cual derivó en cicatrices en sus muñecas que le dejaron marcas de por vida.

Desde el 6 hasta el 13 de octubre estuvo en el recinto policial. Luego lo llevaron a Investigaciones, donde siguió aislado.

Allí ocurrió algo que él mismo califica como "extraordinario". Había un agente de la policía

civil que era cliente suyo y que cuando supo que estaba detenido en el lugar, lo fue a ver. Se llamaba Enrique Catalán y era propietario de un restaurante frente al Mercado.

“Un mes antes, él había ido a mi oficina para hablar conmigo por un asunto personal, quería un abogado que no tuviera compromiso con nadie, así que cuando supo que yo estaba ahí, asumió mi representación a las mil maravillas, me llevó ropa, de todo. Así me pude asear porque toda la semana que estuve en la Cuarta Comisaría no pude bañarme ni nada, tenía un aspecto desagradable cuando llegué a Investigaciones”.

Y sin duda que para Pedro Enriquez ese era un aspecto sensible, acostumbrado –hasta hoy– a vestirse de terno y corbata, siempre pulcro.

Su permanencia en Investigaciones fue larga. Recién en noviembre lo trasladaron al Estadio Regional, donde había muchos prisioneros, entre ellos su hermano Fernando, también abogado.

En el recinto deportivo convertido en campo de detención, también lo mantuvieron aislado.

Un día de esos, el capitán Sánchez, que acostumbraba a relacionarse con los profesionales detenidos –abogados, médicos–, habló con su hermano y le preguntó si quería que Pedro bajara a donde él estaba. A Pedro Enriquez lo tenían encerrado en una de las piezas situadas cerca de la caseta de transmisiones, y de vez en cuando lo sacaban a tomar sol, lo mismo que al resto de los incomunicados, pero sin poder relacionarse con nadie.

Fernando respondió positivamente a la propuesta de Sánchez y fue así como los hermanos pudieron reunirse después de ese largo tiempo de encierro y tortura.

“Fue un alivio estar allí. Con mi hermano nos queríamos mucho. Cuando me sacaron del Estadio, él quedó deshecho. Lo pusieron en libertad para la Pascua”.

No duró mucho ese alivio, apenas cuatro o cinco días, tiempo en el cual alcanzó encontrarse con antiguos conocidos por Jorge Peña, Emilio Cisternas, Julio Sau.

“Nunca supe de qué me acusaban”

Un día lo tomaron y lo trasladaron al Fuerte Borgoño, en Talcahuano, experiencia que no duda en calificar como “muy dura”.

“Me tuvieron tres o cuatro días en la Base Naval, en la casa del deportista y de ahí en la noche al Borgoño con un interrogatorio a cargo de un subteniente que ahora es capitán de navío jubilado que dirigía todas las operaciones. Yo sabía muy bien lo que iba a pasar. Eso no tranquilizaba en absoluto los espíritus. Me tuvieron una semana y después me bajaron a la isla Quiriquina, ahí estuve hasta el 16 de enero, también incomunicado, cuando hicieron un grupo del Estadio para enviarlos a Chacabuco y ahí me incluyeron. Fui el único de los detenidos de la isla”.

Una nueva etapa de su detención vivió en el campo de prisioneros de Chacabuco. Allí, en la lejanía y la soledad del desierto nortino, la situación fue distinta. Por la mañana los contaban y luego tenían todo el día para ellos. Sólo que seguían detenidos. Por algo era un campo de concentración.

En Chacabuco, Pedro Enriquez se dedicó a estudiar francés. Se formó un grupo de estudiantes y como sus hijos estudiaban en el Charles de Gaulle, en Concepción, la dirección acordó una beca para ellos y además le hicieron llegar paquetes de material para que estudiara francés.

“Había un muchacho de 23 años hijo de franceses que había sido detenido en Santiago, él nos hacía las clases y después cuando salió en libertad llegó Marco Antonio Enriquez que había hecho un doctorado en Francia, dominaba el francés y él nos hizo clases después y con los materiales nos batimos”.

Hubo una buena convivencia en ese tiempo, aunque la incertidumbre se mantenía. Enriquez

tenía la seguridad de que Pinochet no lo iba a dejar en Chile y él tampoco quería quedarse. Desde Chacabuco, lo llevaron a Puchuncaví y Tres Álamos, hasta que el 4 de enero de 1975 salió con rumbo a Francia. Volvió a Chile en mayo de 1990.

"Si hay que quedarse me quedo, pero si puedo volver, vuelvo", esa fue su filosofía.

En todo el tiempo que permaneció detenido, nunca le dijeron las razones. Tampoco lo carearon con nadie.

"Nunca fui objeto ni siquiera de un parte de Policía Local, las cosas tan graves de las que ellos me acusaban daban para un Consejo de Guerra. Tengo una teoría personal, ellos lo estaban preparando. Mi hermano me comentó, cuando logramos hablar en Investigaciones, que en los diarios decían que me iban a a hacer Consejo de Guerra. ¿Con qué?, me preguntaba yo. Tenían preparado el asunto, pero no pudieron ubicar a Tomás Solís que se fondeó, tampoco a Rafael Moreno, entonces se quedaron sin candidatos porque ellos querían hacer un paquete. Después mi situación se clarificó un poco más cuando mataron a Fernando Álvarez porque eso provocó mucho impacto, las cosas se fueron decantando y yo me convertí en un preso político más".

Al final, lo que le dejó toda su historia, de la cual no entrega muchos detalles, Pedro Enríquez contesta con gran simpleza:

"Nada, no queda nada después de esto, es lo que el viento se llevó..."

El sueño de los trabajadores

Sus historias a veces se cruzan, muestran matices de lo que fue su detención, aspectos que cada uno conservó en su memoria. Eran dirigentes sindicales o poblacionales; algunos ocupaban cargos políticos en sus barrios o en sus partidos. Otros eran sólo trabajadores en sus empresas o participaban en los cordones industriales de la zona.

Lo concreto es que todos ellos, en esas semanas complejas e inciertas que se sucedieron tras el golpe militar, estuvieron en el Estadio Regional como prisioneros políticos. No todos se conocían o compartieron celda, pero permanecieron en ese lugar entre septiembre de 1973 a enero de 1974.

Eguerson Nelson Vásquez Figueroa, Humberto Segundo Gutiérrez Rivas, Gastón del Carmen Fierro Fierro, Juan Aedo Tapia, Juan Obreque Mena, Esnaldo Enrique Sanhueza Daroch, Manuel Pereira Opazo y Ricardo Moscoso Bustamante, rescatan sus recuerdos de aquel tiempo.

En la pista de una escuela de guerrillas

Para el 11 de septiembre de 1973, Ricardo Moscoso Bustamante era jefe de Relaciones Industriales de Fanaloza Penco. Militaba en el Partido Socialista y había presidido el Comando Juvenil de la campaña de Salvador Allende.

El golpe militar lo sorprendió en su trabajo y permaneció en su puesto durante todo el día. Tuvo que ayudar a calmar a algunos militantes que “querían hacerlo todo sin tener nada”.



Así transcurrieron un par de días. Moscoso seguía en su labor, pues consideraba que era su obligación. Fue detenido en su oficina, no recuerda si el 14 o 15 de septiembre. Carabineros llegó al lugar y lo arrestó junto a otros empleados de la empresa. Fueron trasladados hasta la Comisaría de Penco, donde los tuvieron toda la noche. En especial a él, lo maltrataron mucho y entre cada golpe le preguntaban por el paradero de Carlos Altamirano.

Al día siguiente, junto con otros cuatro detenidos fueron llevados en una camioneta a Tomé. Era un viaje peligroso. Los dejaron detenidos en la Comisaría, pero allá no lo maltrataron. Nuevamente los sacaron de allí, para llevarlos al puerto y embarcarlos en una barcaza. Los hicieron

permanecer en una bodega oscura. Junto con Ricardo Moscoso estaban Rosauro Montero, dirigente sindical de Fanaloza, el encargado de deportes, y un ingeniero que no tenía nada que ver de apellido Simian, flaco, alto y rubio. Un hombre apolítico. Tres días estuvieron allí.

Cuando los llamaban a interrogatorio mencionaban a "los de Penco" así que los cuatro reaccionaban juntos.

"A Claudio Simian le preguntaban y él decía que era ingeniero, que se dedicaba a su trabajo y que del resto no tenía idea. Y eso nos ayudó. Nosotros entramos después, como no había mucha coordinación entre carabineros, militares y marinos, pasamos todos. Yo expliqué que cursaba quinto año de Leyes y que debía trabajar". Dos o tres días después, quedaron en libertad.

Regresó a Penco, pero se fue a la casa de sus padres en Concepción porque por esos días había nacido su hijo. Para él representaba un motivo de fuerte preocupación que los estuvieran buscando. Con unos amigos hicieron algunas consultas a Investigaciones y el consejo fue que se entregara. Así lo hizo y permaneció una semana encerrado. Se encontró con Mario Benavente e Iván Quintana, ambos dirigentes del Partido Comunista.

"En Investigaciones el interrogatorio fue verbalmente más inquisitivo, más duro, pero no hubo maltrato físico. El problema es que teníamos una yaya. Yo siempre estuve al lado de Salvador Allende y era partidario de conversar, de transar y también si había que retroceder, pero no era del avanzar sin transar. Si hay que retroceder, lo hacemos. Éramos bastante mal vistos. Uno se encontraba con que de repente se quedaba un poco solo en esa posición".

Por el contrario, el sector que dirigía Altamirano era partidario de las escuelas de guerrilla, algo que si bien él no compartía, tampoco se opuso. Fue así como en determinado momento debió otorgar permiso a algunos trabajadores para que participaran una instancia de ese tipo, la Escuela de Quellaitú, que él no conoció. Años después

supo dónde estuvo ubicada. Fue por eso que lo buscaban, para que entregara antecedentes sobre esa escuela, quiénes participaban y otros detalles. "Tenía que contar la verdad, pero yo no sabía nada". En Investigaciones permanecieron alrededor de diez días y luego de eso los llevaron al Estadio.

Extrema dureza

A las 11 de la mañana del 22 de septiembre, un grupo de militares irrumpió en la casa de Manuel Pereira Opazo, en el barrio Pedro de Valdivia, en Concepción. Manuel huyó a la vivienda contigua con los uniformados siguiéndolo. No se atrevió a continuar corriendo al ver que estaban fuertemente armados. Con las manos en la cabeza, le apuntaron y lo apresaron. Luego lo condujeron hasta su hogar para que buscara sus documentos.

-¿Dónde están las armas?- le gritaron.

Pero en su casa no había nada de eso. No le creyeron y registraron todo, destrozando muebles, enseres, documentos... Sin encontrar lo que andaban buscando, se lo llevaron esposado con las manos a la espalda. En el camino a la Cuarta Comisaría, lo amenazaron con amarrarle una piedra y lanzarlo al mar, mientras con un corvo le pegaban en las costillas. En el recinto policial, lo entregaron a Carabineros. Pasó primero por un calabozo lleno de prisioneros que olían mal. Como llegaban más detenidos, optaron por dejarlo en el patio mirando hacia la pared hasta las 11 de la noche.

A la medianoche, en una micro custodiada por militares, junto con otros detenidos, lo condujeron al Estadio Municipal.

Manuel Pereira tenía entonces 22 años y era dirigente de la Junta de Abastecimientos y Control de Precios, JAP, de su barrio.

"Te vienen a buscar los militares"

Aunque Humberto Gutiérrez no militaba en ningún partido político, participaba activamente en el cordón industrial centro y era director del Sindicato



Manuel Pereira.

de Sur Autos, donde trabajaba. Había empezado como obrero en la empresa ubicada en Concepción y tras siete años de labor fue ascendido a jefe de sección con 18 personas a su cargo.

Los días previos al golpe, había estado participando en algunas reuniones realizadas en la CUT, en medio de la gran efervescencia que se vivía entonces.

La mañana del 11 de septiembre estaba en su casa, preparándose para ir al trabajo cuando escuchó a su vecina.

-¡Humberto, Humberto! Hay golpe militar- le dijo con voz alterada y agregó: Está la escoba. El golpe se desató.

Gutiérrez no podía dar crédito a lo que escuchaba. El día anterior se habían reunido como cordón

industrial, pero no anticiparon que algo así se venía.

Salió de su casa y tomó la primera micro que encontró rumbo a Concepción. Eran poco más de la 7 de la mañana. En el vehículo, que iba lleno, algunos pasajeros hablaban en voz alta apoyando el golpe, otros callaban. Llegaron al puente Bío Bío, pero el paso estaba cerrado. Un militar armado impedía el tránsito. Gran parte de los trabajadores que iba en la micro se bajó y caminó hacia el uniformado, quien los conminó a no seguir avanzando. Humberto pudo decirle que tenía las llaves de la empresa y debía llegar a su lugar de trabajo. Finalmente, dejó pasar a varios, pero los conminó a que lo hicieran rápidamente. Cruzaron el puente sin encontrar a nadie. Ya en la calle Prat, caminó hacia su empresa, miró hacia la Costanera y no vio nada. Sur Autos, situada en calle San Martín con Prat, estaba con protección militar, por tratarse de un servientro.

Llegó y entregó las llaves a la persona a cargo. Le preguntó a otro compañero de labor, Sergio Martín, qué hacían. Fueron a Dicitra, donde habitualmente se reunían y tras golpear la puerta con fuerza, apareció el interventor.

-Compañero, ¿qué pasa?- le preguntó Gutiérrez.

-La orden que hay es que todos se vayan para la casa- le contestó.

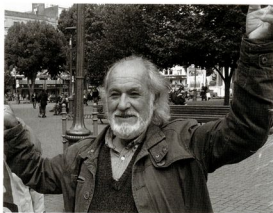
-Pero cómo, si dijimos que éste sería el punto de encuentro- le replicó Humberto.

-Los que llegaron, los enviamos para la casa- le aseguró y luego se fue.

Gutiérrez y su amigo Martín se quedaron solos en la calle. Vieron algunos jeeps con militares transitando por el centro. Un poco nervioso, le dijo a su colega que fueran a la CUT.

En la sede de la Central Única todo era una locura. Dirigentes que entraban y salían sacando documentos y rompiendo aquello que pudiera representar algún peligro. Alguien les dijo que si tenían papeles allí, mejor se los llevaran.

"Nosotros sólo teníamos una carpeta con la lista de los socios. Ya se sabía que los militares habían



Humberto Gutiérrez.

tomado La Moneda, que el golpe iba con todo. Así que salimos con Martín de ahí, pasamos por Barros Arana vimos una fuente de soda abierta, entramos, creo que pedimos una bebida, pasamos al baño y conversamos sobre qué haríamos. Martín determinó irse a su casa y yo me quedé en Concepción”.

Este día el toque de queda fue muy temprano, así que pronto debió regresar a Coronel. Antes habían acordado con Martín no regresar al trabajo al día siguiente, como medida de precaución. Así que por la mañana del 12, Humberto fue al hospital local y le pidió al doctor Carlos Hinrichs, director del establecimiento, que le diera una licencia médica por unos 7 días.

-Te voy a hacer la licencia, pero no creo que esto te vaya a servir de mucho-le dijo el médico.

Al otro día, su esposa fue a Concepción a entregar el documento.

Pero Humberto no se quedó tranquilo en su casa y junto a su hermano mellizo, decidió viajar a Santiago para tener noticias de su hermano Sergio, militante del partido comunista —y hasta hoy detenido desaparecido-. El viaje se hizo el 14 de septiembre en tren.

Ya en la capital, intentó convencer a su hermano para que viajara a la zona, pero él se negó, argumentando que se sentía más seguro en Santiago. Ante su insistencia, le confió que tenía orden de su partido de entregarse. Luego de tomar desayuno, fueron al centro y pasaron frente a La Moneda bombardeada.

“Mi hermano hablaba fuerte. Esto debe quedar como muestra de la barbarie, me dijo. Yo caminaba y miraba el destrozo. De repente vi a una persona que se acercó y tomó un trozo y se lo llevó...”

Regresó a Concepción con su sobrina de 6 años. En la estación se despidieron con un fuerte abrazo. Volvió a su casa con la sensación que algo muy fuerte iba a pasar.

Al término de su licencia, el 20 de septiembre, Humberto se presentó nuevamente en su trabajo. No tuvo problemas. Le dijeron que nadie había preguntado por él, así que retomó sus labores aparentemente con normalidad. Esa tarde su esposa debía llevar a su hija al médico, así que pidió permiso para acompañarla. Lo autorizaron. Cuando regresó a la empresa, había transcurrido unos quince minutos cuando el gerente se acercó y le dijo.

-Compañero Gutiérrez, te vienen a buscar los militares.

“Sur Autos tenía entrada a la sala de ventas hacia San Martín, yo podía haber salido por ahí, pero no hubo tiempo, quizás tampoco habría sido lo más inteligente. Así que salí y me encontré con los milicos, me pusieron las manos atrás y me amarraron...”

Antes que se lo llevaran, le pidió al sargento a cargo que le permitieran ir a su oficina a buscar su chaquetón ya que estaba en camisa. Se lo permitieron y al acercarse al escritorio, disimuladamente sacó unos ejemplares de El Rebelde que tenía en un cajón y los metió debajo de la alfombra.

Ya en la calle, pasaron a otro lugar donde detuvieron a otras dos personas y en el camino, a

uno más. A los cuatro, los condujeron al Regimiento Chacabuco y los dejaron en una sala pequeña con un militar vigilando. Eran poco más de la 4 de la tarde y alrededor de las 7, los sacaron de allí y en jeep los trasladaron a la Cuarta Comisaría.

Como sindicato de Sur Autos tenían vínculos con carabineros de ese recinto, ya que el equipo de baby fútbol de la empresa entrenaba en el gimnasio de la policía uniformada. Por eso, cuando Gutiérrez ingresaba a la comisaría, uno de los efectivos lo reconoció. -¿Qué está haciendo aquí cabro?- le dijo y luego le explicó: Te van a pasar a la cancha. Y quédate como te dejen, no hagas ningún movimiento- le aconsejó.

La cancha del recinto policial estaba llena de detenidos. Gutiérrez resistió lo que más pudo en la incómoda posición en que los tenían. A su lado, otro detenido le decía: "No se mueva, aguante lo que más pueda..."

Como a las 10 de la noche, le permitieron ir al baño, pero no pudo orinar porque la taza estaba llena de sangre. Regresó al lugar donde estaba, al suelo y con las manos en la nuca. Poco después, les ordenaron ponerse de pie, y en fila india subieron a un bus, donde les exigieron no mirar hacia afuera, no hacer ningún tipo de señas y tampoco hablar.

"Me empecé a pasar un rollo, estos nos van a matar. Si salimos de Concepción nos van a matar y ojalá me quede cerca de un milico porque lo voy a agarrar y no lo voy a soltar, pensaba".

Nadie sabía a dónde los conducían, hasta que el bus avanzó por avenida Collao, dobló e ingresó al Estadio. Ahí, Humberto Gutiérrez, respiró con alivio.

"¿Dónde están las armas?"

Juan Aedo Tapia tenía 22 años para el golpe militar, pertenecía al Mapu y era parte del Comité de Vivienda. Vivía en el sector Chillancito y a mediados del 73 participó activamente en la toma del terreno donde actualmente se emplaza la Villa



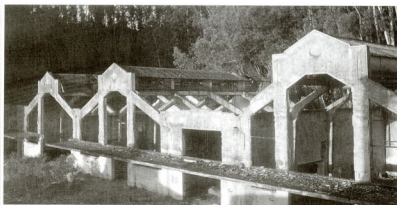
Juan Aedo.

San Francisco. Trabajó primero como obrero de la construcción hasta que en 1972 pudo ingresar a la Compañía de Cervecerías Unidas, CCU. En ese tiempo hubo una toma de la empresa y se nombró un interventor, fue cuando se dio la instrucción para que los trabajadores de temporada pasaran a la planta.

La noche antes del golpe, le tocó turno en la empresa. Al salir la mañana del martes 11, caminó como hacía siempre hasta la estación donde tomaba el bus de la ETCE que se dirigía a Penco. Al llegar a su casa, vio algunos movimientos que llamaron su atención. Ya en la empresa les habían anticipado que algo podía pasar, para que se prepararan. En ese tiempo, Aedo usaba bigote y pera, así que cuando escuchó las primeras noticias, se afeitó y salió con rumbo a la compañía para observar qué ocurría, sin ingresar.

Fue tiempo después cuando lo detuvieron. Le preguntaron por unas supuestas armas que habrían llegado de Cuba camufladas en cajas de azúcar.

"Yo nunca vi armas, solo un rifle winchester que apenas tenía un bala y creo que si lo disparaban se iba a desarmar de viejo que estaba".



Instalaciones de la ex-CCU.



Enrique Sanhueza.

Lo llevaron a la Cuarta Comisaría de Carabineros, donde permaneció todo el día y le exigieron firmar un documento renunciando a su trabajo por el bando 7. Quiso negarse, argumentando que no era extremista y le pegaron un culatazo por la espalda. Entonces decidió firmar y tomó el lápiz pero con la mano izquierda porque es zurdo. Apenas tuvo tiempo de tocarlo, cuando sintió otro golpe en su espalda de tal magnitud que lo hizo caer al suelo. -¡Cómo que no sos extremista...! -le decían-, y hasta firmé con la izquierda.

Su padre había sido carabiniero y durante su trayectoria se hizo amigo de otro uniformado en la Comisaría de Tomé. Cuando estaban mirando hacia la pared, ese funcionario se acercaba y le decía que no diera vuelta la cabeza. Le preguntó si su papá había sido carabiniero y dónde había estado. Pasó esa tarde allí y al anochecer lo trasladaron al Estadio, seguramente gracias a la intercesión de ese funcionario. Era ya el 11 de octubre.

"No hubo resistencia en la fábrica"

Fue dirigente sindical de Machasa en Chiguayante, empresa en la cual trabajó durante 27 años y pertenecía al Frente de Trabajadores Revolucionarios del MIR.

Esnaldo Enrique Sanhueza Daroch, 31 años, debía ingresar al segundo turno aquel 11 de septiembre. Apenas se levantó ese día se dio cuenta que algo estaba pasando. Fue a la fábrica para saber cómo estaba la situación y en la portería se encontró con militares y carabineros, pero no tuvo inconvenientes para ingresar. Al salir, le hicieron preguntas y había más control.

El 12 volvió a la empresa para seguir trabajando como de costumbre, pero pronto empezaron a buscarlo, así que conversó con un hermano, quien le consiguió una licencia médica por 22 días.

"No hubo mucho movimiento de resistencia en la fábrica, prácticamente en todo Chiguayante no la hubo, así que ellos hicieron lo que quisieron".

Haciendo uso de la licencia, se quedó unos días en casa de su suegra, pero el panorama se tornaba más complejo, así que optó por irse al campo, a Yumbel, por un tiempo, a la casa de una tía de su esposa. Allí estuvo viviendo a escondidas en la casa patronal, dormía en el segundo piso, pero por las mañanas debía irse al bosque para evitar que alguien lo viera. Su cuñada le llevaba alimentos.

Varios días estuvo en esa condición, hasta que en

una ocasión llegaron militares, aunque no iban a allanar, sino a comer porque el dueño del fundo era de derecha. Se convenció que el panorama en Yumbel era más complejo que en Chiguayante, así que decidió regresar en tren. Pero tuvo mala suerte porque el toque de queda era temprano y justo lo encontró en la estación. Hasta ahí llegó un grupo de civiles y uniformados que se llevaron detenidos a todos los viajeros por quebrantar el toque de queda. Uno de ellos le preguntó qué estaba haciendo. Como su padre era nativo de Rere, le dijo que lo iba a visitar porque tenía un problema. Mostró la licencia médica que andaba trayendo y lo dejaron partir. Fue hasta Yumbel Estación y como la casa de su tía estaba cerca, pasó a verla, pero como había toque de queda, por más que golpeó con fuerza en la puerta, nadie salió a abrir.

“Así que no me quedó otra alternativa que trasladarme en un tren de carga desde Yumbel a Chiguayante, pero los carros estaban medios inclinados y cuando me subí, rodé por esa inclinación y no sabía dónde venía. Cuando estábamos llegando a Chiguayante, vi que en la estación había milicos y carabineros, el tren disminuyó la velocidad y cuando eso ocurrió me bajé del carro y quedé entre el tren que llegaba y el que se iba. Me rompí los pantalones y las rodillas porque no tenía mucha experiencia. Llegué a la casa de mi suegra en la noche y estuve tres días más”.

Aunque sabía que lo andaban buscando, prefirió quedarse en su hogar y ahí estaba cuando lo fueron a detener.

Eso fue el 4 de octubre. Esa noche cuando llegaron carabineros, militares y algunos civiles, encontraron a la familia durmiendo. Enrique tenía en un mueble pequeño una metralleta de plástico, que era de su hijo. Cuando llegaron los carabineros, uno de ellos vio el juguete y lo tomó como verdadero, incluso le preguntó por el arma.

Se lo llevaron detenido en una camioneta C10, con barandas a los lados. Tuvo que quedarse acostado

en el piso y ahí se dio cuenta que también habían detenido a su amigo, Eduardo Godoy, “El Negro”, que pertenecía al Frente de Pobladores, también del MIR.

Los condujeron a la Comisaría de Chiguayante donde los tuvieron una noche; al otro día, alrededor de la 9 de la mañana, los trasladaron a la Cuarta Comisaría, donde estuvieron un par de días más. Los interrogaron y después fueron llevados al Estadio.

“¡Fierro, cuéntales no más...!”

La mañana de ese 11 de septiembre, Gastón Fierro Fierro cruzaba Paicavi con Juan de Dios Rivera, en Concepción, cuando se enteró del golpe militar. Se dirigía a la sede del Partido Comunista -en el cual militaba desde 1968-, ubicada en Serrano entre Freire y Maipú. Pese a las alarmantes noticias, continuó su camino.

En el lugar, y junto a otra compañía que había llegado, sacaron algunos archivadores y carpetas que ella se llevó. Se fueron por separado. Cuando Fierro doblaba por Serrano hacia Maipú, se encontró con el bus de los carabineros que avanzaba contra el tránsito hacia la sede de la CUT.

“Nos salvamos por escasos minutos, porque si nos hubieran encontrado allí, quizá no estaríamos contando el cuento”.

Trabajaba en la fábrica de vidrios Schiavi desde 1965, y a principios del 72 el partido lo sacó de la producción y lo dejó en la Comisión de Organización del comunal, cargo en el cual recién se fogueaba. Tenía entonces 25 años y se había casado el mismo año 73.

Volvió a su casa y lo primero que hizo fue tratar de guardar o de esconder papeles o documentos que pudieran comprometerlos. En los días posteriores al golpe, los comunistas más jóvenes siguieron funcionando, con los debidos resguardos, intentando tomar contacto con algunos compañeros para saber de ellos.



Gastón Fierro.

Así pasó el tiempo, Fierro ya no estaba en Schiavi, por precaución estaba trabajando con un compañero en una frutería ubicada en calle Caupulicán, desde donde también cumplía algunas actividades partidarias mínimas.

El 11 de octubre regresaba a su hogar y dos cuadros antes de llegar, se encontró con un amigo. -Compañero Fierro, lo están esperando en su casa los pacos, han estado toda la tarde ahí- le informó y acto seguido le dijo: Tenemos una propuesta para usted, que no vaya a su casa, diríjase a Hualpencillo y ahí le entregarán una dirección para que viaje a Santiago.

Fierro lo pensó algunos minutos, pero si no llegaba imaginó que su madre o su hermana podrían correr serio peligro, así que optó por volver a la casa.

Efectivamente, había carabineros esperándolo. A su mamá la tenían sentada en una silla y cada vez que pasaba algún joven por delante del domicilio, le preguntaban: ¿Es su hijo?

Gastón entró al hogar y de inmediato le pidieron su cédula de identidad. La entregó y su madre le pidió a los uniformados que lo dejaran comer antes de llevárselo. Se lo permitieron. La madre también solicitó que pudiera cambiarse ropa, así que se puso unos zapatos gruesos y una парка. Cuando

estuvo listo, lo subieron a una camioneta, donde había otros detenidos. Partieron rumbo a la Quinta Comisaría, ubicada en Ongolmo entre Brasil y Mackenna. Iban entrando al recinto, cuando escuchó la voz de su cuñado: "Fierro, cuéntales no más, ya les conté todo".

Su cuñado no era militante, pero lo habían golpeado mucho. Tiempo atrás, Gastón le había pasado una pistola calibre 22 de su propiedad, de la cual no quiso deshacerse. Una tarde en que estaba en la calle con amigos del barrio, a su cuñado se le ocurrió contarle a uno de ellos que tenía un arma y que Fierro se la había entregado para que la guardara. Poco después ese amigo, que era del MIR, fue detenido y dijo que él sabía quién tenía un arma. Así fue como fueron a buscar a su cuñado, quien al ser interrogado, confesó que Gastón se la había pasado.

"Yo reconocí que la pistola era mía y que ellos no tenían nada que ver en eso. Pasaron como unos diez minutos cuando de repente apareció un equipo de unos siete pacos, se acercó uno alto, moreno, me preguntó si lo conocía, le contesté no y me dijo: ahora me vas a conocer y me lanzó un golpe. Yo me agaché y me empezó a llegar una zalagarda de patadas de todos lados..."

Los golpes duraron un buen rato. Fierro quedó en el suelo hecho un ovillo y trató de cubrirse con las manos. Mientras le pegaban le preguntaban si conocía a los dirigentes del partido y él contestaba que sí y nombraba a Mario Benavente, Tomás Solís y otros, que eran los públicos y conocidos.

Ese trato vejatorio se prolongó por unos diez o quince minutos, hasta que uno de los carabineros -"haciéndose el bueno"- le desató las manos y le permitió tomar agua de una llave. Luego lo encerró en un calabozo donde estuvo unos cinco días. Cuando su madre supo dónde estaba, le iba a dejar comida todos los días, pero nunca se la dieron.

Durante ese tiempo estuvo sin comer nada, a veces los dejaban tomar un poco de agua. Al quinto día, alrededor de las 2 de la tarde, sacaron a cuatro o cinco del calabozo y los llevaron a la

Cuarta Comisaría. En un patio grande estaban los detenidos, todos sentados y le dijeron que se ubicara en alguna parte. Justo quedó sentado al lado de un compañero de apellido Gajardo que vivía en unos bloques, en calle Tucapel.

-¿Qué hace aquí, compañero?- le preguntó. ¿Ha comido?

-No, le contestó Fierro.

-¿Desde cuándo?

- Hace unos cinco días.

Gajardo le pasó un trozo de pan amasado y un huevo cocido con la instrucción de comerlo lentamente. Fierro le dio un mordisco al pan y no pudo tragárselo. De a poco pudo ingerir el alimento, lo que le ayudó a sentirse un poco mejor.

Varias horas después, empezaron a llamar a algunos detenidos. “Vamos a hacer un tur”, les dijeron y los subieron a un bus. Rato después llegaban al Estadio Municipal.

“Un sabotaje y te matamos ahí mismo”

Juan de Dios Obreque Mena era socialista y cumplía la labor de jarabero en la Compañía de Cervcerías Unidas, CCU. Era el jefe de la sección y el único que sabía preparar el jarabe con el que se elaboraban las bebidas gaseosas. No tenía cargos políticos, pero sí era un trabajador comprometido y delegado de su empresa, donde su hermano José Guillermo, era el presidente del Sindicato.

El martes 11 de septiembre estaba en su trabajo cuando supo del golpe de Estado, a través de la radio. Esa mañana se cumplió la labor de manera normal. Salieron a almorzar y cuando regresaron a las 3 de la tarde, llegó un bus y un camión con carabineros. Llamaron a los trabajadores para que hicieran una fila y empezaron a nombrar a varios. En total 28 de ellos fueron separados del resto – incluyendo a Juan- y los hicieron subir al bus y al camión, donde los obligaron a tenderse boca abajo.

Los llevaron a la Cuarta Comisaría y alrededor de medianoche, los sacaron y los trasladaron al Cuartel de Investigaciones, en Angol con Carrera.

Los funcionarios disparaban al aire y les daban patadas a los detenidos, que debían permanecer con las manos en la nuca. Como a las 9 de la mañana los llevaron al Regimiento Chacabuco y desde allí, en la madrugada, los trasladaron a la Base Naval en Talcahuano. Estuvieron en el patio, a la intemperie, boca abajo y con las manos atrás. A las 8:30 de la mañana, llegó un transbordador en el que los condujeron a la Isla Quiriquina. Juan Obreque pensó que nunca más regresaría...

Los dejaron en la piscina como hasta las 6 de la tarde, a pleno sol, sin agua ni comida. Los marinos que los vigilaban los insultaban y maltrataban. Patadas y puñetes recibieron los 28 trabajadores de la CCU que llegaron a la isla. Recién como a las 8 de la mañana les dieron una taza de café con un pan. Todos permanecían juntos. El acuerdo era no separarse. En el encierro se encontraron con trabajadores de otras empresas como Huachipato y Petrox, pero tampoco les permitían juntarse con ellos.

“Patria o Muerte o Hasta Vencer o Morir, gritábamos todos en la oscuridad, cuando prendían las luces, y preguntaban quién había sido, nadie contestaba. Todos los días debíamos cantar la canción nacional y nos obligaban a cantar la estrofa de los valientes soldados...”

Los interrogatorios fueron individuales. Los encerraban en una pieza chica, donde había tres uniformados que preguntaban. Si la respuesta no les gustaba, les pegaban. Querían saber dónde estaban las arma, dónde estaba Carlos Altamirano, si sabían defensa personal... En el grupo de detenidos de la CCU había socialistas, comunistas y también miristas. Fue una semana larga y dura, en que todos los días los interrogaban y maltrataban.

Había pasado un mes y medio y en la CCU ya no había jarabe y, por tanto, bebidas. Fue así que un día en la mañana Juan escuchó que lo llamaban por los parlantes. Estaba en la piscina y no había contestado. Lo llevaron a una pieza y un marino le dijo que iba a volver a trabajar. De la fábrica habían pedido que lo liberaran porque no había materia prima para la producción de bebidas debido a que

él estaba detenido.

Cuando volvió a su puesto, le advirtieron: *“No te metas en nada. Un sabotaje que haya, te matamos aquí mismo”*.

Sus compañeros le tenían miedo, así que nadie se le acercaba. Se puso a trabajar y preparó el jarabe que se requería, un estanque de unos 1.500 litros, suficiente para asegurar una buena producción. Trabajaba día y noche y cuando el depósito estuvo lleno, lo volvieron a detener.

El 5 de noviembre lo llevaron a la Cuarta Comisaría, estuvo ahí una semana en una celda con delincuentes, quienes le decían que él era más peligroso que ellos.

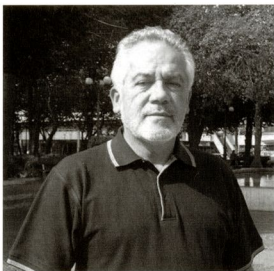
Varios días después, el 14 de noviembre, lo sacaron del recinto para trasladarlo al Estadio en un furgón.

“Parto a nuevo destino”

En septiembre de 1973, Eguerson Vázquez estudiaba Economía en la Universidad de Concepción y también trabajaba en la Dirección de Obras Sanitarias. Tenía 25 años y era secretario de educación política de la Juventud Socialista.

Fue una denuncia de compañeros de trabajo, lo que motivó su detención y la de otros trabajadores de la Dirección de Obras Sanitarias, que militaban en el PS y el Mapu. Eso ocurrió el 21 de septiembre. Al grupo donde él cayó, lo llevaron a la Cuarta Comisaría donde le sorprendió encontrar al doctor Carlos Hinrichs, también socialista.

Un par de horas después, lo separaron del grupo y los enviaron al Cuartel de Investigaciones donde estuvo el resto de septiembre y algunos días de octubre. Pero el interrogatorio al que fue sometido tenía relación con la muerte del Cabo de Carabineros, Exequiel Aroca Cuevas, asesinado el 30 de agosto de 1972 frente a la sede del PS, en Castellón 46, en Concepción, al término de una marcha de partidarios y de opositores al gobierno del presidente Allende. Después de eso, lo dejaron en libertad y se fue a vivir a Hualpencillo. Volvió a



Eguerson Vázquez.

su trabajo, pero duró poco.

El 15 de octubre nuevamente fue apresado, pero en esa ocasión lo condujeron al gimnasio de la Base Naval, que estaba lleno de detenidos.

Estuvo también en el Cuartel Borgoño y la Isla Quiriquina. Fueron casi dos meses de detención en dependencias de la Armada, hasta que el 7 de diciembre le comunicaron que sería trasladado. Eso lo dejó registrado en una de las varias notas que se las arregló para escribirle a Gladys, su mujer, y que aún conserva.

“Te escribo la presente después que han comunicado que todas las personas detenidas por el Ejército deberán alistar sus cosas para su traslado. Me parece que este traslado será al Estadio Regional, la Cuarta o Investigaciones, esto aún no lo sé. Me han nombrado y parto a nuevo destino”.

Al terminar el día, lo embarcaron junto a otros detenidos. Habían sido reclamados por el Ejército

y una vez que desembarcaron los subieron a unos buses custodiados por uniformados fuertemente armados y con la amenaza de no mirar ni hacer gestos de ninguna índole. En la madrugada arribaron al Estadio Municipal.

La vida en el Estadio

Aunque llegaron en distintas fechas y no siempre coincidieron en las celdas que les fueron asignadas, muchos de sus recuerdos son similares. Otros dan cuenta de aquello que se les quedó grabado en la mente, con detalles especiales, que cada uno recuerda, pese al tiempo transcurrido.

A varios de ellos los ingresaron de noche al Estadio. Como ocurrió con Humberto Gutiérrez, el 20 de septiembre. Ya en el recinto, los hicieron tenderse en el suelo boca abajo, con las manos en la nuca. Fueron llamados uno por uno para ser registrados. Luego de eso, un gendarme le dijo que iba a la celda 5 y mientras caminaba por el pasillo, lo empujaba con la culata de su fusil. Una vez en la puerta del camarín, lo tiró con violencia al interior. Estaba oscuro y apenas divisó al fondo de la pieza a un par de compañeros en camisa y tiritando. Se sacó el chaquetón y se acercó a ellos para compartir el abrigo. Permanecieron así hasta las cuatro o cinco de la mañana, en que empezaron a llegar más detenidos. Algunos bastante golpeados. Terminada la noche, había más de treinta prisioneros en el lugar.

Como a las 9 de la mañana los sacaron a la cancha y ahí se dio cuenta cómo seguían llegando más detenidos. Por la tarde el número había crecido significativamente. Esa noche, al encerrarlos, en el camarín casi no cabían todos.

Ese día en la tarde llegó gente de inteligencia y pusieron a todos los detenidos en línea, sentados, frente a la reja olímpica, al otro lado estaban ellos. Les iban preguntando de qué partido eran y otras cosas. Cuando le tocó el turno a Humberto, le consultaron: ¿Militante? Y él respondió: simpatizante de izquierda. “Comunista, sos vos”, le respondió el que lo interrogaba y así quedó.

Al tercer día de su permanencia en el Estadio, le pasaron una manta y un poco de viruta para preparar su cama. Ya al cuarto día, recibió alimentos. “Yo me devoré el pan que me entregaron al desayuno”. Luego de eso, debían instalarse en las graderías o en la cancha. Uno de esos días, Gutiérrez se encontró con el doctor Hinrichs, que también había sido detenido. “De poco sirvió la cuestión”, le dijo aludiendo a la licencia médica que le había dado luego del golpe.

A Ricardo Moscoso, en cambio, lo enviaron al camarín 6. También era de noche y la pieza estaba oscura. Al ingresar, casi se cayó, pero una mano amiga lo socorrió. Era Aníbal Matamala. Se ubicó como mejor pudo en el suelo, con el aserrín como cama. Al otro día, se encontró con conocidos y amigos. Caupolicán Vallejos, Antonio Leal, son los nombres que se le vienen a la memoria. “*Como amigos que éramos, nos dedicamos a darnos fuerza en conjunto*”.

Permanecían en las graderías gran parte de día y “para matar las neuras”, salían a caminar por el Estadio. En algún momento los dejaron jugar fútbol y armaron unos campeonatos entre camarines que los ayudó a distraerse.

En el grupo donde estaba Ricardo todos pertenecían a la brigada universitaria socialista y venían juntos desde el liceo, así que se conocían bastante.

“Nos entretuvimos, y también peleamos, hubo momentos en que había que separarlos porque las tensiones, incluso entre los más cercanos, se desataban fuerte...”

Manuel Pereira también llegó de noche al Estadio, unos días antes que Moscoso. Apenas ingresó al recinto, junto a otros detenidos, lo hicieron tenderse en el suelo con las manos en la nuca, donde los revisaron y los dejaron un rato. Luego de eso, los condujeron a sus celdas. A Manuel le correspondió el camarín 2. Ahí, sin luz, se hizo un espacio para poder dormir en el suelo.

Al otro día, los hicieron salir de la celda a la 8 de la

mañana para tomar café con un pan. Fue la rutina que vivió a diario durante todo el tiempo que estuvo detenido en el Estadio.

Para él los momentos más críticos fueron los interrogatorios. Cuando empezaban a llamarlos, cundía el miedo y la inseguridad. Algunos tritaban de sólo pensar lo que deberían enfrentar. Peor era cuando regresaban del interrogatorio, torturados y con mal semblante

"Nos llevaban a una pieza oscura, cuando nos vendaban los ojos empezaban a decirnos que dijéramos dónde teníamos las armas guardadas. Lo más crítico era que teníamos que denunciar a los compañeros de la UP. En mi calidad de detenido nunca di ningún nombre..."

A la celda 7 llegó Juan Aedo. Ahí se encontró con el doctor Carlos Hinrichs, de quien recuerda que cuando algunos prisioneros roncaban, los hacía poner los pies en alto para evitarlo.

No vivió tortura ni apremio físico en forma directa. Pero sí vio muchas situaciones dolorosas y fuertes. En su memoria revive un día en que llegó un grupo de detenidos de Los Ángeles. Aedo y otros prisioneros estaban en la cancha y trataron de contactarse con ellos para saber de quiénes eran, de qué sector provenían. Su preocupación fue mayor cuando por los parlantes escuchó que llamaban a Raúl Aedo, el nombre de su hermano. No entendía mucho, ya que recordaba que su hermano estaba en Chillán y los reclusos que habían llegado eran de Los Ángeles y Laja. Poco después descubrió que sólo era un alcance de nombre.

Para que el encierro no fuese tan duro, junto con otros compañeros, se ofrecían todos los días para ayudar a trasladar la comida que llegaba en camiones desde el regimiento cercano. En esa faena, se acercaban a la reja, pero en realidad el objetivo era que los familiares que estaban afuera esperando saber algo de sus presos, pudieran entregarles mensajes que guardaban en sus bolsillos. Luego regresaban al interior del recinto para buscar a los destinatarios de esos recados. Eso duró hasta que los militares se dieron cuenta

de la maniobra y optaron por hacer ingresar los vehículos al interior del Estadio.

Fueron tiempos complicados, aunque se esforzaban para vivir cada día lo mejor que podían. Cuando cantaban el himno patrio entonaban con fuerza la estrofa del "asilo contra la opresión", mientras desde lo alto, cerca del tablero marcador, militares montaban guardia con ametralladoras punto 30. Con los gendarmes el contacto era más directo. En varias oportunidades transmitieron mensajes a familiares de algunos de los presos. De hecho, en su caso, su hermano supo a través de un gendarme que estaba detenido en el Estadio.

"La situación era crítica. Costaba estar encerrado por pensar distinto..."

Zulma, "La Gata" y el compañerismo

Enrique Sanhueza recuerda que a su llegada al Estadio, el 11 de octubre, fueron recibidos por el capitán Sánchez.

No tiene claro exactamente en qué celda estuvo, pero sí que compartió con Caupolicán Pieper, Mario Fuentealba y Alfonso Ziegler. *"En los camarines no había payasa ni nada, nos acostábamos en la viruta, había que ubicarse donde fuera no más".*

En medio de la complejidad que resultaba adaptarse al encierro y al hacimiento, hubo algunos hechos anecdóticos que Enrique rememora.

"Me acuerdo que el Pieper tenía de esos lentes gruesos que uno les decía poto de botella, y mis compañeros se los escondían y me los pasaban a mí y él cargaba conmigo y me decía: "Ya puh, sapito, no te ponga tan pesado". El tenía que salir gateando porque no veía. Una de las cosas que me impactó fue él. Ahí empezamos a hacer vida..."

Eguerson Vásquez llegó la madrugada del 8 de diciembre al Estadio. A ese grupo que venía desde la Isla Quiriquina lo hicieron caminar hasta el túnel y tenderse en el suelo con las piernas y los brazos abiertos, mientras unos uniformados corrieron por encima de ellos y los revisaron "por si llevábamos

armas...”

Después de eso, los distribuyeron en las celdas. A Vásquez lo destinaron a la 6, ahí se encontró con Horacio López, que era director del colegio donde había estudiado. También estaba Anibal Matamala, Elicer Carrasco, Eder Sanhueza y otros cuyos nombres no recuerda.

Dormían juntos en colchones *“que auspiciaba Madesal, así le decíamos, porque era viruta y encima le poníamos alguna frazada. En varias oportunidades el consejo de ancianos que presidía Samuel Fuentes, pidió que fuera el Servicio Nacional de Salud a desparasitarnos y, por suerte, se logró”.*

En esa diaria convivencia, con sus altos y bajos, un día se consiguieron que les autorizaran a tener un televisor, al frente del cual se congregaban para ver la telenovela mexicana del momento, *“La Gata”*. Eso les permitió distraerse. *“Todas las tardes estábamos todos cuadrados viendo La Gata”.*

Ricardo Moscoso, que también compartió en esa misma celda, aporta otro detalle a ese recuerdo. Como estaban muy hacinados, se corría el riesgo de que la salud mental de los presos se viera afectada, así que con un grupo creativo idearon *“emitir un programa de televisión”*. Con unos palos improvisaron un televisor. Todos los días aparecían entregando noticias y haciendo comentarios. Los análisis estaban a cargo de Anibal Matamala, mientras que Ricardo Moscoso los oficiaba de *“Zulma”*, la famosa mentalista.

“Yo pronosticaba cómo iba a quedar el camarín en los próximos días, eso no era ninguna tarea tan difícil, porque uno conversaba con la gente y sabía el que venía y por qué lo tomaron. Sabía, por ejemplo, que a Anibal no lo iban a largar tan luego. “Veo malo tu porvenir, Anibal, tienes para rato”, le decía imitando la voz de Zulma. Hacíamos reuniones de pauta diaria, porque el programa no era tan al lote. Total, teníamos todo el día, así que nos entreteníamos...”

Para Juan Aedo fue fundamental el compañerismo y la unidad que existió entre quienes compartieron



Manuel Pereira y Juan Aedo.

la reclusión.

“Cuando veíamos a uno decaído lo apoyábamos y eso ayudaba a que estuviera más tranquilo. Sobre todo los primeros días, cuando uno recién llegaba, los conocidos nos protegían y eso evitaba que uno se desesperara mucho”.

En la conversación cotidiana los lazos se fueron afianzando. Entre todos se sostenían, en especial porque no sabían nada de lo que ocurría afuera y tampoco tenían ninguna idea acerca de su porvenir. También jugaban al naípe o caminaban y eso contribuía a alivianar las tensiones.

Alo que también ayudó mucho fueron los mensajes que recibían de sus familiares. Varios de los prisioneros se ofrecieron para trasladar los fondos con comida, momento que aprovechaban para recibir, camufladamente, papelititos con recados. Todo se hacía con extremo cuidado para que no los descubrieran.

“Fue una coordinación espontánea para trasladar

los mensajes. Nos preocupábamos de buscar a la persona a la que estaba dirigido y si no la encontrábamos, lo devolvíamos. Me tocó esa labor durante diez días, porque después siguieron otros”.

De armas y guerrillas

De los interrogatorios no todos se salvaron. Gastón Fierro fue uno de los que padecieron el rigor de los golpes y los insultos. Cuando llegó al Estadio estuvo en una celda, cuyo número no recuerda, que estaba hacia el lado del regimiento, pero después lo trasladaron al camarín 8, ubicado frente a calle Tegualda. Estaba allí, cuando un día un gendarme lo llamó y le dijo que tomara todas sus cosas.

-Ven conmigo-, le ordenó.

Lo hizo caminar por fuera del Estadio y dar la vuelta por Collao. Justo había un grupo de personas que lo reconoció.

-¡Fierro! ¡Fierro! –le gritaron.

-¿Y esa gente? –le preguntó el gendarme.

-Es gente de mi barrio que me vienen a ver todos los días- le respondió Fierro.

En realidad, no sabía quiénes estaban ahí, por eso se le ocurrió dar esa respuesta. El recorrido terminó abruptamente, cuando el gendarme lo hizo entrar a una bodega donde no había baño ni ventanas. Quedó ahí un rato, hasta que se abrió la puerta y alguien le dijo que se diera vuelta. Le pusieron una capucha en la cabeza y lo amarraron a una cañería, quedó pisando en la punta de los pies y le empezaron a pegar, mientras le preguntaban y como él insistía en sus respuestas, más fuerte lo golpeaban. En un momento lo tomaron por los pies y lo sumergieron en un tarro de agua sucia. Repitieron ese procedimiento tres veces, después le sacaron la capucha y lo dejaron mirando hacia la pared, con la amenaza de que volverían.

“Pasó un rato, cuando me di cuenta que no había nadie me senté, me comí una naranja que andaba trayendo, me puse a hacer algunos ejercicios y me quedé así. De repente, como a la 4 de la tarde, tocaron la puerta y yo me puse igual como me habían dejado”.

-¿Y por qué estai así?

-Me dijeron que me quedara así y no me moviera. -Ya, vamos.

Pasaron por la guardia nuevamente, en el momento en que el padre Camilo Vial conversaba con el comandante del campo.

“Quizás cómo iría yo, pálido, todo mojado, entonces el cura me vio y le preguntó: ¿Y ese cabrito? El capitán le respondió: “No es un cabrito, es de Barrio Norte, sabe mucho y no quiere hablar”. Ahí me metieron para adentro y volví a donde estaban mis compañeros. Me recibieron lo mejor posible”.

Después de esa experiencia, no lo volvieron a torturar, de repente algunos insultos, algún culatazo, y un par de interrogatorios, pero sólo con preguntas.

También Enrique Sanhueza vivió una experiencia tortuosa, agravada por el aislamiento en que estuvo por largo tiempo. Le preguntaban insistentemente por unas armas y por una supuesta instrucción en Cuba, cuántos viajes había hecho y si era instructor de guerrilla.

“Para nosotros fue algo favorable porque nos preguntaban cuestiones que no correspondían, a lo mejor nos sirvió porque si algo sabíamos dentro de lo que estábamos, ellos no llegaron a saberlo. Nos preguntaban mucho por las armas, pero ¿qué armas? si nunca las conocimos, yo jamás vi una metralleta o algo así en el grupo”.

La incomunicación fue larga. Los tenían en un baño donde había una pequeña ventana y para alcanzarla se subían como podían y así miraban lo que estaba pasando afuera.

“Me acuerdo de haber visto llegar un camión de Los Ángeles, era uno de esos que transportan animales con una reja atrás; cuando la abrieron vi a cuatro personas que cayeron y ninguna se levantó, me dio la impresión que venían ahogados o no sé, eso lo vi y me quedé en el pensamiento. Tienen que haber estado muertos, después nos bajamos y no los vimos más”.

Varias veces los sacaron para interrogarlos, algo

antecedentes de su quehacer político, no así en Talcahuano, asevera.

"En el puerto me tenían fichado como por diez cargos, algunos eran verdaderos, y otros no, había que culpar a alguien".

La instrucción que había recibido era que se exiliara en Argentina, pero Eguerson se resistió, cuando debió hacerlo se arrepintió y regresó. En ese tiempo, varios compañeros cayeron detenidos y al momento de ser requeridos, había que echarle la culpa de las verdades y las falsedades a los muertos o a los exiliados. Como se suponía que él estaba fuera, acarreo con varios cargos en su espalda.

Fueron dos los interrogatorios que tuvo en el Estado, pero bastante livianos, sólo preguntas, algunas bien generales, sin golpes ni malos tratos. Sus respuestas eran las mismas: que él estudiaba y trabajaba, por ello no tenía tiempo para nada más, que era militante, pero hacía poca actividad política, a veces participaba en alguna marcha y eso era todo. Y con eso se conformaban.

Juan Obreque no sufrió interrogatorios ni torturas físicas en el Estado, lo complicado lo vivió en la Cuarta Comisaría, donde incluso le aplicaron una plancha caliente en el pecho, que le ocasionó una cicatriz que lo marcó para siempre. Sin embargo, vivió algunos hechos que se le quedaron grabados en la memoria y que al aflorar lo emocionan hasta las lágrimas.

Había un joven que había trabajado en Cervecerías y le apodaban "El Mota", justo ese año le tocó cumplir el Servicio Militar y estaba en el Estado cuando Juan Obreque llegó en calidad de prisionero.

"Ese cabro me quería mucho. Siempre me pedía que le convidara jarabe y yo le daba".

Cuando lo vio detenido, se asombró.

-Usted no tiene por qué estar aquí -le dijo.

-Es la ley de la vida. ¡Qué le vamos hacer! -le contestó.

El joven recluta se fue a cumplir su guardia, cuando de repente se escuchó un disparo. Era él, que se

había matado de un tiro en la cabeza.

Ese hecho nunca se le olvidó. Por momentos hasta se ha sentido un poco responsable. *"Cuando me acuerdo, me siento mal porque se mató después que me habló..."*

Obreque tenía entonces 26 años, estaba casado pero aún no tenía hijos. Cuando llegó al Estado, el 14 de noviembre, sus compañeros de trabajo lo estaban esperando. Hicieron dos filas para recibirlo y lo saludaron con gran afecto. "Te echábamos de menos, Juanito", le decían.

El recuerdo de Isidoro Carrillo

Dentro de los recuerdos imborrables que mantiene Manuel Pereira está el haber compartido celda con Isidoro Carrillo Tornería.

En el tiempo que permanecieron juntos en la prisión, Isidoro actuó como un padre para Manuel. Estaban ubicados frente a frente en el espacio común y siempre conversaban.

Mientras estuvo ahí, su pelo se puso blanco asegura Manuel, en especial cuando mediante una nota que le hicieron llegar, supo que sería fusilado. Pasaba el día encerrado en el camarín pues no lo dejaban salir a la cancha. Cuando los demás prisioneros retornaban al encierro, Manuel aprovechaba para conversar con él. Le contó que lo iban a matar y le daba consejos para que siempre fuera una persona noble y mantuviera sus principios hasta la muerte.

Humberto Gutiérrez también recuerda a Isidoro Carrillo, en especial el día que se lo llevaron, aparentemente a la Isla Quiriquina, aunque en realidad lo trasladaron a la Cárcel Pública.

Con una templanza admirable, Carrillo trató de calmarlos, les dijo que no se preocuparan, que se lo llevaban a la Quiriquina pero que no se "infectaría de quiriquinosis", término que habían inventado los prisioneros del Estado para referirse a quienes llegaban de la isla.

Partió en medio de las bromas de sus compañeros, que no supieron que sería la última vez que lo verían.

"Llegó un ejemplar del diario Crónica donde se decía que no serían condenados a muerte, pero un par de días después, ya se habían llevado a Carrillo, entró el diario y leímos que los habían fusilado. No lo podíamos creer. Nos quedamos en silencio en la cancha, nadie quería hablar. A Fedor, uno de sus hijos, lo tenían incomunicado, al segundo día lo sacaron a la cancha y lloraba y pataleaba. Tratamos de controlarlo, pero al final lo dejamos llorar..."

Voluntarios

Ya había pasado un buen tiempo desde que había llegado al Estadio, cuando un día un gendarme se acercó a los presos y les dijo: "Quiero voluntarios". Todos se quedaron sin decir ni hacer nada. "No se peleen tanto, porque el trabajo no es muy agradable", les dijo. En el grupo de Humberto Gutiérrez no hubo reacción.

Al ocultarse el sol, vieron a otros compañeros que detrás de uno de los arcos del Estadio, levantaban un patibulo. Instalaron un poste, lo pintaron de blanco y se fueron. Los que presenciaron el hecho, quedaron impactados. Incapaces de articular palabra. Se fueron a acostar muy inquietos, algunos no durmieron. Humberto no sintió disparos,

aunque otros prisioneros dijeron que sí los hubo. Pasaron una noche macabra, hasta que al otro día, cuando salieron a la cancha, vieron que el patibulo ya no estaba.

En el intertanto, uno de los prisioneros dijo que había piojos en la celda, así que al día siguiente, un par de militares los sacaron del lugar de a uno y los hicieron correr por un pasillo hacia la cancha. Allí había dos tipos vestidos con buzos y un bombín de gran tamaño con el cual iban rociando con tanax a cada uno de los prisioneros. Después los enviaron a la galería con la orden de no sacarse la ropa. Fue muy desagradable la experiencia. Apenas pudieron esperar a que les permitieran volver a la celda para tratar de usar una de las duchas que había. "Pero fue peor porque el tanax reaccionó con el agua y la piel ardía". Al final les cambiaron la viruta y las mantas. Con todo, Humberto nunca encontró un piojo.

Por lo general, debían hacer ejercicios todos los días, corriendo por la pista de ceniza. También tenían que cantar la Canción Nacional, incluyendo, por obligación la estrofa de los valientes soldados. En ese momento, bajaban el tono a tal nivel que apenas se escuchaba un murmullo, pero al llegar a la frase "o el asilo contra la opresión", las voces se elevaban y terminaban en un grito. Era su desahogo.

Había un militar de baja estatura al que apodaron Condorito, que aparecía de repente. Un día llegó y se instaló en medio de la cancha.

-¡Atención los prisioneros y prisioneras! Para todos los prisioneros del campo. la libertad para caminar es el césped, cualquiera que salga de la línea de arcilla, es campo vedado y será abatido...

Fue cuando Gutiérrez se percató que había ametralladoras instaladas en lo alto del recinto, apuntando a los presos. "Recién en ese momento la vi. No me había dado cuenta antes". Por cierto que con esas armas no había ninguna posibilidad de cruzar la línea de arcilla.

Los días seguían avanzando, hasta que en cierta ocasión aparecieron por el Estadio unos



funcionarios del Club Deportes Concepción. Querían reparar las graderías y otras instalaciones y pidieron voluntarios.

Humberto consideró que era una buena instancia para hacer algo distinto y aprovechar el tiempo, así que se ofreció. Fueron 25 los que finalmente integraron la cuadrilla. Recibían como pago el rancho mejorado, los mismos porotos, pero con algo más. Era la comida que recibían los militares en el Estadio. Y en la tarde llevaban café con leche y pan.

"Fue el pan y el café más insultado que me he comido. Nos gritaban de todo, qué no nos decían, lo mismo ocurría cuando llegábamos a la galería, aquí vienen los tales por cuales... ya veía que los compañeros nos pegaban..."

El trabajo realizado estaba quedando muy bien. Pintaron y cambiaron los tabloneros podridos de las aposentaduras del Estadio. Estaba en esa faena, cuando Humberto se percató de algo que antes no había visto: en el sector que daba hacia la carretera, había una vieja puerta de madera. Le lanzó un tablón, a modo de prueba, y constató que se había hecho un hueco. Fue cuando se le ocurrió la idea de fugarse. De alguna forma lo había pensando antes, sobre todo luego de la muerte de Carrillo.

"Me empecé a impregnar de terror, que nos iban a matar, que esto no se iba a terminar, que adentro estábamos inseguros, me pase muchas películas con esto de las armas y el Plan Z, así que pensé que debía intentar salir, y empecé a preparar mi escape".

Ya tenía claro que en la tarde no los contaban y mucho menos se pasaba lista, sólo los hacían formar una fila. Y después ni siquiera eso. Los sacaban como un rebaño y en la misma calidad los hacían ingresar a sus celdas. Y si bien Humberto quería fugarse, no se atrevía, tenía miedo de arriesgarse y que todo saliera mal. Pensaba salir de noche, cruzar la carretera y llegar al cerro que estaba al frente del Estadio. Sin embargo, el problema era para dónde ir. Imaginaba que debía esconderse y al otro día tratar de llegar al centro de Concepción

y tratar de refugiarse en alguna iglesia. Pero el plan no terminaba de convencerlo por el alto riesgo que implicaba. Así que finalmente no lo hizo.

Días de visitas

Llegaba fin de año y otro hecho modificaría un poco la rutina que ya se había instalado entre los detenidos, en especial en quienes llevaban un prolongado tiempo encerrados en el Estadio.

En días previos a la Navidad, se había informado que un número importante de prisioneros recibiría visitas. No todos aparecieron en la lista publicada por los diarios locales. Un par de ellos había quedado en libertad, como ocurrió con Juan Obreque que había salido antes para que continuara preparando jarabe en la CCU. Eso sí que Pascua y Año Nuevo los pasó recluso en la Cuarta Comisaría.

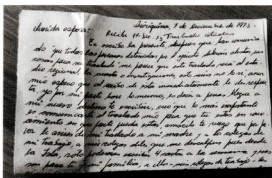
La situación de Eguerson Vásquez tuvo ribetes bien particulares. Su nombre no estaba en la nómina porque sería puesto en libertad en los días previos. Era un buen grupo el que saldría, al menos un centenar. Estaba también Omar Sanhueza, dirigente el carbón.

Ese día, Eguerson repartió entre sus compañeros de celda las cosas que le había enviado su mujer y se preparó para la salida. Cerca de las 7 de la tarde, el grupo que quedaría libre estaba formado, cuando les dieron la orden de salir.

Omar y Eguerson se acercaron a la puerta y antes de cruzarla, levantaron el puño y gritaron: ¡Hasta siempre, compañeros!

Entonces se escuchó la voz del capitán Sánchez: "Estos dos, para adentro".

Los llevaron a la sala de guardia y los empezaron a interrogar y a amenazar. Vásquez ya había tenido una discusión con Sánchez cuando se alistaba su salida. Al momento de confirmarles que quedarían libres, los empezaron a llamar para firmar un documento.



Cartas de Egursion Vásquez a su esposa.

-Quiero leerlo, dijo Egursion cuando lo tuvo en sus manos.

-No, firme no más –le exigió Sánchez.

-No, tengo que leerlo –profió, y se puso a leer el papel. En un párrafo decía que se comprometía a no levantarse nunca más contra el gobierno legalmente constituido.

-No firmo esto - dijo apenas lo leyó y empezó a discutir-. No voy a firmar esto porque jamás me he levantado en armas contra el gobierno constitucional, han sido otros.

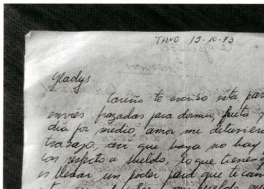
-Sí no la firmas, no te vas libre.

-Aquí o afuera estoy preso igual-seguía alegando-, porque Chile tiene una alambrada muy larga. Después de una larga discusión, a Egursion no le quedó otra opción que firmar.

“Así que ya había tenido mi encontrón en la rematé con esto otro. Nos tuvieron en la guardia con amenazas, que iba a seguir nuestra investigación y ahí me di cuenta que la libertad que nos daban era porque no teníamos cargo alguno, nadie se había hecho responsable de la detención nuestra, no estábamos ligados casi con nadie...”

Así que regresó a su celda y sus compañeros quisieron devolverle las cosas, pero no aceptó.

Los que sí figuraron, se prepararon con el nerviosismo y la ansiedad propia del momento.



Gastón Fierro fue uno de los que recibió visita el viernes 21 de diciembre, en la tarde. Su señora fue a verlo, y aunque los detalles de ese momento se le borraron, recuerda que estuvieron sentados en una banca, tomando once. El tiempo fue corto y estaban muy vigilados, después de ello fue un momento “muy emocionante, después de tanto tiempo sin vernos...”

A Manuel Pereira lo fue a visitar su padre. La correspondió el sábado 22 en la mañana. Para ambos fue conmovedor. Su progenitor lo tocaba como para convencerse que era su hijo y que se encontraba bien. Le preguntaba cómo estaba, cómo lo habían tratado, cómo se sentía. Las palabras se atropellaban y Manuel trataba de tranquilizarlo, no podía decirle que lo habían torturado y todo el padecimiento que había experimentado. Además, estaban muy vigilados y el tiempo era escaso. Con todo, fue un alivio reencontrarse después de tres meses sin verse.

A Enrique Sanhueza lo fue a ver su esposa. Le tocó en el último grupo de 55 detenidos, que recibieron a sus familiares la tarde del sábado 22 de diciembre. Lo recuerda como un momento triste.

“Ella iba siempre al Estadio para tratar de saber algo de mí y al final no tenía ninguna información. Era triste eso”.

Lo que más se le quedó grabado de ese momento es la presencia de unas ametralladoras *“como de esas de los mexicanos, con correas de bala y los compadres apuntaban a donde estaban nosotros para amedrentarnos”*. Tampoco fue una visita larga, no más allá de media hora.

Salida del Estadio

Además de Juan Obreque, que fue dejado en libertad antes de fin de año, Humberto Gutiérrez tampoco estaba en el Estadio para enero de 1974.

Habían transcurrido unos cinco días desde que lo interrogaron, cuando apareció un gendarme a darle una orden.

-Agarra tus cosas y te vas.

Era cerca de la una de la tarde, de un día que no recuerda, pero que cree fue en diciembre.

Tomó su bolso y su chaquetón de castilla; le devolvieron su cinturón y sus cordones y lo condujeron por un pasillo hasta la guardia, junto con otro prisionero, donde lo esperaba el capitán Sánchez.

-Ustedes se van, pero si caen detenidos de nuevo no lo cuentan- les dijo a modo de despedida.

Antes, les entregó un papelito donde decía que habían sido interrogados.

Para Humberto el trayecto desde la oficina hasta la reja, que no deben haber sido más de quince metros, se le tornó eterno. Avanzó como en cámara lenta y cuando ya estaba en el acceso, temía que en cualquier momento lo tomaran de nuevo y no pudiera salir.

Sin embargo, traspassó la puerta sin inconvenientes y ya en la calle, cruzó hasta el servicentro ubicado al frente del Estadio, donde tenía unos amigos que le pasaron dinero y así pudo abordar ahí mismo un bus que lo llevó hasta Coronel. Cuando la micro cruzó el puente Bío Bío, se hizo el dormido en el asiento tratando de camuflar su barba—que nunca se quiso cortar en el Estadio— para que el militar que custodiaba el viaducto no lo viera. Una vez salvado ese escollo, se relajó y llegó sin novedad a su destino.

A la cárcel o a Chacabuco

Los detenidos que aún quedaban en el Estadio, cerca de 200, tuvieron destinos distintos.

Unos fueron trasladados al norte y a otros los llevaron a la Cárcel Pública de Concepción. Los que no tenían procesos judiciales en contra, ya habían recuperado su libertad.

Manuel Pereira fue uno de los que llegó al presidio local. El día del traslado, hubo un gran movimiento en el Estadio. Los presos fueron divididos en grupos. Más de 50 fueron separados del resto y sacados del recinto en buses con destino desconocido, hasta ese momento.

Cuando todos estaban en la cancha, Manuel tuvo un gesto temerario. Se salió de la fila donde estaba y cruzó hasta donde se encontraba su amigo Gabriel Reyes—quien junto a otros prisioneros sería llevado al campo de concentración de Chacabuco, en el norte— para entregarle un Nuevo Testamento que tenía en su poder. Fue algo tan osado, que dejó sin reacción a sus guardianes.

“Fue un gesto muy peligroso. Estábamos formados, y yo quería entregarle ese obsequio a Gabriel porque era mi amigo. Me dijeron que no lo hiciera, lo pensé, pero igual lo hice. Felizmente no me hicieron nada por ser rebelde”.

El traslado a la cárcel de Concepción se concretó en la noche.

“Iban tanquetas adelante y atrás y en cada bus dos militares con ametralladoras y así llegamos a la cárcel. Allí el alcaide Santiago Ocampo me fue a saludar. Llegamos a la parte de atrás de la cárcel no con los reos comunes, sino donde había estado la biblioteca. Ahí nos habilitaron un espacio, con paja en el suelo para que durmiéramos, porque no había camas...”

En el grupo también estaba Egerson Vásquez, quien recuerda el gran alboroto que se produjo con ocasión del traslado.

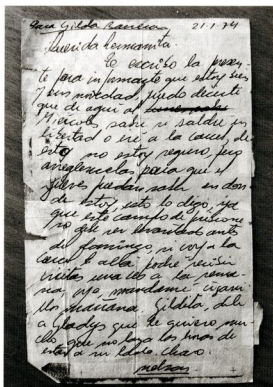
"Cuando salimos no nos dijeron que nos llevaban a la cárcel, nos llevaron en los furgones de los gendarmes y había mucho alboroto. Llegamos a la cárcel como a la una de la mañana..."

Entre sus recuerdos conserva un mensaje que le escribió a su hermana, en el reverso de una cajetilla de cigarrillos y que está fechado el 21 de enero de 1974.

"Querida hermana: Te escribo la presente para informarte que estoy bien y sin novedad. Puedo decirte que de aquí al miércoles sabré si saldré en libertad o iré a la cárcel, de esto no estoy seguro pero arréglenselas para que el jueves puedan saber en dónde estoy, esto te lo digo porque este campo de prisioneros debe ser levantado antes del domingo..."

La misma suerte corrieron Gastón Fierro, Ricardo Moscoso y Enrique Sanhueza, este último no recuerda el día exacto, pero sí que el traslado se hizo de noche, en medio de un gran operativo, donde los apuntaban y amedrentaban por si alguno tenía alguna leve intención de fugarse.

La permanencia en prisión fue distinta para cada uno de ellos. Algunos fueron procesados y a otros, en cambio, nunca se le acusó formalmente. Lo cierto es que a todos, la experiencia de la prisión política les quedó marcada para siempre.



Querida hermana 21/1/74
Querida hermana
Te escribo la presente para informarte que estoy bien y sin novedad. Puedo decirte que de aquí al miércoles sabré si saldré en libertad o iré a la cárcel, de esto no estoy seguro pero arréglenselas para que el jueves puedan saber en dónde estoy, esto te lo digo porque este campo de prisioneros debe ser levantado antes del domingo...
Eguerson Vázquez

Mensaje de Eguerson Vázquez a su hermana.

La mano amiga del Padre Camilo

Apenas habían transcurrido unos días después del golpe militar del 11 de septiembre de 1973, cuando el sacerdote Camilo Vial Risopatrón –en ese momento asesor del Movimiento Schönstatt en Concepción–supo que en el Estadio Municipal había personas detenidas. Junto al padre Sidney Fones visitaron al Arzobispo Manuel Sánchez Beguiristain y le expresaron su preocupación por lo que estaba ocurriendo.

Un par de días después del 18 de septiembre, y con los permisos correspondientes, fueron al Estadio con el Arzobispo Sánchez. Los recibió el encargado, el capitán Sánchez, quien les dispuso una buena acogida. Más cautelosos fueron los presos y sus familiares. *“Estábamos bien inquietos porque no sabíamos cómo nos iban a recibir, ya que en general a la gente de Iglesia la consideraban del*

otro bando. Así que esa primera visita fue difícil, pero encontré algunas personas que me conocían y pudimos hacer el primer contacto”.

Fue un golpe fuerte para ellos, especialmente para el padre Camilo Vial, comprobar que en lo que fuera un centro deportivo, había en ese momento cerca de mil personas prisioneras como consecuencia del golpe militar.

A la salida del recinto, el Arzobispo Sánchez le encargó que se preocupara de los presos y sus familiares. *“Poco a poco nos fuimos ganando la confianza de militares y prisioneros”*, relata.

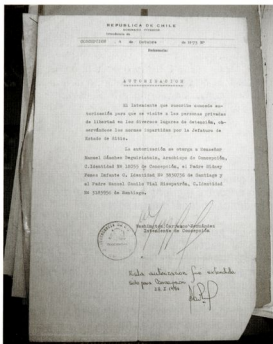
Fue así como de a poco la imagen del padre Camilo se fue haciendo conocida y necesaria. Al comienzo iba cada dos días, pero rápidamente modificó su itinerario y empezó a ir diariamente. Para ello contaba con el permiso del intendente de Concepción de la época, el general Washington Carrasco Fernández, quien firmó una autorización con fecha 4 de octubre de 1973.

“El intendente que suscribe concede autorización para que se visite a las personas privadas de libertad en los diversos lugares de detención, observándose las normas impartidas por la Jefatura de Estado de Sitio. La autorización se otorga a Monseñor Manuel Sánchez Beguiristain, Arzobispo de Concepción, el padre Sidney Fones Infante y al padre Manuel Camilo Vial Risopatrón”.

Con ese documento en mano, el padre Camilo facilitaba su ingreso a los recintos de detención de

Padre Camilo Vial.





Concepción. Eso también le permitió interceder ante las autoridades de la época para que dejaran libres a ciertas personas y así mitigar los impactos de la tortura.

Por esos días, la esposa de uno de los detenidos, el doctor Carlos Hinrichs, estaba por dar a luz un niño, así que el doctor le encargó al padre Camilo que le comprara flores. Lo hizo y se las fue a dejar, en su nombre, al Sanatorio Alemán. Gestos como ese, permitieron que se fuera ganando la confianza de los prisioneros.

En la afueras del Estadio, donde cientos de personas aguardaban impacientes, nerviosas y hasta temerosas, para saber algo de sus familiares detenidos, también empezó a crear vínculos. En octubre fue posible contar con una casa, ubicada en Barros Arana con Ainavillo, -gracias a que el

Arzobispo así lo dispuso- donde funcionó, primero el Comité Pro Paz, más tarde el Departamento de Servicio Social y finalmente la Pastoral de Derechos Humanos. “Ese era el lugar de encuentro y de acogida”.

Fue ese contacto humano con los prisioneros y con los familiares, el que fue dejando profundas huellas en el padre Camilo. *“Me cuidaba de sus necesidades personales. En algunos casos conversaba con el encargado del campo para conseguir algunos favores para ellos. También hablé con el intendente y otras autoridades para mitigar algunas situaciones y para recomendar a ciertas personas”*.

También fue una especie de mensajero, llevando y trayendo cartas y notas o, a veces, sólo recados verbales, para que tanto los detenidos como quienes esperaban por ellos, supieran cómo estaban.

Esa experiencia aún permanece fresca en la memoria del sacerdote: *“El contacto fue muy bueno, en poco tiempo me ganó la confianza y eso me permitió mitigar muchos dolores; objetivizar la situación de los prisioneros y la libertad de muchos. Incluso buscar a algunos desaparecidos y salvarles la vida...”*

Lo cierto es que esas vivencias generaron grandes cambios en las percepciones y creencias del padre Camilo, respecto de una realidad que él mismo reconoce no conocía: *“Uno pensaba que los comunistas se comían a los niños, como se decía entonces, y empezar a conocerlos, saber que tienen pensamientos, que celebran, que tienen hijos, me humanizó mucho, el dolor y la impotencia... A mí me allanaron una vez como a las 3 de la mañana. Teníamos una escuela de jóvenes, andaban buscando a un chiquillo. Tiritaba de frío, de miedo y también de rabia por lo que estaban haciendo y porque no podíamos entendernos sin una metralleta y sin pensar mal de los otros...”*

Cuando ya su presencia no generaba reticencias, el padre Camilo empezó a llevar algunas películas sobre la vida de Jesucristo y los misterios del

Rosario, para proyectarlas a los presos. Muchos hicieron la relación con la pasión de Cristo y la situación que estaban viviendo. *“Quiénes asistieron a esas presentaciones lo hicieron con mucho respeto y creo que sirvió mucho al espíritu de los detenidos. También les llevé algunos libros...”*

En dos oportunidades ofició misa en el Estadio. Fue otro momento impactante cuando los presos, al momento de dar la paz, ofrecían su mano a los gendarmes que los custodiaban. *“Muchas asistían a misa, hombres y mujeres, con gran respeto. Muchos se reencontraron con su fe en el Estadio.”*

Si hay algo que le costó asumir fue que en el centro de detención del Estadio se torturara. Los mismos prisioneros se lo habían comentado en varias ocasiones, pero el padre Camilo se resistía a aceptarlo. Hasta que le tocó ver a un par de ellos cuando recién salían del interrogatorio, en muy mal estado, golpeados y vejados. *“Me convencí que todo era verdad. Me tocó ver salir a algunos del lugar donde los habían torturado, con golpes y aplicación de corriente. Creo que mi presencia mitigó todo eso, pues yo conversaba con las máximas autoridades encargadas del proceso y conseguí muchas cosas.”*



Camilo, amigo

Entre quienes conocieron al padre Camilo en la adversidad del encierro, sin saber qué pasaría con ellos, con la incertidumbre de la larga espera y de los días inciertos, hay agradecimiento por su labor, por su acompañamiento, por el compromiso con que asumió la tarea encomendada por el Arzobispo Sánchez. Y así lo recuerdan.

Emilio Cisternas Peña: *“La transformación que tuvo Camilo Vial me quedó grabada, yo creo que se le abrió la mente un día que vio a una compañera que la torturaron y la tiraron a la cancha, y justo llegó el cura, la vio y fue a reclamarle al capitán Sánchez. Creo que ahí empezó su transformación... Y él también me cambió a mí, sin convertirme en creyente, pero sí en cuanto a la que hizo, nunca le voy a dejar de agradecer, sería una ingratitude extrema. Hubo un problema con un compañero que me acusó de tener unas armas y el cura sabía y me explicaba que tuviera cuidado. En lo personal soy un agradecido, se transformó y uno también en el afecto y la solidaridad...”*

Dagoberto Reyes Contreras: *“Nunca sentí distante al padre Camilo, siempre estuvo atento a la gente que estaba, llevando y trayendo mensajes, iba cada tres días al comienzo y después lo hizo a diario, incluso iba a las casas de nuestras señoras a conversar con ellas. Camilo se las vivió todas, iba a mi casa, le daba fuerza a mi mujer”.*

Julio Muñoz Vinet: *“Recuerdo que el cura Camilo Vial hablaba mucho con el capitán Sánchez, se daban largos paseos por la pista, nos mirábamos caminar y luego el cura iba a conversar con nosotros. Tenía la misión de hacer su trabajo pastoral entre nosotros. El tenía todo el cuento del Plan Z en la cabeza y entonces nos decía cosas y nosotros le contábamos todas las tribulaciones por las que estábamos pasando y a veces decía: “pero ustedes también se lo buscaron” y nosotros nos largábamos a reír, y le decíamos: cómo puede creer semejante cosa, es un pretexto. Como él hablaba con mucha gente de a poco se fue dando cuenta de que no había por dónde nosotros hubiésemos ideado algo así, creo que eso fue muy importante. Nos trajo una*

guitarra, y ese acto cambió las relaciones entre nosotros, abrió una puerta, un espacio de escape, obviamente no cantábamos ninguna canción de protesta, cantábamos cualquier cosa. Los días domingo ideó hacer un acto litúrgico y eso hacía que nos encontrásemos de nuevo en otro espacio, en otra relación...”

María Eugenia Aguayo: “Quien nos acompañaba en ese proceso viendo cómo se endurecía el trato hacia nosotros, era el cura Camilo Vial, que se sensibilizó con esto y que fue trabajando con nosotros su horror porque al principio tampoco sabía, no creía mucho, no le cabía en la cabeza, por eso la presencia suya fue una compañía importante en el sentido que nos hacía reflexionar desde su punto de vista que era bastante más incrédulo que nosotros, respecto de lo que podía suceder en esta situación y cuando le íbamos contando lo que ocurría se descomponía mucho...”

Mario Benavente Paulsen: “Llegaba el padre Camilo en las noches y él creía que nosotros éramos poco menos que criminales. Una noche estábamos ahí conversando, es decir, yo no hablaba con nadie, para mí todos eran desconocidos y además no podía hablar de nada porque no sabían cómo iban a reaccionar los demás, así que tenía el saco de dormir y me quedaba durmiendo entre comillas, porque escuchaba todo lo que decían y en las noches llegaba el padre Camilo. Y él decía, por qué nos habíamos portado tan mal. Una noche sentimos

unos gritos y unos pasos por la galería, era un muchachito de las juventudes socialistas creo, que lo traían arrastrando, lo habían torturado recién y el padre Camilo no creía, entonces le dijeron: “vea si están torturando o no”, llegó demudado, pálido y sólo nos dijo buenas noches. Desde entonces noté que Camilo había cambiado...”

Guillermo Delgado Moreno: “En algún momento se empiezan a hacer misas y ahí conocí al padre Camilo, él sabía de mi caso, mi mamá se había movido. Al principio llegó como un cura más que quería hacer una misa, pero después se dio cuenta que su tarea no era esa no más y cambió su actitud. El también era joven, como éramos chicos creo que se sensibilizó un poco más, establecí un nexo, y él con mi familia, supo más de mí, me traía cosas...”

Pedro Umaña: “Recuerdo las noticias que nos entregaba. Era un momento de relaxo cuando él estaba, porque no llevaban a nadie a torturar. Nosotros reconocíamos la labor que desarrollaba, cualquiera que hiciera lo que él hacía iba a poner en riesgo su pellejo. Por eso las personas que se dedicaban a hacer eso merecían nuestro reconocimiento y gratitud.”

Manuel Pereira Opazo: “Fue muy importante la ayuda del padre Camilo, que tuvo acceso a entrar al Estadio, gracias a que monseñor Sánchez lo envió para escuchar nuestros relatos. Mucha gente conversó con él. Así pudo conocer quiénes éramos y nuestros padres. Mi madre, por ejemplo, vivió todos los días el calvario de estar fuera del Estadio esperando noticias y el padre Camilo me decía: tu madre es una persona que vive en el Estadio, yo le digo que se quede en su casa, pero no es posible”. Y me pedía que estuviera tranquilo, que rezara y que le pidiera al señor que me ayudara a tener paciencia. El empezó a llevarnos películas sobre el nacimiento de Cristo y nos instalábamos en las tribunas mirando hacia la cancha donde se proyectaban en un telón y eso nos ayudaba porque sentíamos que alguien se preocupaba por nosotros”

Gabriel Reyes Arriagada: “En medio de nuestra rutina, tuvimos la oportunidad de conocer al padre

Obsequio de los prisioneros al Padre Camilo.



Camilo Vial, un sacerdote “cuarentón”, amable, simpático, culto, quién por encargo del Arzobispo de Concepción, visitaba todos los días por la tarde a los prisioneros del Estadio Regional. Su figura alta y su traje marenco, lo hacían distinguirse fácilmente entre los cientos de personas que compartíamos lo que, según creíamos, sería un encierro de corto plazo... Era raro ver a este curita entre militantes de izquierda, tradicionalmente “ateos” y militares fascistas y torturadores cuidando que los comunistas-socialistas-terroristas no se escaparan del recinto deportivo transformado en una gran prisión... En poco tiempo conocimos la capacidad de diálogo que caracterizaba al padre Camilo y que ya se quisieran nuestros líderes políticos. Comprensivo, “buen verbo” y obviamente, con las convicciones propias de alguien que proviene de un grupo de origen conservador como el Movimiento de Schoenstatt... En las graderías del Estadio, cada tarde se le esperaba con cierta ansiedad y aunque de las conversaciones que sosteníamos con él -en las que hasta se hablaba de religión- desprendíamos que no le había gustado para nada el gobierno del Presidente Allende. En esos diálogos tenía la virtud de transmitirnos “la sensación ambiente” de lo que pasaba en la ciudad y en el país. Luego, la correspondencia entre los detenidos y la familia, que al principio fue bastante clandestina, se “institucionalizó” en un acuerdo de la Iglesia, la Cruz Roja y los militares. Además, el padre Camilo, ayudaba a resolver problemas producidos por la detención repentina: sueldos, alimentación, cuestiones judiciales, etc. Muchas veces llevé libros, comida, cigarras, etc. A más de alguno debió notificarle del fallecimiento de un familiar, dolorosa tarea ya que esa persona no podía asistir a los funerales de su ser querido ... A sus 38 años de edad cumplía a cabalidad el precepto bíblico de dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento y visitar a los perseguidos en la cárcel”.

Al padre Camilo Vial Risopatrón -que desde 2013 reside en Santiago, luego de haberse desempeñado como Obispo de San Felipe y de Temuco- la experiencia vivida en el Estadio Municipal de Concepción lo ha acompañado siempre. Y le dejó huellas profundas.

“Me hizo crecer en todas direcciones. Conocer todo el proceso derivado del golpe. Abrirme a las personas que pensaban distintas a mí. Sensibilizarme para el sufrimiento de las personas. Conocer la formación de los uniformados y también la maldad de ciertas personajes. La falta de respeto por la vida y la difícil situación a la que habíamos llegado en Chile. El poder de la oración y la importancia de la fe. El miedo en muchas situaciones. Conocer la importancia del diálogo, de dejar los prejuicios afuera. La bondad del corazón de las personas con las que sufren...” Y tan importante como eso, es que se hizo de muchos amigos con los cuales aún mantiene contacto, con el mismo respeto y afecto de siempre.

Camilo Vial Risopatrón fue Director del Departamento de Servicio Social del Arzobispado de Concepción correspondiente a la Vicaría de la Solidaridad entre 1973 y 1980; y Director del Departamento de Pastoral Familiar en Concepción entre 1978 y 1980.

Fue ordenado sacerdote el 16 de julio de 1961, en Friburgo, por don Manuel Larraín, Obispo de Talca. Ingresó al Instituto de los Padres de Schönstatt al momento de su fundación en 1965.

Sobre su figura, Gabriel Reyes escribió: *“No me cabe duda que su compromiso cristiano con los perseguidos y su gran sensibilidad social demostrada hasta el día de hoy, fueron determinantes a la hora de ser nombrado Obispo de la Iglesia Católica. Leo en su biografía que su lema Episcopal es “Buen Pastor, Padre de los pobres”. ¿Podría alguien dudar de lo bien escogido que fue este lema y de la capacidad de practicarlo por parte del Padre Obispo?”*.

"Llegó harta comida para la Pascua, no es que haya llegado una enorme cantidad, pero comparada con la que teníamos, era bastante. Los familiares hicieron mucho esfuerzo; los gendarmes se portaron muy bien. En el camarín, donde yo estaba, apareció una chuica con cola de mono, después supimos que uno de los gendarmes le dijo a una de las señoras: "oiga, pero no le traigan puro pan a los cabros". Y qué les dijeron, al ratito apareció una chuica con cola de mono y la ingresaron".

Hubo también un primo de los Umaña, que era militar, que llevó una bolsa con comida de aquella que se sirve en las fiestas -aunque Carrillo no recuerda con exactitud qué era- y que se compartió también en esa ocasión. De actividades especiales para la fecha, no tiene memoria. Sí que en su camarín hubo canto y actividades de ese tipo, pero nada masivo.

Distinta es la visión que tiene Freddy Cabrera. A su mente viene una actividad pública que se hizo para la ocasión, donde Emilio Cisternas ofició de locutor -como en sus tiempos en radio Araucanía, antes de su detención-. Eso surgió, según Cabrera, luego de ponerse de acuerdo y nombrar delegados de celda para que en cada grupo se realizara una actividad.

"Había un pozo de lanzamiento que sirvió como escenario natural y cada celda presentó algún número, los que sabían recitar, los que sabían cantar, me acuerdo del compañero de Talcahuano, Alejandro Sepúlveda, que era del partido y fue dirigente del colegio de Profesores, como era medio poeta, escribía y creaba. Se hizo una especie de acto, con cantantes, fue para todos. En la noche cada celda hizo un ponche de fruta, y se permitió una especie de intercambio en los túneles del estadio. El Año Nuevo fue menos activo".

Gustavo Sáez fue otro de quienes permanecía detenido hacia fines de 1973. Habla de una "pequeña fiestecita" que se hizo para la ocasión, incluso amenizada con una botella de whisky que nadie sabe cómo dejaron pasar.

Aunque María Eugenia Aguayo dice que el Año Nuevo lo tiene "totalmente borrado", aún conserva algunas vagas imágenes de lo que fue la Pascua. *"Hicimos un show con un conjunto musical y cantamos, fue la forma que tuvimos de tratar de pasar Navidad".*

Ricardo Moscoso también recuerda sin grandes detalles que en esa fecha se hizo algo especial, cantar, recitar... *"Se discursó, se lloró también. Por ahí trajeron algunos queques y jugos..."*

Jorge Chamorro tiene en su memoria el acto que se organizó para esa oportunidad con la participación de Nazich Pauluan, que dirige el coro, la locución a cargo de Emilio Cisternas y la actuación de Sergio Lidid. *"Se hizo una representación para Navidad, eran ideas de Sergio. Fue muy entretenido, y como lo tiempos estaban muy duros, que se haya hecho algo así fue emocionante".*

Menos festivos son los recuerdos que tienen Rita Navarro y Manuel Pereira. Ellos pasaron esas fiestas incomunicados, aislados del resto de los prisioneros, tan sólo escuchando de lejos lo que les llegaba de lo que pasaba afuera.

Rita Navarro dice que pasó Pascua y Año Nuevo incomunicada. *"Al día siguiente de haber llegado al Estadio, me mandaron incomunicada. Desde mi encierro, escuchaba las canciones y la fiesta de Navidad para los hijos de los milicos. Cuando estuve allí, las chiquillas me enviaban chocolates y la señora Alicia me daba té, incluso en la noche me llevaba un saco de dormir así que dormía calentita, al otro día en la mañana, se lo llevaba..."*

Los recuerdos de Manuel Pereira son más dramáticos. Fue una fecha muy triste para él porque fue torturado poco antes de que terminara el 73.

"Calculo que como a la 6 de la tarde me sacaron de la cancha y me llevaron a la guardia donde me esposaron y me engrillaron las piernas. Dos militares me trasladaron hacia el lado de calle Tegualda, donde estaba la Empresa de Transporte

Colectivo del Estado, ETC. Me encerraron en una pieza oscura, con paja, con una puerta metálica y candado y ahí me dejaron sin decirme nada..."

Las horas pasaron y Manuel seguía encerrado, a oscuras, sin saber qué pasaría con él. En el silencio de la noche, sintió unas campanadas y pensó: "Son las doce de la noche". Se puso triste y la incertidumbre aumentó. Algunas horas después, sintió pasos, alguien se acercaba a donde él estaba. El ruido de un manajo de llaves lo puso en alerta.

Escuchó una voz: "Aquí está este conche..." y entonces optó por hacerse el dormido, acurrucado en la pieza. Se abrió la puerta y con una linterna alumbrando el oscuro espacio, lo buscaron. Cuando lo ubicaron, le dijeron que se levantara. Pese a su miedo, se levantó.

-Aquí estoy- dijo y asustado preguntó: ¿Qué van a hacer conmigo?

-Levántate -le respondió un uniformado-. Así que vos era el que quería escapar... ahora te toca a ti.



"Me iban a fusilar, eso es lo que me dijo el sargento que andaba a cargo".

Lo engrillaron y esposaron y lo llevaron a la guardia donde había un teniente que calzaba botas negras y estaba con los pies encima del escritorio.

-Aquí está mi teniente, el mozo que se quería escapar. Este es.

Manuel lo miró fijamente.

-Ahora te va a tocar a ti, huevón -le dijo con fiereza-. Pero antes de morir, me tenís que decir los nombres con los que trabajabas en tu partido.

-Soy socialista hasta morir y no voy a denunciar a mis compañeros porque nada han hecho-

respondió Manuel.

-Llévenselo a la cancha- ordenó el teniente. Le sacaron esposas y cadenas llevándolo a la cancha.

-¿Ves el paredón? -le preguntó uno de los uniformados-. Ahí te va a tocar...

Manuel recordaba que esa noche, en la víspera de Año Nuevo, tenían la intención de celebrar en su celda, todos juntos, compartiendo lo que sus familiares habían podido enviarles. Y cuando lo sacaron de allí, todos quedaron muy preocupados.

Ya en la cancha, Manuel escuchó que le decían: "Te devuelves a tu celda". No lo podía creer.

"Cuando llegué, fue una cosa impresionante porque mis compañeros me abrazaban, me tocaban, habían estado todos en silencio, esperando las ráfagas de bala porque pensaban que en la madrugada me iban a fusilar. Ese fue el momento más triste de mi vida que nunca he olvidado..."

De las últimas en llegar

Familiar aguardando en ingreso al Estadio.
Foto Diario El Sur, 5 de octubre de 1973.



Fue de las últimas en llegar al Estadio en calidad de prisionera política. Era enero de 1974 y habían transcurrido cuatro meses desde que el principal recinto deportivo de Concepción se convirtiera en centro de detención y tortura.

Margarita Novoa tenía 25 años, dos hijos, uno de ellos era un bebé de pocos meses. Ella estaba haciendo un curso de auxiliar paramédico en el Servicio de Salud. No militaba en ningún partido, pero era simpatizante del gobierno de Salvador Allende. El año 1973 realizaba su práctica en el Hospital Regional de Concepción.

Como vivía en el centro, por lo general se iba al establecimiento caminando. Fue lo que hizo el martes 11 de septiembre de 1973. Al atravesar la Diagonal Pedro Aguirre Cerda, le extrañó que las calles estuvieran tan vacías. Eso era inusual, especialmente a las 8 de la mañana, cuando la gente circula rumbo a sus trabajos.

Su práctica la cumplía en el pabellón quirúrgico y aquel día estaba programada una operación, la cual no se concretó. *"El paciente quedó anestesiado y cuando dieron la noticia del golpe, todos salimos del hospital..."*

Antes de volver a su casa, le avisó a su instructora y se fue a su hogar que estaba en Colo Colo con Maipú. *"Corrí y corrí, no podía creer lo que había escuchado. De regreso ya no había gente en las calles. Se veía como todo vacío. Cuando llegué a mi domicilio encontré a mi marido quien no había alcanzado a irse a la pega, porque trabajaba y estudiaba en ese tiempo, así que estaba en la casa".*

Se quedaron en el hogar en la mañana y por la tarde decidieron visitar a unos amigos cerca de la Remodelación Paicavi. Fueron con sus hijos y regresaron caminando a su casa.

Pasada la primera impresión y tras permanecer un día más en su domicilio, Margarita Novoa decidió volver a estudiar, siguiendo su vida "en forma normal", haciendo lo que hasta ese momento ocupaba su existencia.

En esos avatares, le tocó presenciar un violento allanamiento al Hospital Regional, que le causó gran impacto. *"Muchos compañeros fueron golpeados por los militares. Fue algo trágico", recalca.*

Paralelamente en su casa, su marido empezó a eliminar aquello que pudiera considerarse peligroso, principalmente libros; alcanzó a sacar algunos y los llevó a un sitio para enterrarlos, pero nunca los recuperaron. El único gasto extra de Margarita y su esposo en esos años eran los libros y obviamente de izquierda. También algunos discos. *"Muchas cosas fueron quemadas y otras enterradas, era peligroso salir con cualquiera de esas cosas".*

Pasó el tiempo. Llegó la Navidad y el Año Nuevo sin que tuvieran noticias de algunos compañeros. Margarita continuó haciendo su práctica, mientras que su marido por primera vez en años tuvo vacaciones. Trabajaba en el Instituto de Fomento Pesquero, le dieron sus días de feriado legal y se quedó en la casa, ya que el hijo menor estaba aprendiendo a caminar.

Mientras Margarita cumplía su práctica en el Consultorio O'Higgins (ubicado en Salas al llegar a Barros Arana), un día llegó una compañera de curso de su esposo a ponerse una vacuna. Conversó con ella, porque era amiga de su marido y estudiaban juntos y había estado muchas veces en la casa.

Se puso una vacuna porque se iba al Perú y al día siguiente la tomaron detenida. *"Después supe que la acusación la había interpuesto el veterinario del Servicio, ni lo conocía y se me olvidó su nombre".*

Ya había salido del Consultorio, eran poco más de la cinco de la tarde y caminaba por Angol y en la entrada de la Galería Atken, la detuvieron un par de detectives. *"Me subieron a una camioneta o un jeep, no recuerdo bien y me preguntaron dónde vivía, yo les dije y les pedí que por favor pasáramos a mi casa que estaba en el camino para avisar y aceptaron".*

Cuando llegaron a la residencia de Margarita, uno de ellos la acompañó, el otro se quedó al final de la escalera. El tercero se paseó por toda la casa de su suegra y se puso en una escala que daba al patio donde ella vivía.

Entró a la casa y desde la misma puerta empezó a gritar el nombre de su marido. Buscó algo de ropa y partió.

La llevaron directo al Estadio Municipal. Allí la revisaron de una forma muy desagradable, recuerda, "porque estaba desnuda". Sintió miedo. Se preguntaba qué pasaría con ella en ese lugar.

Luego de la revisión, la enviaron a un camarín donde estaban las mujeres. Margarita dice que con ella, totalizaban 22 detenidas. La primera noche fue complicada. Una de las prisioneras, que era matrona, le convidó paja para que armara su cama y ahí intentó dormir. *"Tuve unas pesadillas que a la pobre la hice saltar, porque me puse a gritar en la noche", recuerda Margarita con cierta angustia.*

Por la mañana, les llevaron el desayuno consistente en leche aguada con café y un pan. El marido y el pololo de dos de las detenidas, cumplían esa tarea. *"Mientras se demoraban en repartir ese café aguado, ellos podían conversar un poco".*

Pasaban gran parte del día en las graderías y ya en la tarde, a veces, podían ocupar la cancha, lo que aprovechaban para caminar y caminar, además tomar sol.

Margarita conocía a varias de las presas: Ema Molinos, Nimia Jaque, Lily Rivas, Marcela Ávila, Carmen Sanhueza y Mary Báez, son los nombres que se le vienen a la mente.

Nunca la interrogaron durante su permanencia en el Estadio. Sólo cuando llegó le preguntaron un par de cosas, como su nombre, dónde vivía y otros datos más. *"En esos años uno de mis hermanos trabajaba en Asmar y me contaron que había llegado con una patrulla al Estadio y había entrado con metrallera en mano para saber de mí, más allá no sé. A él no le puedo preguntar porque falleció. Yo creo que fue verdad, me lo contó mi marido: Tu hermano se arriesgó por ti, me dijo. Y después lo echaron sin un peso"*.

No sabía nada de lo que ocurría afuera, estaba con miedo, la comida era mala y el espacio insuficiente. Tampoco había agua caliente en las duchas. Es lo que rememora con más fuerza Margarita, de esos días en el Estadio.

Recuerda la presencia del padre Camilo Vial, que ayudó a muchos prisioneros en su contacto con la familia. A él le pidió que pudiera ir a su casa a buscarle unos medicamentos que necesitaba.

También hubo gendarmes que colaboraron, *"porque nos permitieron recibir cosas y ayudaban a*

Foto de una detenida en el Estadio,
Diario Crónica, 3 de octubre de 1973.



sacar las cartas que escribíamos. Hubo gente buena que ayudó, arriesgándose mucho. Ellos estaban acostumbrados a tratar con delincuentes..."

Cerca del 18 de enero, escucharon que se nombraba a varias personas, entre ellas cuatro mujeres. Pensaron que iban a salir en libertad, pero no fue así. Las trasladaron, no saben dónde, pero poco después las devolvieron al Estadio.

Hasta que al día siguiente o poco después -no lo tiene muy claro- les avisaron que acomodaran sus cosas porque las iban a trasladar. Subieron a un furgón sin saber a dónde las llevarían. Eran siete mujeres que iban amontonadas. De repente alguien dijo: "Canten, chiquillitas" y empezaron a cantar canciones revolucionarias a voz en cuello, pensando que más de alguien podría escucharlas. Así llegaron a la cárcel. Las obligaron a caminar hasta el gimnasio donde había un escenario donde las dejaron. Al menos ya sabían dónde estaban y podían, de alguna forma, hacerlo saber a sus familiares.

"Mi hermana descubrió que subiendo el cerro podía verme, y empezó a gritar mi nombre y yo sentí que alguien me llamaba y miré al frente y estaba un pino huacho y ahí estaba..."

Margarita estuvo hasta el 1 de marzo en la cárcel. Nunca la acusaron formalmente de nada, y a la salida le entregaron un papel que decía: activista, mirista. Volvió a su trabajo y la enviaron al consultorio Lorenzo Arenas. Con el tiempo supo que la habían denunciado por hacer reuniones en el lugar de trabajo, algo que ella niega. *"A mí nunca se me ocurrió hablar de política en la pega, menos si había pasado todo eso. El que me denunció no me conocía. Tuve mucho rencor en ese tiempo, harta desconfianza y miedo de salir a la calle y andar sola"*. Al final se dedicó sólo a trabajar.

Pero sus hermanos fueron víctimas en la década de los ochenta, con relegaciones, detenciones, tortura, exilio, que marcaron no sólo a Margarita, sino también a Genoveva, Viviana, Gabriel y Rodolfo.

El Estadio Municipal como centro de detención en el relato de la prensa local de la época



Recién a comienzos de octubre de 1973, la prensa escrita local pudo ingresar al Estadio y difundir lo que se pudo ver y constatar. Por cierto, se trató de visitas bastante controladas y donde los presos poco o nada pudieron decir, por temor y también por desconfianza.

Uno de esos relatos fue firmado por Manuel Parra Trujillo y aparece en Diario El Sur del 5 de octubre, con ocasión de la visita que dos representantes de la Cruz Roja Internacional realizaron al recinto de reclusión.

Eran las 15:10 horas de ayer, cuando llegó hasta el Estadio Regional un vehículo que llevaba en su interior a dos representantes del Comité Internacional de la Cruz Roja y algunos periodistas de la ciudad.

Así iniciaba su relato Manuel Parra.

Las visitas extranjeras -agrega su nota- cumplan de esta manera con una de las finalidades de su viaje a Chile: visitar los locales en que se encuentran los detenidos, para observar la situación de éstos.

En los momentos en que iban a dar por iniciado el recorrido, se da a conocer que no es posible que les acompañen los reporteros, pues su trabajo es confidencial.

Momentos de incertidumbre para los representantes de los órganos informativos, pero luego todo se aclara. La orden era que una vez que los delegados del organismo internacional terminaran su labor, se les daría las facilidades a la prensa.



Después de unos minutos de espera, se anuncia a los profesionales de la comunicación que pueden proceder.

En su escrito, el periodista formula comparaciones entre la situación del recinto cuando se usaba para fines deportivos y en la que estaba en ese momento.

Aquellas largas colas habituales en las puertas del Estadio Regional, cuando se trataba de conseguir entradas para presenciar a la oncena morada, se han transformado hoy en pequeños grupos de personas que acuden hasta el lugar con el solo propósito de inquirir datos acerca de sus parientes que se encuentran detenidos.

La verdad es que al ingresar al recinto se advierte de inmediato el cambio de ambiente. La gente que corría con el objeto de lograr una buena ubicación en las graderías, se ha transformado en personal del Ejército y Gendarmería, que mantiene un estricto control en todos los sectores del lugar.

No se escucha el murmullo de la multitud, silbatinas ni aplausos, sino por el contrario, silencio.

La monumental obra que comenzó a construirse el año 1961, con miras a que sirviera de escenario a algunos encuentros del Mundial de Fútbol, se encuentra "apagada". No se oye el bullicio de esa multitud que asistió, por ejemplo, a esa inauguración que tuvo lugar el 16 de septiembre de 1962, oportunidad en que se enfrentaron River Plate, de Buenos Aires y Universidad Católica.

En las aposentaduras, las 43.340 personas que llegaron a presenciar el choque entre Colo Colo y Huachipato en el año 1970, son reemplazadas por 589 detenidos, que durante la visita de El Sur se protegen del frío y la lluvia bajo la marquesina. La cancha, de una superficie de 120 metros por 80, está desierta pues el agua no permite que quienes permanecen en el recinto puedan llegar a ella...

El último encuentro que allí se jugó fue aquel que ganara Deportes Concepción a Universidad de Chile, por dos contra uno, el 29 de julio del presente año.

Después describe lo que va observando a medida que recorre las instalaciones y descubre a los prisioneros en las graderías. Relata también sus reacciones ante la presencia de los representantes de la prensa.

Al subir los periodistas a la parte alta de las graderías y hacerse visibles a los detenidos, se escucha una silbatina de repudio y automáticamente la gente se comienza a mover hacia otro costado, al mismo tiempo que tratan de ocultar sus rostros con las frazadas o chaquetones que llevan sobre ellos. Las expresiones que se observan son significativas. El ceño fruncido, el habitual cuchicheo al oído y algunos gritos que piden que la prensa se retire.

Quienes están más cerca son mujeres que corren a esconderse, a excepción de una joven de buena presencia, que silbando se pasea de un lado a otro totalmente indiferente. En total hay alrededor de 40 y se encuentran ubicadas en el sector norte. No se ven caras conocidas... En la parte sur se hallan los hombres, que lucen un poco desgreñados, la mayoría de ellos con una barba un tanto abundante, aunque en ningún caso larga.

Algunos gritan: ¡bajen, que queremos conversar! Oye... tirate un cigarrito. De entre ellos, uno se identifica y dice: Yo quiero saber qué pasa conmigo. Hace veinticinco días que me tienen aquí y todavía no me entrevistan. En ese momento, el resto comienza a abuchearlo y por ahí se escucha decir "soplón". El, sin embargo, contesta diciendo que cada cual se defiende solo: "Déjenme..." Después grita: "Soy de Santa Bárbara...tengo problemas, estoy enfermo".

Luego se sabe que este caso y el de otras personas de Los Angeles es diferente, pues se encuentran en custodia y esperan ser llamados desde esas localidades.

Mientras los periodistas efectúan el recorrido, la gente se comienza a hacer visible y todos quieren decir algo. Alguien expresa que "el trato es bueno, pero todos queremos ir a nuestras casas".

En otro párrafo de su crónica, el periodista menciona a quienes ha podido identificar entre los detenidos.

Entre quienes permanecen en el lugar se pueden identificar algunas caras conocidas, como Jorge Antonio Bravo que trabajaba en la radio Simón Bolívar; Emilio Cisternas, dirigente de la ex Central Única de Trabajadores y un muchacho alto de tez morena que estudiaba en la Universidad de Concepción. Puede haber muchas más, pero en esa oportunidad no dieron la cara. Se escuchó por ejemplo, que en ese momento se encontraba en el lugar, Isidoro Carrillo, lo que no se pudo confirmar.

Cuenta también que los detenidos están distribuidos en siete camarines habilitados como dormitorios colectivos donde hay entre 50 a 70 personas. Las mujeres, dice, permanecen en un solo camarín.

Los detenidos están distribuidos en siete camarines que han sido habilitados de manera que cumplan la función de dormitorios colectivos. El número de personas que hay en cada uno de ellos varía considerablemente. Así, por ejemplo, hay algunos en donde están ubicadas cincuenta personas y



en otros en los que se encuentran alrededor de setenta. La distribución se ha hecho de acuerdo al orden de llegada exclusivamente.

Las mujeres ocupan un solo camarín y en él se nota la mano femenina. Las camas están arregladas cuidadosamente y existe un orden casi perfecto. Los de los varones, en cambio, sin estar desordenados, no presentan el mismo aspecto.

Al pasar de un dormitorio a otro se descubre la presencia de un grupo de mujeres que están sentadas en una banca y que, al ver a los reporteros, ocultan sus caras. En la mayoría se nota preocupación, aun cuando no falta aquella que mira con indiferencia. Una de ellas dice, ante la mirada interrogativa de los periodistas: "Estamos bien, no nos han golpeado... no tenemos moretones. Todo es como ustedes lo ven".

En ese momento se informa que están a la espera de ser atendidas por el personal médico, que dispone de una sala especialmente acondicionada para el efecto. El médico que está a cargo de la clínica puntualiza que diariamente se atienden 46

personas, aparte de aquellas que son atendidas en enfermería.

La atención médica se realiza durante todo el día, mientras que la dental – en una moderna clínica ambulante, con todos los elementos necesarios– tiene lugar una vez al día por espacio de tres horas. En ambas tienen prioridad aquellos casos más urgentes, pero siempre se trata de atender el mayor número posible de pacientes, explica el oficial.

En la oficina de recepción, el control es meticuloso. Hasta allí llegan los nuevos detenidos, al mismo tiempo que salen quienes ya han sido interrogados y se determina su libertad. También se reciben los paquetes que los familiares mandan a las personas que se encuentran retenidas.

Eso fue parte del relato que hizo Manuel Parra, luego de ingresar, el 4 de octubre de 1973, al Estadio Municipal penquista.

También estuvo diario Crónica

Pero diario Crónica había estado un par de días antes. El 3 de octubre de 1973, publicó en sus páginas centrales un reportaje de la periodista Mónica Verde, quien, tras conseguir las autorizaciones respectivas, había podido ingresar al Estadio Regional para constatar la situación que se allí se vivía.

“Los detenidos del Estadio Regional. ¡Cómo yo los vi! Se titula el artículo periodístico que tiene fotos del reportero gráfico René Orellana.

La entrada fue fácil. Iba en un vehículo militar, de tal manera que ninguno de los funcionarios de prisiones que cuidan el acceso me detuvo. Una vez frente a la persona encargada del campo, tuve que mostrar –como era lógico– mi respectiva autorización. Como ésta decía “autorizo a la señorita Mónica Verde para que visite el campo de detenidos”, la entrada fue fácil. Me antecedia un periodista francés, que desgraciadamente, no tuvo

No pude conversar con ninguno de los detenidos, porque así lo estipulaba la orden. Obediente a las normas, seguí al capitán que me guió hasta las graderías. Desde allí observé a una gran cantidad de detenidos, que no sobrepasaban los 400 incluyendo a 32 mujeres. Todos sin excepción se mostraron sorprendidos. Estaban ubicados en el centro de la cancha. Unos de pie, otros sentados o simplemente tendidos haciendo cualquier cosa.

Posteriormente bajamos al campo. Lo primero que vi fue a las 32 mujeres que allí se encuentran. Sus edades fluctúan –por lo que pude comprobar– entre 18 y 40 años. Están separados de los varones. En las graderías de tribuna, lo único que hacían era fumar o conversar entre ellas. De inmediato se dieron cuenta que era periodista y se mostraron reticentes a ser fotografiados. Comenzaron a taparse con sus frazadas o daban vuelta la cara. Algunas no lo hicieron, pero se escucharon algunas palabras que no alcancé a descifrar.

En el mismo momento en que avanzamos hacia el centro de la cancha –donde están los varones– las damas comenzaron a aplaudir, no sé con qué intención. Los hombres automáticamente nos dieron vuelta la espalda para no dejarse fotografiar. En cuanto uno se daba vuelta, venía una orden en sentido contrario y se arrojaban sus cabezas con las frazadas.

Caminan, fuman, juega dama o ajedrez, o simplemente conversan. Esta es su vida. Esperan pacientemente a ser interrogados, hasta que les llegue su turno. “Los interrogatorios son lentos”, nos dice el capitán, pero diariamente salen libres alrededor de 30 personas.

Personas conocidas hay muchas, pero desde lejos no las pude reconocer. Más que nada porque no se dejaban ver. Como dije antes no conversé con nadie, pero tampoco ellos me dirigieron la palabra. Crónica también estuvo presente durante la visita que realizaron los periodistas al Estadio Nacional de Santiago. La reacción de ellos fue totalmente



Nueva visita de CRONICA a Colloa

En el Estadio Regional un partido sin novedad

la forma de comunicarse. Los penquista son más reticentes. No me dijeron nada. Ni siquiera algún recado para sus familias. ¿Por qué? No lo sé.

En los párrafos siguientes, la periodista apunta a lo llama ola de rumores que se habría generado en torno a la cantidad de prisioneros que habría en el Estadio Regional. Cifra que, por lo demás, nunca estuvo totalmente clara.

Ola de rumores

Los rumores en Chile se han convertido en una peste. Entre los que circulan se dice que en el Estadio Regional hay más de dos mil detenidos, "lo que es totalmente falso-expresó el capitán-, ya que no hemos sobrepasado los 400". Esto simplemente porque todos los días sale un gran número en libertad.

La atención que reciben es óptima. Se alimentan con la misma comida de los militares, lo que específicamente ellos llaman "rancho". Tienen además atención médica y dental. Disponen

para ello de dos clínicas ambulantes muy bien equipadas.

La comunicación con los familiares es permanente. Aunque no se ha establecido el sistema de correspondencia, los alimentos y ropa se hacen llegar por intermedio del Centro de Atención Sanitaria, ubicado frente al Regimiento Chacabuco.

Allí se les informa cómo están sus detenidos y qué cosas necesitan.

Recinto

El lugar donde están los detenidos está muy bien custodiado por funcionarios de prisiones. ¿Cantidad? No sabemos. Pero por lo que pude observar la vigilancia es permanente.

"Lo que es preciso desmentir categóricamente —expresó el capitán— son ciertos rumores que circulan. Aquí no se maltrata a nadie. Todos sin excepción son bien atendidos. Tenemos órdenes expresas el General en ese sentido. Con esto se deja en claro —sobre todo para los familiares— que los suyos están bien. Sólo hay que tener un poco de paciencia, ya que los interrogatorios son largos. No puede haber equivocaciones en este sentido. De lo contrario la misma gente reaccionaría.

Una muestra palpable de lo que les acabo de decir es la frase "Mucha Gracias" que la mayoría de las familias ponen en los paquete que hacen llegar al Estadio. "Las personas están agradecidas de nosotros —dijo el capitán— porque las cosas las hacemos llegar de inmediato a los detenidos".

Entretenimientos

Como aquí lo que sobra es tiempo, mujeres y hombres se entretienen con diversos juegos. Damas, ludos y ajedrez, circulan de mano en mano. De esta forma, todos sin excepción, hacen algo.

Una de las cosas que más le agrada, y lo pude comprobar, son los diarios. Un integrante del Ejército se acercó hasta la cancha para entregarles algunos ejemplares de Crónica, lo que

desaparecieron en un segundo. Están deseosos de saber noticias y de esta forma se enteran de ellas.

Desde el día 19 en que empezó a funcionar este campo de detenidos, la vida de ellos es igual. Muchos se han ido y estarán en este momento contado a sus familiares que el trato no es malo. Sino todo lo contrario. El resto sigue siendo interrogado para comprobar su culpabilidad o inocencia.

Para mí esta fue una experiencia más como periodista. Traté de cumplirla con la mayor entereza y sinceridad. Soy mujer, de tal forma que lo que acabo de relatarles es la verdad. No he tergiversado nada ni me he guardado nada. Espero haber cumplido.

Abandoné el recinto en la misma forma que llegué. Aunque más tranquila por haber cumplido con un deber, cuál es de informar a toda la comunidad cómo se encuentran los detenidos. Están bien, y eso me dejó tranquila. Lo mismo pido a sus familiares. No tienen nada que temer. Su gente está bien atendida. Paciencia y fe es lo que se necesita para esperar los acontecimientos.

Crónica visita nuevamente el Estado

Pocos días después, el vespertino visitó nuevamente el principal centro de detención política de Concepción. Esta vez la nota no tenía firma. Apareció el sábado 6 de octubre bajo el título: "En el Estadio Regional un partido sin novedad".

A la inversa de lo que aconteció en la Isla Quiriquina, no se pudo dialogar con ninguno de los ahí reclusos, recibiendo solo algunas declaraciones de viva voz gritadas por los detenidos desde el sector de la tribuna numerada hasta las populares (por el lado de donde quedan las casetas de radio) que es donde se ubican.

Somos de Los Ángeles y estamos bien, gritaron algunos... Avisen a Hualqui que nos encontramos en perfectas condiciones y sin novedad, argumentaban a viva voz otros detenidos.

Nada más. Desde la altura tratábamos de ubicar rostros conocidos. Y los vimos. Isidoro Carrillo, el ex gerente de la Enacar; Jorge Antonio Bravo, periodista autorizado por el Colegio para ejercer la profesión... también vimos a Emilio Cisternas que de locutor de radio Talcahuano, pasó a ejercer un cargo directivo en la Central Única de Trabajadores. Se divisan otros rostros conocidos, pero cuesta identificarlos al cubrirse la cabeza con frazadas. Lo mismo pasa con las damas, se lee en Crónica.

Se agrega que en general todos se veían en buenas condiciones, aunque con el nerviosismo propio de la situación que estaban viviendo.

Al margen de todo esto, tuvimos amplias facilidades para recorrer las celdas donde viven los 370 varones y las 40 damas que había ayer.

Lo hacen en cada uno de los camarines y de acuerdo a la capacidad de éstos, están alojados 90 en uno, 60 en otro y 70 en un tercero. Las mujeres están todas en un solo camarín (o celda). El número 8...

Tienen habilitadas unas camas sobre virutas que donó Madesal. Sobre ellas tienden la frazada que les entrega el Ejército y las que han recibido en los paquetes que les envían sus familiares.

Los siguientes párrafos de la nota periodística entregan detalles de la jornada cotidiana que vivían los prisioneros, por cierto desde la voz oficial, pues no se consiga el testimonio de los presos.

¿Cómo se desarrollan la 24 horas de los detenidos? Le formulamos la consulta al oficial que nos sirvió de "cicerone" en nuestro recorrido. Por ejemplo, ¿qué hicieron y qué comieron hoy (ayer).

-Se toca la diana a las siete de la mañana y los detenidos se asean de inmediato.

-Luego se le sirve el desayuno, consistente en pan con mantequilla (donada por la Cruz Roja) y café con leche.

-Posteriormente salen a tomar aire o lavan su ropa, mientras dos de turno hacen el aseo de cada celda. -A las 12 se les sirve el rancho preparado en el Batallón Logístico. Ayer fue de porotos con tallarines.

En la tarde tienen chipe libre para jugar, pasearse por el sector que les corresponde en la cancha (dividida en dos por una gran reja de hierro).

Por el lado donde está el marcador, se pasean o retazan los hombres, y consecuentemente, por el otro costado, el que da al río Andalién, lo hacen las mujeres.

A las 18 horas se les llama para el rancho nocturno (garbanzos o lentejas) y enseguida quedan recluidos en sus celdas.

A las 20:30 horas se toca a silencio y todos deben acatar la orden. La luz de los camarines permanece encendida durante toda la noche, teniéndose además vigilancia permanente en rondas continuadas de los gendarmes de prisiones que están a cargo de la vigilancia.

Otra cosa importante es que se les permite leer los periódicos del día, aunque no cuentan con radios.

Tienen atención dental y médica diariamente y también, diariamente, reciben los paquetes que les envían los familiares, los que naturalmente, son sometidos a un prolijo registro por parte del personal del Centro de Atención Sanitaria del Ejército.

Para ello, cada paquete lleva un formulario donde se detalle el nombre del destinatario y del remitente, como así la dirección de este último.

Luego hay espacios para la firma de la persona que recibió y revisó el paquete, la del familiar que lo entregó y la del detenido, en el momento de recibir conforme el detalle que también se adjunta en el mismo formulario.

En el Estadio Regional hay detenidos que corresponden al Ejército, a Carabineros y a Investigaciones, cuyos servicios de inteligencia se encargan de los interrogatorios.

También en este recinto hay gente en custodia y que ha sido enviada por otras guarniciones uniformadas.

Sobre ellas, el personal de Concepción no tiene injerencia alguna y por ello no pueden ser interrogadas.

En síntesis, al igual que en la Isla Quiriquina, es obvio que los detenidos tienen un trato de "detenidos", pero con márgenes superiores al que se pueda creer.

Cómo Operan Sueldos e Impuestos Del Año 74

El 678. Segundo. Anexo 1. 14 de Noviembre de 1973 - 1

Políticos Destruyeron Progresivamente a Chile

■ Si acaso un régimen de transición para destruyera el país a través de la destrucción de su espíritu único.



GENERAL PINOCHET

Cuánto Va a Ganar

El sueldo de los funcionarios públicos en Chile para el año 1974 se fijó en base a la Ley 17.900, que establece un aumento del 10 por ciento sobre el sueldo de 1973. Este aumento se aplicará a todos los funcionarios públicos, desde los empleados de menor sueldo hasta los altos funcionarios.

Cuánto Impuesto Debe Pagar

El impuesto de renta para el año 1974 se fijó en base a la Ley 17.900, que establece un aumento del 10 por ciento sobre el impuesto de 1973. Este aumento se aplicará a todos los contribuyentes, desde los de menor renta hasta los de mayor renta.

Desde Hoy a las 9 Horas en el Estadio Regional

Lista de Procesados Que Recibirán Visita

Nº	Nombre	Apellido	Profesión	Estado Civil	Edad	Fecha de Nacimiento	Fecha de Ingreso	Fecha de Salida	Observaciones
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
76
77
78
79
80
81
82
83
84
85
86
87
88
89
90
91
92
93
94
95
96
97
98
99
100

Aunque no se conversó con ellos, esos gritos de "estamos bien y sin novedad" son el fiel reflejo de lo que aseveramos.

La nómina de quienes pudieron recibir visitas

A medida que pasaba el tiempo, se diluía un poco el interés por tener acceso directo a la información de lo que ocurría con los prisioneros del Estadio y otros lugares de detención.

Eso, hasta que el 21 de diciembre de 1973, diarios El Sur y Color publicaron una lista de “procesados” que podrían recibir visitas en vísperas de Navidad.

Lo de “procesados” no deja de llamar la atención pues hasta ese momento gran parte de los prisioneros no tenía claridad acerca del motivo de su detención y tampoco qué pasaría con ellos. Y mucho menos había sido sometido a algún proceso judicial.

Las instrucciones, que también se difundieron por estos medios, apuntaban a que los “procesados” sólo podrían recibir la visita de un familiar y en uno de los tres turnos que se establecieron, por un máximo de dos horas. Cada visitante no podría llevar paquetes ni objetos.

Fueron noventa y siete los detenidos que pudieron hablar y permanecer con uno de sus familiares. Así lo informó Diario Color:

La comunicación directa entre familiares y algunos procesados por infracciones el Código de Justicia Militar, en tiempo de guerra, cuya permanencia se registra en el Estadio Regional, quedó reanudada ayer desde las primeras horas de la mañana.

Noventa y siete procesados aprovecharon en grupo y a horario diferente, de una franquicia que con motivo de aproximarse las tradicionales festividades de fin de año, autorizó expresamente el Jefe de la III División del Ejército, general Agustín Toro Dávila, intendente de Concepción.

Las disposiciones que rigieron, y regirán por el día de hoy, las entrevistas señalaron taxativamente ciertas obligaciones que debieron acatar las partes para el mejor éxito de una medida largamente esperada.

De parte de los procesados –por ejemplo- debía entenderse que se trata de beneficiar en esta oportunidad al más alto número posible. Por tal razón, la entrevista no puede prolongarse por más de dos horas.

Los familiares debieron entender igualmente, el beneficio general. En su favor, aceptar el lapso permitido de la visita. También absteniéndose de entregar paquetes de cualquier contenido lo cual ha podido hacerse antes entregándolos en la guardia del recinto.

Estas circunstancias rodearon el encuentro que se desarrolló en el amplio espacio que queda ubicado frente a las Tribunales Pacífico, bloques G, H, I, en tres tandas: de 9 a 11; 14:30 a 16:30 y de 16:30 a 18:00 horas”.

Diario El Sur también recogió esta noticia con el título: “120 minutos de emoción”.

Noventa y siete procesados por infracción al Código Militar en Tiempo de Guerra recibieron ayer, por gracia del comandante en jefe de la III División de Ejército, general Agustín Toro Dávila, intendente de Concepción, la visita de uno de sus familiares. Cada uno de los favorecidos gozó la inesperada franquicia, por espacio de dos horas, viviendo en 120 minutos una felicidad sorpresiva de fin de año. Lo mismo ocurrió con el familiar que tuvo la oportunidad de volver a estar junto a su ser querido.

Hoy, desde las primeras horas de la mañana, serán otros ciento cincuenta y un procesados los que experimentarán la íntima satisfacción de reanudar la comunicación, hace algún tiempo, interrumpida.

Las visitas de ayer, y las de hoy, en su real proyección, sólo podrán apreciarlas quienes resulten ser actores. Será difícil para otras personas apreciar la ternura vivida en ciento veinte minutos por las parejas, en el reencuentro.

Fueron abrazos estrechos, besos prolongados, miradas de ternura, caricias y silencios rotos por preguntas que, en cualquier otra circunstancia,

pudieran parecer triviales.

Se trató, además, de trascendentales decisiones adoptadas en el seno familiar; el mérito de cada quien para ir al reencuentro: la madre, el padre, la esposa, el hijo, la hermana. Todos argumentando el derecho que les asistía.

Salvo reporteros gráficos, ningún periodista obtuvo autorización para llegar al recinto preciso de la entrevista. Quien pudo hacerlo, sólo hasta las graderías superiores; quien pudo palpar la dicha a la distancia, podía sentir, palpar, emocionarse con los cuadros y escenas desarrolladas...

LISTA DE PROCESADOS QUE RECIBIRÁN VISITA

El Comandante en Jefe de la III División de Ejército ha autorizado para que los detenidos en el Estadio Regional de Concepción sean visitados por sus familiares y para lo cual dispone lo siguiente:

- 1.-Podrán ser visitados por una sola persona y por un tiempo de dos (2) horas.
- 2.-Las listas de los detenidos que podrán ser visitados serán colocadas en la puerta del Estadio Regional el día jueves 20 del presente (ayer).
- 3.-Las instrucciones para la visita estarán impresas en la listas de detenidos que recibirán visitas.
- 4.-El horario será el viernes 21 y sábado 22 de diciembre, entre las 09:00 y 11:00 horas en la mañana y desde las 14:30 a 18:30 horas en la tarde, por turnos.

LAS LISTAS

Las listas oficiales de los detenidos que podrán ser visitados son:

Viernes 21 de diciembre de 1973, desde las 9 a 11 horas. Podrán ser visitados por una sola persona, la que no podrá llevar ningún tipo de paquetes u objetos. Las personas que ingresen serán oficialmente revisadas a la entrada del Estadio.

- 1.- Ascencio González, Efraín Raúl
- 2.- Araneda Toledo, Benjamín
- 3.- Araneda García, Héctor
- 4.- Araya Cabezas, Cristina
- 5.- Acuña Anabalón, Pedro
- 6.- Avilés Avilés, Ramón
- 7.- Aguayo Oviedo, María Eugenia
- 8.- Ávila Ubeda, Marcela
- 9.- Alarcón Athen, Luis Germán
- 10.- Ávila Ávila, Guillermo
- 11.- Aburto Sagredo, José
- 12.- Aravena Espinoza, Juan de Dios
- 13.- Arredondo Manns, Sergio Eduardo
- 14.- Archile Quezada, Leonardo
- 15.- Alarcón Solar, Irma
- 16.- Baesler Valderrama, Rodolfo
- 17.- Bravo Bravo, Juan Bautista
- 18.- Bustos Aguilera, Rosalino del C
- 19.- Báez Suárez, María Antonieta
- 20.- Báez Suárez, Margarita Marlene
- 21.- Ureta Cornejo, Luis
- 22.- Benavente Paulsen, Mario Alejandro
- 23.- Basalette Quilodrán, Carlos
- 24.- Bruce Monsalves, Jaime
- 25.- Belmar Soto, Luis Alfredo
- 26.- Briones Poza, Víctor Hugo
- 27.- Cid Cid, Luis Hernán
- 28.- Carrasco Venegas, Leonardo
- 29.- Chamorro Aguilar, Jorge
- 30.- Cabrera Saavedra, Gonzalo
- 31.- Carrillo Nova, Fedor
- 32.- Contreras Velásquez, Luis Ismael
- 33.- Cifuentes Fuentealba, Osca
- 34.- Cisternas Peña, Emilio
- 35.- Carrasco Tapia, Nelson del C
- 36.- Cáceres González, Osvaldo
- 37.- Cerda Almonacid, Wladimir

**Viernes 21 de diciembre,
desde las 14:30 a las 16:30 horas.**

- 1.- Correa Olivares, Jorge
- 2.- Clemente Leiva, Carlos
- 3.- Cabrera Campos, Freddy
- 4.- Cáceres Suazo, Luis
- 5.- Cares Álvarez, Oscar
- 6.- Castro Gaspar, Gabriel
- 7.- Carrasco Bengoa, María Cristina
- 8.- Castro Flores, Abelardo
- 9.- Caamaño Medina, Florencio
- 10.- Cifuentes Monsálvez, Clodomiro
- 11.- Chávez Cisternas, Luis Alberto
- 12.- Carrillo González, Osvaldo
- 13.- Cid Palacios, Patricio
- 14.- Cabezas Aguilera, Gonzalo
- 15.- Carriel Luengo, Hugo
- 16.- Cabrera Gaspar, Emilio
- 17.- Cortés San José, Vicente
- 18.- Chávez Sánchez, Ricardo
- 19.- Cordero Fuentealba, Iván Fernando
- 20.- Cáceres Olave, Manuel
- 21.- Contreras Aburto, Luis Egidio
- 22.- Cerda Almonacid, Marcel
- 23.- Cabrera Hernández, César
- 24.- Contreras Torres, Claudio
- 25.- Concha Zapata, Manuel
- 26.- Cuevas Velásquez, Juan
- 27.- Cores Torres, Alejandro
- 28.- Carrasco Acevedo, Eliecer
- 29.- Durán Oportus, Jaime
- 30.- Díaz Sandoval, Patricio
- 31.- De la Sotta Olivares, Francisco
- 32.- Díaz Basualto, José
- 33.- Erices Arco, Marcelino Elizardo
- 34.- Escobar Oliva, José Eugenio
- 35.- Escobar Urra, Pedro
- 36.- Enríquez Espinoza, Marco Antonio
- 37.- Fuentes Busots, Arturo Armando
- 38.- Fuentes Lacques, Luis Hernán
- 39.- Fierro Fierro, Gastón del Carmen
- 40.- Fernández Alarcón, Benjamin
- 41.- Fuentes Contardo, Luis Octavio
- 42.- Fernández Sanhueza, Camilo

**Viernes 21 de diciembre de 1973,
desde las 16:30 a las 18:30 horas.**

- 1.- Fuentealba Guzmán, José E
- 2.- Fuentealba Guzmán, Mario
- 3.- Figueroa Aravena, Ruperto R
- 4.- Fuentes Paredes, Samuel
- 5.- Fuentes Rivera, Delia Guillermina
- 6.- Flores Belmar, José Renato
- 7.- González Barra, Ezequiel
- 8.- Garcés, Romilio
- 9.- Gallardo Sáez, Hernán
- 10.- García Alvarado, Braulio
- 11.- Grandón González, Luis
- 12.- Galindo Ramírez, Joel Antonio
- 13.- García Venegas, Eugenio
- 14.- Gómez Duarte, Ricardo Renato
- 15.- González Esparza, Mario
- 16.- Gutiérrez Córdova, Manuel
- 17.- Gulen Torres, Harlan
- 18.- García Chamorro, Samuel
- 19.- Godoy Plaza, Eduardo Benito
- 20.- Gayoso Monsalve, José Jaime
- 21.- Gajardo Rodríguez, Hugo Luis
- 22.- González Aranedá, Arnoldo
- 23.- Hausteín Norambuena, Ernesto
- 24.- Hinrichs Olivares, Carlos
- 25.- Hernández Hernández, Lorenzo
- 26.- Henríquez Osses, Renato
- 27.- Henríquez Viveros, Ignacio
- 28.- Hinojosa Nicovani, Luis E
- 29.- Herrera de la Fuente, Tito
- 30.- Iturra Ramírez, Ismael
- 31.- Inostroza Mellado, José
- 32.- Inzunza Watson, Jorge Alejandro
- 33.- Jaque Peña, Nimia
- 34.- Jorquera Carrasco, Víctor Eduardo
- 35.- Jiménez Castro, Manuel Antonio
- 36.- Jara Arias, Wenceslao
- 37.- Krumm Ahumada, Heriberto
- 38.- Kelly Aranedá, Sebastián José
- 39.- López Briones, Horacio
- 40.- Lara Valenzuela, Lino José
- 41.- Leal Lavín, José Antonio
- 42.- Leyton Castro, Eduardo Antonio

**Sábado 22 de diciembre de 1973,
desde las 9 a las 11 horas.**

- 1.- León Galaz, Fernando
- 2.- Maldonado Oñate, Carlos A
- 3.- Munita Godzack, Antonio
- 4.- Mariñan Párra, José
- 5.- Mellado Parra, Juan del C
- 6.- Montero Henríquez, Rosauro
- 7.- Manríquez Peña, Waldo
- 8.- Muñoz Vinet, Julio
- 9.- Matamala Paz, Carlos
- 10.- Madrid Castillo, Luis
- 11.- Matamala Altamirano, Joel
- 12.- Moscoso Bustamante, Ricardo)
- 13.- Machuca Machuca, José
- 14.- Matamala Vivaldi, Aníbal
- 15.- Medina Medina, Rolando
- 16.- Medina Olivares, Pedro
- 17.- Miranda Albónico, Luis E
- 18.- Medina González, Rodrigo
- 19.- Morales Martínez, Luis
- 20.- Moena Opazo, Alonso
- 21.- Mege Navarrete, Hernán
- 22.- Martínez Contreras, Julio
- 23.- Mella Cabrera, Patricio
- 24.- Matamala Lobos, Julio César
- 25.- Muñoz Castillo, Américo
- 26.- Martínez Anduce, Carlos Rubén
- 27.- Neculqueo Catrileo, Juan
- 28.- Neira Salas, Juan
- 29.- Navarrete Müller, Alejandro
- 30.- Órdenes Olivares, Ramón
- 31.- Osorio Gamonal, Carlos
- 32.- Oliva Tapia, Jaime
- 33.- Opazo Rebolledo, Miguel
- 34.- Olivares Bernal, Carlos
- 35.- Oviedo Aravena, Antonio
- 36.- Pino Jara, Luis Antonio
- 37.- Pereira Pino, Romualdo
- 38.- Pereira Opazo, Manuel
- 39.- Pérez Ayala, Oscar
- 40.- Paz Muñoz, Félix
- 41.- Parra Inostroza, Guillermo del C
- 42.- Pauluan Yamblate, Nazich

- 43.- Poblete Vinaixa, Sergio Mariano
- 44.- Parra Cisternas, Samuel
- 45.- Pinto Fierro, Manuel Antonio
- 46.- Pinto Fierro, Domingo Heraldó
- 47.- Padilla Silva, Alfonso Antonio
- 48.- Peñailillo Olivera, Guillermo
- 49.- PieperThoroetz, Caupolicán
- 50.- Parra Neira, José Nelson

**Sábado 22 de diciembre de 1973,
desde las 14:30 a las 16:30 horas.**

- 1.- Parra Parra, Dagoberto
- 2.- Perelli Henríquez, Enrique A
- 3.- Pino Escobar, Héctor Manuel
- 4.- Quilodrán Calbu, José Rolando
- 5.- Quevedo Castillo, José
- 6.- Rivas Labbé, Lily
- 7.- Ríos Muñoz, Juan Guillermo
- 8.- Rivera Araneda, Julio Hernán
- 9.- Rojas Rivera, Eduardo Nicanor
- 10.- Rivas Osse, José Andrés
- 11.- Retamal Montecinos, Orlando
- 12.- Ramírez Hidalgo, José
- 13.- Romero Castillo, Gustavo E
- 14.- Reyes Contreras, José Dagoberto
- 15.- Rojas Espinoza, Gabriel Humberto
- 16.- Rivera Cuevas, Sergio
- 17.- Rodríguez Fierro, Manuel
- 18.- Ramos Avello, Manuel
- 19.- Rodríguez Navarro, José
- 20.- Roa Verdugo, Romualdo
- 21.- Ricardo Gams, Mario Arturo
- 22.- Ramírez Muñoz, Luis Alberto
- 23.- Ramos Palacios, Juan Carlos
- 24.- Rivera Villalobos, Claudio
- 25.- Rodríguez Muñoz, Pedro Alejandro
- 26.- Soto Paredes, Fernando
- 27.- Solano Solano, José
- 28.- Sáez Muñoz, Luz Cristina
- 29.- Sanhueza Gutiérrez, Manuel
- 30.- Sepúlveda Muñoz, Alejandro
- 31.- Sanhueza Macaya, Eder Orlando
- 32.- Saavedra Segura, Luis Armando
- 33.- Sáez Sáez, Gustavo

- 34.- Sáez Urzúa, Pedro
- 35.- Schoenfeldt Rojas, Arturo
- 36.- Salinas Figueroa, Rodolfo
- 37.- Sanhueza Durán, Julio
- 38.- Sanhueza Jara, José Eladio
- 39.- Saavedra Sánchez, Jorge
- 40.- Saavedra Sánchez, Guillermo
- 41.- Sanhueza Umaña, Maximiliano
- 42.- Sanhueza Umaña, Carmen
- 43.- Sanhueza Umaña, Mercedes
- 44.- Segura Basualto, Elizabeth
- 45.- Sanhueza Umaña, Luis Miguel
- 46.- Sau Aguayo, Julio

**Sábado 22 de diciembre de 1973,
desde las 16:30 las 18:30 horas.**

- 1.- Salamanca Díaz, José
- 2.- Sanhueza Daroch, Esnaldo
- 3.- Ziegler Moreno, Alfonso E
- 4.- Suazo Hernández, Atilio del C
- 5.- Sáez Acuña, Jorge Nibaldo
- 6.- Sepúlveda Castillo, Luis A
- 7.- Sáez Arias, Manuel Cipriano
- 8.- San Martín Lagos, Mariano
- 9.- Sepúlveda Bravo, Iván
- 10.- Soto Jara, Juan Esteban
- 11.- Sanzana Salazar, Nelson
- 12.- Suazo Chavarría, Ramón
- 13.- Toro Vásquez, Gaspar
- 14.- Torres Catalán, Manuel
- 15.- Torres Durán, Alfredo
- 16.- Troncoso Etique, Vládir
- 17.- Torres Ramírez, Néstor
- 18.- Toro Rivera, Raúl
- 19.- Thiele Larenas, Walterio

- 20.- Torres Manosalva, Osvaldo
- 21.- Tapia Tapia, Víctor
- 22.- Torres Zapata, Enrique Omar
- 23.- Ureta Cornejo, Luis
- 24.- Umaña Larenas, Rosa
- 25.- Umaña Larenas, Pedro Alfonso
- 26.- Umaña Larenas, Nelson Eduardo
- 27.- Urra Jofré, Carlos Roberto
- 28.- Urquiza González, Oscar
- 29.- Villarroel Leal, Sergio
- 30.- Vallejos Carvallo, Caupolicán
- 31.- Viguera Zanetta, Marcelo Jorge
- 32.- Vidal Valenzuela, Osvaldo
- 33.- Vera Rodríguez, Guillermo A
- 34.- Valenzuela Cortés, Ismael
- 35.- Velásquez Martínez, Hernán
- 36.- Villa Andrades, José Anibal
- 37.- Vega Cartes, Jaime David
- 38.- Vidal Ibáñez, David Eduardo
- 39.- Vidal Molina, Gastón
- 40.- Vega Salas, Luis Humberto
- 41.- Villa Villa, Luis Humberto
- 42.- Vásquez Muñoz, Robinson
- 43.- Valenzuela Varas, Juan de Dios
- 44.- Valderrama Lozano, Julio Manuel
- 45.- Valenzuela García, Isaías
- 46.- Valladares Jara, Hugo
- 47.- Vira Millahuel, Pablo Manuel
- 48.- Valencia Terán, Alejandro
- 49.- Villarroel Villarroel, Darío César
- 50.- Weber Lizama, Santiago Enrique
- 51.- Witteger Velásquez, Rodolfo A
- 52.- Yáñez Riquelme, Claudio
- 53.- Zambrano Serafino, Antonio
- 54.- Valdebenito Zurita, Sebastián
- 55.- Peña Delgado, Jorge

Del Estadio Regional al Campo de Prisioneros de Chacabuco

La pregunta queda flotando en el ambiente por algunos minutos: ¿Qué es lo que piensan del campo de concentración de Chacabuco si se sitúan en el presente?

Nos hemos reunido una tarde de sábado para recoger los primeros testimonios de un grupo de ex prisioneros políticos de Concepción que se han denominado “chacabucanos”, por haber compartido una experiencia común no sólo en el Estadio Municipal donde estuvieron recluidos, sino también en el Campo de Concentración de Chacabuco, en la región de Antofagasta.

Muchas veces sus relatos se atropellan y sus historias se cruzan, pero también afloran recuerdos particulares, de hechos o situaciones que cada uno trae a su mente con algún matiz.

Lo que sí parece claro es que esa experiencia compartida en Chacabuco, les dejó más huellas que su paso por el Estadio. Quizás por las extremas condiciones en que se encontraban, a más de mil 500 kilómetros de sus familias, de lo que habían sido sus espacios políticos y laborales, con comunicaciones restringidas y mayor incertidumbre en cuanto a su futuro.

Por lo mismo, escuchar y conocer las historias de estos hombres ya mayores, sorprende. Anécdotas jocosas se mezclan con evocaciones más nostálgicas; vivencias de aquellos momentos que se quedaron arraigados en la memoria; relatos de sobrevivencia y solidaridad.



Conversación con ex-chacabucanos.

La tarde de ese sábado 17 de noviembre de 2012 se ha llenado de recuerdos y también de silencios.

Repetimos la consulta que había quedado dando vueltas: ¿Qué es lo primero que se le viene a la mente al recordar su paso por Chacabuco?

“En lo personal, fue un descanso, porque en el Estadio estuve muy golpeado y salir de 28 días de tortura, fue un alivio. Chacabuco no dejaba de ser una prisión y también estaba el sufrimiento y la pena por haber dejado a la mujer y los hijos. Pero yo creo que lo que me mantuvo vivo en Chacabuco fue mi juventud...” (Dagoberto Reyes).

“Chacabuco fue una buena experiencia, aunque siempre tuve la incertidumbre de si saldríamos de allí con vida o no. Esa era una cosa latente que yo



Dagoberto Reyes.



Luis Madrid.

tuve siempre, pero en general mi experiencia fue buena porque nos encargábamos unos de otros...” (Jorge Chamorro).

“No tengo a Chacabuco como una carga. Rescato lo bueno, cómo fuimos capaces de sobreponernos a todo, porque hubo algunos compañeros que no salieron en buenas condiciones físicas, sin embargo hoy estamos aquí, todavía nos soportamos y lo mejor es que podemos dejar nuestro testimonio a las nuevas generaciones, podemos decir que seguimos existiendo...” (Luis Madrid).

“Igual que todas las cosas en la vida, hay aspectos positivos y otros negativos y fundamentalmente la comparo con las otras prisiones en las que me tocó estar, y para mí Chacabuco fue, sería exagerado que dijera un paraíso, pero lo mejor de todas las prisiones donde estuve, con el agravante de la lejanía, porque estábamos en pleno desierto y la incomunicación con nuestros familiares. Pero ¿qué tuvo de positivo?, entre otras cosas, la amplitud, no teníamos el encierro de las prisiones tradicionales y había un espacio bastante grande donde podíamos desplazarnos y conversar...” (Carlos Hinrichs).

“Nunca me había planteado eso, qué pienso de Chacabuco desde el punto de vista de hoy. Ahora estaba pensando que sentía un poco de rabia, pero también un sentimiento de solidaridad con

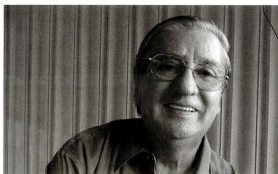
los compañeros, pero estaba pensando en la rabia porque cuando fui detenido tenía 28 años, un hijo de dos años y una hija de diez meses, y pasaron más de dos años antes de volver a verla, y eso me da rabia... Nosotros escribíamos y creo que yo era el que más escribía, y también recibía muchas cartas y en ese tiempo, para mi hija yo era una carta... Me da rabia también acordarme que al final las familias lo pasaron más mal que nosotros...” (Gabriel Reyes).

El 18 de enero de 1974 es una fecha que un grupo de penquistas jamás olvidará. Corresponde al momento en que 59 de los prisioneros políticos del Estadio fueron desterrados desde Concepción hasta la antigua oficina salitrera de Chacabuco, en pleno Desierto de Atacama a más de 1.500 kilómetros de la región del Bío Bío, sin haber sido jamás acusados de ningún cargo ni menos procesados. Pero la razón para enviarlos tan lejos fue porque representaban “un peligro para la sociedad”, por lo que se les aplicó la Ley de Seguridad Interior del Estado.

Dos meses más tarde se enviaría a un segundo grupo que saldría desde la cárcel de Chacabuco 70 de Concepción. Fue así como más de un centenar de personas, militantes o simpatizantes del gobierno de Allende de la Región del Bío Bío, debieron pasar detenidos cerca de un año en las áridas tierras del norte de Chile para que, posteriormente, un



Carlos Hinrichs.



Gabriel Reyes.

importante números de ellos, fuera expulsado del país sin ningún tipo de juicio.

Académicos, dirigentes sindicales, estudiantiles y poblacionales de toda la región, que estuvieron en los campos de prisioneros de la Isla Quiriquina, el Estadio Regional, las Comisarias de Los Angeles, Lota, Coronel, Arauco y Cañete entre otras, formaron parte del “contingente de subversivos” que sufrieron la dura pena de una relegación masiva que implicó, además, la pérdida del trabajo o estudio para todos.

Son las historias de algunos de ellos las que emergen con fuerza a 44 años de ocurridas, evocadas en el tiempo, enriquecidas con los recuerdos comunes, matizados por la distancia y las lagunas que van quedando en la memoria, a veces, involuntariamente.

Gabriel Reyes Arriagada, Dagoberto Reyes Contreras, Luis Madrid Castillo, Emilio Cisternas Peña, Eduardo Godoy Plaza, Orlando Retamal Montecinos, Enrique Torres Zapata, Carlos Hinrichs Olivares, Víctor Tapia Tapia, Eder Sanhueza Macaya, Manuel Ramos Avello, Jorge Chamorro Aguilar, Juan Alarcón Medina y Heriberto Krum Ahumada, son quienes compartieron sus vivencias tanto comunes como individuales.

“Me decían que había incitado a una

huelga de mineros”

A Jorge Chamorro Aguilar lo detuvieron los carabineros el 22 de septiembre en Lota Bajo, cerca de la Feria. Andaba por esos lados ya que se dirigía a una reunión clandestina del Partido Comunista, en el cual militaba y del que era encargado Regional de Finanzas. Luego del golpe militar había permanecido escondido unos días en la población Camilo Olavarría de Coronel, en la casa de su suegro. Justo había salido porque lo habían llamado para una reunión importante y fue arrestado.

Lo llevaron a la Comisaría de Lota donde le preguntaron sus datos personales, aunque lo conocían pues en su calidad de presidente del Sindicato de Empleados de la Carbonífera Lota, les había llevado un televisor a los carabineros. Fue muy celebrado y agradecido el gesto. Pero a los pocos días, los abrazos se convirtieron en palos y golpes. Incluso le rompieron un brazo y así debió aguantar dos días. Su familia concurrió al recinto a preguntar por él, pero negaron que hubiese estado ahí. Luego de permanecer un par de días en la Comisaría, lo llevaron al Estadio Regional de Concepción.

Fueron como diez los detenidos que fueron trasladados en esa ocasión. Jorge Chamorro recuerda que estaba oscureciendo cuando los



Jorge Chamorro.

condujeron al recinto deportivo penquista. Ya en el lugar, los hicieron formar una fila en el acceso y desvestirse. Un teniente que los recibió, los observó y luego los hizo tenderse en el suelo.

"Cuando terminó esa "ceremonia", nos hizo vestimos y nos llevaron a los camarines. Hacía mucho frío y eran como la diez de la noche".

Fue interrogado en un par de ocasiones. En una de ellas, le aplicaron corriente. Pidió agua, pero los médicos presentes en la sesión de tortura se la negaron aduciendo que eso podría provocarle la muerte.

"Aguanté bien. Quedé un rato atontado, pero nada más. Lo que buscaban en ese momento eran las armas, dónde estaban las armas. También me preguntaron por el directorio del partido, y yo me la sacaba diciendo que era empleado y poco sabía. Nunca supieron que yo era el encargado de Finanzas del partido".

Claro que en una oportunidad, el teniente que lo había interrogado le dijo que iban a hablar de quién era el encargado de Finanzas del PC. Chamorro pensó que alguien había hablado, pero hizo como que no sabía nada.

"Le contesté que le pagaba la cuota al alcalde, Danilo González. Pero ese ya está muerto, me dijo, pero a él le pagaba yo, le insistía y de ahí no me

movía. Entonces me di cuenta que no sabían quién era yo. Pensé que me iban a someter a Consejo de Guerra. Incluso me preguntaban de cosas que habían pasado hacía tiempo, como una huelga de los mineros del carbón que hubo durante el gobierno de Frei Montalva en 1967. Me decían que yo la había incitado..."

"Sabía que a mis compañeros los habían tomado a todos"

La mañana del 11 de septiembre, Emilio Cisternas Peña debía ir a una reunión en la CUT a las 9 horas. Pero por situaciones domésticas se atrasó. Fue cuando un compañero, que era interventor del Molino Santa Rosa, pasó por su casa y le dijo que había golpe de Estado.

"Me apuré, guardé ciertas cosas, y salí de mi casa. Iba llegando a la sede de la CUT y vi que estaba rodeada. Me puse a observar y llegó un compañero que me dijo que me fuera a mi casa de seguridad. Rompimos el carné y me fui a fondear. Sabía que a mis compañeros los habían tomado a todos. Dos o tres quedamos revoloteando. Nos dijeron que la gente se estaba agrupando en Lota, así que fui para allá pero no había nada. Al regresar, los carabineros hicieron parar la micro y como yo estaba con otro look, no me reconocieron, así que pasé".

Emilio Cisternas.



En los días siguientes, le llegó otro mensaje advirtiéndole que destruyera algunos documentos en una oficina que le señalaban, pero al ponerse en contacto con uno de los compañeros, le dijo que fuera después.

El tiempo transcurrió, hasta que un día Emilio fue nuevamente al centro de Concepción. Se bajó de la micro y caminó hacia la Plaza de Armas. Fue cuando se dio cuenta que detrás de un árbol había un par de carabineros aguardando. Justo en ese momento apareció una dirigente del Comercio que lo ubicaba y le gritó: "¡Emilio! ¡Emilio!" Cuando pasó por su lado, le murmuró que se fuera y caminó rápidamente hacia la Catedral para ver si estaba abierta. Pero los carabineros que ya lo habían visto, avanzaron y antes de que pudiera seguir caminando hacia la Galería Olivieri, lo detuvieron. Era el 2 de octubre de 1973.

Lo llevaron a la Cuarta Comisaría y lo dejaron en un calabozo donde se encontró con algunos conocidos. Había una taza de baño llena de excrementos y una ventana pequeña que apenas permitía ventilar el espacio. En el patio humeaba una pila de libros que habían sido quemados.

Pasó la noche ahí y al otro día los llamaron para identificarlos. Emilio dijo que era socialista y dirigente de la CUT. Por la tarde lo sacaron del calabozo y lo llevaron a una pieza chica, donde distinguió unas mesas y unos tipos con unos palos en las manos. A él lo dejaron al medio. No alcanzaron a hacerle nada, cuando entró un capitán y ordenó que lo devolvieran al calabozo. El 4 de octubre lo condujeron al Estadio Regional.

"Me acusaron de quemar el emblema nacional"

Tenía 24 años para el golpe militar y era comunista. Vivía en Chiguayante y trabajaba como obrero de la construcción. Fue perseguido y debió arrancar durante varios días. Eder Sanhueza Macaya no era dirigente, sino un simple militante, pero pasó momentos muy duros. Se escondió en varios lugares hasta que el día antes de su detención, amenazaron a su mamá y su hermana apuntándoles



Eder Sanhueza.

con metralletas, así que no le quedó otra opción que entregarse. Eso fue el 23 de septiembre.

"Alguien me calumnió por algo que no hice nunca, me acusaron de quemar el emblema nacional y por eso me detuvieron".

Lo llevaron a la Comisaría de Chiguayante donde vivió momentos de ensañamiento. Lo golpearon con dureza, principalmente en los pies y lo colgaron de una soga.

"A mí me daban más duro por mi estatura, por ser más alto. Había pocos de civil y gente de Investigaciones. Después de esas palizas lo único que uno quería era la muerte no más..."

En el cuartel había como 70 detenidos, muchos de los cuales sufrieron el mismo trato cruel e indigno que Eder, a quien sus amigos llamaban "El Nene".

De la Comisaría de Chiguayante, fue llevado al Cuartel de la Policía de Investigaciones en Concepción. Había perdido el conocimiento, así que poco recuerda de esos momentos.

"En un cambio de guardia de la Comisaría, el que estaba a cargo me vio que estaba tan mal que me mandó a Investigaciones. No sé qué día llegaría, perdí el conocimiento, así que no me acuerdo, pero creo que estaría como una semana."

Sin gran conciencia del paso del tiempo, Eder cree que una noche de la primera semana de octubre, lo trasladaron al Estadio Regional.

"Nos llevaron a la entrada del Estadio, donde está la cancha de maicillo, ahí hacían una ruma humana, unos sobre otros, eran de todas partes, de Coronel, de Yumbel, de Cabrero... debe haber sido la una o dos de la madrugada, y estábamos todos aplastados. Después nos hicieron levantarnos y nos metieron a los camarines..."

"Felizmente no llegué a la tortura"

Luis Madrid Castillo tenía 22 años y era dirigente del Sindicato de Trabajadores del Hotel Araucano para el 11 de septiembre.

No fue detenido de inmediato, sino tiempo después cuando instalaba un letrero convocando a los trabajadores a una reunión. Llegaron carabineros a buscarlo, quienes le dijeron que tenían órdenes para llevárselo.

"Pedí permiso para ir a cambiarme y salimos. Pregunté a dónde me llevaban, me dijeron que tenían orden de sacarme y no podían decirme a dónde. Me subieron a un jeep y me di cuenta del aparataje que había, porque eran varias patrullas... Me llevaron a la Cuarta Comisaría y ahí empezé mi calvario, porque era todo muy hermético..."

Insistió en saber por qué estaba allí y le contestaron que había orden del general Washington Carrasco. Ahí se percató que el asunto no era tan simple. Media hora después de haber llegado, lo hicieron pasar al patio de la Comisaría, que era como un espacio rectangular. Había muchos detenidos y podía escuchar los gritos de otros que estaban siendo torturados.

Los hicieron formarse y a medida que avanzaba la fila, el temor crecía.

"Fueron momentos terribles, de escuchar lo que pasaba, era horrible. Yo era joven y estaba soltero, los que estaban sufriendo más eran mis viejos y hermanos, yo no tenía miedo, aunque

sí me asustaba no saber lo que podía soportar. Felizmente no llegué a la tortura".

Después supo que la instrucción era detenerlo, pero no maltratarlo físicamente. Luego de ese paso por la Cuarta Comisaría, lo condujeron al Estadio Regional. A su llegada, recuerda haber visto mucha gente afuera del recinto.

"Nos llevaron en fila india para entrar y uno se encontraba con manos, con voces, que pedían: dígan a los que están adentro que estamos bien, y te iban diciendo cosas, era algo interminable, la gente se acercaba a uno con la esperanza de poder enviar un mensaje. Fue algo muy doloroso..."

"No sabíamos qué iba a pasar con nosotros"

Era alcalde en ejercicio de Arauco, militaba en el Partido Socialista y el 11 de septiembre se encontraba en su oficina cuando por la radio se informó del golpe de Estado. Víctor Tapia se contactó con otras autoridades de la provincia, entre ellas el gobernador de Arauco, Jaime Gayoso y fueron a conversar con el comisario de Arauco, que era amigo de ambos. El les confirmó el golpe y les dijo que había sido nombrado Jefe de Plaza.

"Inmediatamente que supe de esto, me quise contactar con algunos dirigentes de la CUT de la provincia y de Concepción y con algunos dirigentes de mi partido y me trasladé a Lota pero no ubiqué a ninguno. Aproveché de pasar a buscar a mis hijos que estaban estudiando en el Liceo de Coronel, pero tampoco los encontré porque ellos se habían retirado. Me volví a mi casa a esperar los acontecimientos".

Al día siguiente estaba tomando desayuno en su hogar, cuando lo fue a buscar una patrulla integrada por 15 a 20 carabineros, que se movilizaban en dos o tres vehículos. Por suerte, el oficial a cargo había sido alumno de la esposa de Víctor y le dio buen trato. Le permitió terminar su desayuno y buscar un bolso con algunas piezas de ropa. Lo llevaron a la Comisaría de Arauco, sin pronunciar palabra en todo el camino.



Victor Tapia.

En el recinto lo juntaron con otros detenidos y tras esperar a otra caravana que venía con detenidos de otros sectores, emprendieron viaje a Concepción. Ya en la ciudad, el grupo pasó por el edificio de Diario El Sur, donde detuvieron a un periodista cuyo nombre no recuerda. Prosiguieron el recorrido sin saber a dónde los llevaban, hasta que cerca de la 2 de la tarde llegaron a Talcahuano, a la Base Naval.

Lo hicieron descender, pero sin mal trato. A Víctor y al periodista de El Sur, los dejaron en el gimnasio.

"No sabíamos qué iba a pasar con nosotros, al resto los golpearon y los pusieron contra la pared; pero a nosotros no, parecía que éramos los privilegiados. Nos tuvieron allí unas dos horas y llegó otro oficial de la Marina y le preguntó a otro que estaba abajo, por nosotros, quizás qué dirían y ordenaron que nos

bajaran y "dijimos aquí nos va a pasar lo mismo", pero nos llevaron a un remolcador que hacía el trasbordo a la Isla Quiriquina y nos tuvieron toda la tarde en la cubierta, Mientras estábamos ahí, veíamos cómo traían a cientos de detenidos y los echaban a patadas de los vehículos, algunos llegaban amarrados con cadenas, con alambres y como los empujaban, chocaban de cualquier forma y quedaban lesionados. Todos subieron al remolcador rumbo a la Quiriquina".

Llegaron al gimnasio de la isla y junto con el amigo periodista, fueron los últimos en ser llamados.

-Y a estos desgraciados ¿por qué los tienen aquí?- preguntó un oficial.

Otro uniformado le respondió algo que Víctor no escuchó.

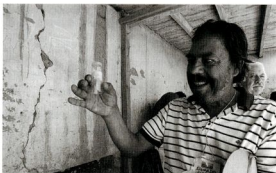
Los sacaron nuevamente y los hicieron ingresar al gimnasio, el trato verbal fue denigrante, pero no los golpearon.

"En el gimnasio nos encontramos con varios compañeros, entre ellos el ex intendente Fernando Álvarez. Nos recibieron y nos entregaron el colchón que era paja y una frazada, y era toda la ropa, pero como éramos tantos adentro no sentíamos mucho frío. No sé cuántos éramos. No vi torturar a nadie y tampoco me llamaron. El gimnasio no tenía baño así que teníamos que hacer las necesidades en unos envases y en una ocasión en esos mismos tuvimos que llevar el café de la cocina. Los tiestos estaban nauseabundos. Teníamos que lavarlos en la playa y refregarlos bien con arena para después llevar el café".

Permaneció unos diez días en la Quiriquina y luego los llevaron al Estadio Regional. Los encerraron en un camarín donde debieron dormir en condiciones similares a las de la isla. Nunca lo interrogaron, ni siquiera lo llamaron para preguntarle cómo se llamaba.

"Mi familia no sabía dónde estaba"

En la Dirección de Asistencia Social de la Intendencia de Concepción trabajaba Eduardo Godoy Plaza, al 11 de septiembre. Ese día llegó como siempre a su lugar de trabajo, vio unos cañones instalados



Eduardo Godoy.

y se sorprendió, pero no sabía qué pasaba. Su jefa recibió a todos lo que llegaron a cumplir sus funciones. En esas condiciones, trabajaron hasta el 16 de septiembre.

Ese día llegaron a buscarlos a la Intendencia. Lo sacaron a él y a otros trabajadores y los condujeron a la Cuarta Comisaría. No estuvo mucho ahí y luego lo llevaron a Investigaciones, después volvió a la Cuarta y de ahí lo enviaron a los regimientos. Fue en esos traslados que su pista desapareció.

"Estuve secuestrado octubre y noviembre. Mi familia no sabía dónde estaba. Mi mamá me buscaba, pero yo no aparecía. En ese tiempo tenía 23 años..."

Eduardo -también conocido como "El Negro"- pertenecía al Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR y por esa condición, lo calificaron de terrorista y extremista.

En noviembre apareció en el Estadio. Allí también estaba gran parte del grupo con el que había caído.

"Me acusaron de terrorista, de extremista y nos pedían que entregáramos nombres, armas y dirigentes. Pero era imposible que entregara a mis compañeras de universidad porque no sabíamos los nombres, trabajamos harta tiempo juntos pero uno no conocía sus nombres reales, todos los

cabros que nos iban a cooperar tenían nombres de pila no más y llegaban a mi casa, en Chiguayante..."

"Teníamos que evitar una tragedia"

A Enrique Torres Zapata, militante del Mapu, el golpe de Estado lo encontró en Arauco. Era jefe de personal de Celulosa Arauco y por esos días varios ejecutivos se quedaban en la empresa cumpliendo turnos junto con algunos dirigentes sindicales, especialmente en las noches porque se sabía que el panorama estaba complicado. Tenían comunicación por télex, pero se cortó todo y quedaron incomunicados. Por una radio de Argentina se enteraron que habían bombardeado La Moneda.

Previamente, habían analizado el escenario político y se dieron cuenta que la situación era grave. Con el presidente del sindicato, que era socialista, habían acordado que se debía evitar que estuviera la masa de trabajadores cuando llegaran los militares.

"La propuesta que hice fue que teníamos que evitar una tragedia y para eso debíamos quedarnos solo los ejecutivos, los dirigentes que así lo estimaran y los guardias, los demás debían regresar a sus casas, pero cuando llamaran a reintegrarse, debían volver a la pega".

Por eso, la noche del lunes 10 se quedaron de guardia y al otro día, tras informarse de lo ocurrido en La Moneda, dejaron a los guardias a cargo de la empresa y los demás regresaron a sus hogares. Enrique dice que esa noche se quedó "fondeado en Lota" - donde vivía, sin intención de hacerse el valiente.

En la mañana del jueves 13 de septiembre lo detuvieron efectivos de carabineros, quienes lo trataron cortésmente. En la Comisaría se encontró con el mayor Gastón Elgueta, a quien consideraba su amigo. Fue así que en una camioneta lo envió a Arauco, donde también conocía a algunos funcionarios policiales. Corrió cierto peligro cuando estuvo a punto de ser remitido a Lebu, pero finalmente le dieron como destino la Base Naval, en Talcahuano. En el camino y al pasar por Lota,



Enrique Torres.

estuvo mirando por si “había algo, pero nada”.

Llegó a la Base y luego a la Quiriquina y el 17 de septiembre lo llevaron nuevamente a la Base Naval para ser interrogado. Le preguntaron sobre el Mapu. En la isla no lo interrogaron. Luego de varios días de permanencia en el recinto de la Armada, lo enviaron al Estadio Regional.

“Llévenme al Estadio...”

Manuel Ramos Avello era funcionario de Tesorería hasta el golpe militar y pertenecía al Partido Socialista. Luego del 11, y aunque sabía que lo buscaban, no se escondió. Dejó su anterior ocupación “porque había un clima muy odioso” y buscó otro trabajo. Lo encontró en una oficina de contadores, donde lo ayudaron a conseguir otra casa donde vivir, pues la de su madre, en Barrio Norte, estaba vigilada.

Aparte de eso, no adoptó mayores precauciones, y así fue como a comienzos de noviembre lo detuvieron. Lo llevaron al Regimiento Chacabuco y lo metieron en un calabozo.

Ahí ocurrió un hecho providencial. El oficial que estaba en la guardia resultó ser conocido suyo. Como hijo de militar, muchos se conocían y fue el caso de ese uniformado. Le comentó que

pensaban llevarlo a la Cuarta Comisaría, algo que a Manuel no le gustó porque sabía que allí había mucha odiosidad hacia los socialistas.

-No te preocupas –le dijo el oficial- yo te iré a ver a la Comisaría.

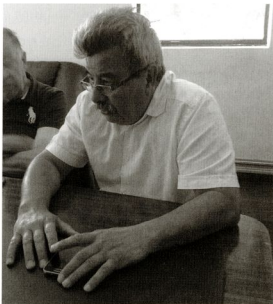
Lo trasladaron y cuando estaba allá, apareció y habló con el comandante de guardia.

-Este joven pertenece a la familia militar, así que hay que liberarlo- le explicó.

Luego se comprometió a realizar una gestión ante la Intendencia. Eso ocurrió un domingo. Al otro día regresó.

“Me dijo: te podemos liberar pero la cosa está mala para ti. Le contesté que para mí era mejor estar preso. “Llévenme al Estadio porque están los militares”, le pedí. Me dijo que esperara y que me iban a llevar al Estadio. Fue un domingo en la tarde y me fueron a buscar en una camioneta roja que no era de carabineros ni de militares, yo subí y me pegaron un culatazo y perdí el conocimiento. No supe bien dónde estaba”.

Manuel Ramos.



Lo sacaron de la Comisaría, lo encapucharon y lo trasladaron al Regimiento Silva Renard. Allí calcula que estuvo como una semana y gracias a la intercesión del padre Camilo Vial, pudo ser trasladado al Estadio Regional.

“Doctor, perdone lo que estamos haciendo”

El doctor Carlos Hinrichs Olivares era director del Hospital de Coronel y por la radio se impuso del golpe de Estado. Cuando llegó al recinto asistencial, escribió en un pizarrón las instrucciones que se difundían de la Junta Militar, “porque no veía ninguna posibilidad de resistir”.

De inmediato suspendió las reuniones, porque le pareció peligroso hacerlas, pese a lo cual igual se hizo una en el auditorio, convocada por dirigentes y funcionarios. Al término de ella, le fueron a informar.

-Doctor, hemos acordado defender el gobierno constitucional del presidente Allende.

-Pero eso es muy peligroso y seguramente se va a saber- les advirtió.

Pasaron los días y algunos funcionarios fueron a conversar con él.

-Doctor, se rumorea que en el hospital hay armas -le dijeron.

Ante eso, Hinrichs nombró una comisión que él mismo integró y recorrieron el recinto desde el techo hasta el subterráneo, por todos los rincones y vericuetos, sin encontrar rastros de alguna arma.

Otro hecho que se fue sumando a las razones que posteriormente llevarían a su detención, fue que un día salió una ambulancia del hospital con una persona que no era funcionario que iba al lado del chofer.

“Fueron a las minas a buscar lámparas de las que utilizan los mineros y la ambulancia fue detenida por carabineros de la Tenencia de Villa Mora porque les llamó la atención que iba una persona que no era funcionario y confiscaron la ambulancia. Eso me provocó preocupación porque el hospital quedaba sin ambulancia, así que me dirigí en la noche, como

a las 23 horas, a la comisaría donde me hicieron esperar un poco. Estaban los carabineros armados hasta en el techo y apuntando hacia el hospital, donde se había quedado gran cantidad de gente después del toque de queda. No eran funcionarios y yo no sabía quién había dado esa orden y me vi impotente como para que se fueran porque ya era la hora del toque de queda...”

Un mayor de carabineros de apellido Villalobos llegó muy nervioso, lo condujo a su oficina, cerró la puerta y le dijo:

-Doctor, lo que ha pasado es tremendo, va a venir una represión sin piedad, los hijos van a denunciar a los padres, y los padres van a denunciar a los hijos. A mí me llamaron de la dirección de la Prefectura de Concepción y me ordenaron que prestara juramento de fidelidad a la junta y yo me negué porque yo había jurado fidelidad al gobierno constitucional y me dijeron que sí no lo hacía me fusilaban en el acto, así que tuve que jurar y ahora no sé qué va a pasar conmigo.

Luego de comentarle sus temores, le explicó que la ambulancia tendría que permanecer en el cuartel y que tuviera cuidado.

Cinco días después iba pasando en una ambulancia por fuera de la tenencia de Villa Mora, cuando carabineros hizo detener el móvil, sacaron al doctor Hinrichs y lo llevaron detenido.

En el recinto, le quitaron los cordones de los zapatos, la corbata y el cinturón. Con todo, el sargento de turno le dio buen trato.

-Doctor, lo estimo mucho, así que no lo voy a pasar al calabozo y lo voy a dejar sentado aquí. Y si tiene un poco de dinero, le puedo ir a comprar algo para que coma- le ofreció.

Recién como a la medianoche, llegó el comandante del Regimiento Andino, Ricardo Bustamante, que había ocupado la zona de Coronel y Lota.

-Doctor - le dijo -, usted está detenido, acusado de tres cosas: de ser mirista, de ser boliviano y hacer política en Chile y de haber mandado a construir policlinicas periféricas para que la gente se reúna y puedan adiestrarse en la lucha contra la

democracia.

Hinrichs quedó sorprendido con las acusaciones y de inmediato las rebatió.

“En primer lugar, no soy boliviano soy tan chileno como usted, puede haber una confusión porque fui cónsul de Bolivia durante muchos años en Concepción. En segundo lugar, los miristas nunca han sido mis amigos. Y los policlínicos los construí para que fuera atendida la gente y no para que se hagan reuniones. Si en la noche se han hecho algunas reuniones quedan fuera de mi capacidad para responder puesto que yo vivo en Concepción”.

- Váyase tranquilo doctor, perdone que lo haya hecho esperar - le dijo y lo mandó a dejar en un vehículo de carabineros al hospital. Estuvo diez horas detenido y quedó libre. Fue su primera detención.

La segunda detención fue en su casa, en Concepción. Como a las 2 de la mañana, llegó un camión del Ejército del cual descendió un grupo de militares que se lo llevaron al Regimiento Chacabuco, primero y luego, a la Cuarta Comisaría.

“Ahí pasé una de las noches más terribles de mi vida, porque éramos más de 40 los que estábamos en un calabozo que no tendría más de 3 por 3, con una hediondez tremenda porque había una taza de water que estaba tapada y refluía toda la mugre. Como llegué de los últimos, me tocó estar al lado de la ventana y por ahí me entraba un poco de aire puro”.

Al día siguiente, como a las 6 de la mañana, se abrió la puerta y entró un carabiniere.

-Doctor - le dijo- salga para acá. Estos desgraciados no fueron capaces de decirme que estaba acá. ¡Cómo tenerlo encerrado aquí! Venga, siéntese aquí y le voy a traer mi desayuno.

En la tarde lo dejaron en libertad.

La tercera detención, que fue la definitiva, ocurrió en Coronel. Pasaba por fuera de la Comisaría, como a las 2 de la tarde, cuando a su lado se detuvo un



Heriberto Krum.

vehículo policial. Rápidamente descendieron los carabineros, uno de ellos lo arrojó contra la pared, mientras que el otro, que era cabo, se acercó y le dijo en un susurro: “Perdone lo que estamos haciendo, pero el capitán que está allá, nos está vigilando”.

Lo ingresaron a la Comisaría y lo metieron en un calabozo. Estuvo allí hasta el atardecer, cuando lo sacaron para llevarlo directamente al Estadio Regional.

“Me torturaron mucho en el Estadio”

No estaba en Concepción para el 11 de septiembre. Ya el 9 se había ido a Los Ángeles, donde tenía familiares, siguiendo las instrucciones que había recibido del MIR ante la posibilidad de un golpe de Estado. Con todo, Dagoberto Reyes Contreras no pensó realmente que eso iba a ocurrir. Lo hizo más bien como precaución.

Pasó el tiempo y regresó a Concepción, hasta que el 17 de noviembre lo detuvieron y lo llevaron al Regimiento Guías, desde donde lo trasladaron al Estadio. Esa misma noche lo incomunicaron y permaneció así por 28 días.

"No los fui marcando, pero lo recuerdo. Me torturaron mucho en el Estadio. En una ocasión, había dos tipos que me estaban sujetando y un tercero me pegaba. En ese momento me desmayé y cuando recuperé el conocimiento, me estaban pegando en los pies con unas tablas, aunque en realidad me estaban reviviendo. En ese momento escuché la voz de alguien que decía que me dejaran. Me llevaron al baño y un teniente con el cual me había encontrado un par de meses antes del golpe y que me había dicho que si se daba vuelta la tortilla me acordara de él porque él también lo haría, me dijo que no me había visto, pero que me iba a sacar. Eso me ayudó porque poco después me sacaron a la cancha y ahí me encontré con algunos conocidos..."

"Me acusaron que yo ponía la plata"

Orlando Retamal Montecinos era profesor y trabajaba en la Escuela de Educación de la Universidad de Concepción. La mañana del 11 de septiembre, había llegado como todos los días a cumplir su labor docente.

Supo del golpe de Estado, pero igual se quedó en la universidad hasta que llegaron los militares, allanaron la Escuela de Educación y lo detuvieron. Lo condujeron al Regimiento Guías y ahí le dijeron que lo llevarían a la Isla Quiriquina. Cuando llegó, se encontró con el intendente Fernando Álvarez, fueron los primeros en llegar. Durante el día, siguieron arribando más detenidos.

Permaneció cerca de un mes recluso y lo dejaron en libertad. Pero poco le duró ya que en menos de una semana volvió a ser arrestado. En esa ocasión lo fueron a buscar a su domicilio, en San Pedro. Lo trasladaron primero a Carabineros y luego al Estadio Regional.

Nunca supo por qué lo detuvieron ni de qué lo acusaban. En alguna de las averiguaciones que hizo su mujer, Cristina, le dijeron que estaba detenido por aportar dinero para financiar extremistas. "Y nosotros éramos solo profesores", ríe Orlando Retamal al recordarlo.

Tiempo después se enteró que un muchacho que fue alumno suyo y que cobraba las cuotas del Partido Socialista, había sido capturado y seguramente lo mencionó.

"Me acusaron que yo ponía la plata. Esa fue la explicación que me dieron".

Perdió su oído derecho por la tortura

Juan Alarcón Medina era comunista, regidor y dirigente del Sindicato de Empleados de la Carbonífera Lota, en septiembre de 1973.

Antes de ser arrestado, estuvo varios días cumpliendo algunas funciones a petición del gobernador, que le solicitó que colaborara para que los trabajadores retornaran a sus funciones. Pero la tarea no era fácil, le dijo, porque los dirigentes estaban detenidos.

El 25 de septiembre le tocó su turno, lo detuvieron en Coronel, en la población Lo Rojas donde vivía. Estuvo en la tenencia Puchoco-Schwager y en la Comisaría de Coronel. Después lo llevaron a la Cuarta Comisaría en Concepción. Ahí vio cómo en un patio del recinto quemaban los libros que los carabineros requisaban a los prisioneros.

Después lo trasladaron al Estadio Regional donde fue severamente torturado, producto de lo cual perdió su oído derecho.

En un momento, lo sacaron del Estadio y lo llevaron al Cuartel Borgoño, en Talcahuano, porque buscaban a un Alarcón. Cree que lo confundieron, porque llevaron a dos compañeros comunistas a quienes le preguntaron por él, y respondieron que no era el hombre.

"Yo saqué por conclusión que al Alarcón que buscaban era un sobrino mío que se había estado preparando en Cuba. Parece que lo tomaron preso pero no sabían quién era. Al final el cabro se fue a Argentina".

“No lograron sacarme nada”

Heriberto Krum Ahumada era dirigente de la CUT de Concepción y en esa calidad estaba siendo buscado para ser detenido, luego del golpe militar. En los días posteriores al 11, por orden del intendente designado por la Junta Militar, Washington Carrasco, varios dirigentes de distintos sindicatos habían sido arrestados.

Krum tenía información que indicaba que Carrasco había asegurado que los dejaría libres una vez que él se entregara.

Fue así como el 19 de septiembre, junto a otros dirigentes de la CUT, se reunieron en la Plaza de Armas penquista para analizar la situación.

“Como estaban deteniendo mucha gente, decidimos con Vicente García y otros, que yo me entregara. Tenía que ver cómo lo hacía y optamos por llamar desde un teléfono público a la intendencia y con tanta suerte que Carrasco estaba ahí. Hablé con él y le dije que me entregaría si liberaba a los presos de los sindicatos. Me contestó que aceptaba”.

Se despidió de los otros dirigentes y se dirigió a la Intendencia. Unos tipos de civil lo interceptaron y lo llevaron a la oficina de Carrasco, pero éste no se encontraba ahí. Le dijeron que esperara y se quedó solo. De repente entró un oficial que no conocía.

-¿Y usted por qué quiere hablar con el general Carrasco?

-Porque soy Heriberto Krum.

-¿El de la CUT?

-Sí, el mismo.

Entonces el militar empezó a gritar y sacó su pistola y se la puso en la cabeza a Krum. Se armó un gran escándalo.

-Este es Heriberto Krum, yo lo descubrí- gritaba el uniformado.

-Cómo que me descubriste si yo conversé con el intendente, yo vengo a hablar con él- le replicó el dirigente.

Llamaron a Washington Carrasco. “Aquí está Heriberto Krum y dice que tiene una entrevista

con usted”. Carrasco no quiso hablar con él, aduciendo que no tenía ninguna “entrevista con un delincuente”.

Finalmente ordenó que lo entregaran a Carabineros. Así que lo llevaron a la Cuarta Comisaría.

“Mi cuñado era carabinero y yo era muy amigo de un mayor de apellido Pinares, que iba siempre a la CUT a conversar conmigo cuando teníamos marchas y manteníamos una buena relación, así que cuando me mandaron a la Cuarta me fui contento porque sabía que Pinares estaba al mando. Entré y lo vi con el casco puesto. Le dijeron: “Traemos a Heriberto Krum”. Lo saludé y me respondió: “Quién te conoce a vos”, y me dio un golpe que me rompió la nariz. Entendí que la cosa ahora era diferente...”

Lo dejaron en un calabozo solo y media hora después llevaron a dos jóvenes que estaban en muy malas condiciones. Se quejaban mucho. Krum les convidó unos medicamentos que tenía para los nervios y les preguntó quiénes eran. Ambos eran estudiantes ecuatorianos que estaban becados en la Universidad de Concepción.

Por la tarde los sacaron del calabozo y, tiempo después, Krum supo que sus cuerpos habían aparecido a orillas del Bio Bio.

Como también lo golpearon en la Comisaría, lo derivaron al Hospital Naval donde permaneció cuatro días y de ahí lo enviaron al Apostadero. Lo interrogaron con gran violencia para amedrentarlo y, finalmente, lo llevaron a la Isla Quiriquina. Allí también fue torturado, pero “no lograron sacarme nada”. Después lo trasladaron al Cuartel Borgoño, donde sufrió nuevos apremios físicos. Finalmente lo dejaron libre el 15 de noviembre.

Poco le duró la libertad. Había regresado a su hogar y al tercer día quiso salir a pescar a la desembocadura del río Bio Bio, cuando nuevamente lo detuvieron. Esa vez llegó al Estadio Regional. Era el 17 de noviembre.

Lo que más recuerda de su permanencia allí es a un niño de 12 años, al que llamaban “Panfleto”.

"Estaba detenido y yo lo veía jugar con una piedrita. Un día lo llamaron y pensé que lo iban a dejar libre, pero lo torturaron salvajemente, volvió todo machacado. Hicimos una protesta por lo que le habían hecho. Tanto me impresionó, que después escribí un cuento con su historia".

"Al llegar al trabajo nos dimos cuenta que había problemas"

Gabriel Reyes Arriagada era secretario general de la Izquierda Cristiana en Concepción y también dirigente nacional de los trabajadores de Indap, entidad donde laboraba como jefe del departamento de créditos.

El 11 de septiembre, caminó desde su casa en Laguna Redonda hasta el Ministerio de Agricultura, ubicado en Serrano con Barros Arana. Por esos días había muchos problemas de locomoción, así que no tenía otra opción. Llegó a las 8 de la mañana a la oficina. No había escuchado noticias y tampoco tenía teléfono.

"Al llegar al trabajo nos dimos cuenta que había problemas. Un grupo de compañeros de la derecha de la CORA nos atajaron en la puerta y no nos dejaban entrar, pero como éramos mayoría, logramos controlarlos y pudimos ingresar. Hubo algunas escaramuzas al subir, nos peleamos a combo limpio porque las relaciones se habían deteriorado en los últimos meses. Muchas de los DC nos apoyaron y se pusieron de nuestro lado. Ellos tenían una radio y estábamos atentos a las noticias, también teníamos un télex y con eso tratábamos de tener información del gobierno, pero nada".

Cerca de la 8:30 horas llegaron los compañeros del equipo de seguridad de la IC a sacarlo de la oficina. Partieron en una camioneta. Existía el compromiso, en caso de producirse el golpe, de encontrarse con sectores juveniles del PS y el MIR en la Universidad de Concepción, así que fueron hacia allá. Llegaron a la universidad, pero no había nada ni siquiera militares. Hicieron un recorrido y luego se fueron.

Por acuerdo de la dirección regional, Gabriel

Reyes pasó a la clandestinidad. Fueron al sector Chillancito, a la casa de unos estudiantes. La población estaba embanderada. Se quedaron ahí, pero pronto se dieron cuenta que las viviendas de seguridad no eran tales, así que partió a la residencia de su hermano Santiago, que vivía en una población en Hualpencillo. Se había hecho antes una primera reunión clandestina de la IC en un sector de militares, ubicado cerca del Regimiento Guías, donde se tomaron algunos acuerdos. Uno de ellos fue ir a la oficina que tenía la IC en el edificio Tucapel, frente a Tribunales, para tratar de rescatar documentos y fotografías. Luego cada uno buscó refugio. Gabriel permaneció algunos días con su hermano, tiempo en el cual perdió contacto con el resto de los dirigentes de su partido.

Pasó el tiempo y Gabriel no había vuelto a su trabajo desde el 11. Pero mediante algunas gestiones internas se logró que el nuevo director de Indap, que era un oficial de Carabineros, mantuviera el empleo de algunos funcionarios, como el caso de Reyes. Así le informaron y la primera quincena de octubre, alrededor del 12, volvió a Indap. Claro que ya no tenía jefatura ni oficina, y lo destinaron a unas dependencias ubicadas en Chacabuco 252. Apenas alcanzó a estar allí hasta el 16, cuando una patrulla de militares llegó hasta el lugar y lo detuvo. Ya habían arrestado a otras personas en el trayecto, a quienes condujeron hasta el Regimiento Chacabuco y más tarde a la Cuarta Comisaría.

"Estuvimos en una celda chica y éramos 12 a 14 personas. Nos tuvieron ahí toda la noche y parte del otro y por la tarde nos llevaron al Estadio".

Cuando salían de la Comisaría había familiares esperándolos, entre ellos su ex mujer, quien alcanzó a entregarle un saco de dormir y algo de ropa. Al llegar al Estadio, los hicieron dejar sus documentos de identidad, dinero, llaves y todo lo que portaran en sus bolsillos.

"Nos asignaron a los camarines donde pasamos la noche y al otro día nos encontramos con mucha gente conocida. Me encontré con compañeros de la escuela primaria de mi barrio. Había personas

que no estaban en nada, pero trabajaban en la CCU que estaba intervenida y cuya gran pecado fue apoyar al gobierno de Allende”.

Tiempos en el Estadio

Encuentros y reencuentros hubo en el Estadio, varios de quienes llegaron en calidad de detenidos se conocían de antes, mientras que a otros les tocó compartir allí parte de ese tiempo de detención y tortura.

En algunos, los recuerdos se centran en lo vivido durante los primeros días.

“Nos recibieron gendarmes, nos quitaron los documentos y nos hicieron pasar. Llegamos cerca de las 6 de la tarde, era la hora de formación para dirigirse a los camarines donde nos encerraban hasta el otro día. Me formé y me mandaron a uno de los camarines, donde los jugadores se vestían en tiempos de competencia. Habíamos unas 40 personas, los espacios eran reducidos. Yo iba bastante bien vestido: un saco, una camisa, una pañoleta roja... A la hora de dormir nos entregaron, como premio, un poco de viruta y una frazada y no podíamos movernos cuando estábamos todos tirados en el piso. Siempre se iban sumando más. Recuerdo que se acercaron mis compañeros de celda y me preguntaron, les comenté quién era y me dijeron que estuviera tranquilo. Agradecí el gesto de mucha gente que estaba ahí. El día en la tarde cuando regresamos al mismo camarín, estaba yo sentado y alguien me dijo: “así que eres dirigente del Hotel Araucano”. Le respondí que sí. “Así que tú no hacías nada”, me dijo y me mostró el diario Crónica donde yo aparecía acusado de haber disparado desde el hotel en un enfrentamiento con Carabineros. Me pasaron el diario y en mi impotencia no me quedó más que llorar.” (Luis Madrid Castillo).

Hay momentos que se quedaron grabados. Algunos extremos, sobre todo relacionados con los interrogatorios y con el trato, con esos días de incertidumbre y angustia en el encierro.

“Cuando llegamos, pasamos a los camarines,

estuve cuatro meses en esa celda, cuatro meses durmiendo en el puro cemento, comiendo porotos cocidos, a veces le echaban los sacos enteros y aparecían restos de ratones, nos dieron eso no más. Fue el alimento que tuvimos”. (Eder Sanhueza).

“El gendarme que nos cuidaba en la celda donde estaba había sido alumno mío en la escuela y vivía al lado de mi casa. Para Navidad le pedí a mi mamá que me enviara pan de pascua y una botella con cola de mono y eso me llevó y ahí disfrutamos entre todos. Recuerdo que el que cortaba el pelo a los presos en el Estadio, tenía harta clientela. Hubo muchos que pasaron por el Estadio y nos íbamos ubicando en carretas, por la relación de amistad de donde vivía uno. Yo conversaba mucho con un cabro de Ñipas, que era dirigente campesino. En una ocasión logramos que nos prestaran la cancha e hicimos un partido pero tuvimos que hacerlo a pata pelá porque nadie tenía zapatillas y con zapatos no se podía, yo siempre fui delicado para jugar a pata pelá incluso en la playa, pero tantas eras la ganas de jugar que lo hice y quedé con los pies heridos, pero me di el gusto...” (Enrique Torres).

“Al llegar al Estadio me dio un poco de ánimo ver quiénes estaban, y empezar a recibir las instrucciones, qué decir, con quién hablar y con quién no hablar... Eso fue lo primero, y lo otro acostumbrarse a estar en un camarín con afrecho, viruta y una frazada, tu humanidad y otra frazada, pegaditos uno al lado del otro dormíamos calentitos. Hasta que empezó la conversa y ver quiénes eran y quiénes no eran; con algunos nos conocíamos, con otros no. A mí me tocó la celda con el Cojo Munita y nos llegó también el Pescazo Gaete, que no estaba ahí por motivos políticos... a todo el resto empezamos a conocerlos. Había un grupo de evangélicos que se destacaban porque en la tarde rezaban y todos nosotros respetuosos, también. Esa fue la primera impresión...” (Emilio Cisternas).

“Cuando llegué al Estadio me encontré con gente conocida, pero no con lotinos, había gente de Concepción, de Chiguayante, camaradas que me ubicaban. Estuve en un camarín que estaba

al lado del de las mujeres, casi al llegar al otro arco. Ahí nos tiraron adentro y estaba lleno. Y de repente un amigo me hizo un lugar y empezamos a apretarnos, había pura viruta y no había con qué taparse. Hasta el otro día que nos llegó el café, medio aceitoso, y un pedazo de pan y ahí empecé a ubicar gente: Manuel Sanhueza, Isidoro Carrillo, Mario Benavente, y así pasaron los días. Como al cuarto día me llamaron a la clásica interrogación. Hubo algunos tirones de orejas. La pregunta era quién era el Finanzas del partido en Lota que era yo, pero contestaba no sé, no recuerdo, yo era un simple empleado administrativo, militaba pero iba poco. En la primera pasé piola, pero en la segunda no tanto. No sabían que había sido Finanzas, pero sí que había sido administrador de los hospitales, que había sido dirigente sindical y presidente de los empleados. Pasaron los días y fusilaron a los compañeros, antes me habían pasado por la parrilla, a los dos días me llamaron otra vez y me hablaron de finanzas y del tesorero, como Danilo González ya estaba muerto, me la saqué otra vez con que yo trataba más con él. Me increparon: "nos vamos a dejar de mentiras, usted era muy activo en el partido, fue candidato a regidor". Dije que sí, que me habían invitado porque siempre había sido activo en deporte, había sido dirigente sindical y tenía cierta popularidad, pero había perdido. En una de esas torturas me recuerdo un tipo alto que me dijo que estaba mintiendo y como estaba detrás me pegó en las orejas, como el teléfono, perdí el conocimiento y les costó hacerme reaccionar..." (Jorge Chamorro).

"La primera sensación en el Estadio fue de inseguridad, nadie sabía qué iba a pasar con nosotros, siempre estábamos pensando que nos iban a citar para alguna declaración lo que nunca pasó, excepto un día que me llamaron, me tomó un vigilante, me puso una venda y me dijo: "Doctor, soy de Coronel. Lo quiero mucho a usted, pero me dieron esta orden". Me puse muy nervioso. Me tomó del brazo y me dejó junto a una pared. Un rato después apareció otro genardme que se identificó diciéndome: "Soy Castillito, estate tranquilo, que no te van a hacer nada, es para asustarte no más". Eso me tranquilizó. Pasados algunos minutos, me entraron a un recinto cerrado y una voz fingida me

dijo: "Aquí vai a oler sangre". Me sentaron en una silla chica, me amarraron los brazos, me pusieron una soga al cuello con nudo corredizo, y de repente sentí un golpe atrás con un laque. La silla cayó al suelo hacia atrás y la cuerda se tensó en mi cuello. El que hacía de jefe, dijo: "Levántenlo o si no se va a ahorcar este viejo". Me levantaron y lo primero que me preguntaron fue dónde estaban las armas del hospital de Coronel. Y luego una seguidilla de cosas que habían pasado allá, las barricadas, la reunión, y que yo era el responsable porque era el director. Después vino una segunda sesión igual y mi respuesta fue la misma: "No tengo idea de armas, le doy mi palabra". "Ya suéltlenlo este viejo no sabe nada", escuché que dijo el que actuaba de jefe. Y yo no era tan viejo en ese tiempo tampoco..." (Carlos Hinrichs)

"La rutina que teníamos era rota por los interrogatorios. A mí me interrogaron cinco veces, felizmente sin tortura, muy caballerosamente, algunos gritos no más. Supe después que hubo intervención en mi defensa de la iglesia Católica. Fueron interrogatorios temáticos, tal vez el más duro fue el del Plan Z, como era dirigente de la UP, suponían que sabía mucho, pero de eso no había mucho qué hablar, querían que yo ratificara lo que ellos decían. Ese interrogatorio terminó cuando al final le pregunté al capitán Sánchez: ¿Usted cree en el Plan Z? No me contestó y ahí terminó el interrogatorio. Nunca me vendaron la vista, siempre había tres personas, de inteligencia militar, de carabineros y un civil. La sala de interrogatorio estaba en la torre de transmisión de los partidos. En la pieza había una mesa y algunas sillas. Ahí mismo a algunos les pegaban pero en mi caso no fue así..." (Gabriel Reyes)

Lo que dejó huellas

La vida en el Estadio transcurrió sin grandes variaciones para este grupo. Ya la permanencia en el recinto se había convertido en una rutina, que sólo era interrumpida por algún interrogatorio – dentro o fuera del campo– o la llegada o salida de alguno de los prisioneros.

Diciembre trajo algunas novedades. La posibilidad de recibir visitas fue una de ellas. Pero no todos tuvieron ese "privilegio". Fue el caso de Gabriel Reyes, cuyo nombre no apareció en la lista difundida por la III División de Ejército en los diarios locales.

"Yo no recibí visitas. Mi nombre no estaba en la nómina. Eso provocó preocupación en gente de la IC porque era extraño que mi nombre no saliera. Pero otras personas me vieron y pudieron contar a mi familia que estaba en el Estadio, lo cual alivió un poco la situación. Después supe que hubo otros detenidos que tampoco recibieron visitas. Nunca supimos por qué. La única visita que tuve, si puede llamarse así, fue de mi cuñada. Un día de diciembre me llamaron intempestivamente y supe que la estaban interrogando. En ese momento preguntó por mí y le dije que yo no estaba en el Estadio, pero insistió y finalmente me fueron a buscar. Cuando nos vimos, ella se puso a llorar y no paraba, así que casi no hablamos. Al final la dejaron en libertad y le pude comunicar a mi familia que me había visto y que estaba bien".

Una experiencia dolorosa y que lo dejó muy marcado, vivió Jorge Chamorro durante su reclusión en el Estadio.

Un día había ido al baño y al salir se encontró con Marco Enriquez -uno de los hijos de Edgardo Enriquez Fródden y hermano de Miguel- que también estaba detenido en el recinto deportivo. Marco lo saludó y le comentó que siempre había sentido admiración por los mineros. Estuvieron conversando alrededor de media hora. Cuando regresó a la galería, uno de los prisioneros, Juan Bravo, le habló.

-Oye, hace rato que te están llamando por los parlantes.

-Estaba en los baños y no escuché nada -le contestó Chamorro-. ¿Y para qué me llamaban?

-Eso no lo sabemos, se aburrieron de llamarte - le replicó Bravo.

Le contaron que también el padre Camilo Vial había preguntado por él.

Con la intención de aclarar para qué lo buscaban, Chamorro caminó a la puerta, a la entrada de los camarines, y se dirigió a un militar que allí estaba. -Oiga, me están llamando por los parlantes, pero estaba en los baños y no escuché nada.

-¿Cómo te llamas tú?

-Jorge Chamorro.

-Hace rato que te estamos llamando y ahora te venís a presentar.

-Estaba en el baño y quiero saber por qué me llaman. Quiero hablar con el comandante.

-Qué vay a hablar, ándate para dentro.

-No, quiero saber para qué me llaman - insistió.

-Era para avisarte que mataron a tu mamá, eso es todo - le respondió el militar con dureza.

-¿Cómo es eso? - le replicó Chamorro sin creer lo que había escuchado.

-Claro, para eso te llamaban - le aseguró el uniformado y ante la insistencia del prisionero, le dio un fuerte culatazo con su arma que lo dejó maltrecho.

En vista que no pudo hablar con el capitán García, se dirigió al sector del marcador, en la cancha, se apoyó en el poste del arco, se sentó y se puso a llorar.

Estuvo así un buen rato, hasta que otro prisionero que corría alrededor de la cancha, lo vio y atravesó para saber que le ocurría.

Chamorro le contó lo ocurrido.

-Un cabro me pegó un culatazo y me duele -le dijo.

-¿Y para qué lo llamaron?

-Para decirme que habían matado a mi mamá.

El preso que se había acercado fue a buscar a otras personas y preguntó quién lo conocía. Varios fueron a verlo, lo levantaron y lo llevaron a la Enfermería.

Rato después apareció el capitán Sánchez.

-¿Qué pasó aquí? -preguntó.

-A este compañero lo llamaron, pero como estaba en el baño arriba no escuchó y vino a preguntar y el muchacho le dijo que habían matado a su mamá y le pegó un culatazo, porque insistió en hablar con usted.

-¡Sargento, espóseme a ese huevón! -reaccionó airado Sánchez, refiriéndose al militar que había golpeado a Chamorro, a quien le ofreció un

cigarrillo.

-Ese le dijo algo que no debió decirle -le explicó-. Su mamá tuvo un accidente, la atropellaron y murió. Luego le dijo que estaban realizando gestiones, porque el sacerdote de Lota había pedido que lo autorizaran a asistir al velatorio o al funeral de su madre.

Ante esa posibilidad, lo dejaron en la Enfermería, y le permitieron bañarse y afeitarse.

-No sabemos si sale en la tarde o mañana en la mañana, la solicitud fue presentada y se está viendo- le comentó Sánchez.

Pasó la noche allí y al otro día le dieron desayuno, café con leche y un buen sándwich. Como a las 11 de la mañana volvió el comandante.

-Mire joven, fracasaron todas las gestiones, no va a poder ir ni al velatorio ni al entierro de su madre, porque Lota es una zona muy conflictiva y el alto mando decidió que no, así que váyase tranquilo para la cancha.

Tenía entonces 42 años y para Jorge Chamorro fue lo peor que le ocurrió durante su permanencia en el Estadio.

Carlos Hinrichs también comparte algunos de sus recuerdos de esa permanencia forzada en el Estadio.

"El primer libro que entró al estadio fue por una influencia mía porque fregaron tanto al capitán para que hiciera entrar libros al Estadio, porque estaba prohibido. Yo logré que me trajeran un libro y él delante de todos me lo entregó, lo hojeé antes para ver si había algo adentro y me dijo "hoy por ti y mañana por la alameda".

No fue lo único. Otro comportamiento particular del capitán Sánchez ocurrió con ocasión del nacimiento del sexto hijo del doctor Hinrichs. La noticia se la comunicó el padre Camilo Vial. Pasaron algunos días y su esposa fue a conversar con Sánchez para solicitarle la posibilidad de llevar al recién nacido al Estadio para que su padre lo conociera.

El capitán Sánchez, que estaba casado pero no tenía hijos, se sensibilizó y dio la autorización. Así fue como Sonia Oyarce ingresó al recinto conduciendo su auto, donde llevaba a su bebé. El problema fue que al poco rato apareció el jefe del Estado Mayor del Ejército, lo cual obligó a Sánchez a ocultar a la esposa de Hinrichs con su automóvil detrás de unos fardos de pasto. Finalmente, el prisionero no pudo conocer, en esa oportunidad, a su hijo.

Traslado a Chacabuco

Ya había empezado el año 74 y la incertidumbre se mantenía y crecía. No había indicios que revelaran qué podría pasar ni cuánto tiempo más se prolongaría la reclusión. Los días se sucedían lentamente y sumidos en la rutina que ya se había instalado entre los prisioneros.

Sólo a fines de diciembre se había producido una masiva liberación de presos, tanto desde el Estadio como desde la Isla Quiriquina. Pero después de eso, las puertas volvieron a cerrarse para las más de 300 personas que aún permanecían privadas de libertad en el recinto deportivo.

Fue a mediados de enero, más específicamente el 18, cuando inesperadamente la situación cambió. Ese día los nombres de varios prisioneros se escucharon por los parlantes.

El de Emilio Cisternas fue uno de ellos.

"A medida que los iban nombrando, uno se daba cuenta a quiénes llamaban y la mayoría correspondía a dirigentes de algo, intelectuales o personas comprometidas con algo. No recuerdo en qué momento me llamaron a mí y me sorprendí, yo era dirigente de la CUT, imagino que fue por eso. Nuevamente nos ficharon y yo fui de los últimos y uno de los uniformados preguntó: "¿Y éste qué es?" y un milico gritó: "Paramilitar" y con esa ficha quedé, no con mi militancia... Cuando nos sacaron del Estadio, los compañeros que se quedaban empezaron a cantar la Canción Nacional, nosotros íbamos pasando y los veíamos llorando y cantando. Los gendarmes también nos despidieron, se portaron muy bien con nosotros. Tampoco sabían

a dónde nos llevaban...”

El destino era un misterio. Muchas especulaciones y presunciones daban vuelta entre los seleccionados.

“No sabíamos el destino, presumíamos Isla Santa María, presumíamos Isla Mocha, presumíamos Pisagua, presumíamos un lugar a donde nos iban a fusilar, porque nadie sabía nada, ni el cura”.

Ya estaban en el bus que los trasladaría, cuando para su sorpresa, subieron cuatro mujeres que también estaban prisioneras en el Estadio. Una de ellas, la esposa del profesor Mario Benavente, quien subió y se instaló al lado de su marido. Pero a los minutos después, el bus se detuvo y las mujeres debieron descender. Al final, quedaron 59 prisioneros en la micro, que partió rumbo al aeródromo. “Los entendidos dijeron que íbamos para el norte”.

Carlos Hinrichs también tiene algunos recuerdos de cuando fueron evacuados del Estadio.

“Cuando nos iban a sacar del Estadio, nos hicieron formar una fila, no sabíamos para dónde nos iban a llevar, si para la Quiriquina o para la Santa María. Y no supimos nada hasta el día siguiente. Esa noche nos dejaron aislados en un lugar del Estadio hacia donde está el terminal de buses. Era una pieza donde estaban los excluidos del Estadio; ahí pasamos la noche sin dormir, hasta que el día siguiente, tempranito, empezaron a llegar los familiares... Cuando ya íbamos en el avión, tampoco sabíamos para dónde íbamos hasta que aterrizamos y reconocimos que estábamos en Cerro Moreno, el aeropuerto de Antofagasta...”

El relato de Eder Sanhueza sobre este aspecto es más escueto.

“Me acuerdo que la primera o segunda semana de enero, llamaron a la gente que tenía que irse, a mí no me correspondía, porque en ese grupo iban doctores, ingenieros, arquitectos, yo no les servía ni para barrendero y de repente me llamaron, a lo mejor les faltaba alguien. No tenía ni idea a dónde

nos llevarían, cuándo me iba a imaginar... Y fuimos a dar a Chacabuco...”

Muchos detalles se le quedaron grabados a Gabriel Reyes desde el momento en que los separan del resto de los presos políticos en el Estadio, hasta que los trasladan al norte.

“Como al mediodía el 18 de enero, empezaron a llamar personas de distintas celdas, nos separaron, nos fotografiaron, se hizo una pequeña reseña de cada uno de nosotros, quién era, de dónde provenía, su militancia... todo eso durante la tarde y nosotros sin saber para qué ni por qué. Cerca de las 6 de la tarde, nos ordenaron retirar nuestras cosas y nos llevaron a una celda abandonada, llena de pulgas, que es algo que me impresionó mucho. Nos pidieron que escribiéramos cartas para la familia. Pasamos ahí la noche y al día siguiente en la mañana, nos formaron aparte de los demás, todo eso en medio de una gran incertidumbre. Comenzaron los rumores en cuanto a que como éramos el grupo pensante y de dirigentes de la zona, nos iban a matar. Algunos tratábamos de mantener la calma, pero otros estaban muy intranquilos... abundaban los rumores, que nos llevarían al norte, que nos lanzarían al mar... todo eso era muy violento. Vimos llegar los buses, subimos y partimos. Parece que en la noche se había corrido la voz que nos sacaban de ahí porque en la afueras del Estadio había muchos familiares que querían saber qué pasaba... Rato después llegamos al aeropuerto Carriel Sur, pero todavía no sabíamos a dónde nos llevaban”.

La llegada a ese nuevo lugar de reclusión, a más de 1.500 kilómetros de sus familiares, de su terruño, de sus espacios cotidianos, también dejó huellas. Emilio Cisternas conservó varios detalles en su memoria.

“Llegamos a Antofagasta y justo en ese momento iba saliendo un grupo que había quedado en libertad, entre ellos Ángel Parra. No sabíamos nada de Chacabuco. Nos llevaron en dos buses y un avión pasaba encima nuestro...”

Durante el trayecto, los buses se detuvieron y a patadas los militares hicieron bajar a los prisioneros y los pusieron al borde del camino, mirando al desierto.

—Hasta aquí no más llegamos, cobrito- le dijo Galo Gómez a Emilio Cisternas-. Nos van a fusilar por la espalda.

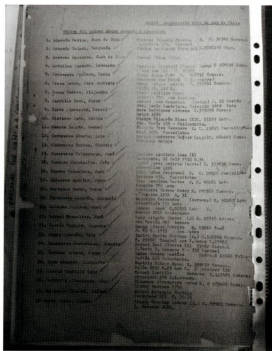
En ese momento se escuchó una voz ordenándoles: “Todos tienen que mear”.

“Con los nervios, apenas hice una gotita. Y después, a patadas nos subieron. Seguíamos sin saber a dónde íbamos, hasta que de repente, apareció Chacabuco y el bus entró. Fue una experiencia muy rara, porque todo se veía desolado, había vida pero todos los presos que estaban en ese momento, permanecían en sus casas, sin tener contacto con nosotros. Nos llevaron a la cancha de fútbol y ahí empezó a otra fiesta...Nos fueron nombrando uno por uno y nos revisaron. Nos llevaron al comedor, nos dieron algo de comer y después nos asignaron el pabellón donde nos quedaríamos...”

También Dagoberto Reyes recuerda esas primeras horas en Chacabuco.

“Llegamos tipo 7 de la tarde. Y yo recuerdo clarito que cuando ingresamos y nos llevaron a la cancha, nos desnudaron, hay muchos que no se acuerdan de eso o prefieren no acordarse. Un milico se paró frente a mí y me dijo: “José Dagoberto Reyes, militante del MIR” Yo lo negué, pero insistió: “Le advierto, cualquier cosa que ocurra en el campo, ustedes van a pagar”. También me impresionó cuando el gallo se paró delante de mí y me dijo el prontuario. Yo logré leer el cuaderno que tenía el milico, y vi que tenía con escrito rojo extremista peligroso, instructor de guerrilla y no sé cuántas cosas más... Esa noche nos llevaron a un alojamiento especial, separados de los demás. No tuvimos ningún contacto con los otros. Cada uno se acomodó donde pudo. Yo pedí ir al baño y ahí me di cuenta de la altura a la que estábamos...”

Carlos Hinrichs rescata algunas vivencias de esas primeras horas en el lugar que se convertiría en su residencia obligada por casi un año.



Listas de detenidos trasladados a Chacabuco.

“Cuando llegamos a Chacabuco, daban órdenes por unos parlantes a los que estaban allí, que no podían asomarse, tenían que quedarse en las casitas porque venían llegando unos terribles terroristas de Concepción y estaba prohibido mirarlos, a pesar de eso nos dimos cuenta que nos miraban desde dentro. Nos llevaron a una cancha de fútbol y ahí nos hicieron desvestirnos para revisarnos. Algunos dicen, no fue el caso mío, que los que estaban revisando les pisaban las cosas que traían a ver si venían armas o algunas cosas que estaban prohibidas. Esa noche alojamos en unas casas que estaban cerca del vertedero a donde iban a dar las aguas servidas del campamento. Tal vez los pabellones más malos que había, con ratones, mugres y hediondeces, al día siguiente logramos que nos dieran un alojamiento más decente”.

definitiva a otro tiempo del cual tampoco sabían cuánto podría prolongarse.

Las viviendas eran bastante precarias. Antiguas construcciones de la época de la explotación del salitre destinadas a los obreros. No tenían piso, puertas ni ventanas. Consistían en dos piezas, donde había unos camastros que los presos debieron reparar y habilitar. Una de ellas se usó como dormitorio y la otra como un estar cocina.

En el pabellón 24 quedaron los prisioneros penquistas. Se distribuyeron, esencialmente, por militancia en las 10 casas que lo componían.

Es lo que refiere Dagoberto Reyes.

"Nos organizamos por partidos, cada uno tenía su casa y nosotros quedamos en la 2 del pabellón 24, con la gente del MIR de Concepción. Estuve con Manuel Torres, Ricardo Torres y Anibal Matamala, ya fallecidos, además de Pedro Enriquez, Leonel Cordero, y Jorge Inzunza. Los miristas de Concepción éramos nosotros".

Carlos Hinrichs cuenta algo más de esa convivencia inicial.

"En la casa éramos 12, había dos piezas, Juan Alarcón, Munita, Raúl "Chiteco" Gutiérrez, el doctor Venegas y yo, estábamos en una; y en la de afuera estaban Claudio Contreras, Egidio Contreras, Alejandro Witker y Marcel Cerda. Los que estaban afuera no se entendieron bien entre ellos, parece que algunos tenían mal carácter, así que en unos días cada uno partió por su lado y esa pieza quedó desocupada, así que las dos quedaron para nosotros. Estábamos un poco más holgados. Yo era el encargado del aseo, siempre me ha gustado barrer y eso, de la comida ni hablar porque nunca he sido aficionado a la cocina, pero Juanito Alarcón era bueno para cocinar".

En la casa 6 del pabellón 24, estuvo Luis Madrid.

"Felizmente estaba con gente de Concepción: con Gabriel Reyes, Emilio Cisternas, el profesor Orlando Retamal, Heriberto Krum, el profesor Eugenio

García y Joel Matamala, que era el presidente del sindicato. Pura gente de Concepción. En general había buena relación entre nosotros. Haber estado tanto tiempo preso y torturado, hace que a veces se perdiera el control, pero felizmente había gente con la que podíamos tranquilizarnos. En Concepción tuvimos la suerte, si se puede decir así, porque había gente que no tenía nada; otros eran simpatizantes de la UP, militantes, estudiantes, gente analfabeta que compartía los ideales del gobierno, que confiaba en que las cosas iban a cambiar, todo eso permitía una mejor convivencia, había que ser solidario con todos, éramos presos de guerra y eso valía más que el color político".

Deportes y Cultura en medio del desierto

Transcurrido el tiempo del ajuste al nuevo escenario que enfrentaban, y con la clara decisión de hacer más llevadero el encierro y, de paso, la forzada convivencia diaria, los prisioneros penquistas empezaron a organizarse y a distribuirse tareas para que los días transcurrieran más rápido.

Algunos centraron sus intereses en el deporte como una forma de distraer la mente y concentrar sus energías en una actividad que también los ayudara físicamente.

Enrique Torres fue uno de los que "hizo su mundo" en torno al deporte en Chacabuco, porque era la manera "que la gente estuviera activa porque había algunos que andaban tomando caldo de cabeza... Mi tarea era evitar eso. Jugábamos voleibol, fútbol, hasta una cancha de tenis hicimos y las raquetas las confeccionamos con unos palos que encontramos. Jugábamos dobles con Mario Benavente. El objetivo era estar activo porque de otra manera era muy pesado. Había un teniente perro que nos prohibía toda actividad. A las 2 de la mañana nos llamaba a la cancha a pasar lista porque alguien se había escapado, pero era para cagarnos la siquis y eso lo contrapesábamos con actividades recreativas..."

A cargo de la Comisión de Deportes estuvo Jorge Chamorro, quien le disputó voto a voto la



Ruinas del Campo de Prisioneros de Chacabuco.

presidencia al periodista Alberto "Gato" Gamboa, que la tenía de antes. Entusiasta con ese desafío, a Chamorro se le ocurrió realizar una olimpiada con todos los deportes que se practicaban en el campo, incluyendo la rayuela.

En la ex oficina salitrera había una maestrana, de donde sacaron unos cilindros que se usaban en la correa transportadora, que utilizaron como tejos, hicieron una cancha ad hoc y el equipo de Concepción salió campeón de rayuela.

Se habían iniciado ya las competencias, cuando una noche cuatro militares fueron a buscar a Chamorro a la casa donde habitaba. Lo llevaron a la comandancia del campo y el oficial a cargo lo empezó a interrogar.

-¿Cuántos deportes tienen en la Olimpiada?

-Hay voleibol, basquetbol, fútbol, atletismo, maratón, tenis...- empezó a enumerar Chamorro. "Para todas las disciplinas había competidores y lo hacían bien. Duró más de un mes".

-¿Y por qué no tiene box? -le preguntó el militar.

-Es que las condiciones no están -le respondió

sorprendido por la pregunta.

-Yo voy a inscribir un equipo de militares y entramos a la competencia de box y a la de fútbol -le anunció el comandante.

-No se puede hacer competencia de box -le argumentó Chamorro-. ¡Cómo cree que con lo descomidos que estamos vamos a hacer competencia! Los militares son jóvenes y comen bien.

-Los inscribes o si no lo vas a pasar mal- lo amenazó.

-Bueno, pero no tenemos guantes ni ring -advirtió Chamorro.

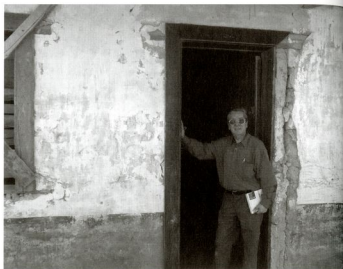
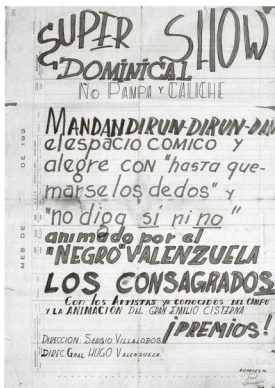
-Traemos los guantes y se hace el ring -le dijo- Y te advierto que si no lo haces lo vas a pasar mal.

"Al otro día llamé a reunión de delegados y conté lo ocurrido. Todos se rieron, pero les dije que el milico estaba hablando en serio. Algunos dijeron que peleaban. Pero les hice ver que tres round eran pesados y los guantes también. Uno de los presos delegados insistía que le peleaban. Pero les dije que no, que no habían subido nunca a un ring y no sabían lo que era eso. Pasaban los días y el milico me preguntaba y yo le respondía que sí, que lo íbamos a hacer, y justo le vino el reemplazo así que no se hizo la famosa competencia de box".

Para distinguir a los ganadores de la Olimpiada, Chamorro le pidió a otro prisionero que confeccionara unos diplomas. Solicitó al capellán del campamento que le llevara cartulina, tinta china y una pluma. Fue un gesto ampliamente valorado. Incluso el "Gato" Gamboa, recibió un diploma, reconociéndolo como el primer organizador de las actividades deportivas en Chacabuco.

Emilio Cisternas, como hombre de radio y dueño de una voz inconfundible, se concentró en la actividad artística. Los prisioneros que habían "inaugurado" el campo de Chacabuco en noviembre de 1973, ya practicaban algunas disciplinas para entretenerse y pasar el rato. Entre ellas, habían organizado un show, pero no siempre era de buen gusto.

"Hacían show divertidos, pero a punta de groserías, imitando a homosexuales, contando chistes picantes. Ante eso, los de Concepción nos reñimos y dijimos que teníamos que elevar la calidad de



Gabriel Reyes en Chacabuco.

los shows. Así fue hicimos una presentación todos los de Concepción para transmitir una imagen de disciplina y coherencia, los 59 estuvimos en el escenario y cantamos canciones universitarias, cómicas y el Himno a la Alegría..."

Fue en ese marco que uno de los prisioneros, Eugenio García, escribió el poema "Chacabuco", reflejando quiénes eran, de dónde venían y dónde estaban. Esa creación terminaba con la frase: "Arriba los corazones, mañana Chile amanece", que se convirtió en el emblema de todos los shows que de ahí en adelante organizó el grupo penquista.

"Esta presentación fue un golpe porque estábamos los 59 arriba, entre ellos un compañero mapuche, que hablaba en mapudungun, yo recitaba Déjame

Chacabuco y él lo repetía en mapudungun, así que fue muy lindo y después cantamos el Himno a la Alegría y desde ahí prácticamente nos hicimos cargo de los shows con la premisa que eso era parte de una escuela de cuadros."

Los shows se realizaban los fines de semana. El sábado había representación teatral y el domingo, un espectáculo musical. Para ello se empleaba el viejo teatro de la ex oficina salitrera, donde también había que preparar una mínima escenografía y hacer algunos arreglos. Eso implicaba un trabajo que a los encargados les demandaba toda la semana.

Juan Alarcón recuerda otra expresión artística que se materializó gracias al ingenio y la imaginación de quienes fueron sus gestores. Y que vista con el tiempo resulta una hazaña casi increíble.

"Se hizo una película en un rollo de papel confort que se llamó "El pirata de la laguna de la caca". Fue algo extraordinario. La pintaron en el rollo y la fueron pasando. Yo quedé admirado cómo se



Pabellón 24 asignado a los prisioneros penquista.

movía el barco. Hasta el reparto incluyeron. Fue una creación en condiciones límite. Cuando se exhibió, la entrada que había que pagar era un clavo, porque era algo bastante escaso así que los buscábamos y los sacábamos de cualquier parte”.

Gabriel Reyes también evoca esa producción tan especial. “La película fue dibujada monito por monito, como los antiguos dibujos animados. Se inventó un sistema de tarros y se pudo exhibir. Fue algo impactante porque se logró con los medios que teníamos”.

Momentos que no se olvidan

Muchas historias se tejieron en Chacabuco. Una de ellas tiene como protagonista al médico Carlos Hinrichs y ha sido profusamente relatada, con distintos matices.

“Un día se cortó la luz en el campamento, quedamos en oscuridad total, entonces Juanito Alarcón me dijo: “Disfrázate y sales como murciélago entremedio de la gente”. Había una capa que no



sé de dónde salió, y él tenía una chupalla y me la puse. Entonces empecé a andar y corría para allá y para acá y la gente vela que pasaba algo. De nuevo apareció Juanito y me dijo: “Presentáte como sacerdote” y escucho que dice: “Llegó el nuevo capellán”, y apareció el ex diputado Patricio Hurtado, que era católico, y fue inmediatamente a saludarme: “Padre, gusto de saludarlo”, y después llegó el Gato Gamboa para hacerme una entrevista. Cayeron los dos redonditos. Recuerdo que le dije al Gato: “Voy a tener que tomar algunas medidas porque estoy en conocimiento que hay mucha homosexualidad en el campamento. Y eso no lo vamos a poder aceptar”. Así siguió la broma un buen rato, hasta que se descubrió. No fue una gran cosa, pero sirvió de relajo ahí porque todos estábamos preocupados, así que fue algo que hizo reír, fue una especie de paréntesis”.

Una historia menos jocosa la vivieron los prisioneros cuando al campamento llegó en visita oficial el general Oscar Bonilla. Enrique Torres reconoce que había cierta expectativa ante la presencia del militar, a quien se rumoreaba como posible reemplazante de Pinochet, y que su trato sería más humano.

Grande fue su sorpresa al escucharlo, relata Torres.

“Estuvo en el campo y lo primero que nos dijo fue: “Ustedes son prisioneros políticos, porque son enemigos de Chile...” Y nosotros confiados en que íbamos a ver un tipo distinto, pero nada. Y siguió diciendo: “Si nos pegan un balazo, les

damos cien y si nos pegan una patada en las canillas, les damos cien, porque nosotros somos los dueños de este país". Nosotros no podíamos creer lo que estábamos escuchando. Entonces, los de Concepción nos pusimos de acuerdo y lo queríamos huevar, así que cuando terminó de hablar, nos paramos y lo aplaudimos: "¡Bravo, general!" Creo que él se tiene que haber dado cuenta que lo estábamos agarrando para el chuleteo, pero se las caló. Hubo algunos que nos retaron por haber hecho eso".

"La Universidad de Chacabuco"

La llegada del grupo penquista, con un número importante de académicos y profesionales de buen nivel permitió que surgiera algo que podría haber sido impensable: La Universidad de Chacabuco, a la cual también se sumaron docentes de otros puntos del país, detenidos en el campo de concentración.

"Se podía estudiar idiomas, como inglés, francés, alemán, ruso, italiano, incluso japonés. También había clases de matemáticas y de estadística, y de astronomía, historia y filosofía y muchas otras disciplinas". (Gabriel Reyes).

Esta posibilidad fue muy bien aprovechada por quienes vieron allí un espacio de aprendizaje, de compartir conocimientos, pero también de preparación para un futuro que seguía siendo muy incierto.

"Teníamos clases de distintas materias con los mejores docentes. El nivel intelectual y cultural era exquisito. De Concepción mayoritariamente era la clase política, intelectual y sindical. Estaban los principales dirigentes y académicos. Eso ayudó mucho a que el tiempo pasara y no fuera tan dura nuestra permanencia. Los que sabíamos menos íbamos a todas las charlas". (Dagoberto Reyes).

"Nunca había aprendido tanto de Hegel y Marx como en Chacabuco con Mario Benavente como profesor de filosofía. Nunca había tenido tanta lectura y castellano con Eugenio García, que me corregía, porque había que elevar el lenguaje y me decía: "Tenemos que conversar de muchas

cosas, porque aquí se va perdiendo el léxico, se van eliminando palabras y cuando salgas vas a hablar de las cosas de adentro". Fue un excelente tiempo de aprendizaje". (Emilio Cisternas).

"Los intelectuales eran los abogados, los profesores de la universidad, el poeta de las cosas simples era Eugenio García que se juntaba con el profesor Retamal. Ellos andaban juntos, eran socialistas y eran muy amigos. Y fueron un gran aporte para todos". (Juan Alarcón).

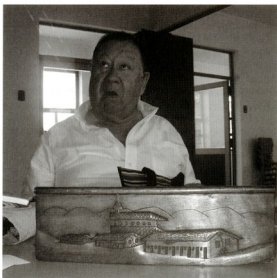
"Se creó la universidad en Chacabuco. Yo era profesor porque había hecho un curso rápido y nunca pensé que me iba a servir, pero antes del golpe me empezaron a ofrecer que hiciera clases en Lota y lo hice. Me había especializado en hacer clases a adultos y cuando Mario Benavente supo, me propuso que tomara a los analfabetas, había unos veinte que no sabían leer y les hiciera clases. Acepté así que estuve como profesor y también como alumno porque me inscribí en algunos cursos. Ese curso de adultos fue emocionante porque aprendieron a leer y escribir, incluso, uno de ellos llegó un día a contarme que había recibido una carta y que la había podido leer y también contestar. Fue maravilloso". (Heriberto Krum).

"Habíamos varios que teníamos bajo nivel político y educacional, pero como era grande la gama de presos, había gente que nos enseñaba, desde francés, italiano, lectura y yo concurría a esos cursos, había que educarse, eso permitía mantenerse alejado de lo que a uno le estaba pasando". (Luis Madrid).

Artesanía y otros quehaceres para sobrevivir

Cada uno dedicó su tiempo a aquello que le interesaba más, que le resultaba novedoso, para lo que tenía más habilidades, o por la ganas de aprender algo nuevo y aprovechar los espacios y oportunidades que fueron surgiendo.

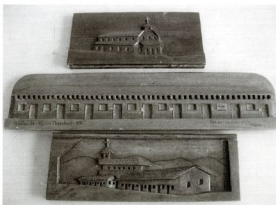
"Nunca había hecho un tallado, empecé viendo a la gente tan entusiasta y nosotros con Juan Bravo hicimos nuestro sitio un mesón y le pusimos



Emilio Cisternas junto a uno de sus tallados.

un toldo con puras tablas que recogimos y ahí trabajábamos, el sol era muy fuerte. Incluso entró Galo Gómez, que tampoco nunca había tallado nada. Pero nosotros hacíamos cosas distintas, todavía no salía la idea de tallar Chacabuco. Un día me llegó el banderín del campo de Quillón donde el padre Pedro Campos llevaba de paseo a los hijos de los mineros. Mirando el banderín le pregunté a Manuel Sanhueza si me podía dibujar eso en la tabla y lo hice. Todos los niños en relieve. Se veía bonito porque lo pinté con acuarela. Se lo envié al padre Pedro a través de una cuñada mía que era monja y cuando lo recibió, el cura se puso a llorar". (Jorge Chamorro).

"Me llamaban Canganceiro porque andaba a pata pelada y con una chupalla en el desierto... Me integré al fútbol y al tenis, el que practicaba con Galo Gómez. También hice trabajos de madera, era discípulo de Eliczer Carrasco, porque yo no sabía hacer nada. Conservo algunos, todos tenemos algo, es como el sello de los chacabucanos los famosos tallados". (Manuel Ramos).



Jorge Chamorro exhibe uno de sus trabajos en madera.

"Yo actuaba mucho, tenía dotes como para hacer alguna representación, también cantaba. Pero además, junto con los demás médicos que estábamos en el campamento, trece en total, atendíamos un policlínico en la mañana y las principales consultas eran por problemas de nerviosismo, neurosis entre los presos y por problemas digestivos, eran las dos patologías. Una vez me tocó una apendicitis aguda que envié



a Antofagasta para que lo operaran y después volvió. Lo tuvieron en el hospital encadenado en la cama y eso que estaba recién operado ¡Como si se fuera a fugar el pobre!". (Carlos Hinrichs).

"Yo jugaba tenis, con unos palos de los mismos camastros hicimos las raquetas, también aprendí a jugar voleibol, y hacía algunas cosas de madera. También me dediqué a estudiar termodinámica, todos estudiaban idiomas pensando en salir fuera del país, yo nunca pensé en eso". (Dagoberto Reyes).

"Fui actor, me metí de lleno a la cultura. Una de mis vocaciones fue ser médico, la segunda abogado, pero la principal ser actor de teatro. Me desquité actuando en radioteatro y también en Chacabuco actuando y escribiendo, porque íbamos inventando los textos, no los escribíamos, excepto algunas obras que estaban escritas y las adaptamos. Me dediqué a eso, yo trabajé en radio, tenía cierta experiencia para dirigir, para decir cosas, y por eso yo creía que podía cumplir un papel". (Emilio Cisternas).

"Allá teníamos entretenimiento para no volvernos locos. A mí me enseñaron a jugar ajedrez y en eso me entretenía todo el día, jugaba con Víctor Tapia o con Mario Benavente, no me acuerdo mucho pero jugaba con varios, me defendía, le daba más auge a eso. No tenía capacidad intelectual para el teatro, no era bueno en los deportes y no me gustaba pasar ridiculeces. Trataba de hacer tallados, pero tampoco me resultaban mucho.

No faltaba en qué entretenerse, pero sin destacar mucho". (Eder Sanhueza).

"Yo hice varias cosas bien encachadas de piedra ónix, me acuerdo de una lámpara de velador, que no sé quién la tendrá. Tengo unas gargantillas de ónix bien pulidas. También hice unos escritorios tallados con el nombre. Hice una galera que me costó mucho. Usé un tablón para confeccionarla, incluso con ancla. Con alambre, que era muy apreciado, se hacían collares. Y de ahí salió el título de una obra de teatro que hicimos: "Por el alambre", porque era muy escaso..." (Juan Alarcón).

"No estuve en ninguna actividad específica, salvo en los talleres de tallado en madera. No participé en el teatro, iba de espectador. Estaba el coro de Pauluan, pero no era bueno para el canto. Jugaba pero un poquito, me dedicaba a leer o a tallar en madera. Así fue pasando nuestro tiempo..." (Victor Tapia).

"Yo aprendí a trabajar muy bien en ónix, nos enseñaron y lo hacíamos en la maestranza. Yo pasé por todos los talleres y también me dediqué a cocinar. Con Emilio echamos a andar un restaurante y vendíamos comida y esa plata servía para dar a los que no tenían nada. El restaurante funcionó bien pero había muchos que se querían contratar porque comían papas fritas. Así que yo me salí y empezamos a preparar empanadas para la venta". (Heriberto Krum).

La visita de los familiares

Mientras los prisioneros intentaban adecuarse a las nuevas condiciones de vida en que estaban, a cientos de kilómetro de distancia, sus familias también buscaban la forma de no desanimarse y seguir en contacto. Las cartas y las encomiendas permitían paliar la distancia. Pero no era suficiente. Fue cuando surgió la idea de realizar un viaje hasta Chacabuco para visitarlos. No iba a resultar una tarea fácil.

Desde el comienzo, el padre Camilo Vial se preocupó de la suerte de los prisioneros de la región en el campo de concentración nortino. Y también de sus

familiares, con quienes tuvo contacto frecuente. Lo primero que hizo fue conseguir autorización para realizar un viaje solo a Chacabuco. Eso ocurrió en marzo de 1974, según consta en un documento que aún conserva y que fue emitido por Juan Canales, coordinador nacional del Comité de Cooperación para la Paz en Chile.

“Llegué a Antofagasta e iba cargado como con 80 kilos llevé cosas y plata, y LAN no me cobró ni un kilo de sobrepeso. En Antofagasta había un sacerdote en una parroquia del centro, el padre Torres y él me llevó a Chacabuco al día siguiente. Los militares fueron muy deferentes porque me dejaron alojar allá y lo hice en el mismo campo, en la parte interior, en la enfermería. Y por eso pude hablar con toda la gente. Llevaba cartas, y nos pusieron al capellán y a mí a censurar las cartas. Qué íbamos a revisar, pero lo hicieron para decir que las habían censurado. Pensé que iba a volver vacío a Concepción, pero volví cargado igual con los regalos que enviaban y las cartas que volvimos a censurar nosotros mismos. Fue muy emocionante”.

Experiencia que después se repetiría tiempo después, cuando el 22 de junio de 1974, se concretó un nuevo viaje del padre Camilo, esta vez con familiares.

El 19 de junio, el sacerdote remitió una carta al jefe del Estado Mayor de la III División de Ejército solicitando autorización *“para transitar durante el toque de queda, durante los días 19 al 25 del presente. El motivo es el siguiente: El Comité de la Paz autorizado por la Oficina Nacional de Detenidos, dirigida por el coronel Espinoza, ha organizado un viaje con familiares de detenidos que se encuentran actualmente en Chacabuco, provincia de Antofagasta. Dicha autorización comprende el viaje y la entrada al campo de detenidos el día 22 del presente, por lo que el viaje debe iniciarse hoy a las 18 horas para estar a tiempo”.*

Indicaba también en la misiva que la delegación estaría a cargo del sacerdote Manuel Camilo Vial Risopatrón, que había sido nominado capellán de detenidos a contar del 22 de septiembre de 1973 por el general Washington Carrasco.



Filarmónica y Teatro de Chacabuco.

Entregaba detalles de la caravana que sería integrada por tres buses, dos con patente de Santiago y uno con patente de Lota, además de los conductores a cargo.

La respectiva autorización fue firmada el mismo día por el coronel Luciano Díaz Neira.

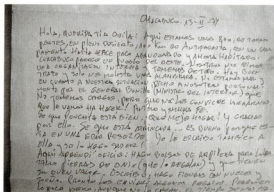
Había mucha expectación en torno a este viaje. Algo de parte también. Se prepararon para ese momento tan esperado, de reencuentro después de tanto tiempo de separación.

Cristina Pucheu, esposa del profesor Orlando Retamal fue parte de la delegación que hizo el largo viaje hasta la región de Antofagasta, al atardecer de ese 19 de junio.

“El viaje lo organizó la Iglesia que se hizo cargo de todo. Pero llegó más gente de lo presupuestado y los dos buses que se habían arrendado se hicieron insuficientes y varias estábamos quedando abajo, así que tuvieron que recurrir a una micro común y corriente, de esas que hacían el recorrido



Dibujo de Gabriel Reyes para su hijo.



Carta de un detenido a un familiar.

Concepción - Talcahuano. La arrendaron porque no encontraron otra, así que ahí tuvimos que hacer el viaje. Fue bastante incómodo. Nos teníamos que turnar para dormir un poco porque había que hacerlo en el pasillo.*

Como la máquina era más lenta, llegaron a Santiago más tarde que los demás viajeros. Pasaron la noche en dependencias del Arzobispado y al día siguiente continuaron viaje.

Fueron dos días de un largo y cansador trayecto, que los familiares, la mayoría esposas, madres, hermanas e hijos de los detenidos, hicieron sin reclamo. Lo importante era cumplir su objetivo.

Tanta era la ansiedad por llegar para aprovechar lo mejor posible el poco tiempo que tendrían para estar con los suyos, que cuando iban camino a Chacabuco le pidieron al chofer que avanzara más rápido y tomara un atajo.

"Le pedimos que se fuera por un camino alternativo y de repente apareció una camioneta con militares que nos detuvieron y nos hicieron retroceder porque estábamos en un campo minado. Nosotros no le tomamos el peso en ese momento, no dimensionamos el peligro que corríamos.*

Continuaron con la ruta adecuada hasta que por fin avistaron el campo de prisioneros. Había mucha ansiedad entre los familiares. Al ingreso les revisaron los paquetes que llevaban y debieron aguardar mientras por los altavoces llamaban a los prisioneros que tenían visita. La plaza y el teatro de Chacabuco fueron los lugares de encuentro. Allí hubo abrazos, lágrimas, risa, intercambio de regalos. Alimentos y ropa para los prisioneros, tallados en madera y objetos en ónix, para los familiares.

El tiempo avanzó rápido y pronto llegó el momento de la despedida. Mientras partían, el coro que dirigía Nazich Pauluan entonaba el Himno a la Alegría.

Al regreso, quienes viajaron en la micro de transporte público, pudieron retornar en uno de los buses. Pasaron a La Serena con el padre Pedro Campos que también fue parte de la delegación. El viaje se prolongó por seis días.

Quien recuerda bien lo que fue esa experiencia es Jorge Chamorro.

"Siempre tuvimos confianza en que los curas iban a conseguir el objetivo. Fueron dos viajes que hicieron, en el segundo también fue mi hija que

tenía 15 años, estaba muy enferma y la aceptaron. Irma, mi señora, fue con ella. El primer viaje fue el impactante. Para el segundo empezamos a pedir que nos llevaran ciertas cosas y a mí se me ocurrió pedirle a mi señora pescada seca. Y llegó con ellas, me llevó 50. Las envolvieron en papel y en unas bolsas de nailon para evitar el olor y después en una bolsa quintalera. En el trayecto de Lota a Concepción, no hubo problemas. Cuando abordó el bus, se las llevó arriba y estaban por salir cuando el padre Campos sintió algo, pero no dijo nada. Iban por Chillán y cuando a salir el aroma y las otras señoras empezaron reclamar, medio en serio y medio en broma. "Alguien lleva pescado aquí", decían y la Irma miraba por la ventana pero empezaron a joder tanto que al final tuvo que reconocer que llevaba pescado porque yo se lo había pedido. Entonces el padre Pedro, como la conocía de niña, porque cantaba en el coro, le reclamó: "Cómo no avisaste, chiquilla del carajo", así que pararon el bus y metieron el paquete abajo".

Pero la historia de las pescadas no terminó ahí. Cuando otros prisioneros lo supieron, reprocharon a sus mujeres porque no se les había ocurrido. Contento con su encargo, Jorge Chamorro se llevó el paquete a su casa y se lo entregó al cocinero para que lo administrara.

"Nos reunimos y todas pensaban que les iba a dar una, pero yo pesqué el paquete y se lo entregué a Juan Bravo y le dije: "Tú te haces cargo de las pescadas". Así que él dijo: "Aquí no se da ninguna pescada, yo respondo". Las amarró, se subió a un piso y las dejó colgadas en el techo para que no se perdieran. Al otro día, sacó dos e hizo carbonada".

Un día, Jorge volvía a su casa y se encontró con el doctor Jorge Peña- que también era del grupo de los prisioneros de Concepción-, que lo estaba esperando. Quería conversar con él.

-Te quiero pedir un favor. No puedo soportar las ganas de comerme una pescada- le confesó-. Dime, ¿en cuánto me la puedes vender? Porque quiero sentarme y comérmela solo porque cuando iba al campo con mis padres, comía pescada seca con tomate y ají verde.

Chamorro quedó sorprendido.

-Pucha, el problema es que Juan Bravo tiene -le respondió.

-Pero si el dueño eres tú- le replicó Peña.

Conmovido con la petición, se lo planteó a Bravo, quien le dijo que no y que si quería, se hiciera cargo él. Pero como Chamorro no sabía cocinar no quiso arriesgarse y se la jugó por tratar de convencerlo.

-Juan, si andas con dolor de cabeza o algo, Peña nos trae los mejorales de la clínica, la otra vez te traje dos pastillas cuando andabas con dolor de cabeza.

-Pero es que yo voy y me tienen que dar - le contestó.

-Te tienen que dar, pero igual tienes que hacer fila y puede pasar cualquier cosa y no te va a atender- le insistió.

-Bueno, démosle una no más, porque se puede a mal acostumbrar.

Contento, Chamorro lo llamó al otro día: "Doctor, aquí le tengo la pescada". Y se la entregó. Peña la tomó, se sentó en un banco y se comió la pescada solo, lentamente, con un pedazo de pan al lado. Jorge Chamorro no había visto alguien tan feliz en ese momento.

Peticiones del padre Camilo

Luego de la visita a Chacabuco, concretada entre el 19 y el 25 de junio, el 5 de julio, el padre Camilo Vial envió una carta al intendente de Concepción, Agustín Toro Dávila, haciéndole presente algunas situaciones en relación a los prisioneros que estaban en el campo del norte.

"Hay personas que están detenidas por más de 10 meses y seis en Chacabuco. Hay personas que no tienen cargos como para un proceso, hay personas que no tienen la relevancia política ni la influencia en la comunidad como para sufrir una sanción así, sobre todo sabiendo que los más afectados son las esposas, los hijos y familiares de ellos. Hay casos dramáticos que me toca a diario conocer y que podrían tener una rápida solución, si hubiera más rapidez e interés en la solución de esos casos. Sé que se dirá: este padrecito se deja engañar... Pero responsablemente creo saber lo suficiente

para que en determinados casos poder apelar a la justicia que se desea hacer”.

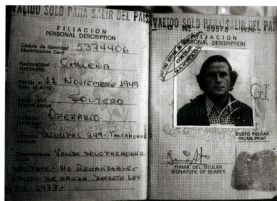
En su petición, el padre Camilo entregaba algunos nombres, entre lo que figuraban: Juan Alarcón, Juan Bravo, Galo Gómez, Luis Madrid, Joel Matamala, Rodrigo Medina, Gabriel Reyes, José Reyes, Eder Sanhueza, Enrique Torres, Benito Godoy, Manuel Ramos, Marco Enriquez e Iván Salazar.

“Sé que algunos de éstos tienen cargos, pero muchos de esos cargos han sido desvirtuados durante las investigaciones. Creo que es el momento preciso para hacerles rápida justicia, de lo contrario se corre el riesgo de dañarlos espiritualmente en forma irreparable...”

La respuesta del general Agustín Toro Dávila llegó el 22 de julio y en la parte correspondiente a lo planteado sobre Chacabuco señalaba: *“Como está en su conocimiento, a los detenidos y relegados en la Oficina de Chacabuco provincia de Antofagasta, se les continúa investigando sus actuaciones a fin de esclarecerles su participación y grado de comprometimiento en actividades delictuales del ex gobierno de la Unidad Popular, tanto en actividades administrativas, docentes o extremistas. Es así como de los relegados en esa Oficina se procedió a traer a 10 de ellos, los que fueron dejados en libertad condicional. Ello le demuestra que a nosotros sólo nos interesa hacer justicia y, sobre esta base es que hemos estado trabajando y lo seguiremos haciendo en el futuro, de ello puede estar tranquilo y absolutamente seguro. Se están efectuando los últimos trámites para determinar si es posible o no traer a los otros relegados, a los cuales no les cabe ninguna responsabilidad al respecto, pero de ello no hay nada concreto aún...”*

La visita también generó una carta de agradecimiento de uno de los prisioneros que tuvo la ocasión de volver a encontrarse con sus familiares. Fue Manuel Ramos quien con fecha 26 de junio le escribió al padre Camilo.

“Antes que nada quiero agradecer a Ud. por los esfuerzos hechos para llegar hasta acá con los



Pasaporte de Luis Madrid.

nuestros y por nuestro intermedio hacer llegar nuestro reconocimiento al padre Campos y al pastor Federico, como asimismo a todos los que de una u otra forma, cooperaron. Bueno, para que decir lo que la visita de Ud. y todos significó para nosotros. Esta nos levantó mucho el ánimo y nos dio renovadas esperanza y fe en el futuro mejor. Nos dio alegría verlos a todos ustedes, sonrientes y fuertes...”

Hacia octubre de 1974, empezó la evacuación del campo de prisioneros de Chacabuco. Los destinos para varios de ellos fueron distintos: algunos fueron a Puchuncaví, otros a Ritoque y los menos quedaron libres. Ya en 1975, un número importante salió expulsado al exilio, para iniciar otra etapa de sus vidas.

Liberan a detenidos del Estadio

Había pasado ya la Navidad y quedaban pocos días para el término del año, cuando el 27 de diciembre, nuevas informaciones daban cuenta de la situación de los prisioneros políticos del Estadio Regional.

"114 detenidos dejan el Estadio", titulaba diario El Sur, ese día, dando cuenta de un hecho ocurrido precisamente antes de Navidad, pero que sólo fue confirmado oficialmente días después de materializado.

Ciento catorce de los procesados políticos que se encontraban en el Estadio Regional de Concepción, salieron en libertad condicional el día antes de Navidad y pudieron celebrar dichas festividades en sus respectivos domicilios.

La información fue proporcionada oficialmente por el intendente de la provincia y comandante en Jefe de la Tercera División de Ejército, Agustín Toro Dávila, en el transcurso de una franca y cordial conversación con los directores de diarios de Concepción.

La primera autoridad indicó que esas 114 personas, "recobraron su libertad" en forma condicional, después de ser estudiada y analizada su situación. Se llegó al convencimiento —destacó— que su grado de responsabilidad era mínimo, pero que de todos modos necesitan ser sometidos a un control especial para asegurar su comparecencia a los procesos.

Cada uno de los procesados que obtuvieron la libertad están advertidos que su condición puede



cambiar drásticamente si son sorprendidos en actividades sospechosas o de activismo. "A cada uno se les habló y se les advirtió de esta concesión en el bien entendido de que el incumplimiento de ciertas normas de investigación será perjudicial para ellos.

Las 114 personas quedaron en libertad, reduciéndose el número de detenidos en el Estadio Regional a 302.

Diario Crónica también daba cuenta de la noticia, en los siguientes términos: "Libertad para 114 detenidos del Estadio".

Ciento catorce personas que se encontraban detenidas en el Estadio Regional, mientras se investigaban sus actividades en el depuesto régimen de la Unidad Popular, fueron dejadas en libertad

Del Estado Regional

Liberados 114 Detenidos



En CONECEL, agosto 1976. En primer plano, el jefe de la División de Carceres y Rehabilitación del Ejército, general Toro. A su lado, el jefe de la División de Asistencia Social del Ejército, general Huerta. En el fondo, el jefe de la División de Asistencia Social del Ejército, general Huerta. En el fondo, el jefe de la División de Asistencia Social del Ejército, general Huerta.

En primer plano, el jefe de la División de Carceres y Rehabilitación del Ejército, general Toro. A su lado, el jefe de la División de Asistencia Social del Ejército, general Huerta. En el fondo, el jefe de la División de Asistencia Social del Ejército, general Huerta.

Denunció Canciller Huerta

Intervención Sueca en Actos Internos de Chile

BARTERÓ. El ministro de Relaciones Exteriores, general Agustín Huerta, denunció hoy la intervención de la Legación Sueca en los actos internos de Chile, calificándola de inadmisible y de violación de la soberanía nacional. Huerta declaró que el personal diplomático sueco no debe interferir en los asuntos internos de Chile, especialmente en materia de seguridad y defensa.

En el momento de la denuncia, Huerta se encontraba en un viaje por el extranjero. La Legación Sueca en Santiago había informado a la prensa sobre la intervención de sus funcionarios en actividades que consideraban de interés interno chileno. Huerta respondió que tales acciones eran completamente ajenas a las funciones diplomáticas.

En total de los detenidos que participaron durante el golpe del 11 de septiembre, se liberaron hoy a 114. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes.

Los 114 liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes.

Los 114 liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes.

Los 114 liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes.

Los 114 liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes.

Los 114 liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes.

Los 114 liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes.

Los 114 liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes.

Los 114 liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes. Los liberados fueron: 100 militares, 10 civiles y 4 sacerdotes.

Previamente -dijo el general Toro Dávila- se les informó sobre las condiciones en que se les proporcionaba la libertad y las obligaciones que ellos contraían con las autoridades militares y de gobierno. Todos ellos quedaron a disposición de las autoridades para el posible caso que puedan ser llamados a declarar y abstenerse de participar en cualquier actividad de tipo político. También se les advirtió que estarán permanentemente sujetos a control y vigilancia.

Agregó el alto jefe militar que estas personas habían sido interrogadas y, aunque profesaban ideas marxistas, su grado de responsabilidad en los graves hechos perpetrados durante el depuesto régimen de la ex Unidad Popular había sido mínimo, pues no habían participado en actos de violencia o extremistas, como otros.

En la misma oportunidad, el general Agustín Toro informó que actualmente había 302 detenidos en el Estadio Regional, pero que esta cifra sufría algunas leves variaciones casi a diario, por la libertad que se les otorgaba a quienes se le iba comprobando su ninguna participación en hechos que constituyeran delitos y por nuevos elementos que iban siendo detenidos a raíz de investigaciones realizadas por los servicios de inteligencia.

Dejados en libertad los ciento catorce que conformaban lo que denomina el primer grupo, es decir, los que no tenían participación directa en acciones de violencia, los restantes forman los otros dos grupos. Uno, los sospechosos sobre los que hay que investigar y comprobar si existen cargos en su contra y el otro, integrado por aquellos que próximamente serán sometidos a proceso en los tribunales militares. Reiteró sin embargo que ninguno de ellos tenía la calidad de reo y que esto sólo podría determinarse una vez que comiencen a incoarse los sumarios correspondientes.

"El problema del Estadio"

Ya para esas alturas, resultaba claro que el Estadio Municipal no podía estar indefinidamente convertido en un centro de detención y tortura. Ya los equipos de fútbol, principalmente, dejaban

entrevir la necesidad de desocupar el recinto para que recuperar su uso deportivo.

Tal preocupación fue recogida por quienes habían asumido el mando de la provincia, y así se señalaba en una publicación de Diario Crónica.

El Estadio Regional de Concepción, que por causas de fuerza mayor debe alojar procesados políticos, será desocupado y entregado a las actividades deportivas, apenas se obtenga un recinto adecuado para prestar atención humanitaria a los detenidos, señaló ayer el intendente de la provincia, general Agustín Toro.

Tenemos la mejor disposición para entregar a la ciudadanía ese recinto deportivo. He solicitado a las autoridades deportivas y a los representantes de los equipos de fútbol que me den una solución práctica y yo la haré ejecutar. Debemos tener algunas garantías para atender la actual situación de los detenidos y a ello se debe nuestra demora en rehabilitar el campo deportivo. Ustedes deben tener conciencia, señaló, que en las actuales circunstancias se hace difícil que exista un lugar apropiado para las funciones militares de ese tipo, pero es nuestro interés buscarle una solución a un problema efectivo y que tanto preocupa a los deportistas.

Se han barajado diversas posibilidades y, en este momento, alguna de ellas será puesta en práctica. Sin duda que esta es una buena noticia para quienes desean ver espectáculos deportivos de jerarquía y para aquellos que se quejan de que su equipo no ha podido obtener buenos resultados por falta de una cancha adecuada.

La autoridad militar está preocupada y solo falta la buena idea. Aparecida ella, el problema del estadio quedará resuelto.

Fue el 24 de enero de 1974 cuando apareció en el Diario El Sur una noticia que indicaba que el "problema del estadio" se había solucionado.

"Morados: reencuentro con Collao y público", se titulaba la nota aparecida en el cuerpo deportivo.



Los soldados custodian a un trabajador al Estadio. Hoy desocupado lo tendrán para sus fines deportivos.

Libertad para 114 detenidos del estadio

Desde cuando comenzó a ser un asunto serio, los políticos detenidos en el estadio de fútbol de Concepción, Chile, se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol. Los detenidos se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol.

Los detenidos se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol. Los detenidos se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol.

Los detenidos se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol. Los detenidos se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol.



Los detenidos se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol. Los detenidos se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol.



Los detenidos se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol. Los detenidos se encuentran en un estado de bienestar. Los militares que los custodian les permiten salir a pasear y a jugar fútbol.

Morados: Rencuentro Con Collao y Público

Naval Saca Fuerzas de Flaquezas

Colo Colo Hoy en La Calera

'EL SUR' deportivo

Racing Llamo a Lamela

Colo Colo Hoy en La Calera

Deportes Concepción-La Serena juegan el domingo en el Estadio Municipal de Concepción, a las 11 horas. Marca la reapertura del recinto colliano en el fútbol espectáculo y la vuelta del cuadro popular penquista a su sede, en la cual cosechó grandes triunfos en la primera rueda.

Sobre el destino de los prisioneros políticos que allí estuvieron reclusos no hubo mención, ni ese día ni antes. Lo cierto es que a partir del 18 de enero, quienes aún permanecían encerrados tuvieron al menos dos destinos: 59 de ellos fueron trasladados al campo de concentración de Chacabuco, en Antofagasta; mientras el resto fue llevado a la Cárcel Pública de Concepción. De eso tampoco apareció información en la prensa local.

Buscan Solución al Problema del Estadio

El Estadio Regional de Concepción, con que cuenta el fútbol local desde años, permanece político está deteriorado y estropeado y las actividades deportivas, aparte de ser un campo de concentración para grupos armados subterráneos a las categorías inferiores que el momento de la provincia, general. Agustín Díaz.

«Responde la mejor disposición para albergar a la ciudadanía que visita deportivamente, las actividades de las escuelas y a las representativas de las equipos de fútbol que sus van, una solución práctica a fin de poder disfrutar de un buen fútbol que sirva para atender la actual situación de los deportistas y a más de una muestra de cómo se deteriora el centro deportivo. El estadio desde su construcción, se estaba que se las actividades deportivas de los clubes, pero el tiempo apropiado para las actividades militares de del local, pero el momento oportuno, buscando una solución a un problema efectivo y que tenga presente a los deportistas».

«Así y en este momento, alguna de ellas se ve en alguna de ellas, que desde que eso se está dando batalla para quienes desean ver actividades deportivas del deporte y para aquellos que se quedan de que se equipen en la propia ciudad como resultado del plan de desarrollo deportivo».

«La autoridad local, está preocupada y muy cerca de tomar una, que se vea, el problema del estadio quedará resuelto».

Volver al Estadio Regional 30 años después

CRONICAS del **Sábado**



**Marcados
por el
estadio**
*Ex presos
políticos*

“Hace 30 años que no entro aquí, desde que estuve detenido”, dice Humberto Gutiérrez, mientras ingresamos al Estadio Municipal de Concepción una helada tarde de miércoles. No estamos en visita turística. Este es un recorrido al pasado con tres ex prisioneros políticos, que aceptaron revivir parte de su historia en el lugar donde estuvieron detenidos por varios meses.

Nos vamos caminando desde la Plaza Acevedo hasta el recinto deportivo. El ánimo es bueno, aunque sentimos que el ambiente está cargado de emociones. Apenas traspasamos la puerta de acceso, los recuerdos empiezan a atropellarse.

—Aquí era donde nos revisaban— rememora Manuel Pereira, quien muestra con efusivos gestos el lugar donde estaba la guardia. “Nos quitaban los cordones de los zapatos y todo lo que llevábamos”,

Tres ex prisioneros políticos dejaron salir historias pocas veces contadas a través de un relato cargado de emociones y de vivencias que se mantienen en el recuerdo. Sólo aceptaron compartirlas para que no vuelvan a repetirse.

Por María Eliana Vega

cuenta. “Sí, yo me acuerdo que cuando entré nos hacían correr y para no caerme y no perder los zapatos, tuve que apretar los pies”, agrega Humberto Gutiérrez.

Avanzamos hacia el pasillo donde están los camarines de varones. Ante las puertas cerradas nos detenemos. Manuel Enrique Pereira se emociona. Tenía sólo 20 años cuando lo fueron a buscar a su casa, en Pedro de Valdivia. El 22 de septiembre del 73 llegó al estadio en calidad de detenido, “sin que hasta hoy sepa por qué”.

Estamos frente al camarín 3 donde Pereira estuvo hasta enero del 74.

—En el piso había paja y ahí nos acostábamos— comenta y Humberto Gutiérrez, que estuvo en otra celda, agrega “la capacidad máxima era como de 80



personas, pero llegamos a ser 150. Empezábamos en la puerta a ponernos botados uno al lado del otro. Nos sacaban en la mañana temprano. Nos daban un pan y una taza de café con leche”.

Gutiérrez ya estaba en el estadio cuando llegó Pereira. A él lo había detenido una patrulla del regimiento Chacabuco, el 20 de septiembre de 1973, en su lugar de trabajo.

-La colación que nos daban eran incomible, eran porotos con lumbre, que el primer día botamos, hasta que alguien se dio cuenta que lavándolos y echándole un poquito de limón se podían comer, así que teníamos ensalada de porotos todos los días.

Gabriel Reyes, quien trabajaba en Indap y era secretario general de la Izquierda Cristiana, (IC) acota que a él le gustaban, “yo los encontraba ricos”, dice medio risueño. Llegó el 17 de octubre, “con un buen grupo de trabajadores de empresas públicas”.

Reyes y Pereira se conocían ya que vivían en el mismo barrio, así que cuando apareció Gabriel, este último se sintió más acompañado.

Dejamos los camarines rumbo a la cancha. Los recuerdos no cesan.

-Los militares nos preguntaron si podríamos manejar herramientas y en el grupo donde estaba yo éramos puros trabajadores, así que dijimos que sí. Nos dedicamos a cambiar la madera de las galerías que estaba podrida y a pintarla. A cambio de eso nos mejoraron el rancho, nos daban unas onces especial con pan con cecinas, cuenta Gutiérrez. Claro que los otros detenidos gritaban de todo, “que éramos unos arrastrados, unos privilegiados, unos traidores, pero la estrategia era salir cuanto antes”.

Tantas ganas tenía de dejar pronto el estadio, que hasta pensó en fugarse, reconoce. Es que se había dado cuenta que en el sector donde se botaba la basura la puerta era de madera y podía romperse.

-Yo me quería quedar escondido en el cachureo y arrancarme, pero gracias a Dios no llegué a hacerlo porque salí antes.

Manuel mira el estadio y de repente camina hacia la cancha. Se ve que está impactado. Humberto sigue haciendo recuerdos y Gabriel cuenta algunas anécdotas.

-“Yo nunca me había dejado barba y habían pasado como dos meses cuando un día me miré en un espejo que encontré. Fue impresionante verme así, era otra persona.

Basta eso para que Humberto se acuerde que en cierta ocasión los militares hicieron un operativo para cortales el pelo y afeitarnos, “pero lo hacían con una sola hoja, así que me corrí y mantuve mi barba hasta que salí, después me pesaba porque creía que todos me miraban”.

CARRETAS Y REZOS

Los días no eran muy diferentes entre sí. Se organizaban para botar la basura, para mantener el aseo y luego se juntaban en “carretas” para conversar o dar vueltas por la cancha.

-“Todas las tardes dábamos vueltas, teníamos carretas más bien partidarias. Yo compartí con gente del Mapu y hablábamos de cuándo íbamos a salir, cuándo se va acabar esto o cuándo llegarían las tropas –recuerda Gabriel Reyes.

Pero Humberto Gutiérrez también se acuerda de los detenidos se dividían por grupos religiosos. “Venía un pastor evangélico y armaba su culto. Yo me metí con el padre Camilo (Vial, actual obispo de Temuco) porque yo decía: la Iglesia es más poderosa y por aquí voy a salir...”.

Gabriel Reyes lo interrumpe para acotar que los primeros cultos evangélicos los hizo un ex funcionario de Carabineros. “No me di cuenta de eso”, dice Gutiérrez. “Sí – le explica Reyes- era un oficial que se negó a torturar a presos políticos, lo tomaron detenido y llevo aquí.

De pronto, Humberto interrumpe la cadena de recuerdos y exclama.

-Es la primera vez que entro al estadio en 30 años, pero lo encuentro tan chico- dice y Gabriel asiente. “Es cierto, se ve más chico”.

“Tengo la sensación que era más grande –insiste Gutiérrez- la cancha la encuentro tan chiquita y para mí el 73 esto era gigantesco. No me cuadra el escenario con lo que viví entonces”.

Todos se miran y tratan de buscar explicaciones, “es que ahora estás libre”.

Casi no hay silencios en esta emotiva conversación, las historias siguen apareciendo. De repente Gabriel y Manuel se dan cuenta que Humberto se ha apartado un poco y frente a una reja llora silenciosamente. Manuel no se aguanta y dice con voz trémula que “el estadio truncó mi vida. No pude hacer lo que quería. Se cortó mi vida. Estuve detenido seis meses y hasta hoy no he sabido por qué”. Nos quedamos callados y lentamente emprendemos el camino de regreso.



Un Año Nuevo con jugo en sobre

Según informes de la Cruz Roja a octubre de 1973 había 589 detenidos en el Estadio Regional, de los cuales 44 eran mujeres. Pero quienes estuvieron allí creen que fueron por lo menos un millar. El recinto fue centro de detención hasta enero de 1974. Los recuerdos de quienes pasaron por allí en esos meses siguen tan vivos como hace treinta años.

Manuel Pereira no ha olvidado que compartió la celda con Isidoro Carrillo, ex gerente de Enacar y que estaba siendo sometido a Consejo de Guerra por el famoso Plan Zeta.

-Carrillo dormía frente a mí y lo que más me ha impresionado hasta hoy es que, en menos de una semana, se le puso blanco el pelo. Recuerdo que se paseaba de un lado a otra celda. En una oportunidad me dijo: "No nos vamos ver nunca más, voy a ser fusilado". Me acuerdo que lo abracé...

De inmediato Gabriel Reyes recuerda que el día que fusilaron a Carrillo y otros tres lotinos -el 22 de octubre de 1973- todos los presos del estadio se quedaron mudos.

-Me acuerdo que llegaban los diarios El Sur, Crónica y Color, y los jefes de celdas los iban leyendo. De repente, uno sale a la cancha y grita: "Los mataron. Se produjo un silencio impresionante".

En medio de la incertidumbre en que vivían, la presencia del padre Camilo Vial ayudó a mantener el contacto con la familia. "El nos consolaba y nos ayudaba a mantener la calma", reconoce Manuel y Gabriel agrega: "venía todos los días y conversaba con nosotros".

Pero también hay recuerdos más fuertes. Como la noche de Año Nuevo que Manuel y Gabriel vivieron de forma diferente.

-En nuestra celda hicimos un ponche con jugos en sobre y algunas frutas que teníamos. A las doce nos dimos los abrazos, cantamos la Internacional y la Canción Nacional -cuenta Gabriel.

-Mientras - dice Manuel- a mí me habían sacado a las seis de la tarde de mi celda y me habían incomunicado. A las doce escucho las campanas de la Iglesia y yo dije: "Dios mío, qué irán a hacer conmigo". Creo que me quedé dormido y unas horas después escucho unos pasos y un ruido de llaves. Me sacan y me llevan a la guardia donde un teniente me acusa de haber intentado fugarme, yo le digo que no es cierto. Finalmente, me manda de vuelta a mi celda y mis compañeros me recibieron con abrazos.

*Publicado en suplemento Crónicas del Sábado Diario Crónica
Concepción, sábado 6 de septiembre de 2003*

Reinstalaron placa que recuerda que Estadio Municipal de Concepción fue centro de detención y tortura



Más de alguien no había vuelto al Estadio Municipal de Concepción desde que ese recinto se convirtió en centro de detención y tortura entre septiembre de 1973 y marzo de 1974. Por eso, la emoción fue mayor, pero también por el reencuentro entre quienes no se veían hace muchos años. Recuerdos, nostalgias, abrazos, apretones de mano, miradas borrosas, lágrimas contenidas... todo eso y más fue parte de lo que se vivió el sábado 20 de febrero de 2016, con motivo de la reinstalación de la placa que recuerda que dicho recinto deportivo también albergó a detenidos políticos durante la dictadura militar.

Más de 200 personas participaron de la emotiva ceremonia que se realizó en el acceso principal del remodelado Estadio Ester Roa Rebolledo de Concepción, hasta donde también llegaron el intendente, Rodrigo Díaz, la gobernadora, Andrea Muñoz y el alcalde penquista, Álvaro Ortiz.

Ex presos junto a familiares y amigos, además de dirigentes de distintos ámbitos y simpatizantes con la causa de los derechos humanos, fueron parte del programa que incluyó palabras del alcalde y



del intendente, además de las intervenciones de Lily Rivas, ex presa del Estadio y de Gabriel Reyes, quien actuó como vocero de los ex prisioneros del Estadio y del campamento de Chacabuco, en la II región.

Fue en enero de 2004 cuando un grupo de ex prisioneros políticos decidió instalar una sencilla placa en el ingreso al campo deportivo. Ahí estuvo hasta que el municipio empezó a liderar la remodelación del estadio, momento en que fue retirada, pero con el compromiso del alcalde, Álvaro Ortiz de reponerla apenas se terminaran las obras.

Y eso fue lo que se vivió el sábado, en una jornada donde el canto y la música estuvieron en las voces de los hermanos Millar.

Cuando le correspondió dirigir algunas palabras, el alcalde Ortiz recordó, precisamente, ese compromiso. "Cuando se iniciaran las obras del estadio, nos comprometimos a guardar la placa

conmemorativa de los presos políticos para volver a instalarla. Éste fue un lugar donde muchas personas sufrieron vejaciones fueron torturadas y que pasó de ser un recinto deportivo a ser un lugar de dolor".

Y precisamente lo que se quiere, dijo, es que el estadio se mantenga como recinto deportivo "y nunca más como centro de detención y tortura".

Hubo también palabras del intendente Rodrigo Díaz, quien explicó que "hay una serie de hitos que se están llevando a cabo. Las distintas agrupaciones de derechos humanos y víctimas de la dictadura junto al municipio están trabajando en el sello que tendrá el Museo de la Memoria para recordar parte de la historia de la región del Bio Bio. Con esto estamos recordando a muchas personas que pasaron por acá sin tener otro pecado que pensar distinto", recalzó.

Mensajes y saludos de ex prisioneros repartidos por el mundo o en otras regiones del país, fueron leídos o mencionados, todo lo cual fue acentuando la emotividad de la ceremonia.

Momento especial fue el que se produjo cuando Lily Rivas, ex prisionera del Estadio, compartió sus vivencias, resaltando que también entre las víctimas hubo mujeres, algo que no siempre se menciona.

Habló de la rutina que realizaban a diario las 40 mujeres que estuvieron detenidas en el Estadio, destacando la sencillez del gesto que ellas tenían hacia los varones cuando se los llevaban de regreso a casa o bien retornaban a su celda o el resto del grupo luego de una sesión de tortura.

Luego, Gabriel Reyes representando a los presos políticos el Estadio en aquel tiempo, comentó: "Hemos ingresado por la puerta ancha, con la frente en alto y de manera voluntaria, acompañados además, en un esfuerzo unitario, por una gran cantidad de ex prisioneros de la Isla Quiriquina, del Fuerte Borgoño, de la Cárcel de Chacabuco 70 y de otros centros de detención y tortura incluido un ex marinero detenido en los buques de la armada días



Rodrigo Medina, Omar Sanhueza
y Enrique Torres.

antes del golpe de estado. Nos acompañan además varias de las compañeras que estuvieron detenidas en este estadio, las saludamos y esperamos contar con ellas en nuestras tareas de recuperación de memoria regional”.

“Nuestro interés, como ex prisioneros políticos, por la denuncia de lo ocurrido durante la dictadura militar primero, se transformó muy luego en lucha por libertad, y justicia, por esclarecimiento y verdad de la situación de nuestros compañeros y compañeras desaparecidos, por el derecho a vivir en la patria”, planteó.

La reinstalación de la placa, agregó Reyes, se inscribe también en la tarea auto impuesta tarea de NO olvidar, “de construir memoria colectiva, de defendernos del “alzheimer colectivo” que pretende ocultar, muchas veces intencionadamente, la realidad de una historia de

CEREMONIA DE REINSTALACION PLACA HOMENAJE A EX PRESOS POLITICOS

CONCEPCION, 20 DE FEBRERO 2016



Folleto conmemorativo.

la cual la mayoría de los que estamos aquí somos verdaderos sobrevivientes”.

Una vez terminada su intervención, se dio paso al descubrimiento de la sencilla placa de mármol instalada por los propios ex prisioneros en el año 2004, situada debajo de otra que el propio municipio había instalado para recordar el oscuro momento en que el estadio dejó de ser el centro deportivo por excelencia de la región y por algunos meses se convirtió en un lugar de detención y tortura.

Publicado en www.tribunadelbiobio.cl

21 de febrero de 2016.-

Chacabucanos revivieron recuerdos en emotivo acto en teatro de la ex oficina salitrera



Grupo de ex-chacabucanos en Aeropuerto de Antofagasta.

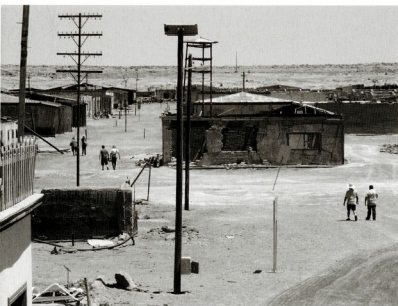
No fueron pocos los que se transportaron en el tiempo y se vieron 40 años atrás en el viejo teatro de madera la ex oficina salitrera de Chacabuco, presenciando sus propios espectáculos artísticos, aquellos que realizaban para ocupar sus largas horas libres y evitar que la angustia y la incertidumbre los dominara.

Pero la tarde del 23 de noviembre de 2013, quienes se reunían en el teatro, lo hicieron en condiciones totalmente diferentes. Estaban en libertad, habían vuelto voluntariamente a la que había sido su prisión entre 1973 y 1974 y muchos de ellos, además, estaban con sus familias.

Ya horas antes, la jornada de reencuentro de los “chacabucanos” como se bautizaron a sí mismos, había tenido muchos ribetes emotivos. Viejos amigos y compañeros que no se veían hacía años, volvían a encontrarse y al fundirse en un largo y apretado abrazo, demostraban que los recuerdos estaban allí, dando vueltas por las callejuelas de Chacabuco y en cada rincón de las viejas casas que los albergaron.

Los abrazos, apretones de manos y saludos cariñosos se multiplicaron. El grupo de penquista, que viajó desde Concepción, conversaba animadamente. Allí estaban Rodrigo Medina, Iván Salazar, Jorge Chamorro, Eduardo Godoy, Dagoberto Reyes, Esnaldo Sanhueza, Pedro Enriquez, Gabriel Reyes, Eder Sanhueza...

Apenas se registraron en el acceso a la ex oficina salitrera, varios salieron a “reconocer” el lugar. No fue fácil. Cuarenta años habían dejado huellas y los puntos de referencia que les permitía ubicarse -como la reja que los separaba de sus guardias- no estaban.



Por eso, al reunirse nuevamente en el antiguo teatro, la expectación era alta. En el escenario del recinto, Juan Fuentes, ex prisionero de Chacabuco, y creador del grupo de teatro de Chacabuco, daba la bienvenida a sus compañeros y sus familias.

“Hoy nos convoca una jornada muy especial, cargada de sentimientos y emociones que se mezclan con los recuerdos e imágenes de una época negra de nuestra historia. Esta es una jornada que nace desde sus propios protagonistas. La Corporación Memoria tuvo la iniciativa de realizar este encuentro en el mismo lugar donde hace 40 años se les privó de la libertad: Chacabuco, la misma que en julio de 1971, el presidente Allende declaró Monumento Histórico Nacional y que es usada, a partir de noviembre de 1973, como el campo de detención más grande del país por la dictadura de Pinochet. Hoy, los chacabucanos junto a sus familias deciden regresar esta vez voluntariamente para reencontrarse con

antiguos compañeros y recorrer juntos este lugar, reencontrarse con estas paredes que en aquellos años contuvieron las lágrimas y el dolor por la detención forzada e injusta de que fueron víctimas. Se habla que cerca de 1.500 prisioneros pasaron por Chacabuco, muchos de ellos exiliados, sin jamás haber sido acusados de algún delito y sin haber pasado por un tribunal ni menos haber sido condenados. Con este acto queremos homenajear a los que llegaron a Chacabuco, a los que no pudieron estar acá y a los que ya partieron...”

La voz de Juan Fuentes fue llenando el espacio del teatro y emocionó a más de alguno. Fotos y registros de video fueron captando lo que sucedía en el escenario y alrededores.

Luego vinieron las palabras de Jorge Molina, presidente de la Corporación Museo del Salitre, quien recordó que de esta actividad se había empezado a hablar hace tres años, hasta que finalmente pudo concretarse. *“Hoy la emoción ha inundado no solo las mentes sino también los corazones. Y por eso junto con decirles que esta fue su vivienda forzada, a cada uno de ustedes el desierto los impregnó... Que esta actividad pueda trascender para que cumpla la finalidad de educar a nuestras futuras generaciones...”*

Junto con eso, hizo un importante anuncio: el proyecto de restauración de una vivienda que sirvió de albergue a los presos políticos de Chacabuco y otra que recuerde cómo vivieron las familias pampinas en los primeros años del siglo XX. Eso en el marco del Plan Maestro de Chacabuco. “La transversalidad de la Corporación me permite decir que esto lo hemos debatido y hay consenso en eso”, aseguró.

Esto quedó refrendado en el convenio de cooperación suscrito entre la Corporación Museo del Salitre y la Corporación Memoria Presos Políticos de Chacabuco, donde también se considera la elaboración de un proyecto para establecer una Casa Museo de la Memoria, donde puedan exhibirse artesanías, materiales, escritos, dibujos, testimonios, etc. realizados por los prisioneros políticos; lo que se constituirá en

un Centro de Interpretación de la Memoria de la presencia de Presos políticos en Chacabuco y de los Derechos Humanos.

Tras los aplausos que acogieron estos anuncios, Gabriel Reyes, presidente de la Corporación Memoria entregó un CD con la reproducción de la grabación clandestina que el reconocido artista chileno, Ángel Parra realizó en Chacabuco donde también estubo prisionero, al alcalde de Sierra Gorda, José Guerrero, en agradecimiento por el apoyo entregado a la jornada de reencuentro.

“Somos memoria viva”

Emotivas fueron también las palabras de Gabriel Reyes, al dar la bienvenida a los chacabucanos y explicar el sentido de lo que allí se estaba viviendo.

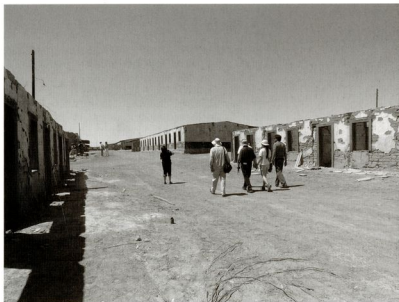
“Estamos aquí nuevamente- partió señalando-. Llegamos aquí otra vez después de 40 años, esta vez voluntariamente, acompañados de nuestras familias, de nuestros amigos, para hacer este Acto de Memoria.

“En Noviembre de 1973, un poco más de 700 compañeros provenientes del Estado Nacional que viajaron por mar, aire y tierra “inauguraron” el más grande Campo de Concentración de la Dictadura Militar de Pinochet.

“Este lugar, al medio del desierto, se fue llenando de la geografía de nuestro país: Llegaron los de Valparaíso, los de Concepción, los de Colchagua, los de Linares... los de Copiapó.

“Este mismo lugar fue nuestra ciudad, nuestro barrio, nuestro hogar por más de un año, y fuimos nosotros mismos nuestro refugio y salvación, anteponiendo nuestra humanidad y la legitimidad de nuestros sueños ante el odio y la irracionalidad de una dictadura que nos quiso muertos o al menos vencidos.

“Hoy regresamos nuevamente. Venimos desde el sur, del norte, y hasta de países remotos donde algunos de nosotros echaron raíces, sin vuelta atrás. Regresamos, ahora sí, con la emoción de



vernos las caras, con la certeza de que fuimos y somos parte de una historia colectiva, que no se la llevó el viento, que no pudo acallarse para siempre...”

Las palabras de Gabriel Reyes eran seguidas con especial atención, sobre todo por quienes acompañaban a los chacabucanos y que recién en ese momento empezaban a dimensionar lo que allí habían vivido sus seres queridos.

“Me preguntaba si será necesario contar aquí nuestra historia. Sin duda, quienes nos acompañan conocen la historia de sus parejas, de sus padres o abuelos, y más que testigos, la mayoría formaron parte, para bien o para mal, de esta historia. Sin embargo, también es cierto que el dolor muchas veces se trasmutó en silencio, y la experiencia de represión se archivó en algunos de nosotros como una carga individual que era mejor no compartir ni siquiera con los nuestros, un poco por temor, un poco por amor, para alejar a nuestros seres queridos del sufrimiento.

"¡Caramba que fue duro soñar, caramba que es duro recordar!"

Pero así como había momentos que era preferible olvidar, hubo otros que permitieron mantener a los prisioneros con alguna esperanza...

Y en sus palabras también lo destacó Gabriel Reyes: *"... la memoria del campo de prisioneros de Chacabuco no es sólo lamento. Qué importante es que se conozca la experiencia humana de la resistencia y la organización, como lección de humanidad, fuerza y solidaridad por parte de quienes vivimos la prisión y la tortura.*

"Cómo olvidar los cantos, los shows y el teatro de los domingos, la Olimpiada Deportiva, el Concurso de Poesía y la organización que nos dimos para la vida en reclusión en el destruido escenario-comedor bajo este mismo sol, bajo las mismas estrellas salvadoras. Parte de esa vida tendremos la oportunidad de recrearla con los mismos compañeros cuya memoria permanece tan viva como en los duros momentos del encierro obligado. La historia del Consejo de Ancianos, el Policlínico, el Diario Mural, la Pulpería, el Correo, la Chingana y la Universidad de Chacabuco son suficiente conocidas entre nosotros..."

Al finalizar su intervención, agradeció a todos quienes colaboraron y aportaron para que esta visita de rescate de la memoria, fuese posible.

Y como no todo iba a ser discursos y agradecimiento, se dio paso a las presentaciones artísticas. De los propios chacabucanos evocando momentos pasados.

Tato Ayress, en la guitarra y el canto y Jimmy Roa, con el saxofón, animaron la jornada. Ayress venía de La Habana, donde sigue viviendo y antes de cantar dijo algunas palabras: *"Tenemos que ver esta actividad como un encuentro de amistad, de futuro, hemos llorado, me emocionado mucho con el reencuentro con amigos, esto nos va a servir a todos..."*

No fueron los únicos. Jacqueline Castro, hija de un ex chacabucano, subió al escenario y cantó "Gracias a la Vida". También hubo poesía y más música. La emoción seguía latente y los recuerdos se acentuaban...

Así, el viejo teatro de la ex oficina salitrera de Chacabuco y ex campo de prisioneros políticos durante la dictadura de Pinochet, se llenó de vida nuevamente y fue escenario, por varias horas, del testimonio viviente de la pertinaz memoria...

Publicado en www.tribunadelbiobio.cl

13 de diciembre de 2013.-

El memorial vivo levantado en Chacabuco para reencontrarse con el pasado vivido hace 40 años



El 18 de enero de 1974, hace 40 años, un grupo de penquista que estaba detenido en el Estadio Regional fue enviado al campamento de prisioneros políticos de Chacabuco, en el norte del país. Hace dos meses varios de ellos regresaron a la ex oficina salitrera y rememoraron parte de lo que allí vivieron.

"El viernes 18 de enero de 1974, a escasos instantes de la partida de Ángel Parra y otros 42 compadres que habían logrado la libertad, el Campamento Chacabuco fue alterado en su diario vivir. Hicieron su entrada 59 prisioneros procedentes del Estadio Regional de Concepción y de la Isla Quiriquina y 16 de la Provincia de Colchagua..."

Así se leía en el Diario Mural "El Chacabucano" el día en que los prisioneros penquista arribaron a Chacabuco sin saber mucho qué les esperaba allí.

Ya pasaron 40 años de ese momento, que sin embargo sigue en la memoria de quienes se convirtieron en "chacabucanos" durante la dictadura de Pinochet.

Los días 24 y 24 de noviembre de 2013, un grupo numeroso de ex prisioneros de Chacabuco volvió voluntariamente al que por varios meses fue su lugar de reclusión. Fue el momento también para revivir, simbólicamente, lo que fue su llegada.

Juan Fuentes toma el megáfono y empieza a dar las instrucciones. El sol aún golpea fuerte en Chacabuco, aunque un persistente viento atenúa su impacto.

"Vamos a llegar a la cancha, como lo hicimos el día que llegamos acá y vamos a construir un memorial humano, simbólico, cada uno de nosotros vamos a ser parte de ese memorial, nos vamos a ir acomodando, y nos vamos a instalar allí como un gran monumento y vamos a cantar una canción muy especial para nosotros, a leer un poema, a brindar y así vamos a reivindicar nuestra memoria. ¡Vamos compañeros!"

Se inicia la caminata. Hay emoción, algunos recuerdos que van aflorando a medida que avanzamos por las callejuelas de la ex oficina salitrera, que en este momento parece haber revivido.

"Comenzamos la reivindicación de Chacabuco... Venimos a reivindicar este lugar porque queremos reencontrarnos con nuestras pisadas y nuestros sentimientos. Queremos reencontrarnos con nuestra memoria...", va relatando Juan Fuentes, mientras Jimmy Roa desgrana los sones de "Venceremos" en su saxofón.

"Hoy entramos con orgullo por haber sobrevivido, con pena por los que no están y con entereza por el devenir y entregar este pedazo de historia a nuestros descendientes".

La columna avanza cantando: "Venceremos, venceremos, mil cadenas habrá que romper..." Algunas voces se quiebran, otras se elevan con fuerza. Los pasos decididos de los "chacabucanos" y quienes los acompañan, quiebran el habitual silencio de Chacabuco.

Seguimos caminando rumbo a la cancha. Un alto para escuchar a Juan Fuentes:

"Compañeros: hace 40 años que traspasamos estas puertas. Hace 40 años que llegamos derrotados, humillados, golpeados, torturados, vejados. Hace 40 años no sabemos si habíamos llegado o salido del infierno, fuimos humillados al tenernos desnudos dudando si traíamos algo ilegal, y luego a patadas nos indicaron el lugar donde íbamos a vivir", relataba.

"Estábamos pisoteados en nuestra dignidad, pero nuestra convicción y conciencia nos hizo levantarnos, pensando en nuestras compañeras, en nuestros hijos y en nuestros padres, y comenzamos a luchar tratando de sobrevivir en esta adversidad. Surgió la organización, nuestro querido Consejo de Ancianos y vinieron los doctores y nos sanaron

nuestras heridas, los profesores a enseñarnos lo que no sabíamos, los deportistas que disfrutaron de esta cancha, los actores... y todos sobrevivieron para contar al mundo lo que pasamos porque somos memoria, con convicción, que reclama justicia, por nuestros compañeros, por los que murieron, por los que desaparecieron..."

Ya estábamos en la cancha y era el momento de realizar el homenaje a los desaparecidos y muertos de Chacabuco.

En un semi círculo se fueron acomodando los ex prisioneros y al medio, a medida que los nombraban, sus familiares se instalaban con un letrero con un nombre, representando a quienes ya no estaban.

Así se fue construyendo el memorial vivo. De Concepción también aparecieron nombres: Galo Gómez, Ricardo Torres, Marcel Cerda, Manuel Sanhueza, Luis Egidio Contreras...

Espontáneamente surgían otros nombres, varios de ellos habían fallecido en el extranjero. Una bandera chilena se erguía hacia el cielo de Chacabuco y nuevamente los sones del saxofón de Jimmy Roa acompañan por el aire.

" Por el pájaro enjaulado, por el pez en la pecera, por mi amigo que está preso..." , se escuchó, a su vez, en la voz de Juan Fuentes.

Ya la emotiva ceremonia terminaba. Un ¡Viva Chacabuco! y luego el Himno Nacional... El sol seguía acompañando, mientras la tarde caía lentamente y el silencio nuevamente se iba instalando en las abandonadas casas de la ex oficina salitrera.

Publicado en www.tribunadelbiobio.cl

20 de enero de 2014.-

La historia del documento enterrado en el ex campo de prisioneros de Chacabuco por casi 40 años



Eduardo Godoy, Iván Salazar y Enrique Sanhueza.

Pala en mano y la convicción de que encontrarían el documento que un día de octubre de 1974 habían enterrado en el campo de prisioneros políticos de Chacabuco, dos penquisistas, Eduardo Godoy e Iván Salazar, realizaron la excavación que permitió ubicar dicho tesoro histórico que, de paso se convirtió en uno de los momentos más

emotivos del reencuentro de ex chacabucanos, que se vivió en la II región.

La mañana del domingo 24 de noviembre de 2013, Eduardo Godoy no podía contener sus nervios. Ya en el bus que nos conducía a la ex oficina salitrera de Chacabuco, convertida en campo de prisioneros durante la dictadura de Pinochet, hablaba de lo que haría ese día: buscar un documento que junto a sus compañeros de reclusión habían enterrado en la casa que ocuparon. Esa era su única meta y el objetivo del viaje que lo llevó desde Chiguayante, en la región del Bío Bío, hasta el desierto nortino.

Por eso, apenas llegamos a Chacabuco, Eduardo junto uno de sus compañeros de morada en ese tiempo, Iván Salazar, se dirigió hasta el pabellón 23 y en la casa 7 se inició la búsqueda. Fue un momento especial. Emotivo y hasta épico.

Eduardo Godoy estaba convencido que el entierro se había hecho dentro de la pieza que usaron como cocina. Pero Iván Salazar tenía claro que el lugar era otro: a la entrada de la cocina, en el lado derecho. Lo dijo sin titubear.

Sin embargo, probaron primero en el primer punto. La tierra dura los convenció que allí no sería posible excavar. Con gran emoción y una cuota de incertidumbre, se trasladaron al otro sitio. Iván

enterró la pala y a escasa profundidad chocó con algo. Tanta fue la emoción que dio una palada muy fuerte y quebró el objeto que estaba escondido. Entre los vidrios rotos de la botella, apareció un pequeño frasco con un papel adentro. Casi llorando, Eduardo lo tomó. Era el documento que habían enterrado hace casi 40 años...

Eran cerca de las 13:00 horas del domingo 24 de noviembre. Afuera, el sol inclemente pegaba fuerte en las solitarias callejuelas de la ex oficina salitrera. Pero en la casa 7, había alegría. Con los restos de la botella y el documento en un par de bolsas plásticas en sus manos, Eduardo Godoy parecía no creer en el hallazgo. Debió esperar casi 40 años para ese momento.

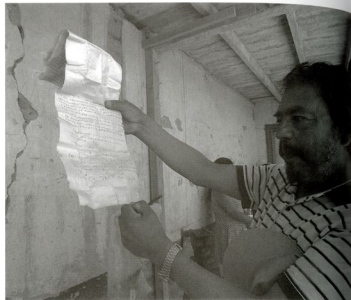
"Esto es parte de la historia, no es mentira, estuvimos acá, vivimos acá. Felizmente lo encontramos", comentaba y una sonrisa iluminaba su cara.

Y luego explicaba que había estado equivocado en el lugar y que Iván Salazar tenía la razón. "A mí me quedó en la memoria que lo habíamos enterrado dentro de la cocina en la entrada, ahí estaba mi confusión porque en realidad estaba a la entrada de la cocina, en una pieza que usábamos como sala de entretenición".

Tres hojas de papel oscuro, escritas a mano, constituyen el documento que le quitaba el sueño a Eduardo Godoy. "Nosotros, los que habitamos esta casa, quisimos dejar un documento histórico, algo que indicara que nuestra pasada no había sido gratuita, algo que indicara que habíamos estado aquí..."

Prepararon muy bien ese momento e, incluso, se comprometieron a que si alguno regresaba a Chacabuco, buscaría la botella, la desenterraría y dejaría otra de recambio.

Sin embargo, en esta ocasión optaron por llevarse la y entregar el mensaje a la Corporación Memoria Ex Prisioneros Políticos de Chacabuco para que lo conserve.



Eduardo Godoy muestra el documento rescatado.

En el escrito, no aparecen los nombres de quienes idearon este hito de la memoria, sólo los partidos a los cuales pertenecían. "La sensación que tenía yo-relata Godoy- era que habíamos puesto nuestros nombres y creo que no lo hicimos por precaución, en vista de la situación de ese entonces..."

Iván Salazar también tiene nítidos recuerdos del momento en que decidieron dejar su testimonio escrito bajo la arena del desierto de Chacabuco.

"Lo recuerdo bien porque habíamos estado discutiendo la noche antes que estaba anunciado que nos iban a trasladar a otro campo. Pensamos en dos lugares para enterrar la botella: uno era en la cocina, pero estaba duro el terreno y el otro era el sitio donde finalmente la dejamos porque estaba más fácil para excavar", relata.

Pero hubo otro mecanismo de protección que emplearon por si su tesoro caía en manos indeseables: en la gruesa botella de vidrio oscuro,

nacional y su agregado irónico "nuestros nobles..."

Como tampoco nadie podrá olvidar el escuálido rancho, las migajas de pan, las moscas y sus derivados, las úlceras, neurosis.

Pero todo se superaba, con dignidad y moral se organizaron por casa, pabellón y campo y todo unido al Consejo de Ancianos que fue su máxima organización y este creó servicios públicos para los detenidos tales como: Bienestar, Policlínico, Escuela Biblioteca, Arte, Asociación deportiva, Dpto. de Aseo, administración, cooperativa artesanal, etc. etc.

Son acontecimientos memorables para cada uno, el homenaje a los compañeros mártires, el digno minutos de silencio del día 11 de septiembre del 74, la lealtad y nobleza de las compañeras que viajaron miles de Kmts, el fusilamiento de los perros llegados al campo, las misteriosas explosiones de las minas que rodeaban el campo, los días sin agua.

Aún cuando permanecieron solo en este lugar más de un año, nadie se consideró más o menos libre que el resto de sus hermanos de clase, pues era la patria una inmensa cárcel.

El compromiso por la libertad jamás fue un anhelo individual sino un compromiso de combate junto al pueblo.

Hasta ellos llegaba el aliento constante y creciente de la, solidaridad de los trabajadores del mundo y sus vanguardias políticas y países y pueblos democráticos y organizaciones internacionales, por medio de la voz amiga y hermana de Radio Moscú, Habana, Progreso, Berlín, etc. etc.

Hoy, al ser trasladados a otro campo de Concentración, se marchan con la convicción del inevitable triunfo de la revolución socialista para días no lejanos.

*Compañeros, en sus mentes está presente la necesidad de la victoria inevitable.
"Necesitamos sólo una victoria... LA FINAL"*

*PARTIDO COMUNISTA DE CHILE
PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE
MOVIMIENTO DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA
MOVIMIENTO DE ACCION POPULAR UNITARIA*

OCTUBRE DE 1974

Publicado en www.tribunadelbiobio.cl

29 de noviembre de 2013

Recuerdos de un reencuentro con la memoria en el campo de prisioneros de Chacabuco hace un año



Gabriel Reyes y familia recorriendo Chacabuco

Hace un año, los días 23 y 24 de noviembre, casi 200 ex prisioneros políticos del campo de concentración de Chacabuco, en la región de Antofagasta, retornaron a la ex oficina salitrera para recordar los 40 años del golpe militar que los convirtió en perseguidos de la dictadura. De la región del Bío Bío, cerca de un centenar de personas fue llevado a ese lugar, lejos de sus familias y amigos. Al cumplirse un año de este inédito reencuentro con la memoria reciente, compartimos el siguiente relato personal con parte de lo que se vivió entonces.

-Los invito a conocer mi casa, dice Gabriel Reyes en tono festivo y nos ponemos en camino, adentrándonos en la abandonada oficina salitrera de Chacabuco.

Un sol inclemente nos acompaña en este recorrido en que se entremezclan las anécdotas, las risas, los recuerdos, las nostalgias y, por cierto, muchas emociones a cada paso que vamos dando por las callejuelas solitarias de Chacabuco. Es 23 de noviembre de 2013. Han transcurrido 40 años desde que este lugar se convirtiera en campo de prisioneros políticos.

Gabriel nos va guiando. Junto a él caminan sus hijos Carla y Gabriel, su compañera Gladys, su hermano Santiago, sus nietos y algunos amigos que nos sumamos a esta particular invitación a conocer su casa.

Hay preguntas, también risas nerviosas. No estamos en un paseo turístico ni nada parecido. Es un recorrido por la memoria.

-¿Qué andamos buscando?- preguntamos.

-El pabellón 24, responde Gabriel y agrega: la casa 6.

-Estábamos bien cerca de la cancha, dice alguien



y Gabriel responde: Sí, la cancha está por allá, así que vamos bien.

-¿Cuándo llegaste papá?- le pregunta su hija Carla.

-En enero del 74...

Seguimos caminando. A medida que nos adentramos por las callejas de Chacabuco, sentimos como si estuviésemos ingresando a la historia. Los pabellones lucen muy deteriorados, algunos casi destruidos. Una brisa refresca un poco el ambiente, mientras seguimos nuestra marcha.

-Esto es impactante, dice Gladys, la compañera de Gabriel.

Y de pronto lo vemos. ¡Ahí está!

Al final está la cancha, dice Gabriel y explica: Este

era el último pabellón, los comedores quedaban más allá, dice mostrando un sitio vacío.

-Por aquí ya estamos bien, dice el Negro Godoy, y su cara se ilumina con una sonrisa.

De pronto, alguien aparece y Gabriel exclama: ¡Chiteco! No puedo creerlo compañero. Y se funden en un cálido abrazo.

-Les gané el quién vive. Llegué primero- se ufana el "Chiteco", mientras Gabriel emocionado replica: "Un gusto de verte. Nunca pensé encontrarte aquí..."

-Acá vivíamos nosotros, dice Gabriel y por unos segundos se queda en silencio. Nos invita a entrar.

La casa la conforman un par de habitaciones sin piso, sin ventanas y sin puertas. Adentro el frescor alivia e invita al recuerdo.

Muchas veces Gabriel ha contado su historia. Ha hablado de la vida en Chacabuco, de lo que hacían para acortar el día, de lo que hablaban, de lo que esperaban... Pero esta vez sus palabras se contienen y la emoción se instala en su rostro.

-Aquí vivíamos nosotros, vuelve a decir una vez dentro de la casa.

- Había camarotes y yo dormía con mi padadre Madrid aquí, dice Gabriel, mostrando un espacio de escasas dimensiones.

- Aclara eso, dice Gladys y su risa alivia un poco la emotividad del momento.

Caminamos por el interior de la casa donde la penumbra contrasta con el fuerte sol que domina el exterior. No hay mucho que ver, en realidad. Más bien hay mucho que imaginar, según lo que va relatando Gabriel.

-Aquí hacíamos el asado, dice mostrando un espacio donde antes hubo pared y techo. Los presos disponían de dos piezas y una cocina.

Era lo que se podía utilizar, porque el resto de la casa estaba muy deteriorado como para ser usado.

-Como en la noche estaba prohibido salir al baño, hacíamos un hoyito y lo usábamos como letrina, igual que los gatos y lo tapábamos con arena, cuenta.

Quienes lo acompañamos en este recorrido, escuchamos y asentimos. Por cierto, se toman las fotos de rigor. El papá, los hijos, los nietos...
-¡Todos los Reyes juntos! -pide Gladys.

Nos quedamos un momento más, tratando de imaginar cómo habría sido realmente vivir en esas condiciones. No había puertas ni ventanas, así que los espacios correspondientes se cubrían con arpilleras que quedaban colgando.

-Este es el famoso pabellón 24 casa 6- dice Gabriel

-¿Y qué te ha parecido volver? -le preguntamos.

-Lo primero fue acordarme de todos los compañeros que estuvimos aquí, partiendo por Emilio Cisternas, Heriberto Krum, el profesor Retamal, el pelao Madrid, no me acuerdo de todos ahora aunque siempre los recuerdo.... Se queda en silencio y agrega: Como que me bloquee un poco...

-¿Y cuántos eran?

- Éramos 8. Cuando hubo más espacio, algunos se fueron a vivir al frente como Manuel Ramos y otros más. Ese era el pabellón de los colchaguinos.

Las casas estaban provistas de unos camarotes de madera, pero sin colchones. Allí debieron acomodarse. Algunos fueron transformados en mesas y asientos para tener algún grado de comodidad.

Los presos sólo podían transitar dentro del perímetro de una gran reja que circundó las instalaciones y que fue instalada por los militares. Había también torres de vigilancia.

-Los guardianes dormían fuera de la reja, por eso teníamos chipe libre y podíamos circular por



donde quisiéramos, salvo en las noches que te prohibían salir y si uno quería venir a los baños, tenías que ponerte una sábana blanca para señalar que alguien venía caminando, de lo contrario se disparaba al bulto no más- relata Gabriel Reyes.

Claro que los baños estaban abiertos, no había ninguna intimidad.

-Era un momento privadamente público, acota Gladys.

Como el tiempo y el abandono en que estuvo esta oficina salitrera han modificado el lugar, algunos chacabucanos se desplazan con un mapa en la mano para ubicarse. La ausencia de la reja y de las torres, ha desorientado a más de uno.

Seguimos el recorrido y también se suceden los reencuentros.

Dagoberto Reyes, también penquista, reconoce la que fue su casa. Se confiesa emocionado y recuerda que hace unos años llegó hasta Chacabuco, pero no se atrevió a entrar. Ahora es distinto, porque se trata de un reencuentro colectivo.

Entramos a la casa de Dagoberto.

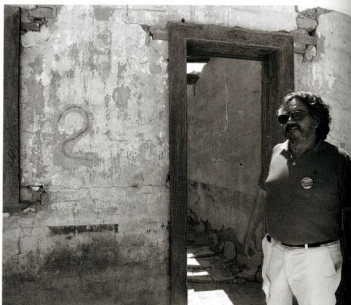
-Aquí estaba Ricardo Torres (periodista penquista, ya fallecido). Aquí teníamos un comedor, y unos sillones hechos todos con tablas. Teníamos una salita. Y había tres columnas de camarotes. Pedro Enriquez dormía en el tercer nivel. Había que bajar en tres segundos y estar formado aquí. Y le costaba a Pedro, así que tuvimos que cambiarlo, va contando con la voz un poco quebrada.

Recuerda a los compañeros con los que compartió y los va nombrando: Ricardo Torres, Daniel Cordero, Ariel Matamala... "Éramos ocho... de esos quedamos cinco", dice.

A la hora en que efectuamos este recorrido, nadie se aventuraba a salir. Se quedaban en las casas, escapando del calor y cada uno se sumergía en alguna actividad o bien dormía siesta.

Reanudamos la caminata rumbo a la Filarmónica donde se realizará el acto de bienvenida...

Las vacías y polvorientas callejuelas de Chacabuco por algunas horas se llenaron de vida otra vez, de recuerdos, de nostalgias, de abrazos, de risas, de silencios, de reencuentros y de memoria...



Dagoberto Reyes junto a la casa donde permaneció prisionero.

Publicado en www.tribunadelbiobio.cl

22 de noviembre de 2014.-

Compartieron su testimonio:

- 1.- Juan Aedo Tapia
- 2.- María Eugenia Aguayo
- 3.- Juan Alarcón Medina
- 4.- María Antonieta Báez Suárez
- 5.- Mario Benavente Paulsen
- 6.- Víctor Briones Poza
- 7.- Freddy Cabrera Campos
- 8.- Osvaldo Cáceres González
- 9.- Fedor Carrillo Nova
- 10.- Silvia Cerda Rodríguez
- 11.- Juan Cisterna Oñate
- 12.- Emilio Cisternas Peña
- 13.- Jorge Chamorro Aguilar
- 14.- Guillermo Delgado Moreno
- 15.- Pedro Enríquez Barra
- 16.- Gastón Fierro Fierro
- 17.- Tito Gutiérrez Contreras
- 18.- Eduardo Godoy Plaza
- 19.- Raúl Gutiérrez Córdova
- 20.- Humberto Gutiérrez Rivas
- 21.- Carlos Hinrichs Olivares
- 22.- Nimia Jaque Peña
- 23.- Heriberto Krum Ahumada
- 24.- Julio Muñoz Vinet
- 25.- Gustavo Sáez Sáez
- 26.- Lily Rivas Labbé
- 27.- Teresa Macaya
- 28.- Luis Madrid Castillo
- 29.- Ricardo Moscoso Bustamante
- 30.- Rita Navarro
- 31.- Margarita Novoa
- 32.- Juan Obreque Mena
- 33.- Manuel Pereira Opazo
- 34.- Cristina Pucheu Neira
- 35.- Manuel Ramos Avello
- 36.- Orlando Retamal Montecinos
- 37.- Gabriel Reyes Arriagada
- 38.- Dagoberto Reyes Contreras
- 39.- Estela Rodríguez Ramírez
- 40.- Enrique Sanhueza Daroch
- 41.- Eder Sanhueza Macaya
- 42.- Carmen Sanhueza Umaña
- 43.- Elizabeth Segura Basualto
- 44.- Víctor Tapia Tapia
- 45.- Enrique Torres Zapata
- 46.- Pedro Umaña Larenas
- 47.- Eguerson Vásquez Figueroa
- 48.- Camilo Vial Risopatrón

Fuentes Consultadas

- 1.- El árbol que florecía hijos, Nimia Jaque Peña. Santiago, septiembre 2003.
- 2.- Contar para saber. Chacabuco-Puchuncaví-Tres Álamos 1973-1975, Mario Benavente Paulsen. Santiago, agosto 2003.
- 3.- Prisión en Chile, Alejandro Witker. Fondo de Cultura Económica, México, 1975.
- 4.-Noticiero y Diario Mural del Campo de Detenidos de Chacabuco, Gerardo García y Sadi Joui, recopiladores y editores. Valparaíso.
- 5.- Diario El Sur: septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1973.
- 6.- Diario Crónica de Concepción: septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1973.
- 7.- Diario Color de Concepción: septiembre, octubre, noviembre y diciembre de 1973.
- 8.- Entrevistas a cerca de medio centenar de personas.
- 9.- Documentos y cartas aportados por los entrevistados.
- 10.- Informe de la Comisión Nacional de Prisión Política y Tortura.

365.450983

1108

VEG

mu

2017

(AHC)

Vega, Maria Eliana
Nuestros dias en estado

Fecha Devolución	NOMBRE

32869

1108

Vega, Maria Eliana





EL ESTADIO MUNICIPAL

El Estadio Municipal de Concepción -también conocido como Regional o Collao- fue un proyecto impulsado por la alcaldesa Ester Roa Rebolledo, con el fin de convertir a Concepción en una de las sedes del Campeonato Mundial de Fútbol de 1962.

Sin embargo, el terremoto del 21 y 22 de mayo de 1960, alteró esos planes, aunque no modificó la intención de seguir adelante con la construcción de este centro deportivo, que se inició en 1961.

Con todo, no alcanzó a convertirse en una de las opciones para el Mundial del '62, ya que Rancagua se adelantó y se quedó con la cuarta sede, dejando a la ciudad de Concepción con un sueño incumplido.

Pese a ello, el 16 de septiembre de 1962, el Estadio Municipal fue inaugurado con un partido entre River Plate y Universidad Católica.

Once años después, este recinto donde se celebraron importantes gestas deportivas, se convirtió en uno de los mayores campos de detención y tortura de prisioneros políticos de la región del Bío Bío, luego del golpe militar del 11 de septiembre de 1973.

Dos placas recuerdan esa cruel y dolorosa etapa vivida entre septiembre de 1973 y enero de 1974. Una de ellas fue instalada por un grupo de ex presos políticos en enero de 2004 como un "Homenaje a todos los presos (as) que un día estuvieron en el Estadio Regional de Concepción".

Y la otra, dispuesta por la Municipalidad de Concepción, en febrero de 2016, dedicada "A la memoria de los hombres, mujeres y menores de edad que aquí sufrieron violación de sus derechos humanos por razones políticas".

Por acuerdo del Concejo Municipal de fecha 21 de octubre de 2010, el recinto pasó a denominarse "Estadio Municipal Alcaldesa Ester Roa Rebolledo".

RED DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS



SNBP4686274



Esta es una publicación esencialmente testimonial.
En sus páginas, hombres y mujeres que en algún momento
- entre septiembre de 1973 y enero de 1974-,
permanecieron reclusos en el Estadio Municipal de Concepción por razones políticas,
comparten cómo fue ese tiempo de prisión y también de tortura, tanto física como psicológica.

Sus voces dan cuenta de momentos dramáticos, pero también de la cotidianidad,
de esos detalles o hitos que se quedaron en sus memorias
y que afloraron a medida que fueron relatando sus vivencias.

Se recogen también las historias de familiares que con tesón y valentía llegaban a diario
a las afueras del Estadio Regional, para intentar obtener alguna noticia de sus seres queridos,
en medio de la desesperanza y la incertidumbre en que vivían.

Parte de lo que ellos vivieron hace 44 años, ha quedado plasmado en este texto,
que busca rescatar esos testimonios como un aporte más a nuestra memoria reciente.

FAICC

Fondo de Apoyo a Iniciativas Culturales Comunitarias

Este libro contó con el aporte del
Fondo de Apoyo a Iniciativas Culturales Comunitarias
de la Ilustre Municipalidad de Concepción (FAICC) 2016.